

A detailed illustration of a woman with dark, wavy hair, wearing a purple blindfold. She is holding the blindfold with her right hand, and her expression is neutral. The background is black.

**Laura
Freixas**

**A mí
no me
iba a
pasar**

Una autobiografía
con perspectiva
de género.

B

A mí no me iba a pasar

Laura Freixas



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Todos los platos están cocinados, los vasos y platos fregados, los niños enviados a la escuela y al mundo. Nada queda de todo eso. Ningún libro de historia, ninguna biografía, tiene ni una palabra que decir al respecto, y las novelas mienten.

VIRGINIA WOOLF,
Una habitación propia

NO, NO, NO. No me dominarían, no me deformarían los vaticinios con, de, en, por, sin, sobre, tras la mujer.

ROSA CHACEL,
Desde el amanecer

¿Cuál es tu participación en el desorden del que te quejas?

JACQUES LACAN,
Intervention sur le transfert

A mí...

Madrid, julio de 2003

Salir. Salir, marcharme, decir: Basta, me voy. Me voy, sí, como quien se sale del cine cuando le aburre la película. Pero ¿cómo te vas a ir? Si no eres una espectadora, si eres la protagonista. ¿Quién? ¿Esa? No puede ser. ¿Yo, esa maruja de chalé adosado? Con mechas rubias, uñas pintadas, sandalias de tacón, batiendo palmas y coreando con una payasa y diez niños sentados en el suelo: «¡Plis, plas, Peluchita y nada más!». La Mamá como dios manda, acogiendo con una obsequiosa sonrisa a las mamás y papás de los compañeritos de escuela, ¿a qué hora venimos a buscarlos?, a las ocho está bien. Ánimo, solo tres horas... Decirle a Étienne: ¿Te acuerdas de esa frase que me dijiste anteayer? Pues aquí tienes la respuesta: me voy. Cojo las llaves del coche y ¡blam!, portazo. La Familia Perfecta en su Chalé Adosado, con todos sus accesorios: jardín, garaje, chimenea, y los autómatas: el Papá de sienes plateadas, ejecutivo agresivo de lunes a viernes, bonachón el fin de semana, filmando enternecido el cumpleaños con su cámara de vídeo último modelo... «Sois de anuncio», me dijo una vez Silvia riéndose, qué felices fuimos con Sony, Coca-Cola, la chispa de la vida, la Mamá sirviendo cocacolas y fantas en vasitos de papel con dibujitos, sacando el pastel de chocolate con las cuatro velitas, intentando no pensar en la frase de Étienne, anteayer, y el Nene y la Nena rubios y de ojos azules, a juego con el chalé, los deben de haber comprado en la misma tienda que los muebles. No me lo puedo creer, murmuraba mi otro yo, sardónico, sentado en el patio de butacas, pero qué película tan mala, y encima ha sido carísima de producir. Anteayer te

pasaron la factura, figúrate, un chalé de trescientos metros cuadrados más garaje y jardín en el mismo Madrid. Pero qué malos actores todos, el Papá y la Mamá, mecánicos e inexpresivos, ¿son así de bobos o es que tienen la cabeza en otra parte? Yo desde luego la tenía en otra parte. En una buhardilla del centro, con luz de velas, con arias de ópera. Me vengaba de la frase de Étienne recordando la noche anterior. La buhardilla, Carlos, sus labios, sus manos... (Pero esa otra frase, la frase de Carlos... No, no quiero pensarlo ahora.) Ah, si todos estos idiotas pudieran ver las imágenes que me pasan por la cabeza mientras aplaudo bobamente los juegos de manos de esta boba, nada por aquí, nada por allá, ¿dónde está el naipe, la bolita, el pañuelo?, y coreo sus bobas canciones, la boba Peluchita, la chica delgada con vaqueros y cara de mosquita muerta que llegó con una maleta, nos pidió un baño con un buen espejo bien iluminado, y en cuanto salió, con la cara pintada de blanco, peluca verde, camiseta amarilla, enorme pantalón a cuadros con tirantes, zapatones y nariz roja de plástico, mientras empezaba a sonar el timbre con las mamás y papás llegando, nos acorraló en el office, exigiendo el pago por adelantado...

La noche anterior, una hora de libertad clandestina, la penumbra, el sabor del alcohol, una irrealidad leve, irisada, una vaguedad dulce, la mano de Carlos en la cremallera de mi vestido, la urgencia, y ahora aquí batiendo palmas rítmicamente, balanceándonos a derecha e izquierda, al unísono, bajo la feroz dirección de Peluchita. No nos dio tiempo ni a llegar a la cama, follamos en el suelo, a las doce tenía que irme, volver al chalé adosado, volver a ser Mamá-maruja-de-lujo, junto a Papá que duerme como un niño más. Siempre está durmiendo cuando yo llego a la cama, desde hace meses. Quizá lo finge, o quizá ahora, después de haber soltado el veneno que me escupió anteayer, duerme de verdad, relajado.

«¡Plis, plas, Peluchita y nada más!» Anoche película X y hoy, los Teletubbies. Vamos, me tendría que reír. ¿Qué hago yo aquí?, me he quedado

hasta ahora por saber si iba en serio o era una parodia: La Familia Feliz en el Chalé Adosado, parece una parodia, pero sin gracia, es que no tengo por qué aguantar más, esta película me aburre, no tiene interés, me voy, así de simple. ¿Cómo, simple?, ¿cómo me voy a ir, si esta es mi vida? Ya se va todo el mundo, Peluchita ha vuelto a entrar al baño con su maleta y ha salido convertida otra vez en la chica delgada con vaqueros y cara de pocos amigos, se ha ido sin despedirse apenas, y las mamás y papás se llevan a sus hijos. Qué envidia cada vez que alguien sale por la puerta, yo también quiero salir, ¿si intento aprovechar, colarme...?, ánimo, en cuanto se fueran todos me tocaría a mí el turno. Qué alivio, no tener que cenar como todos los días, repitiendo: «no sorbas», «no comas con las manos», «no te dejes la lechuga»... Distraída yo, distraídos los niños, distraído Étienne, pero relajado si están los niños, su escudo, su coartada para no ser Étienne y Laura, sino Papá y Mamá.

Recogería rápido, me montaría en el Seat Arosa y ¡fffzzz!, volando al centro, a ver, ¡por fin!, a Silvia y Paula. A contárselo todo, a llorar en su hombro, a decirles la frase, la frase que me había dicho Étienne, y que llevaba clavada, la terrible posibilidad que de pronto se había abierto: ¿una liberación o un desastre?, en todo caso un terremoto, con víctimas inocentes... La frase de Étienne. Y luego, cuando la hubieran asimilado, la de Carlos. La que fingí no oír, la que me dejó helada mientras me peinaba frente al espejo... Hablar con Silvia y Paula, contárselo todo, ver qué cara irían poniendo. Escucharlas. Ah, qué alivio, por un momento, no pensar, dejar que pensasen ellas. Salir de la noria en la que estaba encerrada: Étienne, los niños, la casa, Carlos, el dinero, el futuro, mi vida, Étienne, los niños, Carlos, el futuro, el dinero, la casa, Étienne... Pedirles consejo, descargar en ellas mi fardo por un rato.

—¿Bañas tú a los niños, *darling*?, que yo salgo esta noche, ya sabes, he quedado para cenar con Paula y Silvia.

—¿No saliste ayer con ellas?

—No, ayer fui al cine con Carlota.

De Carlota lo sé todo, por si Étienne pregunta. De dónde es (Albacete), en qué trabaja (periodista; anticuaria quedaría raro), cómo nos conocimos (hace unos meses, en el bar del tren en que yo volvía a Madrid después de dar una conferencia en Albacete), dónde vive: en una buhardilla, muy bonita, en el centro de Madrid. (¡Ojo! ¿Cómo sé que es muy bonita? ¿No parecerá extraño que me haya invitado a su casa? Tendré que pensar en ese detalle, por si Étienne me lo pregunta.)

Y si no me pregunta por Carlota, pero me hace alguna pregunta sobre la película, lo tengo todo preparado: el título, el argumento, y hasta una opinión. Desglosada: la interpretación, bien; el guion un poco confuso; la fotografía... Pero Étienne tiene la cabeza en otra cosa.

—¿Has visto la cámara de vídeo?

—No, ¿por qué?

—No la encuentro.

—¿Has mirado en el jardín?... Subo a decir adiós a los niños.

El beso de buenas noches. Mi pobrecita hija, roja y sanguinolenta como un conejo desollado cuando el ginecólogo la sacó de mí llorando a gritos, y que ahora es rubia y rosada y ríe y toca el piano y no sabe lo que le espera... (Calma, calma. No tengo nada decidido.) Mi pobrecito hijo, el niño flaco, amarillento, alimentado con «croquetas de legumbres y agua de escaramujo», que ahora celebra su cumpleaños con pastel de chocolate, regalos y payasa, y que no sabe... (¿Eso estás maquinando?, destrozar su infancia una segunda vez: ¿cómo te atreves? ¿Solo porque de pronto a la señora no le gusta su vida de realquilada en la casita Pin y Pon que paga su marido? Tú la quisiste. Era cómoda, ¿no? Ahora apechuga, tía. «No será...»)

Las habitaciones de los niños. Peluches, patitos de plástico, libros, disfraces. Un piano, un Scalextric. Paredes empapeladas de colores, grandes

armarios empotrados. (Vivirías en un pisito. Setenta metros cuadrados para los tres. Ellos dos apiñados en un cuartito con literas.) El beso de buenas noches. ¿Lo has pasado bien, guapo, te han gustado los regalos? ¿Lo has pasado bien, bonita, te ha gustado la payasa?... En las fotografías de ciudades bombardeadas se ve a veces un peluche o un patito de plástico, tirado entre los cascotes... (Calma. No has decidido nada todavía.) El beso de buenas noches de Judas. (¡Calma, calma! Dejaré que Paula y Silvia me aconsejen, cuando les haya contado la conversación con Étienne, la frase que me ha quitado la venda de los ojos... ¿Y la otra frase, la de Carlos? No, de esa mejor no les digo nada.)

—Adiós, *darling*, me voy, que me esperan Paula y Silvia.

—*Merde!* Nos la han robado.

—¿El qué?

—La cámara de vídeo.

—¿Cómo? ¿Tú crees?

—Segurísimo. He mirado por todas partes. Con tanta gente como ha venido hoy, algún hijo de puta...

¿La cámara? ¿Dónde estaba la cámara?... ¿Dónde está el naipe, la bolita, el pañuelo?... Me entraron unas incontenibles ganas de reír. Pero ¿de qué te ríes, idiota? Tú estás mal. ¿Te hace gracia que os hayan robado? (Era por la frase de Étienne: «No será...»). Si todo era suyo, entonces no me habían robado a mí, solo a él, y no me daba pena.) La maleta, claro. Envuelta en el amasijo de camiseta amarilla, peluca verde, pantalones a cuadros... Pero no había nada que hacer, era imposible demostrarlo. Si a Étienne no se le había ocurrido, mejor no decírselo siquiera.

—Bueno, no sé, ¿lo miramos mejor mañana?, que voy a llegar tarde.

Y ahora furtiva, sigilosa, en el coche, me deslizaba entre las filas de chalés idénticos, con sus escaleritas y su jardincito delantero. Esa vida estándar de

familia feliz por la que yo había luchado. Por las ventanas iluminadas se veía a las Familias Felices cenando, como en el restaurante del Orient Express mientras cruza la estepa, y yo las miraba desde la estepa, tristemente.

Unas semanas antes, había urdido una mentira complicada (no hizo falta: Étienne apenas preguntó) para irme con Carlos a un hotel muy lejos de Madrid. Para poder por fin cenar tranquilos, sin prisa, sin miedo a encontrarme con algún conocido, y tener después toda la noche. Y empezó muy bien. Pero a medida que avanzaba la cena, yo tenía más y más ganas de llorar. Porque yo lo que quería era estar en mi casa, con mi marido y mis niños. Ser una Familia Feliz. Solo que no lo éramos.

En el restaurante, Silvia y Paula estarían ya sentadas, charlando, con una copa de vino. Silvia gruesa, muy morena, con el lustroso pelo negro recogido en un moño o una trenza, vestida con blusa ancha y pantalones sueltos o falda hasta los pies, de colores oscuros. Paula rubia, delgada, vestida de traje chaqueta, blusa de seda, bisutería, si venía de trabajar, o con un vestido playero y alpargatas si había pasado el día leyendo el periódico tirada en el sofá.

De Silvia me gustaba su escucha. Sus largos silencios. Sus frases breves, meditadas, levemente irónicas. Su madurez. Y de Paula me gustaba lo contrario: la alegría, la frivolidad, la ligereza. El placer que extraía de cada cosa: cómo disfrutaba el vino, la comida, el dinero, la libertad de pasarse el fin de semana tirada en un sofá o de decidir de pronto que se iba al cine, o al teatro, o a remar en el Retiro. (Ese placer, ¿dónde estaba?, ¿cómo y cuándo lo había perdido yo?)

Aceleré por la avenida de América. Siempre me sentía aliviada, respiraba mejor, cuando salía del barrio de chalés y enfilaba, sola en mi coche, la ancha calle, entre sus edificios altos, impersonales, de oficinas.

Cuando llegara al centro aparcaría y me dirigiría al restaurante, sin prisa.

Yo. Ya no la Mamá que recita obediente su papel en el teatrillo, sino yo, una más, con mis iguales, caminando por Madrid. Libre y anónima, en el calor y la algarabía del centro, un sábado de verano.

Al acercarme al restaurante, por las ventanas abiertas me llegaría el rumor de copas y cuchillos, las risas, el murmullo alegre de las conversaciones. Al entrar, desde la puerta vería a mis amigas, y ellas a mí.

A Silvia le cambiaría la cara. Porque Silvia notaría enseguida que algo pasaba. Me miraría alarmada, pero no diría nada: esperaría. Paula me echaría un vistazo distraído. Me pondría en antecedentes de lo que fuera que estaba contando, y seguiría contándolo, segura de hacernos reír a Silvia y a mí, como siempre. Y yo le seguiría la corriente. Aceptaría una copa de vino, fingiría interesarme, sin dejar de percibir la mirada preocupada, de reojo, de Silvia. Y cuando Paula hubiera terminado, Silvia me preguntaría en tono casual: «¿Y tú, Laura?, ¿qué tal?». Y entonces... (Morderme los labios. Beber agua. Sonarme... Ser capaz de pronunciar, aunque fuera en un murmullo, aunque fuera una sola palabra: «Mal», sin provocar una situación embarazosa.)

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

Se arrellanarían en sus sillas, a escucharme. Con la atención paciente y cariñosa que hacía... ¿cuánto?, que Étienne no me prestaba. Y yo, por fin, suspirando, empezaría a contar.

Hacía dos días, había quedado con Étienne a comer. Era raro que quedáramos él y yo, sin los niños. Después de la gran crisis, unos meses atrás, cuando decidimos que no iríamos a vivir a Washington, yo le propuse muchas veces que saliéramos a cenar los dos, que nos fuéramos de fin de semana... pero él siempre encontraba excusas. (Hasta que desistí y conocí a Carlos, o al revés.) Esta comida era otra cosa: era, por así decirlo, una reunión de trabajo. Étienne quería cambiar de colegio a Eloísa, apuntarla a uno inglés, y yo no estaba de acuerdo. (Desde lo de Washington, nunca estábamos de acuerdo.)

—¿Qué argumentos tenéis cada uno? —preguntaría Paula, pragmática.

—Étienne me habla del futuro profesional de Eloísa. Cita una estadística que dice que saber inglés aumenta el sueldo en no sé cuánto. Y yo le contesto que Eloísa es muy feliz en su colegio, que tiene muy buenas amigas y amigos, y que en un colegio nuevo, donde no conoce a nadie, lo pasará muy mal.

—¿Y él qué dice a eso? —preguntaría Silvia.

—Que... —No me atreví a decirles la palabra que empleó, moviendo furiosamente la cabeza, alzando los hombros: «¡Chorradas!»—. Que no es tan importante. —¿Esa era mi pareja? ¿Un hombre que cree que la amistad, la felicidad, son chorradas?—. Ya veis, en doce años que llevamos en Madrid, él no ha hecho un solo amigo...

Yo habría dado mi brazo a torcer —les explicaría a Silvia y Paula—, porque después de lo de Washington estamos tan mal que haría cualquier cosa para no pelearnos. Pero no es por mí, es por Eloísa... Y hemos estado discutiendo y discutiendo, hasta que anteayer, como teníamos que decidir ya porque se acaba el plazo, quedamos a comer en un restaurante cerca de casa.

Era un argentino que acababa de abrir en una callecita tranquila, perpendicular a Arturo Soria. Precioso: moderno, acristalado, con varias mesas en la terraza ajardinada, entre pinos... ¡Y qué buen tiempo hacía! Un mediodía azul y soleado de julio en Madrid... Yo había llegado desde casa, en mi abollado Seat Arosa, tras una parada en el centro comercial, como casi todos los días, para hacer recados: tintorería, copia de llaves, cereales para el desayuno... Étienne venía de su oficina, en su enorme Mercedes, arrollador como un tanque.

Traía puesta su cara impasible. Una expresión muy suya, que al principio, cuando le conocí, me encantaba. Con su figura atlética, sus ojos azules, transparentes, su espalda tan derecha y ese gesto digno, serio, de los momentos graves (Puigcerdà, septiembre de 1985: «Escucha, Laura: yo cuando me

comprometo, me comprometo»), Étienne me parecía un hombre recto. Sólido, protector. De confianza. Un hombre de cuya mano yo me habría subido a cualquier tren... Ahora, en cambio, ya no estaba tan segura. Esa cara hierática, imperturbable, que ostentaba casi siempre últimamente —interrumpida solo por bruscos, imprevisibles estallidos de cólera— había empezado a darme miedo.

Era la cara que ponía en nuestras reuniones. Porque, cada vez más, Étienne y yo, más que charlar, nos reuníamos.

Solía ser después de la cena, en los sofás rojos del salón. Los niños dormían, el silencio era total. Y nosotros, agenda en mano, despachábamos: viajes, horarios... papeles que firmar... cuentas, transferencias... Cuando terminábamos, Étienne decía una frase, siempre la misma: «*On récapitule!*», y lo repasábamos todo... ¡Cuánto odiaba yo esa frase! La frase, y el destello triunfante en los ojos de Étienne que la acompañaba. Como si el mayor placer, el momento estelar de una pareja, fuera cuadrar agendas... Luego, yo, abatida, me iba a la cama, y Étienne se quedaba un rato más en el salón, leyendo o viendo la tele. Un rato. El suficiente para que cuando subiera a acostarse, yo estuviera ya durmiendo.

—Nos sentamos a comer —proseguiría—, y volvimos a enumerar cada uno sus argumentos. Que si sabiendo inglés Eloísa podría trabajar en cualquier país, que si podría hacer una carrera mucho más brillante... Y yo: que sufriría mucho, que será un gran esfuerzo, que hemos pasado una temporada muy difícil, peleándonos sobre si íbamos o no a vivir a Washington, los niños estaban muy intranquilos... y ahora por fin podíamos descansar.

—En vez de estar siempre fijándoos metas, poniéndoos a prueba —asentiría Silvia.

(«Me importa más ser felices que ver mundo», le había dicho yo. Y él: «¡Ser felices! ¿De qué me hablas? ¿Lo has leído en *Marie Claire*?»)

—Entonces, saqué la última baza, el único argumento que le puede hacer mella. El del dinero. «¿Cómo lo vamos a pagar?», le dije. Porque el colegio inglés ese es carísimo. Y ¿sabéis... sabéis qué...?

Se quedarían calladas un momento, esperando que me desahogara. Silvia, a mi lado, me pasaría un brazo por los hombros.

Yo respiraría hondo, bebería un trago de vino y soltaría por fin la frase:

—¿Sabéis qué me contestó? Me contestó: «No será con lo que tú ganas».

No sé qué pasó luego. Fundido en negro. El dolor de la humillación borraba lo que fuera que hice en los minutos siguientes. Supongo que me callé. Que terminamos de comer en silencio. Que él pidió la cuenta. Que la pagó con su tarjeta Visa Oro-Rubíes-y-Esmeraldas. Que me echó un vistazo de reojo, vio mi expresión, quiso ser amable y me preguntó cualquier cosa: «¿A qué hora tienes que recoger a los niños?», por ejemplo. Que yo contesté sin mirarle, con voz átona: «A las cinco», y que él no dijo nada más, porque consideraba que bastante amable había sido ya, que bien mirado, no tenía nada de lo que disculparse... Tampoco recuerdo qué hice por la tarde, ni cómo fue la cena.

Pero a media noche, a pesar del somnífero, me desvelé y me puse a llorar. No podía parar. No quería que él me oyera: no soportaba la idea de que al despertarse, malhumorado, me recordase que tenía que madrugar, y si yo intentaba que hablásemos, se enfadara más y se fuera a dormir al sofá. Ya había pasado alguna vez. De modo que me levanté, me puse cualquier cosa encima, bajé furiosamente la escalera, crucé el suelo de mármol de aquella casa lujosa y pretenciosa que odiaba con toda mi alma, bajé otra escalera, me interné con miedo en el garaje oscuro, me metí en el frío Seat Arosa, lo puse en marcha, abrí la puerta del garaje con el mando a distancia, y salí. Salí a dar vueltas con el coche por las calles solitarias a la triste luz de las farolas,

mientras lloraba, ahora ya sin freno ni pudor, a gritos, encerrada en mi coche. Chillando y sollozando sin que nadie me oyera ni me viera. La mujer invisible, que no habla, que aúlla como los perros, pero da igual, no se la oye. El cero a la izquierda, la que no vale nada, que no cuenta, porque no gana dinero.

«¿Eso es todo?»

De pronto, mientras enfilaba la calle Almirante —deprisa, cabizbaja, como siempre que caminaba sola por la noche— se me ocurrió que esa podía ser la reacción de Paula y Silvia.

En el fondo, yo no sabía lo que Paula y Silvia pensaban de mí. De mi matrimonio, de mi estilo de vida... Ellas nunca habían estado casadas, no tenían hijos, nunca las había mantenido ningún hombre.

¿Qué pensaban...? Recordé su mirada y la de Paula aquella vez en que estábamos comiendo las tres y me llamó mi suegra. Habíamos quedado porque yo se lo supliqué: mis suegros llevaban días en mi casa, los niños también, eran las vacaciones de Navidad, yo no podía más... Llegué corriendo, jadeando, pero tan contenta de verlas; me senté, pedimos... y sonó el teléfono. Era mi suegra. No lo cogí. Volvió a llamar. Volví a no cogerlo. Pero a la tercera, descolgué. ¡Sasha se ha encerrado en el baño!, gritó mi suegra. ¡No sabemos qué hacer, no hemos conseguido abrir la puerta, está solo, puede hacer cualquier cosa, venga usted! ¡Venga inmediatamente! *Tout de suite!* Pero, señora, ¿qué quiere que haga un niño de dos años por más encerrado en el baño que esté? No se va a tirar por la ventana... ¿Y por qué me llama a mí y no a su hijo, si se puede saber? ¿Se cree que no me doy cuenta de que a su marido y a usted les parece mal que yo salga y están encantados de haber encontrado un pretexto para hacerme volver?... Llamaré a un cerrajero que vaya, pero déjeme comer en paz, caramba... No dije nada de todo eso, claro, sino que me

levanté obedientemente y me fui, tras explicar a Paula y Silvia lo que pasaba. Y ellas me dirigieron una mirada de compasión... algo burlona, sí, pero cariñosa.

«¿Eso es todo?», me dirían. «¿Y tú qué le contestaste?»

¿Contestarle? ¿Cómo le iba a contestar? Si era verdad que yo no ganaba casi nada...

«Ganar más dinero no le da más derecho que tú a tomar decisiones.»

«No ganas dinero, pero ¿y todo lo que haces? ¿No es trabajo? La casa, los niños, los recados...»

«Es él el que tiene una deuda contigo.»

No ganaba casi nada, pero en la bolsa que había dejado en el maletero no solo estaban el paquete de cereales y la copia de las llaves: también una chaqueta de marca que me había comprado aprovechando que me sobraba un rato en el centro comercial y que estaban de rebajas...

«No me puedo creer que te callaras.»

«¿De verdad no le dijiste nada?»

¿Qué le puedes decir a alguien que no te quiere?

«Con la de respuestas que podrías haberle dado...»

¿Con qué derecho?, si mientras comíamos había sonado el móvil y había aparecido «Carlota» en la pantalla...

«¿Y ahora qué piensas hacer?», terminarían, inevitablemente, preguntando. Y yo, solemne, aclarándome la voz, pronunciaría la gran palabra.

¡La gran palabra! La que hacía suspirar pacientemente a las amigas de mi madre.

«¿Por qué? ¿Qué ha pasado?»

Sentadas en el salón del piano blanco y la moqueta azul, entre copas de

crystal, tallas barrocas, jardines y marinas al óleo. Con vestidos de Santa Eulalia, joyas de oro, peinados de peluquería. Yo en un rincón, callada y encogida, con la timidez de mis diecisiete años.

«¿Más café?»

«¿Eso es todo?»

«¿Prefieres té?»

¿Solo porque dejó que planearas un viaje para los dos, para celebrar el aniversario de boda, y cuando ya lo tenías todo organizado, el viaje, los hoteles, la propina al portero para que en vuestra ausencia regara las plantas..., lo anuló en el último momento con una excusa cualquiera?

«Earl Grey, ¿verdad?»

«Anda, mujer, ahora estás muy enfadada, pero...»

«Laura, ve a hacer té, ¿quieres?»

«¡Qué mona! ¡Cuánto ha crecido!»

«¿Lo has pensado bien?»

«¿Vivir en un pisito?», exclamaba la que tenía mayordomo, cocinera y doncella.

Pómulos altos, muy marcados. Narices finas, rectas. Labios desdibujados, vueltos hacia afuera y hacia arriba, todos con el mismo *gloss* color palo de rosa.

«¿De setenta metros cuadrados?», apuntaba con una mueca de conmiseración la que daba fiestas suntuosas en su *torre* de tres plantas, con jardín, garaje y chimenea.

«¿Azúcar o sacarina?»

«Gracias, guapa. ¡Está hecha una mujercita!»

«Qué buenas están estas pastas. Son de Foix, ¿no? Se nota.»

«¿Tienes novio?»

Yo sonreía modestamente, negaba con la cabeza y bajaba los ojos para no

ver la mirada ansiosa con que mi madre me repasaba punto por punto. ¿La cara? (te brilla la nariz). ¿El peinado? (demasiado recto en la nuca, te queda muy masculino).

«¿Con los niños durmiendo en literas en la misma habitación?», apuntaba la que por Navidad se iba a Nueva York una semana, de compras, con las hijas, los yernos y los nietos, más el marido, claro, que pagaba.

«¡Con lo que a ti te gusta dar fiestas!»

¿El vestido? (demasiado corto, ¡te hace unos muslos...!). ¿La silueta? (tendrías que adelgazar). ¿Los zapatos?...

¿Solo porque en Santa Eulalia una dependienta nueva y jovencita te preguntó inocentemente, sin ver la mirada asesina que le dirigía el encargado, si te había gustado el bolso que te había regalado tu marido? (pero tu marido no te había regalado ningún bolso).

«... sin llegar a fin de mes...».

«No sé cómo, pero siempre se las arreglan para no pagar las pensiones...»

«No te lo tomes así, mujer...» Alguna le pasaba el brazo por el hombro.

«Imagínate, las Navidades sola...»

«Ahora estás disgustada, pero ya se te pasará.»

«El verano muerta de calor en Barcelona...», murmuraba la que tenía casa y yate en Palamós.

¿Cuánto tiempo —pensaba yo, sentada en un rincón— va a tardar en aparecer la palabra? El verbo que resume toda una filosofía.

¿Solo porque una noche en que despertaste y tu marido no estaba en la cama, fuiste sin hacer ruido al cuarto de la criada filipina, abriste la puerta y encontraste lo que sospechabas?

«Yo siempre digo: en mi casa no entra una chacha que no sea fea y de cincuenta años para arriba.»

«A una divorciada nadie la invita...»

«Las esposas no se fían...»

¿Solo porque tienes un herpes del que el ginecólogo te dijo que la transmisión solo podía ser sexual, y cuando le pediste explicaciones a tu marido te dijo que, bah, para cerrar un trato con clientes se habían ido de putas, no te lo tomes así, es lo normal en los negocios?

«Al principio no, pero al cabo de un tiempo... ¿qué van a hacer? Si son amigos tuyos pero también de él, y él no va a salir a cenar con ellos dejando a la filipina en casa...»

«Se pondrán de parte del padre, ya lo verás...»

«¿Y vas a dejar que la filipina se instale en tu casa? ¿Te lo imaginas? ¿Recibiendo a vuestros amigos?»

«... si el mayor trabaja en la empresa... si a la pequeña le pasa dinero...».

«Piénsalo bien.»

¿Solo porque te diste cuenta de que lo único que quiere de ti es que te ocupes de la casa y de los niños y le dejes en paz?

Cuellos arrugados, pero mejillas tersas. La piel encima del labio estirada y lisa. Ojos como de pez, extrañamente inexpresivos. Tintinear de collares, de pulseras. Perlas, diamantes. Una pequeña línea en relieve, si te fijabas bien, medio centímetro por debajo de la nariz.

Sentada en un rincón, callada, escuchando, con la educada sonrisa puesta, yo me hacía un juramento solemne para mis adentros.

«¿Más café? ¿Más pastas? Laura, pasa las pastas.»

Mechas rubias, uñas pintadas, sandalias de tacón.

«¿Vas a dejar que la filipina use tu armario? ¿Que se meta en tu cocina? ¿Que reforme a su gusto los baños?», exclamaba la que se había salvado porque su hijo la descubrió a tiempo y le hicieron un lavado de estómago.

El verbo. El imperativo. Dicho con suavidad, pero imperativo. La

conclusión. La dice la del lavado de estómago, pero la podría haber dicho cualquiera:

«Aguanta.» Las demás asienten con la cabeza.

Yo sonreía y pasaba la bandeja con pastas, repitiendo para mis adentros: A mí no me va a pasar, a mí no me va a pasar, a mí no me va a pasar... ¿El qué? Todo. Nada de esto me va a pasar a mí, jamás.

¿Solo porque te dijo «no será con lo que tú ganas»?

¿Eso es todo?

«Aguanta», aconsejaba la que llevaba muchas pulseras para disimular las cicatrices en las muñecas.

No me iba a pasar. No me iba a pasar. No me iba a pasar...

Había llegado al restaurante.

Tu padre y yo hemos pensado...

El Golfet, julio de 1985

«¿Que te vas a ir? ¿Cómo, que te vas a ir? Aún no hemos llegado, ¿y ya me anuncias que te vas a ir? ¿En agosto? ¿Cuándo, a finales?... ¡Cuidado con las piernas! ¿El 1? ¿Que el 1 de agosto empiezas a trabajar? ¿Que vas a pasar el mes de agosto en Barcelona?... Que las llevas cruzadas, ¿no sabes que es peligrosísimo ir en el asiento del copiloto con las piernas cruzadas? Pero si estamos ya a 9 de julio, eso son tres semanas, ¿solo tres semanas, vas a pasar en El Golfet? ¿Tres semanas, después de dos años en el extranjero, que apenas te hemos visto? No me lo habías dicho, esto, que no ibas a estar con nosotros... ¿Todo el mes de agosto? ¿Ni un mes vas a pasar con nosotros? ¡La cara que va a poner tu padre cuando se lo diga!»

Lo sabía. Ay, lo sabía. «¿Vendrás al Golfet con nosotros? Sí, mamá, pero déjame que deshaga la maleta, que acabo de llegar a Barcelona, tengo que... ¿Cuándo? ¿No puede ser antes? Te estaba esperando para marcharme contigo, anda, vámonos ya, papá vendrá más tarde, aprovecha que voy en coche, sí, mañana, todo eso que dices que tienes que hacer ya lo harás, has estado fuera dos años y ahora te entran las prisas, ya lo harás a la vuelta, en septiembre, ¡vamos, vamos!» Camino de la casa familiar en El Golfet, yo tenía la sensación de que, más que viajar juntas, mi madre me estaba raptando.

Lo sabía. Sabía cómo iban a reaccionar mis padres cuando les anunciase que no pasaría el mes de agosto con ellos. Ay, qué cansancio... La familia: como hundirse en arenas movedizas, caer en una mata de plantas carnívoras llorosas. Por eso, entre otras cosas, me había ido dos años a Inglaterra. Por

eso, también, al volver, me había aferrado a un contrato cualquiera que me ofreció una amiga por casualidad: sustituirla durante el mes de agosto como profesora de inglés en una academia en Barcelona. Para que mi padre, con su voz quejumbrosa, exclamara: «¿Ya te vaaas?».

Con lo que te hemos echado de menos estos dos años... con el tiempo tan bonito que está haciendo... con lo buena que está el agua... quédate un poco más... y un poco más... y un poco más... y antes de darme cuenta ya sería otra vez la hija eternamente niña que vive para siempre con papá y mamá... Un contrato, para poder contestarle a mi padre: ¡Ay, cuánto lo siento!, pero tengo un trabajo, me he comprometido, empiezo el 1 de agosto.

«¿Cómo dices? ¿Clases de inglés?... ¡Las piernas! ¿No sabes lo que le pasó a la mujer de Oriol Regàs?... Qué disgusto se va a llevar tu padre. Si hace seis meses que no te vemos, desde Navidad, que este año ni siquiera viniste por Semana Santa...»

Cierto. Me había pasado la Semana Santa por Escocia, visitando castillos, recorriendo páramos, playas lluviosas entre farallones, laderas recubiertas de hierba hasta el borde del agua, campiñas desoladas con ovejas ateridas de frío... Viajaba con Patrick y Étienne, dos franceses que había conocido al principio del curso. Con Étienne había terminado por acostarme, y habíamos quedado en vernos en septiembre, en Puigcerdà, para decidir si continuábamos. Pero de eso mis padres no sabían nada.

¿Y cuánto dices que te van a pagar? ¿Cincuenta mil pesetas?... ¡No cruces las piernas, te he dicho! Si no tienes espacio, mueve el asiento para atrás, ahí abajo tienes la palanca. Tu pobre padre, ¡con la ilusión que le hacía que pasaras el verano con nosotros!, haciendo familia... Y todo ¿por una sustitución de un mes en una academia?... con el calor que hace, con lo vacía que se queda Barcelona... ¿Tú crees que vale la pena? ¿Por cincuenta mil

pesetas? ¡Ahí, ahí! ¡En esa curva fue donde sufrieron el accidente!, y a la mujer de Regàs le tuvieron que amputar la pierna.

Pero por fin llegábamos. Por fin, el viejo camino bordeado de cipreses, el muro de piedra por el que trepaba la bignonia, con sus flores anaranjadas... Bajamos del coche. Por fin la pesada puerta de madera... que se abría despacio, chirriando... el zaguán deliciosamente oscuro y fresco, como una catedral, oloroso a cera para suelos. Y correr a abrir los postigos. Una ventana, otra ventana, agujeros en la oscuridad por los que entraba una luz clara, azul, a raudales... ¡El Golfet! ¡Vacaciones!

Cada mañana me despertaba en mi gran cama de hierro forjado, bajo vigas de las que colgaban ramos secos de lavanda. Saltaba descalza al suelo de baldosas de barro: sentía su tacto frío, rugoso, en las plantas de los pies, que conservarían luego, durante horas, el tinte rojizo de la cera. Salía al jardín...

El Golfet era el paraíso. Un lugar fuera del mundo, del tiempo. La mañana gloriosa: el cielo como de porcelana... el calor del sol todavía leve... (¿Y Barcelona? ¿Y la academia?... Calla, calla.) El mar luminoso y movedizo, como el lomo recubierto de escamas de un pez inmenso, plateado. El islote negro a contraluz. (12 de julio. Diecinueve días.) Las rocas ásperas, rojizas, del Cap Roig, coronado por el castillo del ruso. El verde oscuro de la masa de pinos...

Bajaba temprano a la playa: en el agua fresca, ligera, de las ocho o las nueve, nadaba hasta el Cap Roig. Volvía a la playa, subía a casa, desayunaba. (14 de julio. Diecisiete días.) Luego bajaba al camino de ronda. (¿Tú crees que vale la pena? ¿Por cincuenta mil pesetas?) A un lado la tierra seca, parda, áspera, y las grandes pitas, con sus bordes de espinas; del otro, abajo, centelleante y suntuoso, desperezándose, el mar. (Barcelona en agosto. El sol hostil, cegador, matando los colores, dejando al descubierto los desconchados de las paredes, los churretes de suciedad en las fachadas.) En un recodo,

partían del camino hacia abajo, para quien supiera verlos, unos escalones rudimentarios, simples troncos clavados en la tierra, que llevaban a unas rocas. (Conocía la academia, había ido alguna vez a buscar allí a mi amiga. Estaba en un semisótano; olía a cañerías y a pipí de gato.) Saltando, trepando, yo subía a una roca que conocía desde hacía muchos años, y que nadie más parecía conocer: elevada y escondida como un nido de águila, plana y del tamaño justo para tumbarme en ella. (La infancia que parecía perdida resucitaba milagrosamente en El Golfet. En esa casa, yo era eternamente niña.) Allí pasaba horas, mañanas enteras dormitando, tomando el sol, leyendo... (16 de julio: mi cumpleaños. Veintisiete.) Cuando apretaba mucho el sol, bajaba hasta el borde de la roca. Inclínaba la cabeza, alargaba los brazos, juntaba las manos... ¡Ya! Y me zambullía en el mar frío, verde, transparente como una esmeralda líquida. (19 de julio. Faltaban doce días para que me sentara en un pegajoso asiento del autocar que hacía la línea de la costa, y dos horas después entrase en Barcelona, entre los duros bloques de cemento, sobre la árida calzada de asfalto, de la avenida Meridiana.)

A las tres subía a casa. La mesa estaba puesta. La criada, que había hecho la comida, llevaba y traía los platos, y luego recogía la cocina. (Llegaría a mi casa en Barcelona. A las cuatro paredes sobre una azotea, llenas de manchas de humedad en invierno, y ardientes como un horno en verano, que había alquilado cuatro años atrás, en 1981, cuando terminé la carrera y empecé a trabajar, y arrendado a mi primo mientras estaba en Inglaterra. Al recibidor-salón-cocina-comedor de dos metros por tres, al dormitorio en el que a duras penas cabía la cama, al aseo-ducha ancho como un pasillo. A mi casa de muñecas. Era como una maldición: todo lo que yo hacía parecía un juego. Yo jugaba a ser adulta y mis padres, enternecidos, jugaban a hacer como que se lo creían.)

Por la tarde, me echaba la siesta en una tumbona en la terraza, bajo un pino.

O me sentaba a leer en un sillón de mimbre, en alguna de las grandes terrazas escalonadas, bordeadas de geranios. (¿Tú crees que vale la pena?) O cogía la bicicleta (cuando estaba en El Golfet nunca, jamás, cogía el coche: quería olvidar la civilización) y me internaba por un camino poco frecuentado, entre pinos y alcornoques, hasta las playas solitarias de Cap de Planes, donde pasaba la tarde... (¿Por cincuenta mil pesetas?)

No fue ninguna sorpresa que una mañana (25 de julio: seis días) mi madre me convocara y me anunciase: «Tu padre y yo hemos pensado...».

Ese día cogí el coche por primera y última vez en los dos meses largos que duró el veraneo.

Antes, llamé a mi amiga. Le dije que mi madre se había roto la cadera (o que mi padre había tenido un infarto, no recuerdo) y que sintiéndolo mucho, tenía que quedarme en El Golfet hasta septiembre. Después fui a Palafrugell, al banco, a depositar en mi cuenta las cincuenta mil pesetas.

El hombre sentado en un banco

Puigcerdà, septiembre de 1985

«Una cosa te quería preguntar... Esto... ¿tienes intención de...?»

No, no, ni hablar. No podía hacerle la pregunta así, poniéndole la pistola en el pecho, entre dos caladas de porro después de hacer el amor. (Que no había sido nada del otro mundo... Pero eso ya lo pensaría luego. Ahora tenía que concentrarme en la pregunta.) Aquel sábado de septiembre de 1985 era un momento importantísimo de mi vida, muy delicado, y no podía arriesgarme a equivocarme.

Desde por la mañana, en la estación de Puigcerdà, esperando descubrirle entre los pasajeros, me daba vueltas en la cabeza la pregunta. Era fundamental, una condición sine qua non, la clave de bóveda de nuestro futuro. Si me decía que no —o me decía que sí, pero yo le veía vacilar, si sospechaba que mentía...—, todo eso que había empezado a construir en mi imaginación se derrumbaría, y yo me volvería ipso facto a Barcelona. O tal vez no, tal vez no diría nada, procuraría pasar un fin de semana agradable, sin más, sin que se me notara el escozor en los ojos, la tos por el polvo de los cascotes, el dolor en los tímpanos por el estruendo que solo yo habría oído; y el domingo por la tarde me despediría de él en la estación sonriendo (enfriada del todo la emoción con que me había arrojado en sus brazos el sábado por la mañana, pero sonriendo: todo muy controlado y europeo, nada de expresividad latina, nada de llanto y drama), y al llegar a Barcelona le escribiría diciéndole lo que se dice en estos casos: que había sido muy bonito, pero que no estaba segura de querer comprometerme... que era todo muy difícil, ¿verdad?, viviendo él en

París y yo en Barcelona... que mejor quedarnos con el buen recuerdo de los meses que habíamos pasado juntos en Inglaterra...

Echado junto a mí, desnudos los dos, en el cuarto de la pensión, a la luz dorada del final de la tarde, Étienne callaba. Otra cosa que había olvidado de él y recordaba ahora: lo callado que era. Y lo que me gustaba ese rasgo suyo. El hombre impasible, imperturbable. Todo está bien, decía su silencio. No hay nada que decir, nada que objetar. El mundo está bien hecho. Todo está bajo control. Y yo me sentía tranquila y confiada, como una niña pequeña de la mano de su padre.

Pero me faltaba, me seguía faltando, esa pieza en el rompecabezas: la pregunta. Me faltaba una respuesta que llenara ese hueco. En la habitación sencilla, esquemática: cuatro paredes y una cama —como para simbolizar lo esquemático del momento: un hombre, una mujer, el futuro—, yo imaginaba maneras de abordarla, diálogos: «¿Quieres una calada?... y por cierto...». ¿Qué? «Esto... casi hace frío, bueno, es normal, estamos al pie de los Pirineos... con el calor que hacía en Barcelona, ¿y en París, qué tiempo está haciendo?... Y, por cierto, te quería preguntar...» ¿Qué? «¿A qué hora quieres cenar, a la francesa o a la española?» «Cuando tú quieras.» «Sí... esto..., para decidir si seguimos o no, tengo que saber...» No; «tengo que saber» suena muy imperativo. Mejor: «querría»... mmm... «me gustaría»...

No. Mejor no. Ya iría viendo. Es que, si se lo preguntaba directamente, podía cerrarse, como se cerraba, a ojos vistas, mi amante casado, años atrás en Barcelona (me fui a Inglaterra huyendo de él) cuando sentía que yo quería algo de él. Se le contraía la cara, fruncía el ceño; los ojos, desconfiados, se achicaban... Pero mi amante casado, por lo menos, no engañaba. Podía llegar a mi casa muy contento y contarme, antes de meterse conmigo en la cama, que estando en un café esa misma tarde había sentido una mano suave en su cuello, se había vuelto, era su médica de cabecera, a la que hasta entonces solo había

visto en la consulta; habían charlado un momento y se había quedado con su teléfono... (¿Y yo qué cara pongo?, pensaba yo estupefacta. ¿Protestar? ¿En nombre de qué?... Si protestaba, se vestiría y se marcharía, así de sencillo. Encontraría a otra que llevarse a la cama... Yo terminaba poniendo cara de póquer. Él creo que ni siquiera se fijaba.)

De Étienne, en cambio, me gustaba todo. Un chico de mi edad (mi amante casado era mucho mayor), sano (el otro fumaba sin parar), sonrosado (la piel enfermizamente pálida del otro, sus duros ojos negros, su pelo como acero...), con olor a jabón, a *aftershave*, a amanecer en el campo (el otro olía a tabaco; su boca sabía a sal, por el litio de los antidepresivos)... Un chico inteligente y serio, que acababa de licenciarse en la École Polytechnique, un chico con futuro.

Mientras aspiraba el canuto (iba a tener que dejarlo si seguíamos juntos; Étienne no decía nada, pero yo percibía que no le gustaba), le miraba a hurtadillas. ¿Se podía ser así: tan sereno? ¿Vivir como él? Sin vacilaciones, sin altibajos. Sin carcajadas, sin lágrimas, sin angustia. Sin estallar, sin subir a las nubes, sin caer en pozos... ¿Podía ser todo tan fácil, tan simple? Un hombre. Sin trastienda, sin truco, sin doble vida. Un hombre bueno.

Pero no, yo no estaba del todo tranquila. ¿Y si se guardaba cartas en la manga?... Quizá si se lo preguntara indirectamente... O si me limitaba a dejarle hablar de sus amigos, los de la École Polytechnique: Mathieu, Raphaël, Guillaume, Jérémie, y de sus parejas: Raphaël y Raïssa, Guillaume y Liliane, Jérémie y Margot... quizá saldría el tema. Y me habría gustado preguntarle sobre sus padres, pero cómo iba a ser tan indiscreta...

¿Y abordarlo como algo abstracto, general? «¿Tú qué piensas de... qué piensas sobre...? ¿Qué te parece la...?» Porque lo que no podía era preguntárselo así por las buenas: «¿Tienes intención de serme fiel?». Menuda ingenuidad, ¿no? Como los impresos para solicitar visado de Estados Unidos:

«¿Tiene usted intención de cometer actos terroristas en territorio americano?». Además, ¿no iba a conseguir lo contrario de lo que quería? Todas las alarmas encendiéndosele, luces rojas, algarabía de timbres y pitidos: ¡una mujer quiere atraparme! El terror de todos los hombres. ¿O no todos? Quizá solo los malos, yo me entiendo. Los hombres retorcidos. Aquellos con los que hay que tomar precauciones: «En mi casa no entra una chacha que no sea...». (Me gustaba saber que los padres de Étienne no tenían criada. Madame Kaminski ponía la lavadora, monsieur Kaminski pasaba el aspirador. Compraban la comida preparada y la ropa que requería plancha la llevaban a la tintorería.) Los escurridizos, los que no se casan con nadie, aunque pasen por la vicaría o el registro civil. Los coleccionistas de mujeres, como mi amante casado. Hombres-serpiente: buenísimos en la cama, pero peligrosos como boas.

Puigcerdà, septiembre de 1985: el momento-bisagra, la frontera. Ya está, se acabó la etapa de estudiante, o de profesora ayudante de español en Inglaterra, que venía a ser lo mismo: un empleo temporal, un pretexto para alargar la vida alegre... Ahora tocaba sentar la cabeza, como dicen. Buscar un trabajo de verdad (¡qué miedo!), buscar piso (¿en qué ciudad, en qué país?), pagarse los propios gastos (¿cómo?, si salta a la vista que son imposibles de cuadrar con los ingresos), definir una vida (¡socorro!, ¿por dónde empezar?).

Y he aquí que al despedirme de Étienne en Inglaterra, al ir a separarnos, porque yo iba a volver a Barcelona y él a París, he aquí que se nos ocurrió... ¿y si volviéramos a vernos?

Por si acaso. Por si, por si... Un fin de semana juntos, después del verano. ¿Dónde? Ni en Barcelona ni en París: en Puigcerdà, al pie de las montañas que separaban nuestros dos países. Sería el final de una pequeña historia... o el principio de una grande.

Bueno, en realidad... No sería una historia, sería la historia. La Historia con mayúscula, la que en el fondo (esto que quede entre nosotros) siempre pensé

que llegaría. (¡Bajad la voz!) Porque la vida no podía ser eso a lo que yo estaba volviendo en Barcelona, cerrado el alegre paréntesis inglés. Los horribles atardeceres líricos vistos desde un cuchitril con olor a cañerías, en la penumbra tristona de un domingo por la tarde, y el pensamiento insoportable: ¿eso era todo?... (Étienne, en cambio, ¡con qué confianza contemplaba el futuro!) Constatando la indiferencia del mundo. Garabateando números en libretas, en hojas sueltas, en dorsos de sobres, en servilletas de papel. (Y creíamos que la vida iba de amor y de amistad, de ideales y de literatura...) Esforzándote en seguir creyendo, como mandan los cánones —los libros de autoayuda, los anuncios de Coca-Cola—, en cualquier cosa. En la que en realidad has dejado de creer. ¿Por qué? Porque tienes ojos en la cara.

Sí, en el fondo (pero es un secreto) siempre esperé que esa vida mía solitaria no sería para siempre (¡no me asustes!), no iba realmente en serio; que se terminaría... ¿cómo? (Ay, qué ridículo, quita, quita. ¿De blanco? Pero ¿es que alguien de mi quinta puede casarse de blanco sin que le recuerde aquel anuncio? ¿Os acordáis? Se veía a una novia, joven-guapa-radiante, claro, avanzando por el pasillo de la iglesia y, mientras sonaban los acordes de la *Marcha nupcial* de Mendelssohn, una voz entonaba con gran solemnidad: «Laaa-ve / su ropa con Persil»...)

La Historia, en realidad, estaba escrita. (Pero nadie lo decía. Solo mis padres —los padres, en general— hacían como el niño con el emperador. Cuando habías terminado de contarles tu profesión (tan poquita cosa, entre nosotros), tu sueldo («para los cafés y los taxis», resumió una vez mi padre), tus viajes, tus amistades, tus aficiones, tus proyectos... preguntaban: «Y de novios, ¿qué?». Solo le faltaba el principio, la primera escena; las demás nos las sabíamos de corrido. (En lo que no habíamos pensado era en el final.) El principio, la localización («Exterior, día. La escena se desarrolla en...»), y, claro, el coprotagonista. (¿Cómo? ¿Un final, dices? ¿Es que va a tener final?)

Exterior, día. La escena se desarrolla junto a un lago, a finales de verano, en Puigcerdà. Suave luz dorada. Chopos, abetos, sauces. Nubes reflejándose en el agua. Al otro lado una mansión, en forma de pequeño castillo, pintada de rojo oscuro. Al fondo, majestuosos, los Pirineos. (Todo como está mandado. Inmejorable. Con violines y puesta de sol.)

Sentados en un banco, como en la canción de Brassens: «*Les amoureux qui s'bécotent sur les bancs publics / Bancs publics, bancs publics...*», al borde del agua, una chica y un chico se besan y charlan, abrazados.

«*Ils se tiennent par la main, / Parlent du lendemain...*» Se cogen las manos, hablan del mañana...

Ella habla de su sueño de ser escritora. (Ser escritora. Sí. Pero ya no bastaba seguir soñando, ahora tenía que encontrar la manera de hacerlo. Me tenía que ganar la vida.) Él, del Mont Blanc.

Ella habla del libro de relatos que ha empezado a escribir. Él, de su búsqueda de trabajo. Ofertas y más ofertas, solo tenía que elegir. (Por el momento, gracias a una amiga, yo estaba dando algunas horas de clases de inglés en una academia, en un sótano con olor a pipí de gato.)

Él sigue hablando del Mont Blanc. De su ídolo, el alpinista Messner. Del Mont Blanc, el Matterhorn, el Kilimanjaro, el Everest... Quiere escalarlos todos. (Era tan tranquilizadora esa simplicidad de Étienne: su deseo, subir. De abajo arriba, en línea recta. Un pico detrás de otro. Un cuatro mil, un ocho mil. Esa fuerza suya, esa claridad, que tenía algo de inocencia. Yo vivía en un laberinto y necesitaba desesperadamente a alguien que desde fuera sostuviera el hilo que me permitiría explorar, pero volver, no perderme.)

Él se ríe contando cómo las empresas se lo disputan. (Yo acababa de tener una entrevista con una editorial que buscaba a una persona que revisara traducciones. Era un trabajo ideal, de ocho a tres, que me permitiría escribir por las tardes. Pero dudaba mucho de que me lo dieran.)

Él menciona de paso los sueldos que le ofrecen. Tres mil francos, cuatro mil, cinco mil... Ella traduce a pesetas y le da vértigo. (¿De ocho a tres? Seguro que luego, a la hora de la verdad, era todo el día. Nadie te paga un sueldo decente si no te entregas a la empresa en cuerpo y alma. Y si te entregas en cuerpo y alma, ¿qué cuerpo y qué alma te queda para la escritura?)

Él habla de trabajar para multinacionales, de vivir en distintos países. (Escritora, suena bonito, pero ¿y si fracasaba?... Mejor que Étienne no se interesara mucho por mis cosas. Étienne, ya me estaba dando cuenta, era alguien que no hacía preguntas. No le gustaban las preguntas. Cuando observé que me había dicho el nombre de las mujeres de todos sus amigos menos de Raphaël y quise saber si alguna vez había tenido novia, Étienne se encogió de hombros: «*Je sais pas, c'est sa vie privée*», no sé, es su vida privada.) Tampoco me preguntaba nunca por mi escritura. (Buena idea echarme un novio francés que no sabía una palabra de español, así no podría leer lo que yo escribía, y no estaría pendiente de mí como mi padre, del que nunca terminaba de saber si quería que yo tuviera éxito, para presumir de hija, o si no soportaría mi éxito porque le haría sentirse fracasado.)

Con su trabajo y su buen inglés, dice él, podrán elegir. Berlín, Ámsterdam, Milán, Nueva York, Singapur... El mundo se abre como un maravilloso abanico, y no hay más que alargar el dedo y señalar. Ella se imagina escribiendo frente a una ventana por la que se ven rascacielos, o canales. Él dice que algún día le gustaría comprar un velero (a ella le parece que debe de ser carísimo, pero no dice nada) y dar la vuelta al mundo.

«*Ils se voient déjà doucement, / Elle cousant, lui fumant, / Dans un bien-être sûr...*» Ya se ven, dulcemente, ella cosiendo, él fumando, en un bienestar seguro. *Et choisissent le prénom de leur premier bébé.* Qué nombre tan bonito, Étienne. Sus padres eran novios desde los quince años: se habían conocido en el instituto. Con cuánto respeto hablaba Étienne de sus padres... y

al mismo tiempo, una especie de distancia, casi de desinterés, que yo envidiaba.

Él llevando el timón, ella escribiendo sobre una mesita bajo un ojo de buey... (Pero entonces, ¿para qué estaba yo intentando conseguir un puesto en una editorial?)

Ay, dios mío, ¿quién era yo? ¿Una intelectual asexual que lee a Horkheimer y debate sobre la Escuela de Frankfurt, como con mi novio filósofo? ¿Una amante, con medias negras y sandalias de tacón de aguja, siempre a punto para follar y nada más que follar, como con mi amante casado? ¿Una esposa-y-madre encerradita en casa con los niños y el aspirador, mientras su marido busca la diversión en otra parte, como las amigas de mi madre?... ¿Entonces?

¡Ay, yo qué sé! Lo único que yo sabía, sentada con Étienne en ese banco (banco, banco... esa palabra me recuerda algo...), era que me gustaba tener a mi lado a un hombre que, él sí, sabía lo que quería. (Vivir a la sombra amorosa de un hombre como un gran árbol. Ser su acompañante, su —bajad la voz— mujercita adorada —¿he dicho yo esta cursilería?—.)

Escalar montañas. (Yo a eso no podría acompañarle, sufría de vértigo.) Montañas o puestos en la empresa. Como monsieur Kaminski, que a los quince años trabajaba junto a su padre en la mina, y ahora era alto ejecutivo, muy alto. «¡Un poco más y tiene que pagar el impuesto de las grandes fortunas!», se reía Étienne. Su madre era secretaria de dirección. («¿Son felices juntos?», quise saber. Y Étienne, como desconcertado por la pregunta: supongo que sí. Como si no se le ocurriese ningún motivo por el que una pareja pudiera no serlo. Esa ignorancia para mí era un bálsamo.)

El hombre impasible. El metro de platino iridiado, el pivote alrededor del cual girar, hacer eses, espirales, sin perder de vista dónde estaba el centro. La mano que sujetara el cordel para que yo pudiera volar como una cometa.

Qué sencillo era todo con Étienne. Era un hombre, sencillamente un hombre, un hombre bueno. Y si él era un hombre, yo era una mujer: no había que darle más vueltas. Solo tenía que atreverme a hacerle la pregunta.

A media tarde dejamos el banco (banco, banco... no, no consigo acordarme) y nos fuimos a la pensión. A la habitación. A la cama.

No recordaba, pensé secretamente, al terminar, que hacer el amor con Étienne fuera tan soso. Breve y mudo. Aséptico. Técnicamente perfecto, pero tan insípido... (¡Qué diferencia con mi amante casado!) Pero en vez de desilusionarme, eso me tranquilizó. Un hombre al que el sexo no le interesaba demasiado no me convertiría ni en una amante clandestina, ni en la esposa que hay que tener en casa para que la cena esté a punto y los niños bañados cuando vuelves de acostarte con tu amante. No me haría disfrazarme con medias y ligeros, no se lavaría para quitarse mi perfume en cuanto se levantara de la cama, no me contaría que se estaba ligando a su médica. Si el precio era la insipidez, lo pagaría con gusto.

Yo, en fin, lo tenía decidido. Quería casarme con Étienne. La única condición, la única prueba que quedaba por pasar, era la pregunta. Y no le di más vueltas; se lo pregunté tal cual, a bocajarro: «¿Tienes intención de serme fiel?».

Él respiró hondo y contestó: «Escucha, Laura: yo cuando me comprometo, me comprometo».

(De pronto me viene el recuerdo que se me escapaba. El diálogo que tuvimos muchos años después. «*Tu te rappelles*», dije yo, «*cet après-midi à Puigcerdà, quand nous étions assis sur une banque?*», ¿te acuerdas esa tarde en Puigcerdà, cuando estábamos sentados en un banco? Y Étienne me corrigió sonriendo: «*Un banc*». Él no se dio cuenta, pero yo me sonrojé hasta la raíz del pelo... En vez de *banc*: asiento, yo había dicho *banque*: empresa que realiza operaciones financieras.)

Dos años después empezamos a vivir juntos, y al cabo de otros dos nos casamos. (Sube el volumen de los violines, se hacen más moradas las nubes, más rosado y amarillo el cielo, aparece la palabra FIN... El público saca los pañuelos de papel.)

La Yeti

Barcelona, mayo de 1987

Es una mañana clara y azul en Barcelona, y de camino a la editorial — nerviosa: hoy es un día importante— paso por la plaza Molina. Y me acuerdo de mi padre, que la cruzaba para llegar a nuestra casa.

Le imagino entrando en la calle Sanjuanistas, llegando a nuestro portal... El humilde parterre con plantitas, la puerta esmaltada de rojo oscuro del ascensor... Subía, metía la llave en la cerradura... Diez de la noche, diez y media.

Al oír la llave, yo salía de estampida hacia el recibidor. Cinco años, seis. Corría por el pasillo, en pijama, «derrapando en las curvas», decía mi padre riéndose, y me arrojaba a sus brazos. Mejor dicho, a sus piernas, porque no llegaba más arriba. ¿De dónde vendría? Se agachaba para besarme, me alzaba y me abrazaba, llamándome Laureta. ¿Qué debía hacer todo el día, y hasta la noche, sin nosotros, fuera de casa?... «Viene del yese», me decían. Alto, imponente, serio, trayendo consigo el frío de la calle. ¿Qué sería el yese? Desde el suelo, mi hermano, que se había levantado de la cama —mi madre al llegar al recibidor le reñiría, nos reñiría a todos, antes de darle a mi padre un beso burocrático— y con sus patitas cortas de dos años no había llegado a tiempo para ser el primero, me tiraba furiosamente de las piernas. *Yese* me sonaba a Yeti, el de Tintín, esa especie de gorila gigante, cazador solitario que vivía en las nieves eternas, en una cueva en lo alto de la montaña, y que aterrorizaba a toda la comarca... Alto, fuerte, recubierto de una pelambreira oscura, como mi padre con su traje y corbata, su uniforme-coraza. Un señor tan

serio, tan temible... y a mí me maravillaba que, siendo frío, duro, invencible, hiciera una excepción conmigo. Que me llamara Laureta, que fuera tierno, que yo le hiciera gracia.

Siete años, ocho. Suena el teléfono, lo coge mi madre. Me lo pasa, muy seria: «Para ti, del planeta Marte». Increíble, emocionada, cojo el auricular. Pitidos, chirridos, chisporroteos, propios sin duda de los platillos volantes (o de una radio mal sintonizada adrede, pero de eso caería en la cuenta mucho más tarde), y una voz que arrastra las sílabas, que pasa de agudos altísimos a graves bajísimos, que pregunta: «*LauREEEE!!!!-ta? Ets la LAU-reeeee-eeee-ta?*», y yo, maravillada: «*Sí, sóc jo, i tu qui ets?*». «*El teu AAAA... amiiiiic... marciàààà.*» Mi amigo marciano quiere saber si en la clase de natación que he tenido esa tarde (¿cómo lo sabe?, me pregunto boquiabierta) he practicado crol o braza. Hace un par de preguntas más y enseguida cuelga. Es que las conferencias desde Marte son muy caras, me explica mi madre, impertérrita, mientras pica cebolla en la cocina, cuando voy a contárselo.

Entretanto he llegado a la editorial. Entro en el ascensor sintiendo punzadas en el estómago.

Van desfilando los números. Primera planta: departamento comercial.

No será la primera vez que suba a la sexta. Estuve aquí el primer día, para entrevistarme con el Número Dos cuando me contrataron, y de nuevo hace un mes, cuando subí a verle para pedirle que confiara en mí, que me dejara crear una colección de narrativa... Hoy subo no como visitante, sino como miembro de pleno derecho.

Segunda: producción...

No les he dicho nada a mis padres todavía por si acaso algo se tuerce. Solo Étienne lo sabe. Esta noche le llamaré a él también, a París, para contarle cómo ha ido.

Tercera: prensa y publicidad...

Doce, trece años. Domingo en el campo de aviación. Sentada en una manta, con mi madre y mi hermano —no podemos corretear: con aviones aterrizando y despegando, sería peligroso—, observo cómo mi padre y su amigo enganchan un cable que une el planeador a la avioneta. Luego mi padre se mete en la cabina del planeador y su amigo en la de la avioneta. Rugido de motores. La avioneta toma carrerilla por la pista... despegamos... asciende rápidamente, arrastrando al planeador...

Cuarta planta: redacción...

Cuando han alcanzado suficiente altura, sueltan el cable. La fea avioneta gris baja ruidosamente a tierra, mientras el elegante planeador aerodinámico se desliza, ahora solo, por el aire.

Quinta: departamento editorial. Sexta...

Mi madre, tumbada boca arriba en la manta, lee tranquilamente una novela. Mi hermano, hosco, tumbado boca abajo, hojea un tebeo. Yo contemplo con envidia cómo el planeador, con mi padre dentro, se interna en el misterioso paisaje blanco, silencioso, de las nubes.

Cuando seas mayor vendrás conmigo, le promete mi padre a mi hermano. (¿Y yo? Mi papá Yeti, mi amigo marciano, ¿ya no me quiere? ¡Claro que me quiere! Pero me quiere Laureta, no aviadora.) Mi hermano no levanta la vista del tebeo.

Al aparecer la cifra 6 iluminada, se para el ascensor, se desliza suavemente la puerta... Inmediatamente se percibe que hay algo en esta planta que la hace diferente a las demás. Inconfundible. Algo, sí, pero ¿qué?

¿Será la moqueta? Parece más mullida que las del resto del edificio.

¿Será la luz? Una luz que entra a raudales por las ventanas. Blanca, suave, como plumas o tul, seráfica.

¿Será...? ¡Ah, claro, ya lo sé! Es el silencio.

Las otras plantas están llenas de gente. Se oyen teléfonos, repiqueteo de

máquinas de escribir, o el del teclado del télex que perfora la cinta de papel; se oye gente que habla en voz alta, risas, cuchicheos, abrir y cerrar de puertas... En la sexta no se oye nada. Ni se ve a nadie, más que tres o cuatro secretarias. Salvo la alemana, que, aunque calle igual que las demás, no puede evitar llamar la atención, las secretarias son una presencia discretísima. Si tienen que hablar entre ellas, susurran. Mantienen siempre una misma expresión: afable, receptiva, respetuosa. Sus pequeñas mesas, situadas a la puerta de los grandes despachos, evocan irresistiblemente la caseta del perro.

Allí los únicos que hablan alto, que dan órdenes, que gritan si hace falta, son los jefes. Que son tres, o, mejor dicho, dos y medio. Uno es el Fundador, el Número Uno, el Patriarca. El otro es el Heredero, el Número Dos, el Júnior. En cuanto al Número Tres, es solo un jefe a medias. Tiene un alto cargo, pero no es de la familia. Su despacho está en la sexta planta, como los de los otros dos, pero es más pequeño y está en una esquina. De todos modos, el Número Tres está poco en su despacho. Con sus zapatos de suela de goma, callado y observador, pasea por las plantas, las salas, los pasillos, está en todas partes y en ninguna.

En sus despachos respectivos, el Número Uno y el Número Dos tienen cada uno un escritorio de caoba, con una escribanía de cuero y plata, un teléfono con muchos botones que se encienden y apagan, un gran cenicero de cristal tallado y unos pocos papeles, porque los jefes no necesitan leer mucho. Los jefes no trabajan. Los jefes hacen algo mucho más importante: piensan. Y para eso necesitan un silencio absoluto. Amenizado si acaso por algún coro de ángeles.

De vez en cuando, los jefes reciben visitas, que les ayudan a pensar. Por eso en cada uno de los despachos hay una mesa con sillas para las reuniones con gente de nivel inferior (ahí me senté yo con el Número Dos cuando fui a proponerle, con las piernas temblándome, crear una nueva colección, de

narrativa extranjera), y un amplio y cómodo tresillo de cuero, frente a una mesa baja (en la que una secretaria sirve silenciosa y respetuosamente el café) para las visitas de gente de su mismo nivel. (Gente de nivel superior no existe.)

Del otro lado del pasillo está la sala de juntas, en la que se reúne el Consejo Editorial. Al que voy a asistir hoy por vez primera.

Una gran mesa ovalada ocupa casi todo el espacio. Hemos llegado a la vez, y nos vamos sentando, los miembros subalternos del Consejo. Los Jefes con mayúscula, naturalmente, todavía no han entrado. Los Jefes hacen cuestión de principios de llegar tarde. Los Jefes tienen que estampar en cada uno de sus actos, hasta los más pequeños, la marca de que ellos son los jefes.

Por el momento, el Número Uno está en efígie. Su imponente retrato al óleo, de cuerpo entero, preside la sala de juntas. Nos da ejemplo. ¿O nos vigila?...

Alrededor de la mesa, el jefe de producción, el director comercial, la directora de la colección de best sellers, la jefa de prensa, el jefe de redacción... Esperamos en silencio. Y yo caigo en la cuenta de cómo van vestidas la jefa de prensa y la directora de la colección de best sellers: una, traje chaqueta con falda y sandalias de tacón; la otra, pantalón de lino con raya perfectamente planchada y blusa de seda... y las dos un peinado de peluquería, con mechas rubias, y las uñas pintadas... Ay, dios mío, y yo que llevo el pelo corto y sin teñir, y alpargatas y un conjunto de pantalón y blusa que parece un pijama, a rayas amarillas, rojas, azules, lo encontré en mi barrio, era barato y me pareció divertido... no sé si el ser, de lejos, la más joven, será excusa suficiente para... ¡Ah! Ya vienen los jefes.

Están entrando por orden. Primero el Número Uno, a pasitos, relajado, bonachón. Después el Número Dos, firme, marcial, canino. Por último, el Número Tres, suave, felino, observador.

El Número Uno, el Patriarca, es un caballero de setenta y tantos años,

todavía guapo, con el pelo blanco, muy atildado. De joven, dicen, fue comunista. Hizo la guerra con los republicanos; se tuvo que exiliar; fundó su editorial en Argentina, hizo fortuna y volvió a Barcelona. Lleva trajes y corbatas impecables, aunque algo enfáticos y pasados de moda. Sonríe a los jóvenes y es galante con las damas. Por Navidad, él mismo va a Santa Eulalia a comprarles bolsos o fulares de seda a sus secretarias. Fuma, relajadamente, puros.

Sentado a la cabecera de la mesa de la sala de juntas, debajo de su retrato —«La Editorial, *c'est moi!*»—, el Patriarca nos mira con una especie de condescendencia divertida. Esa etapa de la vida en la que nosotros estamos, con nuestros pequeños sueldos, nuestra ambición, nuestras dudas, las rivalidades y envidias que no conseguimos disimular del todo, le enternece. Nosotros, los subalternos, nos ganamos el pan con el sudor de nuestra frente. La editorial nos pesa como las piedras que los esclavos egipcios arrastraban para construir pirámides. El Patriarca, en cambio, dirige su imperio con leves golpecitos, como si fuera un zepelín que llevara atado al dedo con un lazo.

A su lado se sienta el Número Dos. El Número Dos, Jefe Júnior, Yerno y Consejero Delegado, está casado con la hija del Patriarca. El Número Dos es un hombre de unos cincuenta años, guapo, aunque ya calvo, huesudo, con hermosos ojos azules y un aire desganado, resabiado y displicente, un gesto tenso como si le doliera el estómago, que fuma cigarrillo tras cigarrillo. No es un jovencito con una mano delante y otra detrás desesperado por hacer fortuna, como lo fue alguna vez el Patriarca. No es un empleadillo que baja la cabeza, que hace méritos, que le pega algún alfilerazo al empleadillo de al lado por debajo de la mesa, como nosotros. El Número Dos, burgués de nacimiento, obviamente de derechas, es uno de esos hombres acostumbrados a hablar de tú a tú con los ministros, a tener a su alrededor un revoloteo de secretarias, criadas, camareros, esposas, jardineros, a los que de vez en cuando hay que

poner firmes pegando cuatro gritos. Una vez me contó que años atrás, cuando era joven, al tomar un tranvía, se vio a sí mismo rodeado de gente de poca monta (no lo dijo con estas palabras, pero se infería). Y entonces —me contó — se preguntó para sus adentros: «¿Qué puedo hacer, yo, con esta gente?», y se contestó: «Mandarles».

Y el Yerno manda. Manda, sí, incluso manda mucho, pero no tanto como el Patriarca. Entre el Patriarca y la gente de poca monta, el Yerno está en un nivel intermedio; medioalto si se quiere, pero no arriba del todo. El que está arriba es el Patriarca: benévolo, sonriente, flota sobre su nube, entre rayos dorados y querubines con liras. A sus pies, el Yerno estira el cuello, mira a los lados y, a la menor provocación, ruge y enseña los colmillos. Pero a mí no me da miedo: yo sé que a él, como al Patriarca, le hago gracia. (Al Número Tres, en cambio, se nota que no le hago ninguna.) Cuando estamos solos me habla de una verruga que tiene en un pie, de un crucero que ha hecho con su familia por el Caribe, o de lo mona que está su perrita con un lazo en el cuello.

El Número Tres es el más joven (cuarenta y pocos), el de clase más baja (su padre, oí decir, era carnicero), el más inteligente y culto (de lejos), y el único que sigue siendo de izquierdas. Trata de tú a tú al Patriarca y al Yerno, pero no tiene la misma autoridad que ellos. No la necesita. El Número Tres, más que mandar, inspira, como el Espíritu Santo. Viste con sencillez: es el único que no lleva traje. Habla con un tonillo irónico y un punto desdeñoso, de hombre al que nada sorprende, pues conoce los secretos, la trastienda, las intrigas entre bastidores; suele citar casualmente, siempre en la lengua original (francés, italiano, latín, griego...), frases de tal o cual libro, de las decenas de miles que ha leído, o el nombre de tal o cual intelectual de izquierdas, líder político, intelectual de renombre o famoso hispanista extranjero con el que cenó anoche; y cuando alude a sí mismo, lo hace con gran ostentación de humildad.

Es uno de esos comunistas «secos, insensibles, abstractos», de los que habla André Gide en su diario.

El nombre que tenga su cargo es lo de menos: de lo que el Número Tres ejerce realmente es de Eminencia Gris. Entre bastidores es donde se encuentra más a gusto, cuchicheando al oído de este, halagando a aquel, tendiéndole una emboscada al de más allá, sonriendo a todos. Tiene al Número Uno y al Número Dos embelesados. Le admiran por su saber enciclopédico, por su inteligencia, su capacidad de maniobra; por sus contactos, por sus estrategias, porque se ha hecho a sí mismo.

Y empieza el Consejo.

¿Quién debe ser ese autor del que está hablando la directora de la colección de best sellers? No sé qué Gordon. No he oído nunca ese nombre. Y ellos, ¿habrán oído mencionar a la escritora de la que voy a proponerles, como primer título de la nueva colección, un libro de relatos?

Está diciendo algo de un médico... Estoy tan nerviosa que no me entero.

Hasta ayer estaba muy segura, pero ahora empiezo a dudar. ¿A quién le interesan los relatos?

¿Cuánto vendimos del anterior?, pregunta el Número Dos al director comercial.

Un libro de relatos de una autora brasileña a la que nadie conoce... El libro es buenísimo, yo estoy convencida, pero ¿cómo lo demuestro?, ¿a quién convenceré?... ¿Y si es un fracaso de ventas?...

Dólares... ejemplares...

Ess pott?, dice una voz grave, ronca, mientras se abre la puerta. Envuelta en un aura de tabaco negro, entra la secretaria alemana. Alta, delgada, con el pelo cortísimo teñido de un color metálico. Viste siempre de negro; lleva hombreras, botas altas, joyas, de acero, de cuero, de hueso.

Diez por ciento hasta diez mil, luego doce por ciento...

Clac, clac.

¿No era así como quería ser yo hace años? ¿Como me soñaba de mayor? Soltera, sofisticada, una mujer «interesante».

¿Cuánto nos cobrarían por usar la misma ilustración de portada? Esta misma agencia, con aquel otro libro, nos pidió tanto.

«Vas a tener mucho éxito, no lo dudo», me había dicho una amiga. Fue uno de esos diálogos que se recuerdan, por más años que pasen: no solo las palabras, sino el lugar, la luz, la temperatura, todos los detalles.

Estábamos en casa de mis padres, era junio y hacía mucho calor. «Vas a tener mucho éxito, no lo dudo», me dijo. No sé de qué hablábamos. «En lo profesional, quiero decir.»

Nos habíamos conocido en la facultad, pero ella vivía fuera de la ciudad, en una comuna. Yo era la más joven de la clase, ella era bastante mayor. Trabajaba, estaba haciendo la carrera a trancas y barrancas. Ahora había venido a Barcelona para los exámenes finales y se alojaba en nuestra casa. Necesitaba planchase algo, yo le saqué la tabla y la plancha y estábamos charlando mientras ella planchaba. Estábamos en la cocina, donde no llegaba el aire acondicionado. «En lo personal», añadió, «ya no estoy tan segura.»

Una condena sin paliativos. Tremenda, pero que me pareció irrefutable. Lo dijo ella, pero lo pensaba todo el mundo. ¡Si era lo mismo que me decían mis padres!: «Nunca te querrá nadie y nunca serás feliz, porque eres una egoísta». Y yo hice de tripas corazón y pensé: allá voy. No sería feliz, me resignaba, pero al menos tendría una vida interesante. Sería escritora. Tendría historias de amor imposibles, pero nunca vulgares, con escenógrafos de ópera o corresponsales de guerra. Estaría siempre viajando: a París, a Tokio, a Beirut, a Salzburgo... Nunca me aburriría. Y si me preguntaban si era feliz, contestaría con una sonrisa irónica, agri dulce: «¿Felicidad? Debe de estar muy bien, pero

no soy lo bastante...» (¿cómo se dice «tonto» sin ofender?) «ingenua para conocerla».

Clac, clac.

La secretaria le entrega al Número Tres unos papeles y una pluma, obsequiosamente. Se inclina para hablarle al oído. Se ríe, bebe sus palabras... Se va con los papeles y una sonrisa beatífica.

Veinte mil, treinta mil...

Clac, clac.

Un mes atrás le había contado a Étienne, entusiasmada, que el Número Dos había aceptado mi propuesta de crear una colección de narrativa extranjera. Le hablé de los autores a los que quería publicar: la cuentista brasileña, la poeta americana, la dramaturga austríaca, el novelista israelí... Étienne me escuchó atentamente. Cuando hube terminado, me preguntó cuál era el *business plan*.

¿El *business plan*? Me quedé en blanco. No tenía la menor idea de lo que era un *business plan*.

Clac, clac.

En septiembre, Étienne va a mudarse a Barcelona, por dos años. Ha conseguido que le admitan en el Instituto de Estudios Superiores de la Empresa, el IESE, para hacer un máster y que su empresa de París le guarde el puesto esos dos años. Sin sueldo, claro. Viviremos de lo que yo gane. Por eso me atreví a proponerle al Número Dos crear una colección de narrativa. Porque necesitaba desesperadamente un aumento de sueldo.

Muy bien, dice la directora de la colección de best sellers, que es la que redacta el acta, apunto que vamos a pasar oferta por *El médico*, de Noah Gordon, en los siguientes términos:

Ay, ay... Ahora me toca a mí. Ahora me descubrirán. Descubrirán que soy una impostora, que tienen a una impostora entre sus filas. No solo no tengo la menor idea de quién es Noah Gordon, ni sé qué es un *business plan*, sino que

les he ocultado que tengo novio. Solo a la jefa de prensa, con quien tengo confianza, le he hablado de Étienne.

Al Número Dos no le he dicho nada. Si llega a saber que tengo novio y es francés, no sé si habría aceptado mi propuesta de nueva colección... Habría temido que me casara, me fuera a París y dejara la editorial. ¿Dejar la editorial, yo? ¿Por amor?... Vamos, me ofende usted, señor Número Dos. Es verdad que estoy enamorada; es verdad que no es una historia imposible, sino, para mi sorpresa, vulgar. Vulgarmente feliz. Pero no por eso voy a llevar una vida vulgar. Cuando termine el máster, Étienne volverá a París, y yo me quedaré en Barcelona. ¿Temerá que me case, me quede embarazada y deje la editorial?... Ni hablar: eso, a mí no me va a pasar. Tal vez en el futuro consigamos trabajo los dos en la misma ciudad o tal vez no. Pero entretanto, cada uno tendrá su vida, su trabajo, su carrera. Y aquí y allá, el fin de semana, las vacaciones, cogemos cada uno un avión y pasaremos unos días juntos en Tokio o en Salzburgo.

—Y tú, Laura, ¿qué nos propones? —me pregunta el Número Dos, con su aire de te escucho pero date prisa, de soy simpático pero solo el primer minuto.

Todos me miran. Echo un vistazo de reojo a la jefa de prensa, pero ella está tan seria como los demás, como si no fuera mi amiga. Entiendo: ha desenganchado el cable. Me toca volar con mis propias alas.

—Un libro de cuentos de Clarice Lispector —murmuro.

Silencio.

—¿Y quién es ese ciudadano? —me espeta el Número Dos.

—Ciudadana —corrijo tímidamente. Ay, dios mío, ¿cómo les voy a convencer? ¿Quién fue Clarice Lispector? Latinoamericana, años sesenta... ¿Del boom?, me preguntarán esperanzados. ¿De quién fue amiga? ¿Cuándo se hizo castrista, y cuándo anticastrista? ¿A qué tertulias iba, qué manifiestos

firmó, con quién se emborrachaba?... Frío, frío. Era esposa de un embajador. Ponía cuencos con agua y pétalos de rosa para que se enjuagaran los dedos los invitados en las cenas diplomáticas, cuando servían langosta. Y las protagonistas de sus cuentos son amas de casa.

¿El Número Dos está torciendo el gesto, o es una impresión mía? Ay, cómo me ha mirado... se acaba de dar cuenta de cómo voy vestida... Sospecho que este pijama de presidiario pop no me hace ningún favor.

—¿Me dejas ver el libro? —me pregunta. Se lo entrego, extrañada. ¿Va a leer alguna página, para formarse una opinión? Pero si de literatura no entiende, ni creo que sepa portugués... Lo coge con la punta de los dedos. ¿Le ofrezco un cuenco con agua y pétalos de rosa? Lo palpa, le da la vuelta... y se lo pasa al jefe de redacción.

—¿Tú lo has leído? —me pregunta mientras tanto el Número Tres. Como todas sus preguntas, esta parece tener gato encerrado.

—Por supuesto —contesto.

El jefe de redacción está hojeando el libro.

—Trescientas veintidós, por... unos mil setecientos —dictamina.

Clac, clac. Quinientos cuarenta y siete mil caracteres. La traducción nos puede costar aproximadamente...

—¿En qué traducción? —sigue interrogándome el Número Tres con suavidad florentina.

—En el original —contesto.

—¿Ah, lees portugués? —exclama él, fingiendo admiración—. ¿Dónde lo has estudiado? —añade, fingiendo interés.

—¿A cuánto se paga el portugués? —pregunta el Número Dos al jefe de redacción.

—No lo he estudiado —contesto, desafiante, pero bajando la voz—. Es que tuve una amiga portuguesa y fui muchas veces a Lisboa.

—A tanto —contesta el jefe de redacción.

Clac, clac.

—Un portugués casero, digamos —murmura el Número Tres con una sonrisita. Me arde la cara, pero me callo—. Claro que quizá para leer a este tipo de autora —añade—, debe ser suficiente.

Clac, clac.

—El coste industrial, entonces... —murmura el jefe de producción.

—No es conocida —explico yo—, pero hace un par de años, yo os habría propuesto contratar a un tal Kundera o a una tal Duras a quienes tampoco conocía nadie, y ya veis cuánto se venden ahora.

El Número Dos no dice nada, pero noto que he acertado. Le he convencido. Confiarán en mí, no sé durante cuánto tiempo, y si perdemos dinero, me devolverán al departamento de traducciones o me despedirán.

—¿Tiraje? —pregunta el jefe comercial.

—Tres mil —dice el Número Dos.

—¿Peuuepé?

—Mil pesetas.

Clac, clac.

—Tres mil... mil setecientos... a mil pesetas...

Clac, clac.

Multiplicado... Clac, clac. Sumado... dividido por... Clac, clac. El jefe comercial levanta la calculadora, nos la enseña. Silencio.

—Pasa una oferta de mil dólares —me dice el Número Dos—. ¿Tenemos algo más?

—Nada más —dice la directora de la colección de best sellers, consultando el orden del día.

Silencio. ¿De verdad hemos terminado, y me he salido con la mía?...

Esperamos a que el Patriarca se levante. Se levanta, y entonces nos

levantamos todos. El jefe de producción, el jefe de redacción, el jefe comercial, guardan sus calculadoras. La jefa de prensa me guiña el ojo y yo le devuelvo una sonrisa. No me lo puedo creer: ¿de verdad ha ido todo bien?

Pero ¿qué hace el Patriarca?... Está viniendo hacia mí. Poco a poco... con sus pasitos de viejo... en medio del silencio expectante de los demás... Yo estoy rígida, alarmada.

El Patriarca llega hasta donde estoy... y me da, sonriendo, unas palmaditas en el hombro.

Ahora sí que estoy segura de que todo ha ido bien.

Mientras bajo en el ascensor, sueño con los ojos abiertos. Me imagino todos los libros que quiero publicar, publicados. Con las bonitas portadas de colores de mi colección: ilustraciones enmarcadas de azul, de rojo, de amarillo... Cuentos de Clarice Lispector, cartas de Sylvia Plath, una obra de teatro de Elfriede Jelinek, una novela de Amos Oz... (Pero los libros con los que yo quería poblar el mundo, ¿no eran los míos?)

Y pienso que tengo que tomármelo en serio. Tengo que aprender qué es un *business plan*. Tengo que hacer un máster, como Étienne. (¿Y escribir?... Ay, yo qué sé.)

Sí, eso es. Étienne estudiará en el IESE, el *yese*, de día, yo de noche, como mi padre veinticinco años atrás. Él fuerte, audaz, independiente. Yo fuerte, audaz, independiente. El Yeti y la Yeti se van a casar.

Lorenzo y María
El Golfet, julio de 1987

Sábado por la mañana. Verano.

Estoy echada en el sofá de *jacquard* color naranja, frente a la cristalera que da al jardín. Al jardín, a las terrazas —a la izquierda, lejos, el pueblo; a la derecha, la masa oscura de pinos, el Cap Roig con el castillo del ruso—, y enfrente, el mar... Pero no miro nada de todo eso. Leo el periódico.

Entra mi madre. Lleva un vestido azul, muy sencillo, muy bonito, que compró en Grecia y que se pone para ir a la playa. Yo llevo un mono como de aviador, cómodo y elegante, de un rojo claro, que me acabo de comprar y que me encanta.

—¡Ah! ¿estás aquí? Pensaba que habrías bajado a bañarte.

Por primera vez en mi vida, no estoy pasando el verano en El Golfet. Solo los fines de semana, y no todos. A mis padres les explico que estoy muy ocupada acondicionando el nuevo piso. He dejado el cuchitril del Raval y he alquilado un séptimo, con tres habitaciones y vistas al Tibidabo, en el paseo de San Gervasio, ahora que tengo un sueldo que me lo permite y que Étienne va a venir a vivir a Barcelona.

—Mmm... me da pereza.

Noto lo que mi madre está pensando, lo tiene en la punta de la lengua: ¡Pues no te dio pereza anoche!

Anoche, viniendo en coche desde Barcelona, ascendí el viejo camino bordeado de cipreses. Llegué arriba, al muro cubierto de bignonia... y ya estaban ahí, esperándome. Debían haber salido corriendo en cuanto oyeron el

motor. Los dos de pie junto a la puerta de madera pintada de verde, bajo el dintel de piedra, entre las matas de geranios, verbenas, dondiegos de noche. El Padre y la Madre todopoderosos de la infancia convertidos en adorables, inofensivos viejecitos de cuento. O así es como se ven a sí mismos. Contemplándose enternecidos. Con sus sonrisas ávidas. Tan emocionaditos de recibir a su hija que ya es mayor y llega conduciendo ella misma (¡qué mona!). Esperando a su hija con las fauces abiertas. No iban a tardar mucho en preguntarme por las fechas.

Ipsa facto, decidí que iba a bajar a la playa. En ese mismo instante. Les besé apresuradamente, declaré que era el momento ideal, ahora que la playa estaba vacía, que no hacía demasiado calor, que aún no era del todo oscuro... el mejor momento, delicioso... ¡deprisa, deprisa!, para tomar un baño, ¡con lo acalorada que llegaba yo de Barcelona!... y subí corriendo a dejar la maleta y ponerme el bañador.

Mi padre abrió mucho los ojos, y empezaba a abrir la boca para decir algo, pero mi madre se le adelantó, declarando, majestuosa y ceñuda, que muy bien, adiós, te esperamos a las diez para la cena.

Sé qué es lo que me va a preguntar ahora: «¿Ya sabes...?».

Pero no. Lo está pensando, pero no lo dice todavía. En vez de eso, exclama, solícita:

—¿Estás muy cansada, pobrecita?

Respirar hondo. Callar. ¿Pobrecita? Pobrecita, tú. Que no tienes nada que hacer. Bueno, sí, muchas cosas, pero aburridísimas. Chsss...

—Lo normal —contesto, prudente.

Mi madre calla. Yo callo.

Intento seguir leyendo el periódico, pero no me concentro.

—¿Hasta cuándo te quedas?

—Me iré mañana no muy tarde, después de comer, para evitar atascos.

Sola, autónoma, al mando. Encerrada en mi máquina, como un guerrero espacial. A toda velocidad. Pero ¿para ir adónde?... Los feos bloques de pisos de la avenida Meridiana. El sol hostil, centelleando duramente, matando los colores. Barcelona en verano.

—Pobrecita, qué fin de semana tan corto. ¿Por qué no te vas el lunes?

No puedo, no puedo, no puedo... ¿Lo hace expresamente o qué? Sentada en el sofá de *jacquard* azul, con sus ojos azules, su bronceado, su vaporoso vestido azul y sus uñas pintadas, mi madre es la viva estampa de un veraneo de tres meses en la playa. *Luxe, calme et volupté*.

Anda, deja ya esa broma, traduzco mentalmente. Deja ya de jugar a que trabajas, ya no tiene gracia, lo poco agrada pero lo mucho enfada. ¿No te das cuenta de que no vale la pena?

Los largos veraneos... Días enteros descalza, sintiendo el tacto de las baldosas frías olorosas a cera, el tacto crujiente de la arena, el áspero de las rocas... El frescor delicioso del mar, verde y cristalino... El camino de ronda, la roca en la que me tumbaba a leer...

—Empiezo a las ocho en la editorial, mamá. Tendría que levantarme antes de las seis.

Lunes a las ocho: paredes, suelo, techo, como en una caja. El frío artificial e inodoro del aire acondicionado. El maquillaje, la ropa que aprieta, los zapatos... A veces, a pesar mío...

—¿A las ocho? ¿Tan pronto?

Ocho a tres: lo normal. Lo normal cuando se trabaja, cuando se hace algo en la vida. Lo normal para ganar un sueldo a fin de mes. Lo normal cuando no quieres oír un día a tus amigas murmurándote cariñosamente: «piénsalo bien»...

A mí no me va a pasar. Maquillaje, horarios, aire acondicionado, sí. (No se lo digo a nadie, pero a veces...) Lucha, soledad, cansancio, sí. Pero también el

cheque a fin de mes, elegir piso, elegir coche, ir de compras sin tener que rendir cuentas a nadie. Y la pila de catálogos extranjeros encima de mi mesa, que hojearé a la caza del tesoro: la novela extraordinaria, el ave del paraíso, la joya que leeré maravillada, disputaré encarnizadamente a la competencia, lograré al fin, triunfante, publicar en mi colección...

Mi madre pasea la vista por la mesita baja de acero y mármol que está entre su sofá y el mío, encima de la alfombra de esparto. Botellas antiguas, historiadas, de color rojo, de color azul... Caracolas nacaradas por fuera y rosadas por dentro, orejas de mar irisadas... Pequeñas esferas de ágata, de jade, de cristal de roca, que mi padre colecciona. Revistas: *Marie Claire*, *Le Nouvel Observateur*... Y novelas, novelas, novelas. Entre ellas no falta nunca un volumen gastado, manoseado, ya un poco roto, de Proust, que mi madre está siempre relejendo. Esta vez es *Albertine disparue*.

Ah, pasar todo el verano leyendo novelas... Horas y horas tumbada en mi roca secreta. Y de vez en cuando, dejar el libro para zambullirme en el frescor salado y verde... (A veces siento que se puede ser adulta, sí, pero ¿vale la pena?) He tenido que cortar por lo sano. Amputar la nostalgia, matar hasta el recuerdo del placer. Por eso no he bajado a la playa. Ni siquiera voy descalza.

Mi madre revuelve las revistas, los libros, distraídamente. Lo dirá, lo dirá. Y en efecto...

—¿Ya sabes... —el tono es casual, como si se le acabara de ocurrir— en qué fechas vais a venir?

¿Adónde, quiénes?, podría preguntar yo, pero por supuesto lo sé muy bien.

No vendremos, debería decir ahora, tranquilamente. Es el momento. Sin alterarme. Cogemos las vacaciones en septiembre y no sabemos aún dónde las pasaremos, pero lo que es seguro es que aquí no. Étienne subirá a un avión en París, yo a otro en Barcelona, y nos iremos muy lejos. A un hotel, donde

nadie nos conozca. Donde nadie nos pregunte: «¿Ya te vaaas...?». Para eso ganamos dinero...

Es el momento. Anda, va, dilo.

—Me iría bien saberlo —añade ella atropelladamente— porque quiero invitar unos días a los Bassols, y también a los Puig...

—No lo sé, mamá. —¡Cobarde, cobarde!—. No sé cuándo cogeremos vacaciones, o si las podremos coger... —¿No te da vergüenza? ¡Cobarde, más que cobarde!—. No depende solo de mí. Pero haz tus planes, qué más da —añado, malvada—, si aquí cabemos todos.

Mi madre no contesta. Es la mujer de siempre: inteligente, afable, elegante, comedida... discreta y un poco secreta también... pero ahora está fingiendo, lo noto. Dominándose con esfuerzo, manteniendo a duras penas la compostura.

Se pone a hojear una revista. Yo sigo leyendo el periódico, pero no me entero de nada.

Mejor hablar, decir algo. Lo primero que se me ocurra, la cuestión es cambiar de tema.

—¡Ay! ¿Sabes a quién me encontré la semana pasada? A Esther.

—¿A Esther? ¿Dónde?

—En Servicio Estación. Yo iba a comprar unos tablones para hacerme unas estanterías, y ella unas barras para clavar en una pared, para no sé qué de su padre que está en silla de ruedas.

Esther es la mejor amiga de mi madre, se supone, pero solo ha estado en esta casa una vez. La recuerdo con su discretísimo vestidito: cerrado hasta el cuello, con mangas y falda por debajo de la rodilla, y feo para más seguridad, un vestido que proclama a los cuatro vientos que ella no le va a quitar el marido a nadie. Su cuerpo encogido, como intentando ocupar el menor espacio posible. Su sonrisa, obsequiosa, como de disculpa, que llevó puesta, idéntica, desde que llegó el viernes por la noche hasta que se fue el domingo por la

tarde. Se pasó el fin de semana dando las gracias. Agradeciendo la invitación, elogiando la casa, elogiando las vistas, elogiando el silencio, elogiando la playa. Felicitando a mi hermano por su medalla de yudo, a mí por mis buenas notas. Dando las gracias por la comida, pidiendo la receta del pudín de atún y de la mousse de chocolate blanco... La estéril Esther. Qué descanso cuando se fue.

—Ay, sí, pobre, su padre. Noventa y tres años, tiene, y lleva en silla de ruedas desde antes de cumplir ochenta. Suerte tiene de Esther. Le atiende muy bien, y mira que no le sobra tiempo, muchos días llega a las diez de la noche del laboratorio.

La casa fría, indiferente, cuando una llega de trabajar a las diez de la noche. De una presentación de un libro, de un viaje para visitar editoriales extranjeras... Cansada, malhumorada a veces: un alfilerazo del Número Tres, una novela que quería publicar y que otra editorial me ha pisado, una traducción malísima, dinero perdido, bronca del Número Dos, habrá que encargarse otra...

—Es muy buena hija —remacha mi madre.

Me muerdo los labios. Dios es testigo de que yo había intentado cambiar de tema.

Volvemos a callar. A mi pesar, recuerdo lo bien que me llevaba con mi madre en aquellos largos veranos, cuando las dos íbamos a la playa, las dos leíamos, y nos podíamos pasar horas hablando de cosas como la reacción del Narrador al conocer la muerte de Albertine.

Leer novelas... Porque sí, para nada. Novelas y no gráficos y cifras e instrucciones para confeccionar un *business plan*... Pasar el largo verano echada en la toalla, sobre la arena gruesa y caliente, ardiendo, de la playa. Inmóvil como un lagarto, como una planta...

Había días, en esta mi nueva vida, en que me sentía flaquear. En que habría

dato cualquier cosa por alguien que me acogiera con una sonrisa, con la mesa puesta, que me dijera: pobrecita... Pero ya está, ya, ya pasó, ya está resuelto: en octubre Étienne viene a vivir conmigo. Con su sonrisa, con su tranquilidad, con su guitarra. Con sus libros de alpinismo, con sus ojos azules. No me he matriculado en el IESE, finalmente: no quiero perder dos horas al día, ahora que vamos a poder pasarlas juntos.

—¡Ay, mira, el libro de Carmen Martín Gaité! —exclama mi madre viéndolo sobre la mesa. Me lo había prestado ella—. ¿Has leído el cuento que te recomendé?

—Sí.

Era un cuento sobre un matrimonio cuya hija ha muerto. La mujer, que no trabaja y está otra vez embarazada, se pasa los días encerrada en el piso en el que viven, sudando (es verano; Madrid está vacío), deprimida y angustiada. Casi no come; no consigue dormir, y si duerme, tiene pesadillas. Su marido, en cambio, que sale todos los días a trabajar y llega muy cansado, come con apetito y duerme bien.

—¡Qué bueno!, ¿verdad? Y terrible...

—Muy bueno, sí —admito imparcialmente.

—Qué bien visto está —prosigue mi madre—. Ese hombre tan seco, ese Lorenzo tan insensible... ¡Qué dureza de corazón! Mientras que ella...

No discutir.

—Sí, son personalidades distintas.

—No hace más que trabajar y trabajar, mientras ella, que le está esperando como agua de mayo... todo el día en casa, sola, recordando a la niña que ha muerto... y cuando él llega por fin... ¿qué hace? ¡Se pone a leer el periódico!

Me está empezando a atacar los nervios.

No quería discutir, pero...

—Es un poco absurdo, ¿no? —deslizo—. Eso que ella dice en el cuento...,

la narradora, digo, me ha llamado la atención eso que dice: «No podía decirle que me molestaba que leyera el periódico».

—¡Es que se les ha muerto una hija! Qué tremenda esa imagen, cuando ella dice que cree ver a la niña saliendo del cesto de la ropa sucia, toda amarilla y con las uñas despegadas... Necesita cariño... él es toda su familia, ¿cómo no va a esperar que le haga caso?

«*Fes-nos cas!*», ¡haznos caso!, era lo que habían gritado los ojos de mi padre, la víspera, cuando bajé a la playa. Qué gracia. Él, que cuando éramos pequeños llegaba de Barcelona los viernes por la noche y se iba de cabeza a la playa. Era mi madre la que nos escuchaba cuando llegábamos llorando por una pelea con la pandilla, por un tobillo torcido en las rocas. Papá es que trabaja mucho, está cansado. ¿De quién, papá, qué te parece, piénsalo, de quién he aprendido yo para qué sirve trabajar y ganar dinero?

Ay, basta, basta, yo quería pasar el fin de semana en paz.

—Qué soso es ese hombre, por dios —continúa mi madre—. Ella, en cambio, fijate cómo describe las cosas, mira, yo cuando leía iba subrayando. —Coge el libro, lo hojea—. Aquí, cuando relata esa vez que sueña con un antiguo novio: «faroles altos de luz verdosa»... «como una estatua con ojos de cristal»... O esta descripción de la luna: «roja, manchada, difusa, parecía que, en el esfuerzo por irse aclarando, se desangraba». ¡Qué sensibilidad!

—Sí... casi que demasiada —no puedo evitar contestarle—. Muy bonito, sí, todo eso de la luna y tal...

Mi madre levanta la mano derecha, en un movimiento brusco, la lleva hacia la boca, pero, antes de que toque los labios, los dedos se agitan, luego se relajan y el brazo vuelve a su lugar. Todo en menos de un segundo. Es su tic nervioso; hace tiempo que no se lo veía.

—Está muy bien escrito —prosigo—. Pero si en vez de tanta... —No lo digas... no lo digas, que se te va a notar la ironía. Hago un esfuerzo y no lo

digo—. Lorenzo intenta ayudarla, intenta razonar con ella, pero ella no se deja. Y si en vez de tanta... —No, no me resisto. Yo también tengo ganas de pelea—. ¡Si en vez de tanta *sensibilidad femenina*, tuviera una actitud más positiva, otro gallo le cantara!

Me has entendido, ¿verdad, mamá? Yo no voy a ser una María. No voy a ser como tú.

Mi madre encaja bien el golpe.

—Anda, no digas eso de «actitud positiva» —sonríe—, que pareces un libro de autoayuda.

Está echando balones fuera. Y es la actitud más prudente, desde luego. Pero yo estoy ya demasiado irritada. Además, ha empezado ella.

—Sensibilidad, sí, muy bien, muy bonito... Tiene grandes, nobles sentimientos. —Ya no intento disimular el sarcasmo—. Sufre, sufre; qué adecuado el nombre que lleva: María. La Dolorosa, con puñales clavados y lágrimas de cristal... Muy bien, ¡bravo!, ¡bravo! Y eso, ¿adónde la lleva? Él tiene razón cuando le dice: «Yo no puedo cuidar de ti, tengo mucho trabajo». Ella, ¿qué hace, para salir de su depresión? ¡Solo sabe quejarse, no hace otra cosa! ¡Quejarse, aguantar, decir: «No me consuelas nunca tú»! ¡Quejarse y no cambiar nada! ¡Esperar que venga otro, el marido, a salvarla! ¡Pobre marido!

Yo seré como Lorenzo. Como el Yeti. Viviendo con Étienne. El Yeti y la Yeti, enamorados y cómplices.

—¡Pues claro que espera al marido! ¡Como que no tiene a nadie más! ¡Como que está sola en casa todo el día!

—Es su culpa, ¿cómo puede ser que no tenga ni una amiga?

¿Y tú, qué amigas tienes?, me muerdo los labios para no decir. Las mujeres de los amigos de tu marido. A tu única amiga propia y verdadera has dejado de invitarla porque tu marido dice que le aburre, que las solteras le ponen triste.

—Es muy cómodo —sigo— esperar que otros te saquen las castañas del fuego... te sirvan de escudo, te permitan vivir encerrada en tu madriguera, sin salir a luchar. —Y para que mi madre no tenga tiempo de exclamar: «¿Como yo, quieres decir?», cambio rápidamente de tema—: ¿Te acuerdas de la escena de la carta?

—¿Qué escena de la carta?

—Cuando ella ha estado soñando con el antiguo novio, y luego, al volver a casa con su marido después de cenar fuera, encuentra una carta en el buzón para ella, con su nombre de soltera... y empieza a latirle el corazón a toda prisa, están los dos en el ascensor, Lorenzo la está mirando, y ella, como si fuera un gran acto de valor, abre la carta y se la enseña a él, que ni siquiera se lo ha pedido... y es una tarjeta de una antigua modista suya notificando un cambio de domicilio. ¡Le tiene miedo!

—Bah. —Mi madre se encoge de hombros—. No cuesta nada que él esté contento y tener la fiesta en paz.

—Anda, mamá, no me des la versión oficial. Mientras ella no gane dinero, no tenga un empleo, siempre será él el que importa que esté contento, él el que mande, por mucho que finjan o incluso que se crean otra cosa.

—Pero Laura, ¡qué cosas tienes! ¿Que busque un empleo? ¡Con lo afectada que está, y no es para menos, por la muerte de su hija!, ¿cómo va a poder poner la cabeza en otra cosa? ¡Tienes ideas de bombero! Por no hablar de que está embarazada... ¿tú sabes lo que es tener un bebé? ¿Cómo va a trabajar, si en menos de nada va a tener que cuidar a un recién nacido?

—¡Yo qué sé! Que se tome la baja pero luego se reincorpore.

—¡Ay, Laura, cómo te has vuelto últimamente! Crees que todo se resuelve trabajando y ganando dinero.

—¡Pues bien que Lorenzo...!

—¡Lorenzo es un infeliz, un pobre hombre! Trabaja y gana dinero, pero no

sabe hacer otra cosa. ¡Es incapaz de darle un abrazo a su mujer, de llorar con ella, de...! ¡De sentir! No sufre porque no siente, pero por eso mismo tampoco puede ser feliz.

Callamos las dos, hoscas.

Qué descanso será pasar las vacaciones con Étienne... ¿Adónde iremos? Budapest estaría bien... Buda y Pest: dos ciudades iguales, aliadas.

—Mira cómo ella —prosigue mi madre—, después de haber hecho esa descripción tan preciosa del sueño, se la traduce para que él la entienda: «He soñado con Ramón, sabes, aquel chiflado que me escribía versos...». ¡Un pobre hombre, te digo!

Veranos leyendo novelas... Echada en la toalla, sobre la arena gruesa y caliente, ardiendo, estallando de felicidad, de bienestar. Inmóvil como un lagarto, como una planta...

Hay gente que muere así. Tu cabeza sabe que estás en peligro, pero el bienestar de tu cuerpo es irresistible. Te medio desvela un olor a gas, pero sigues durmiendo.

¡Despertarme, reaccionar a tiempo! Interrumpo a mi madre:

—Francamente, prefiero ser un Lorenzo —digo con una sonrisita. Me viene a la memoria el retrato (¿de Durero, era?) de Lorenzo el Magnífico. Soberbio, imperturbable... Guapo y majestuoso como Étienne. Con sus ojos transparentes, sus ricos ropajes de príncipe renacentista, sus cabellos dorados.

Había hecho bien en amputar. Aunque a veces el miembro amputado me doliera. Me matricularía en el IESE, si no este año, el siguiente. El Yeti y la Yeti, Yetis por fuera y felices por dentro.

—¿Lorenzo? ¡Pero si no es capaz ni siquiera de llorar a una hija muerta, de ilusionarse por un hijo que va a nacer!

Hay algo, pienso en ese momento, que no entiendo, aunque no se lo digo a mi madre, por supuesto. Entiendo perfectamente que María se haya

emparejado con Lorenzo, pero no entiendo por qué Lorenzo se ha emparejado con María.

—Ella vive encerrada —insiste mi madre—, pero tiene un mundo interior; él se mueve por la ciudad, pero con orejeras, vive en una cárcel invisible, la lleva puesta. ¿De qué sirve vivir, si no eres persona?

—¿Lorenzo es sólido! ¿Es estable! —la contradigo. Pero eso que no entiendo me desconcierta. ¿Por qué Lorenzo sigue con María? ¿Para qué la necesita?... Siento que pierdo terreno y me debato furiosa. Pero no voy a dar mi brazo a torcer, eso jamás—. ¿Lorenzo actúa, toma decisiones, trabaja, busca salidas! —Alzo la voz—. ¿Ella no hace más que lamentarse!

Me incorporo en el sofá, el periódico cae al suelo.

—¿Sólido, dices? ¿Estable? —Mi madre también alza la voz—. ¡Soso e insensible, querrás decir! ¡Y prosaico! ¡Y aburrido! ¡Y frío como el hielo! ¡Y egoísta, no le hace caso a nadie, no cuida a su mujer, no la consuela!...

Me voy a marchar, pienso. Ahora mismo. Si no me voy ahora no me podré marchar nunca.

—¿A él me estás poniendo como ejemplo? —grita mi madre, que se ha levantado. Yo también me levanto, rabiosa—. ¿Al Lorenzo ese! ¡Pero si es como un robot!

Si no me marcho, seré siempre una niña. Quejándose de su suerte, llorando porque su marido no le hace caso.

—¿Y cuál es la alternativa? —exclamo—. ¿Sufrir, aceptar eso que dice María al final del cuento: «las niñas sufren más»?

¿Marcharme? A ella, la que te consolaba cuando te magullabas en las rocas, cuando te dejaba de lado la pandilla... ¿la vas a dejar sola? ¿Despreciándola? ¿Pisoteando todo lo que ella representa?

—¡Es que es verdad!

Se me saltan las lágrimas. De furia.

—¡Una cobarde, eso es lo que es María!

De remordimiento también. Te voy a dejar sola, mamá. Sola con tu Lorenzo.
Es tu vida o la mía. Para disimular, sigo gritando:

—¡Una cobarde, una quejica!

—¡Por lo menos es humana! —grita mi madre, y sale dando un portazo.

Pilar e Isabel

Barcelona, enero de 1990

Zzz, zzz, zzz... Hay algo eléctrico hoy en la atmósfera de la sala de reuniones, como un zumbido de avispas encerradas. El jefe de redacción mueve papeles, mira el reloj, se agita en su silla. El director comercial aspira furiosamente su cigarrillo. La directora de la colección de best sellers le murmura algo al oído al jefe de producción. La jefa de prensa tamborilea sobre la mesa, pasea la mirada. Cuando la posa en mí se detiene. Me mira con más atención... y me dirige una sonrisa animosa. Que me demuestra, como un reflejo en negativo, lo triste, apagada que se me debe ver.

Il va certainement...

Pensar en otra cosa. ¿Para qué nos han convocado a esta reunión extraordinaria?... Hay rumores, rumores, rumores...

Clavo la mirada en el retrato al óleo de Número Uno que preside la sala. Asociar ideas, distraerme: seguro que hay también un retrato al óleo del fundador en las sedes de todas las grandes dinastías empresariales. A ver: nombres de dinastías empresariales.

Rothschild... Hilton... Rockefeller... Ford...

Ford, maldita sea... *Je lui disais toujours qu'il conduisait comme un Parisien*, yo siempre le decía que conducía como un parisino. La voz de Étienne, hace tres días, al teléfono. Grave, apagada. Creíamos que un futuro en silla de ruedas era una terrible desgracia. Y anoche...

¡No, no! ¡Pensar en otra cosa! Dinastías empresariales. ¿Dónde están el Número Uno, el Número Dos, el Número Tres? ¿Por qué tardan tanto?...

Padres e hijos, madre-eslabón. Se ve que aquí las cosas funcionan como en las tribus amazónicas estudiadas por Lévi-Strauss: intercambio de mujeres para sellar alianzas entre varones que se pasan el poder unos a otros. La esposa actual del Número Uno aparece por la empresa alguna vez. Tiene la edad de su hija mayor, la esposa del Número Dos, y va pintadísima, enjovadísima, peinadísima. Se dice que el Número Uno la conoció en un hotel, una vez que pidió: «Que suba una chica».

Il va certainement... Solo de madrugada conseguí dormirme. Cuando me desperté, la frase seguía ahí.

Pero ¿por qué me afecta tanto? ¡Si yo apenas conocía a Mathieu! ¡Si a él y a Nicole les habré visto cinco o seis veces en mi vida!

Ni la primera ni la segunda mujer del Número Uno le han dado hijos varones. Por eso estamos aquí, si es verdad lo que se rumorea. Y si es verdad, ¿cómo afectará a cada uno de nosotros?... «Cada mañana me pongo un cuchillo entre los dientes y me voy a trabajar», ¿quién lo dijo? Éramos colegas, amigos, pero ya no. A partir de hoy va a ser como una cesta de cangrejos, todos luchando por salir con vida.

Il va certainement mourir dans les prochaines heures. Estaban los tres juntos en el piso que han alquilado en París, ayer, cuando el médico se lo anunció por teléfono. Raphaël, Jérémie y Étienne, tres de los cuatro inseparables de la École Polytechnique. Mathieu era el cuarto. Raphaël se encerró en el baño a llorar. Jérémie dijo que no se lo creía, ¿qué es eso de que va a morir *certainement*, ciertamente? ¡Vaya soberbia! Puede haber alguna solución... Y Étienne se encolerizó. ¡No le han atendido bien, es un hospital de tercera, de provincias, tenían que haberle llevado a París en helicóptero! ¡Medicuchos de mierda, una demanda les vamos a poner!

Pobre Étienne, era su mejor amigo. Pero yo... ¡Si ni siquiera me caía bien! Quizá era culpa mía, quizá cuando Étienne me los presentó: el famoso

Mathieu, su amigo inquieto, inteligente, viajero, bisexual, seductor, atormentado... y Nicole, la mujer junto a la cual había descubierto que la felicidad puede ser simple y fácil... «Mi mujer tiene una gran capacidad de ser feliz y eso se contagia», ¿de quién es esa frase?... Quizá yo, ansiosa de que me aceptaran, me empeñé demasiado en demostrar lo bien que hablo francés, lo bien que conozco todas las referencias. *Ils sont fous ces Romains!, mandez-moi, ma bonne, la vraie vie est ailleurs, La vie en rose, le silence éternel de ces espaces infinis, tu as trouvé ton permis dans un paquet de Bonux?...* Hasta que, la tercera o cuarta vez que les veíamos, sorprendí una mirada entre ellos y comprendí que la sonrisa afable, benévola, con la que siempre me habían acogido, y que me parecía solo un poquito condescendiente, en realidad era burlona.

Imbéciles. No fui a su boda. Pretexté cualquier cosa, una gripe. «Nadie se lo ha creído, claro», comentó Étienne. Nicole me lo devolvió: pretextó su embarazo para no venir a la nuestra.

Cuando anuncié que me casaba, el Número Dos me echó una mirada en la que claramente vi que algo se había roto. Me felicitó educadamente... me hizo algunas preguntas sobre Étienne... y al decirle yo que se volvía a París, que tenía trabajo allí, vi cómo se le encendía una luz de alarma. Desde entonces, cada vez que me ve, le leo en los ojos algo nuevo: desconfianza. ¡Pero yo no me iré, yo no seré una de esas mujercitas que en cuanto se casan, o en cuanto se embarazan, lo dejan todo, se acurrucan en el nido, al calor asfixiante del hogar, yo soy una Yeti! ¿No ve que hace seis meses de la boda y aquí sigo, como si nada?... El Número Tres, en cambio, tiene últimamente cuando me mira un no sé qué expectante, exultante y malévolo.

Desde hace unas semanas, la empresa zumba, hierve, vibra. Se cuchichea en los pasillos, se susurra en los rincones. Los jefes sonrían misteriosamente unos días, y otros se les ve absortos, preocupados; las secretarias se escabullen

como conspiradoras; puertas antes siempre despreocupadamente abiertas están ahora cerradas, y alguien viene a contarte en voz baja la conversación que dice la jefa de prensa que le ha dicho el jefe de producción que oyó por azar el director comercial estando en el retrete. Y... ¿son imaginaciones mías?... me parece que nos empezamos a mirar con suspicacia.

«Cada mañana me pongo un cuchillo entre los dientes...»

¿Quiénes son esas visitas que sabemos por las secretarias que últimamente reciben los jefes?

Ay, qué impaciencia... Media hora ya. Este retraso, ¿qué augura?...

Si el Número Uno hubiera tenido un hijo varón... Un Júnior capaz de licenciarse en Harvard o en la London School of Economics. De conducir un descapotable, de montar a caballo, de agenciarse novias rubias y ricas. De hablar un inglés perfecto, no como su padre, que, cuando en la Feria de Frankfurt quería comprar los derechos de un best seller, se presentaba en la caseta de la editorial que fuera, con puro y todo, levantaba tantos dedos como miles de dólares ofrecía por el libro, y luego sacaba la pluma de oro y hacía allí mismo el cheque...

C'est une petite fille, es una niña. Una niñita. Se me escapan las lágrimas. Durante tres días nos la hemos imaginado girando, girando, en el regazo de su padre. Tardando años en saber que eso que gira se llama silla de ruedas, años en entender que en realidad no es divertido. Cuánto daríamos ahora por eso que hace tres días nos parecía la peor desgracia. *C'est une petite fille, on va l'appeler Anaïs. Les amoureux qui s'bécotent sur les bancs publics... et choisissent le prénom de leur premier bébé...* Étienne y yo radiantes de felicidad, Mathieu radiante de felicidad anunciándonos el nombre de su hija... y esa fue la última frase suya que yo oiría.

Il va... Futuro. A estas horas ya debe ser pasado.

La cama articulada, con el gotero al lado. Nicole embarazada llorando junto

a una cama vacía. El piso del paseo de San Gervasio vacío, cuando llego después de trabajar. Ese piso que alquilé con tanta alegría para vivir juntos, y que ahora parece preguntar: ¿dónde está la guitarra? ¿Dónde los libros de alpinismo? ¿Y los esquís, y la tabla de windsurf? ¿Dónde está el albornoz que le regalaste la primera Navidad? Lujoso, esponjoso, aterciopelado... Todo me parecía poco para él.

Qué bonito ha sido, durante estos dos años, despertarnos juntos, abrazados... «Para un futuro entre sábanas y sin arrugas», decía la tarjeta de mis amigas que de la lista de bodas eligieron una plancha y un juego de cama. Nos reíamos cuando, en el coche de segunda mano que nos habíamos comprado, cuando llovía se filtraba agua por el techo y los limpiaparabrisas no se podían parar más que apagando el contacto. O cuando, al despertar, Étienne me enseñaba lo cerca que estaba del borde de la cama y el sitio que me sobraba a mí. Es que durante la noche yo me pegaba a él y él se iba desplazando. «*Tu me poursuis!*», me persigues, decía, y nos reíamos.

¿Por qué Étienne me ha dejado?

¡Pero qué dices! ¡Qué tontería! ¿Cómo, que te ha dejado?, ¡si se ha casado contigo! Si abristeis el baile, riéndoos de la cursilería, a los sonos de *La vie en rose*...

«¡Qué nervios, nena!» La jefa de prensa me está mirando. Intenta distraerme, ríe. Le sonrío, un poco mecánicamente, para darle las gracias.

Se ha casado contigo, ¿cómo puedes pensar que no te quiere?... Pues vaya recién casados somos, a mil kilómetros uno de otro. Un fin de semana de cada dos nos vemos, en París o Barcelona.

Se ha casado contigo, solo que después, ¿qué querías que hiciera?, su empresa le estaba esperando en París, en cuanto terminara el máster en el IESE. Los Yetis, ya se sabe, están siempre de caza.

A la jefa de prensa no le importa demasiado lo que sea que nos van a

anunciar, ella no está sola cuando vuelve a casa.

Pero es nada más hasta que encontréis una solución. Hasta que la empresa de Étienne le envíe a su sucursal de Madrid, como le han prometido. Más o menos.

El jefe de producción enciende un cigarrillo con la colilla del otro. El de redacción se levanta, sale, vuelve a entrar... Como niños en el patio del colegio, el último día de curso, esperando que les den las notas.

El beso que me dio en el aeropuerto. En cuanto llegamos, quiso pasar a la sala de embarque. Pero si faltaba muchísimo para que saliera su avión, ni siquiera habían anunciado el vuelo a París... Yo esperaba una larga, íntima, cariñosa despedida, antes de separarnos dios sabe por cuánto tiempo. ¿A qué venían esas prisas?

¿Ya te vaaas? Me mordí los labios para no decirlo.

Si Étienne consigue que le envíen a Madrid, entonces yo... Yo buscaría trabajo en Madrid. Pero entretanto...

Me besó, claro. Pero con sus fuertes manos de alpinista me sujetaba los hombros, sutilmente, para mantener una imperceptible, férrea distancia entre su cuerpo y el mío.

Madrid, más adelante... Entretanto... Yo una alta ejecutiva del mundo editorial, con traje chaqueta, con una gran cartera negra, llena de catálogos de editoriales extranjeras, de galeradas por corregir, de listados de ventas. Energía, vitalidad. Velocidad, adrenalina. Aviones, taxis, dinero, reuniones y más reuniones... Que si Frankfurt, que si Londres, que si Buenos Aires...

La secretaria alemana viene a dejar una carpeta en el sitio vacío del Número Tres, y antes de salir nos mira entornando los ojos, como desde muy arriba, con aire de saber cosas que no puede decirnos.

Yo una alta ejecutiva del mundo editorial, Étienne un alto ejecutivo del mundo de la banca. Que si Milán, que si Nueva York, que si Londres...

¿Londres? ¡Yo también! Vamos a ver si podemos cuadrar agendas y pasar unos días juntos en Londres. Qué romántico. ¡No será la rutina lo que mate a nuestra pareja!

Sí, pero entretanto... Un día y otro día... Está fría esta casa. Enciendo la calefacción cuando llego, tarda un rato en subir la temperatura. Les falta intimidad a estas luces. A este Lorenzo (¿esta Lorenza?) le falta una María (¿un Marío?). Demasiado silencio, voy a poner música. ¿Qué me hago de cena?... Qué pereza, cocinar... ¿Y este silencio...? Me olvidé de cambiar el disco. Encender la tele. ¡Si a mí no me gusta la televisión! Pero necesito voces, caras...

¿Y si me lío la manta a la cabeza, dejo la editorial, lo dejo todo... ¿Y si me voy a vivir a París con Étienne y que sea lo que dios quiera?

¿Cómo? ¿Dejar la editorial? ¿Renunciar al contrato indefinido, al sueldo, a todo, y empezar otra vez?

Por qué no... si Étienne me lo pidiera... Alquilaríamos juntos un piso en París, dormiríamos abrazados... «Mi mujer tiene una gran capacidad de ser feliz...»

Pero Étienne no me lo pide. Étienne se va a esquiar, a navegar, a escalar montañas, sin pedirme que le acompañe. Al principio no me lo podía creer. ¡Qué maravilla, un hombre que respeta mi libertad, que no me pide nada! No tendría que pasarme los domingos haciendo tiempo en la cafetería del puerto, o en la de las pistas de esquí, o echada en una manta en un campo de aviación.

No, Étienne no me pide nada. No me presiona, no parece tener ninguna prisa. Los fines de semana que no viene a verme ni voy yo, se va con Raphaël y Jérémie a Ikea a comprar platos, mantas, toallas... Esta vida de solteros, lo noto, les divierte.

¿Por qué no buscó trabajo en Barcelona?... Lo habría encontrado sin ninguna duda. Pero claro, no tan bueno como el de París.

Alguno de los dos tenía que ceder... Y yo no me atreví a pedirle semejante sacrificio.

O sea que así estamos. La lata de conservas, el microondas, la triste bandeja delante del televisor. Las sábanas frías. Los fines de semana melancólicos... Largas horas sentada a mi mesa, debajo de la ventana... ¿No querías tiempo para escribir?, ahí lo tienes.

¿Cuánto tiempo podemos seguir así?

Se supone que nos llamamos los domingos. Étienne a veces se olvida. Y cuando hablamos, siempre tiene prisa.

Y, por cierto, ¿no queríamos tener hijos?

¡Ya llegan! Les oímos acercarse y la sala de reuniones vibra, todos aguzamos el oído... ¡ya entran! Encabezando la marcha, el Número Dos, marcial, derecho como un huso. Detrás de él el Número Tres, sibilino, sinuoso. Por último, sin prisa, el Número Uno relajado y sonriendo, acompañado de... ¿Quién es ese hombre, alto, calvo, desgarrado?

Ay, tendría que atender a lo que están diciendo, pero no consigo concentrarme. Está hablando el Número Dos. ¿Qué dice? No sé... prolegómenos, palabrería... Internacionalización... *joint venture*... Del verdadero motivo, el primero, el primordial, ni una palabra. De eso no se habla.

De cuántas cosas que he ido descubriendo no se habla en esta sala de reuniones... De que a la jefa de prensa la contrataron porque su marido es un periodista famoso, que conoce a todo el mundo. De que la directora de la colección de best sellers es la que toma notas de la reunión y hace las actas, como si fuera la secretaria, aunque su nivel jerárquico es el mismo que el de los demás. De que cuando vamos a la Feria Internacional del Libro en Frankfurt a los hombres les reservan habitaciones individuales y las mujeres compartimos habitación doble. De que la secretaria de la jefa de prensa era

secretaria del Número Dos, pero como el Número Dos la acorralaba en su despacho y le ofrecía insistentemente ponerle un piso, pidió cambiar de puesto: de secretaria de dirección a secretaria a secas, ganando mucho menos. De que la secretaria alemana es la amante del Número Tres. De que el Número Tres, hombre intelectual, trabajador, cultísimo, militante, ambicioso, progresista, tiene por esposa no a una mujer intelectual, trabajadora, cultísima, militante, ambiciosa, progresista, sino a un ama de casa...

Si queremos vivir juntos, alguno de los dos tendrá que ceder... «O frenas tú...» ¿Cómo era aquello? Ah, sí, aquel amigo de mi hermano que competía en carreras de karts. Mi hermano resumía su estilo en una frase: o frenas tú o nos matamos los dos. Ganaba siempre.

¿Ceder, Étienne? ¿Cómo va a ceder, por qué tendría que ceder, un hombre joven, guapo, deportista? Brillante, trabajador. Ambicioso, viajado... ¡El soltero de oro! Ah, que no es soltero. Bueno, como si lo fuera. Yo misma no me atreví a pedirle que cediera, que buscara trabajo en Barcelona. Qué digo, no me atreví: es que ni se me ocurrió.

«Me quiere», le dije a mi amiga psicoanalista. «¿Para qué te quiere?», me contestó ella.

Era lo que esperábamos. Nos compran. Pero qué significa eso para nosotros, para cada uno de los aquí presentes... seguimos sin saberlo.

Derechos para varias lenguas... Poder de negociación...sinergia... Internacionalización... Nueva York, Milán, Madrid...

¿Madrid? ¿Han dicho Madrid? ¿El grupo que nos compra tiene sede en Madrid?

Vuelvo a no atender, no pienso más que en lo mío. ¡Madrid! ¿Podré tener un puesto en Madrid, sin dejar la empresa? ¿Me acaban de regalar, envuelta en papel dorado y con un lazo, la solución al dilema?

¡Madrid! ¡Otra vez juntos! No puede ser, es demasiado bonito para ser

verdad. Juntos y con trabajo los dos, juntos entre sábanas y sin arrugas...

Han salido las notas, pero son secretas. Sabemos que habrá suspensos, matrículas de honor, notables, aprobados raspados, patadas en el culo, pero no quién tendrá qué. Y yo vuelvo a acordarme de la frase: «Cada mañana me pongo un cuchillo entre los dientes y me voy a trabajar». ¿De eso me libraré? ¿De las peleas, las traiciones? Del llámasele, que te lo va a llamar, del quítate tú que me pongo yo, de las puñaladas... ¡Me levantaría y le daría un beso al calvo!, el desgarbado que está hablando en inglés, y que es, claro, el representante de la multinacional que nos compra.

¿Por qué pone esa cara el Número Tres? Parece feliz... feliz como puede serlo ese hombre que no sonríe nunca, más que para hacer la pelota. Maquiavélicamente feliz... Sospecho que se frota las manos previendo cómo se va a divertir con el espectáculo de gladiadores que se avecina: vamos a asesinarnos por mantener el puesto, mejorarlo. Pero yo no, idiota. Yo me voy a Madrid.

Ay... ahora que lo pienso... No debe ser tan sencillo que me trasladen a Madrid. ¿A ocupar qué puesto?... Nadie me está esperando allí...

Y además no sabemos cuándo la empresa de Étienne le enviará a Madrid. De hecho, ni siquiera es seguro.

Maldita sea.

En cuanto salgamos de esta sala va a empezar la batalla. A vida o muerte, cada uno intentando lanzar al otro por la borda.

«Cada mañana me pongo un cuchillo entre los dientes y me voy a Televisión Española.» Ahora me acuerdo: la frase es de la que hasta hace poco era su directora, una tal Pilar. Una mujer seca, flaca, de mirada agresiva, vestida siempre de colores oscuros. Soltera, con un hijo. Peleándose siempre con todos, dando batallas, hasta que perdió la última: su archienemigo, el

vicepresidente del Gobierno, logró que la hicieran dimitir, en medio de un escándalo, porque se compró ropa con presupuesto público.

Que si la sinergia... que si aliarse con uno de los grandes grupos... que si el futuro de la empresa...

El futuro de la empresa... ¿Y el mío?

Si quiero que Étienne y yo vivamos juntos, si quiero que tengamos hijos...

Ya ha hablado el Número Dos, el Número Uno se ha limitado a asentir y sonreír y alzar la mano con el puro como bendiciéndonos, el místico ha dicho en inglés algunas banalidades amables, que la secretaria alemana ha traducido, y ahora le toca al Número Tres.

Paciencia. Todos nos arrellanamos en las sillas, suspirando para nuestros adentros. Los discursos del Número Tres duran como los de Fidel Castro.

Ahora que lo pienso, es posible que sea el Número Tres el que decida si hay un puesto para mí en Madrid. Y el Número Tres ¿va a mover un dedo por mí?... Si lo que está deseando es darme una patada...

¿Por qué no me adelanto y me voy yo solita?

Il va certainement... No quiero volver a recibir una noticia así estando sola en una casa fría, sin más compañía que la televisión... No quiero vivir sola, no quiero estar sola...

¿Y si me fuera a París a vivir con Étienne?

¿A París? ¿Por las buenas? ¿Dejando mi trabajo? ¿Dejando la editorial, dejando el contrato fijo, el sueldo, todo lo que tanto me ha costado conseguir?... A París ¿a hacer qué?

A ser felices. «Mi mujer tiene una gran capacidad de ser feliz...». Ya me acuerdo: era un ministro el que lo decía, al casarse con una tal Isabel a la que llaman «reina de corazones», una que ha tenido muchos maridos y muchos hijos y siempre sale sonriendo en las fotos.

Pero ¿y Étienne? ¿Qué piensa?... Mil veces se lo he preguntado, he intentado

hablar con él, decidir juntos... pero siempre me contesta lo mismo: que lo que yo quiera. Que decida yo. Que me da libertad. ¡Ay, qué difícil! ¿Libertad? Gracias, pero os la regalo.

Ay, yo qué sé... Y el Número Tres que sigue hablando, citando a Hobbes, a Erasmo... ¿Cuándo va hacer el chistecito? Cuando lo hace, es que ya se acaba.

El chistecito del Número Tres. Tan previsible como la frase del Número Dos cuando yo propongo contratar a un autor que no conoce: «*Qui és aquest ciutadà?*», ¿quién es ese ciudadano? «Ciudadana», dije yo en el pasado Consejo, «es una escritora austríaca que...»

«¿Una mujer?», dijo el Número Dos, que aquel día estaba particularmente ácido. «Como dice un amigo mío, las mujeres solo sirven para follar, y no todas.» Ja, ja, educada sonrisa general, mientras el Número Dos dirigía en torno una mirada de a ver quién me tose, y nadie tosió ni abrió la boca, naturalmente, hasta que yo, como quien no quiere la cosa, deslicé: «¿La contratamos, no, entonces?». El Número Dos se encogió de hombros y ahora vamos a publicar *La pianista* de Elfriede Jelinek.

En fin, ¿qué? ¿Me quedo en Barcelona, y Étienne en París, hasta que cada uno consiga que lo envíen a Madrid?

Ay... pero... ¿y si no lo conseguimos, o no a la vez?

¿Y si pasan años...?

¿Y si cuando conseguimos vivir juntos yo ya tengo cuarenta? ¿Cómo haremos para tener hijos?...

Bueno, a ver, ¿qué? ¿Me voy a vivir a París con Étienne, sí o no?...

Que acabe de una vez, por favor, que haga el chistecito.

«Tranquilos», dice el Número Tres. Parece eufórico. «Todo va a ir bien, ya lo veréis, esto va a ser...»

Todos sabemos lo que va a decir. Nos imagino a la jefa de prensa, el director comercial, el jefe de producción, la directora de la colección de best

sellers, yo... todos cogidos de las manos, cantándolo a coro como el corro de la patata:

«Esto va a ser ¡el coño de Sofía Loren!»

Ya está, ya lo ha dicho. Educada sonrisa general, acompañada de un suspiro de alivio en sordina.

«Todo va a ir bien, esto va a ser...» Me imagino sentada en el lugar que ocupa ahora el Número Tres, debajo del retrato del fundador —no, mejor una fundadora—, me imagino soltando un largo discurso y al final el chistecito: «Esto va a ser...¡la polla de Marlon Brando!», y todo el mundo riendo educadamente como si les hiciera gracia.

Al Número Tres le encantaría darme una patada en el culo, está claro. Pero no va a poder. No va a poder, para algo tengo un contrato indefinido, por primera vez en mi vida, contrato indefinido, seguridad social, buen sueldo, todo declarado. Bastante me ha costado conseguirlo y estoy dispuesta a defenderlo con un cuchillo entre los dientes. Ni a París ni a ningún sitio. De aquí no me muevo, si quieres perderme de vista envíame a Madrid.

¿Y si me voy a París?

¿Cómo? ¿A París, sin oficio ni beneficio? ¿Viviendo *d'amour et d'eau fraîche*, de amor y de agua fresca? ¿Contigo a pan y cebolla?

¿Y qué haría yo en París?

¿Y si luego, bien mirado, a fin de cuentas, la empresa no me da un puesto en Madrid, ni en ningún sitio?

¿Que qué haría? Escribir durante el día, y por la noche estar con Étienne.

Bienestar... Luces suaves, calor, mientras afuera llueve... Algo en el horno que huele bien ya desde el descansillo... Cenar juntos, ver películas en la tele abrazados sobre el sofá... Ser felices.

¡A París! Y ahí se quedan, con sus coños de Sofía Loren y sus cuchilladas.

Pero qué tontería, cómo voy a renunciar a...

Se levanta la reunión. Y no he decidido nada.

La mujer del Yeti

París, diciembre de 1990

—¿Megève o Chamonix?

Cae la noche. La lluvia golpea los cristales; ruge el viento; se sacuden, como abofeteadas, las copas de los árboles; un oleaje de tejados grises se agita bajo nuestra ventana. La oscuridad se acerca, sube reptando, nos rodea... Es la hora que los franceses llaman «entre perro y lobo».

Pero los lobos quedan fuera. Dentro, luces suaves, colores claros, calor. Sólidos muros de piedra. Olor a queso gratinado. Bach en el tocadiscos. Paz.

Étienne ha llegado empapado, pero ahora, con ropa seca y cómoda, en zapatillas, hojea un catálogo echado en el sofá. Yo pongo la mesa.

—Como pueblo, Megève es más bonito —sigue diciendo—, pero Chamonix está mejor en cuanto a las pistas.

Entonces, ¿está decidido, es eso lo que vamos a hacer? estoy a punto de preguntar, porque me sigue pareciendo increíble. Pero Étienne lo tenía claro desde el principio. Solo lo hemos hablado un par de veces y él no tenía ninguna duda. ¿A pesar de...? «Se ha recuperado perfectamente», me respondió, categórico.

Cuando le insinué a mi padre, por teléfono, que quizá... a lo mejor... tal vez..., primero se quedó en silencio. Él tampoco se lo podía creer. «*I ara! Només faltaria que no vinguéssiu!*», solo faltaría que no vinierais, terminó por exclamar. Sin mucho énfasis, porque le parecía tan absurda esa posibilidad, tan disparatada, que no creyó necesario insistir. Y yo, para evitar que insistiera, no les he llamado desde entonces.

—¿Habrás fotos, no, en el folleto ese?... Luego me lo pasas. ¿Cenamos? He hecho un *gratin dauphinois*.

Comemos sentados en altos taburetes, en la barra que separa la minúscula cocina del salón en el que se aprietan un sofá, una estantería y un televisor. Pero el paisaje al que se asoma la ventana es amplio: tejados de pizarra y halos anaranjados de farolas, borrosos ahora por la noche y la lluvia. París a nuestros pies.

Aquí paso los días, escondida, dedicada en cuerpo y alma a dos cosas que no puedo decir.

¿De verdad nos vamos a ir a esquiar por Navidad?... No se lo puedo volver a preguntar, claro que no. Se supone que ya hemos decidido, y no ha pasado nada nuevo.

Sí. Ha pasado que esta mañana mi padre me ha vuelto a llamar. Y yo me he mantenido imperturbable. Al colgar lloraba, pero no quiero volver a decirle nada a Étienne. Me repito yo sola lo que me contestó la última vez, cuando exclamé: «¡No puedo más con mi familia!».

Es verdad que se ha recuperado, he estado repitiéndome todo el día. No parece que le quede ninguna secuela. Ni siquiera aquella voz pastosa... Ahora era su voz de siempre, aunque me parecía que me llegaba lejana, con eco...

Como resonando en una cripta. Ay, qué tontería...

Cripta. Tumba. Nicole.

—¿Qué tal te ha ido el día?

—*Bienbien* —me contesta Étienne, y sigue comiendo, impasible.

Cada vez más, esa es su expresión: escrupulosamente neutra.

Étienne nunca pide nada. Como sus padres. Es más: son ellos los que se van, los que tienen otros planes. Este año, a Andalucía, a un parador junto a un campo de golf, porque monsieur Kaminski juega al golf. ¿Y la abuela?, se sorprendieron mis padres. ¿Pasará la Navidad sola?... Pero qué más da que

sea el día 25 u otro cualquiera, mamá, los Kaminski son personas racionales, no tienen esa superstición de la fecha. A la abuela la van a ver de vez en cuando a Montceaux-Mines, la llevan al cementerio, ponen flores en la tumba del abuelo y luego van a comer a un buen restaurante, y vamos nosotros también, pero puede ser cualquier día. Vamos nosotros si podemos, y si no, no pasa nada.

Siempre la misma expresión sobria y serena, como sus padres. Siempre la misma respuesta, cuando le pregunto, o le preguntan ellos, los domingos, cuando nos llaman: *bienbien*.

¿Será verdad? No puede ser verdad siempre. A veces trae una cara, cuando llega por la noche... Dura un momento, antes de cambiarla por la vaga sonrisa mecánica, la afable impasibilidad... O noto que se va con una cara, por la mañana... «Cada mañana me pongo un cuchillo entre los dientes y me voy a trabajar.» Lo recuerdo mientras le despido con un beso. El Yeti se va de caza.

Se va de caza, mientras yo me quedo en casa dedicada a dos cosas que no se pueden decir. No, al menos, mientras no produzcan resultado.

Me dedico a la escritura y al amor. ¡Ay! ¿He dicho yo esa ñoñería?... ¿Por esas dos cosas, que no existen, he abandonado contrato indefinido, seguridad en el empleo, cotización, una carrera brillante de editora? ¿A cambio de qué? ¿De unos modestos ingresos como «asesora editorial» a distancia? ¿De una vaga promesa de incorporarme a la sede de la editorial en Madrid, cuando la empresa de Étienne le envíe allí?... No: a cambio de ser feliz, de crear felicidad. «Mi mujer tiene una gran capacidad de ser feliz y eso se contagia.» De plantar y regar y cuidar esas dos cosas que parecen no existir, hasta que producen resultados tangibles. Entonces, a su debido tiempo, se exhibe la novela o el bebé, y todo vuelve a la decencia.

Pero no hay ningún bebé en el horizonte. Que no tengamos prisa, dice el ginecólogo, aunque ha indicado algunas pruebas... Y en cuanto a la novela,

avanza, pero ¿por el buen camino?... Ni idea: es la primera, no sé cómo van estas cosas.

Hay días que desespero. Suerte que mis padres no preguntan mucho y los de Étienne, nada. A una mujer casada no hace falta preguntarle a qué se dedica.

Solo Étienne me pregunta, ritualmente:

—Y tú, ¿qué has hecho hoy?

—Lo de siempre, escribir... —Y desanimarme, y estar sola, y esperar a que llegues, pero eso no se lo digo. Cambio de tema—. Ah, y he comprado una manta, que por las noches está haciendo cada vez más frío.

—¿Una qué?

—*Une housse*.

¿No es así como se dice manta en francés? Pero Étienne no sabe de qué hablo. Me echo a reír y voy a buscar la manta para enseñársela.

—¡Ah, *une couverture*! *Housse* es lo que se pone, por ejemplo, encima de un sofá para que no coja polvo, o de un coche.

—¿Una funda? Pues a mí me suena *housse* en el sentido de manta... ¿no hay un cuento famoso que se llama *La housse partie*? Uno sobre un niño que corta en dos una manta antes de dársela a su abuelo. Lo leí en el colegio.

—Será francés antiguo —dice Étienne.

Seguimos comiendo. ¿Cómo era el cuento? Me voy acordando. Un hombre quiere echar de su casa a su padre anciano y pide a su hijo que se lo lleve y le abandone.

«Tu padre tiene un disgusto... si lo vieras... ¡un disgusto...!», me dijo mi madre por teléfono.

El anciano ruega que por lo menos le den una manta... ¿Qué pasa luego?

«¡No puedo más con mi familia!», sollocé refugiándome en los brazos de Étienne. (¡Soplaré, soplaré, y tu choza derribaré!) «Tu familia soy yo», me contestó él.

«Laura Kaminski.» Suena bien... *Née Freixas, épouse Kaminski*, pone en mi flamante documento de identidad francés. «Madame Kaminski», me llama todo el mundo aquí... Me gusta, sí. Recibí un nombre, pero elijo otro. Recibí una nacionalidad, elijo otra. Recibí una familia, prefiero otra.

Los Kaminski no preguntan. No exigen, no suplican, no regañan. No piden, no se ofenden, no se enfadan, no gimotean al teléfono... Están muy unidos ellos dos y ven a poca gente. A la madre de él, a su hermano, cuñada, sobrinos, los visitan una o dos veces al año. Al padre de ella, nunca: se volvió a casar, no se llevan bien con la nueva mujer.

Hay algo altivo, casi desafiante, en la austeridad de los Kaminski. Se mudan constantemente: primero cambiaban de ciudad cada dos o tres años, porque monsieur Kaminski, que empezó a los quince años en la mina, como su padre, estaba siempre buscando un trabajo mejor. Ahora hace mucho que viven en Lille, pero se siguen mudando. De un piso antiguo en el centro a un chalé adosado, del chalé adosado a un piso nuevo en las afueras, del piso nuevo a un chalé individual, del chalé... y así sucesivamente. Siempre con los mismos muebles, escrupulosamente impersonales: el sofá orejero en el que monsieur Kaminski lee *Le Monde*, las dos camas individuales con colchas adamascadas y el *traversin*, el rulo, tapizado a juego, la estantería acristalada donde guardan unos pocos libros: actualidad, memorias de políticos, el premio Goncourt de cada año...

Los Kaminski no se apegan a nada. Por eso se mudan, para no apegarse, como el lobo estepario.

No, no le diré nada a Étienne de esta nueva llamada, furiosa en la forma, implorante en el fondo, de mi padre. Pero Nicole...

Nicole, a la que nos encontramos en las cenas. Raphaël y su mujer, Jérémie y su mujer, Étienne y yo... y Nicole con Anaïs. Nicole que habla sin parar y se ríe sin parar, con una risa estridente que me hiela el corazón. Nicole que habla

de Anaïs, de su trabajo, de películas, de Anaïs, de exposiciones, de política, de Anaïs, que no deja ni un segundo de silencio por si acaso, y si lo hubiera, lo llenaría Anaïs. Mirad a Anaïs cómo sonrío, ¿no está llorando Anaïs?, me ha parecido oírlo... tengo que cambiar a Anaïs, ¿dónde está el baño?, Anaïs que se parece tanto, es el vivo retrato de... pero nadie pronuncia nunca ese nombre.

¿Por qué Étienne no se preocupa por Nicole? ¿Por qué no piensa en ella, no se acuerda de ella, no hace planes para ella? ¿No era Mathieu su mejor amigo?... Hace mucho que se lo quiero preguntar. De hecho, he pensado una cosa que podríamos hacer con Nicole y hoy es el momento de decírselo a Étienne.

Hoy. Ahora.

—¿Cómo me ha quedado el *gratin*?

—Muy bueno. Un poco crudas las patatas, quizá.

—Pues mira que he seguido la receta al pie de la letra. Pero, para otra vez, ya sé que tengo que dejarlas más tiempo...

Étienne sigue comiendo en silencio.

Me gusta el silencio de Étienne, siempre me ha gustado. Por eso no me decido a hablarle de Nicole.

Me gusta el silencio de los Kaminski. Me relaja su corrección, su sobriedad. Su respeto: cada uno en su casa. Todo en ellos es limpio, parco, transparente.

Me gusta que mi suegra o mi suegro preparen la comida en cinco minutos, los que requiere sacar de la nevera una lechuga, un bulbo de hinojo, tomates, unas anchoas, para improvisar una ensalada, y del congelador un Surgelé Picard; de ahí al microondas y ya está la comida: ensalada y después tarta de puerros, lasaña de espinacas o pularda con salsa de setas. Todo tan fácil, ni siquiera huele la cocina.

Me gusta que mi suegra no se maquille, no se pinte las uñas. Que para

nuestra boda llevara un traje chaqueta correctísimo que llevo varios años viéndole. Que dedique sus vacaciones de verano a tomar cursos de alpinismo... Lo de que jamás tome un baño, sino solo duchas, frías para más señas, y haga de ello una cuestión de principios... me parece quizá un poco excesivo. Como lo de llevar sus valores republicanos y laicos hasta el punto de protestar en un hotel porque en el hilo musical ponen canto gregoriano y eso es según ella propaganda religiosa... Pero bah, son detalles. En general con los Kaminski siento lo mismo que me transmite Étienne: todo está bien. No hay nada de que hablar.

El hombre impasible. Como el viernes pasado, en Les Trompettes de Versailles. ¿Por qué me dijo que sí, si no le apetecía?...

Bah, no le tengo que dar más vueltas. ¿Megève o Chamonix?, no podemos tardar más en hacer la reserva. Megève es más grande, habrá más cosas: librerías, cafés... quizá piscina municipal, cine... Chamonix está más pensado para deportistas. Sospecho que a Étienne le apetece más Chamonix.

Me estoy acordando de cómo seguía *La housse partie*. El padre le dice al niño que coja una manta. El niño obedece, pero antes de dársela a su abuelo la corta en dos con el cuchillo.

Se lo dije la víspera: mira, hay tal concierto, en tal iglesia, de obras para trompeta que se tocaban en la corte de Versalles. Me gustaría mucho ir, justo ahora que estoy leyendo a Madame de Sévigné, Madame de Lafayette, Racine, Molière, todos ligados a Versalles... ¿Vamos? Étienne aceptó, tal vez distraídamente... Y vino, sí. En el ultimísimo momento, cuando yo hacía un buen rato que había llegado y comprado las entradas y le estaba guardando sitio en la primera fila.

Vino, se sentó a mi lado, dejó en el suelo la cartera, la abrió, sacó *Le Monde*, lo desplegó y se puso, ostensiblemente, a leerlo durante todo el concierto.

A veces... A veces, lo confieso, el silencio de Étienne me críspa. Me dan ganas de romperlo. De arrojárselo al suelo, hacerlo trizas, descubrir por fin qué tiene dentro.

—¿Y Nicole? —exclamo.

Étienne me mira con sorpresa. Ay, lo siento... me ha salido un tonillo reivindicativo... no era mi intención...

—¿Qué pasa con Nicole?

—¿Por qué no invitamos a Nicole a pasar la Navidad con nosotros?

Nicole aferrándose a los amigos de Mathieu. Ella es de La Rochelle, vino a París por él, apenas conoce a nadie aquí. Nicole fingiendo alegría por miedo a que de lo contrario le demos la espalda, la evitemos como a un pájaro de mal agüero. Nicole que conduce su coche recién pintado (hubo que planchar la carrocería, sustituir faros y guardabarros, cambiar el tapizado entero, no se iban las manchas de sangre). Nicole que no sabemos por qué (tal vez no se ha dado cuenta, tal vez nunca llama a su propio número, y nadie se ha atrevido a decirle nada) no ha cambiado el mensaje de su contestador, en el que la voz risueña y marsellesa de Mathieu explica que no puede ponerse al teléfono ahora mismo, pero que nos devolverá sin falta la llamada.

Monsieur y madame Kaminski tienen un amigo, según supe hace poco: el que les presentó en el bachillerato.

Étienne alza las cejas.

Yo, atropelladamente, sigo:

—Ya sabes que no tiene familia, solo su padre con Alzheimer en una residencia, que ni la conoce, imagínate lo que será pasar el día de Navidad en un asilo de viejos moribundos... el mismo año que ha perdido a su marido... O, bueno, si quiere ir a ver a su padre el día de Navidad, que venga a pasar con nosotros el resto de la semana. Le gusta mucho esquiar a ella, ¿verdad?... Ya me quedo yo con Anaïs, total yo no esquío, no me cuesta nada...

—Pero Laura, qué cosas tienes...

—¿Por qué no? —pregunto, agresiva.

El viernes, cuando salimos de Les Trompettes de Versailles, no dije nada. Para tener la fiesta en paz. Porque comprendí que Étienne trabaja mucho. Porque quería llegar a nuestro apartamento en lo alto de Montmartre y disfrutar la cena, el calor, el bienestar. Oírle llamarme *darling*, abrazarnos bajo las sábanas, debajo del techo abuhardillado, con el viento soplando fuera sin conseguir derribar nuestra casa de piedra.

Que Étienne esté contento. Que me quiera. Qué más me da que no le guste la música barroca... Y si prefiere Chamonix, qué me cuesta darle ese gusto...

Étienne mueve la cabeza.

—Para empezar, es caro. Y Nicole no tiene un duro, ya lo sabes.

Cierto... no lo había pensado. Pero no quiero darle la razón; rápida, replico:

—Podemos invitarla nosotros.

—¿Invitarla? ¿Te das cuenta de lo que vale?

¿Cuánto vale?... Desde que dejé la editorial y me vine a París, mi idea de nuestra situación económica se ha vuelto algo vaga... Pero, si es un sacrificio invitar a Nicole, ¿acaso no podemos hacerlo? ¿No debemos?

«¿Qué haces?», pregunta el padre extrañado al ver al niño cortando la manta. «La otra mitad la guardo», responde el niño, «para cuando usted sea viejo y yo le eche de casa».

—Además —añade Étienne—, ella no aceptará. Se sentiría mal.

Mmm... es posible... no se me había ocurrido... Y tampoco se me había ocurrido, lo pienso ahora, que estoy disponiendo de un dinero que no es mío. Casi todo lo gana Étienne.

—Vale, olvida lo de invitarla a esquiar con nosotros. Pero algo tenemos que hacer con Nicole, ¿no crees? No tiene familia, no conoce a mucha gente en

París, ha sufrido una desgracia terrible... Tendríamos que ocuparnos de ella, ayudarla...

Étienne está visiblemente sorprendido de mi súbito interés por este tema, de mi vehemencia. Yo, en el fondo, también.

—¿Ocuparnos de Nicole? Ocúpate tú si quieres, que tienes tiempo. Yo no puedo. Tengo mucho trabajo.

—No te pido que abandones tu trabajo, solo que... No sé, podemos invitarla a venir con nosotros al cine... quedarnos con Anaïs un fin de semana, para que ella pueda salir...

—¿Hacernos cargo de Anaïs? —dice Étienne—. Pero, Laura, si no tenemos ni idea de cuidar a un bebé.

—Pues invitarla a comer un domingo... Hacerle compañía... Y, además, ¿no me lo endilgues todo a mí!, yo apenas la conozco, apenas conocí a Mathieu, pero tú...

Étienne calla y su silencio, de pronto, me irrita. Megève, claro que sí, Megève, ¡qué demonios! ¡Que no quiero pasarme el día en un café esperando a que el señor baje de las pistas!

—¡Qué insensibilidad! —exclamo—. ¡Si Nicole es la mujer de tu mejor amigo!

«¿Le ven mucho?», pregunté a los padres de Étienne, sorprendida de no haberles oído hablar nunca de su amigo. No mucho, no... es que vive lejos, en el Midi... O vivía... De hecho, hace ya algún tiempo que no tienen noticias tuyas... algo así como veinticinco años.

Una leve sonrisa se dibuja en la cara de Étienne:

—Su viuda, querrás decir. Mi mejor amigo ya no existe, está criando malvas.

¿Eso ha dicho Étienne? ¿Con ese tonillo burlón?

—Pero ¡¿cómo puedes ser tan desalmado?!

—¡Déjame en paz con eso, Laura! —exclama él con malos modos.

De puro escandalizada, no reacciono. Estoy estupefacta.

Silencio.

—¿Quieres fruta o yogur de postre? —pregunta Étienne como si nada, y se levanta a abrir la nevera.

Terminamos de cenar sin decir nada. Yo intento calmarme.

Me estoy acordando del día en que los padres de Étienne conocieron a los míos.

¡Qué miradas echaban alrededor cuando entraron por primera vez (sería también la última) en el piso de Pedralbes, para conocer a los consuegros! La moqueta azul, el piano blanco... las tallas barrocas, las peponas mexicanas de cartón... el ciclamen color fucsia, las cajas de música, las matrioskas, las copas de colores, el gato siamés...

Mi suegra sonriendo, haciendo reverencias. *Madame... Monsieur...* Mi suegro más suelto, más desenfadado: mirada franca, tono un poco arrogante al pronunciar las fórmulas de cortesía: *Bonjour, enchanté*, el fuerte apretón de manos. Mi suegra repitiendo: *enchantée, enchantée*, como si le hubieran dado cuerda.

Sentados los seis en los sofás, tomando el aperitivo. Étienne y yo callados, en un segundo plano, mientras los Kaminski en un sofá, los Freixas en otro, se contemplan con curiosidad, más que con simpatía.

Mi padre hablando sin parar. Avergonzado de nuestra pobre, sucia, triste, desgraciada patria, quiere a toda costa demostrar a esta gente del norte que si no nuestro país, nuestra familia, al menos, es limpia, culta, rica, despierta y feliz. Tenemos las paredes llenas de libros, una estantería llena de discos, y mi padre ha puesto las cantatas de Bach, no solo porque es su compositor preferido, sino porque así puede citar una frase de Colette. Colette, les espeta cuando apenas hemos terminado las presentaciones, osaba comparar la música

de Bach con el sonido de «*une machine à coudre*». ¡Bach, una máquina de coser! Sería muy buena escritora, pero de música no tenía la menor idea, ¿verdad? Y mis suegros, que no han leído a Colette y que como mucho distinguirían a Bach de Johnny Hallyday, fingen estar muy ocupados comiendo aceitunas. ¡Pasemos a la mesa!, exclama mi madre.

Mi madre probando con aprensión la paella que ha tardado horas en cocinar, con los ingredientes que ayer se pasó horas comprando: las mejores gambas, la mejor sepia... los mejillones frescos, el jerez dulce... Hoy se ha pasado la mañana picando cebolla, sofriendo arroz, pelando gambas, preparando el caldo... Con el delantal, el gorro, la cara de mala hostia: detesta cocinar. Sonríe discretamente, con alivio, lo noto, en cuanto la prueba: le ha salido perfecta, jugosa, en su punto.

Mi suegra con su sonsonete: qué sabrosa la paella, qué bonito el mantel de encaje, qué bueno el vino, el gato, el clima.

La situación parece haberse encauzado. Me relajo... pero me dura poco.

Mi padre habla, habla, habla, y mi padre cuando habla es imprevisible. Y en esta situación, más, porque esos desconocidos que irrumpen en nuestra familia, ¿con qué intenciones vienen? ¿Y si han llegado con cuatro corceles negros a raptar a su hija y llevársela a un reino sombrío y neblinoso del que no volverá? ¿Y si conocen la fórmula mágica para que su hija consiga hacer oídos sordos a la otra fórmula mágica, la suya, que siempre le funcionó: *I ara! Només faltaria!*?... Acelerado por la angustia, mi padre habla y habla, intentando hipnotizar al enemigo, aturdirlo a base de verborrea, noquearlo. Habla y habla y habla atropelladamente, diciendo todas las cosas que no hay que decir: habla de sexo, habla de una encuesta según la cual los franceses no se duchan, habla de «mi primo el asesino», un pariente lejano, de Sevilla, que mató a su mujer, y no hace caso ni a mis miradas de hastío, ni a las patadas furiosas que le da su mujer debajo de la mesa.

Mis suegros intercambian miradas de reojo.

Mi suegro, cuando mi padre le deja intervenir, lleva la conversación a terrenos menos comprometidos. Que si la reforma bancaria, que si la reconversión industrial, que si la Unión Europea... Desgranando uno por uno, con su estilo de majestuosa autoridad, con la contundencia de quien se ha formado una opinión insobornablemente propia, los últimos editoriales de *Le Monde*.

Mi padre, en voz alta, sorprendido y lastimero, a mi madre: «*I ara! ¿Por qué me das patadas?*», y a mí: «*Laura, com es diu patada en francès?*».

A la hora de despedirse, ya todos de pie, en el recibidor, mi madre visiblemente aliviada de que todo termine, mi suegra sonriendo, haciendo reverencias, exclamando: *Enchantée... Un plaisir... C'était très bon... Madame... Monsieur... Au plaisir de se revoir...*

Au plaisir de se revoir? A mi padre se le iluminaron los ojos. ¡El placer de volver a verse! Entonces, ¿los había conquistado, cautivado, neutralizado? ¿No se llevarían, a fin de cuentas, a su hija querida? ¿Habían caído bajo su hechizo, estaban deseando volver a verle, volver a escucharle, un hombre, aunque español, tan culto, tan divertido, tan brillante?...

¿El placer de volver a vernos?, ¡por supuesto!

—*Quand et où?* —¿Cuándo y dónde?, exclamó mi padre, apremiante.

Se hizo un silencio... un silencio...

Presa del pánico, madame Kaminski sonreía indecisa, mirando de reojo a su marido.

—*Très bientôt, j'espère.* —Espero que muy pronto. La sonrisa de monsieur Kaminski era de aplomo e ironía. Como la de Étienne al decir que su mejor amigo está criando malvas.

Étienne ha vuelto al sofá, a hojear el catálogo. Yo quito la mesa y friego los platos.

Ensayo para mis adentros: ¿Nicole? Ah, sí, Nicole. (Tono afable distraído, casual.) No, no sé nada de ella. A veces nos la encontramos en las cenas de amigos... ¿Navidad? ¡Déjame en paz con eso, papá! (Sin demasiado énfasis. Luego hablar de cualquier cosa, como si nada.)

No le quedan secuelas. Y si alguna le quedase, que contrate a una enfermera.

No me atrevo a creer que pueda ser, que sea tan fácil. Que me baste imitar a Étienne, a sus padres. No tener deudas con nadie, no necesitar a nadie. A nadie más que a él.

Distancia. Impasibilidad. Aplomo, y si hace falta, ironía. Contra un lobo, otro lobo.

—¿Megève o Chamonix?

Vivir en un desierto de hielo. Pero abrazándonos, por la noche, en el iglú. Étienne contento. Yo feliz de que él esté contento y de que me quiera.

—Chamonix —digo.

Qué sentido tiene todo

Madrid, primavera de 1992

Una terraza en un pequeño edificio de cuatro plantas en el barrio de Arturo Soria. Macetas con geranios, hortensias, fucsias, rosas blancas. Un muro cubierto de hiedra de Virginia, verde y rojiza. Detrás, del otro lado de la cristalera, un gran salón con mullidos sofás blancos y estanterías lacadas de blanco. Abajo, un jardín con piscina. En la terraza, una tumbona. En la tumbona, con los ojos cerrados, la boca tensa, yo.

—¡Ya tenemos diagnóstico! —había exclamado esa mañana el ginecólogo—. Incompatibilidad inmunológica. Eso significa que usted puede tener hijos. Y su marido también —me explicó, triunfante—. Solo que no los pueden tener juntos.

Yo le miraba de hito en hito.

—Basta una inseminación artificial con semen de donante —prosiguió él con entusiasmo—. Es un procedimiento muy sencillo, seguro que funciona, si no a la primera, a la segunda o a la tercera, ya verá.

—Pero es que yo... —murmuré débilmente—, yo con quien quiero tener hijos es con mi marido...

Al ginecólogo se le notaba la decepción en la cara.

¿Tan grave era, tan grave sería no tener hijos? ¿De verdad de verdad de

verdad yo quería tener hijos? ¿Seguro? ¿Por qué?

Sí, ¿por qué?, ahora que no me oía nadie, en mi terraza de lujo de mi casa de lujo en mi vida de lujo. Con los ojos cerrados, los dientes apretados: ¿en realidad, por qué?

¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Que por qué querías tener hijos? ¿Eso estás preguntando?...

La voz, la voz sin boca, la voz que llega por todas partes, la voz omnipresente, de pronto adquiere cara, cuerpo, nombre, como si en la irresistible marea de un carnaval alguien por un momento se desenmascarase: y es mi marido, esta vez, el que se ha quitado el antifaz y murmura consternado: ¿eso te preguntas?, ¿de veras te preguntas eso?

Yo le había propuesto que fuéramos juntos a terapia, para que nos ayudaran a ver qué estaba fallando entre nosotros. Por qué cada uno iba encerrándose en su mundo, por qué ya apenas hablábamos, por qué estábamos tan obsesionados por tener hijos... ¿Eso te preguntas?, dice la voz, decía mi marido, con reprobación y lástima. Luego se vuelve a poner el antifaz y ya no es él, es todos, es cualquiera, vuelve a fundirse en la multitud, a hacerse ola: querer tener hijos es la obviedad, es la evidencia, ¿quién lo ha dicho?, todo el mundo, es la naturaleza, si no lo entiendes no te lo puedo explicar, no es un psicólogo lo que necesitamos, solo un ginecólogo, qué retorcida eres, qué seca, tanto intelectualismo le hiela a uno la sangre.

Pero yo insisto, murmurando en mi propio confesionario, bajo secreto de confesión, quiero saber: ¿de veras quiero tener hijos? ¿Por qué, para qué?

Yo quería tener hijos porque no necesitaba razones para el sí (nadie me las pedía), pero habría necesitado razones para el no, y no estaba segura de tenerlas.

Porque todo lo demás me estaba decepcionando.

Porque no veía alternativa. Porque si no era eso, qué.

Porque da miedo equivocarse sola. Mejor fracasar acompañada, con protección, consuelo, bendiciones, mejor eso, mucho más llevadero, que soportar, encima del fracaso, la soledad y el reproche. Mira que te lo advertimos, y tú venga y dale, tú te lo has buscado, ya te lo decía yo, allá tú, oveja descarriada, ganas de tocar el campano, mira que se veía venir, no quisiste hacerme caso.

Yo quería tener hijos porque Clara y Miguel, Carmen y Ricardo, Guillaume y Liliane, Jérémie y Margot, Pepa y Pablo, mi hermano y su mujer, Ana y Ángel... todos, todos nuestros amigos, todos menos Patrick, que era homosexual, estaban teniendo hijos. O intentando tenerlos. O desesperados porque no lo conseguían.

Verano de 1990. Vacaciones en un velero en el Egeo. Guillaume y Liliane, Étienne y yo.

Liliane, alta, rubia, rica, con un alto cargo en una empresa financiera, casada con Guillaume, alto, moreno, rico, con un alto cargo en otra empresa financiera, y por si todo eso fuera poco, francesa, mientras que yo era bajita, castaña, sin oficio ni beneficio claro, y española.

Liliane no paró ni un momento, en toda aquella semana de navegación, de hablarme de lo feliz que era desde que había nacido su bebé, y de preguntarme cuándo iba yo a tener bebés, y que por qué, por qué, por qué razón no estaba yo, al parecer, del todo convencida de que quería tener bebés...

El problema no era Liliane, el problema era que Liliane estaba arropada por la sociedad, la naturaleza, la tradición, el reloj biológico, la familia, el municipio, el sindicato y la Virgen María; a mí no me arropaba nadie.

De joven, en una época en la que intenté ganarme la vida con el periodismo, yo había hecho un reportaje para una revista femenina sobre una institución que acogía a madres solteras.

Mi abuela había sido madre soltera. Se quedó embarazada del señorito calavera del pueblo de al lado. Consecuencia: pasó cincuenta años bajo la bota de un don nadie, tarambana, pelagatos, tirano de opereta, que le amargó la vida y al que no podía dejar porque ¿quién, entonces, mantendría a la hija y al hijo que habían tenido juntos?

Una criada que habíamos tenido en casa, la Mari, era madre soltera. A los quince años, mirando dibujos animados en la tele con un vecinito de la misma edad, solos los dos en casa, se quedó embarazada. El chico, apoyado por sus padres, se negó a casarse, a contribuir a la manutención de la niña, a darle su apellido, a conocerla siquiera. A saber de quién es, si lo has hecho conmigo lo puedes haber hecho con otro, lo de siempre. La Mari tuvo que dejar el colegio para cuidar a su hija, y en cuanto pudo, ponerse a trabajar para mantenerla. La niña vivía con sus abuelos; llamaba «mamá» a su madre, «abuela» a su abuela, y por algún motivo, le hacían llamar «papá» a su abuelo. Era arisca, desconfiada, agresiva y un desastre en el colegio. («No me extraña», comentó mi amiga psicoanalista. «¿Cómo va a entender algo de historia o matemáticas, si no entiende quién es su papá ni cómo puede ser a la vez su papá y el papá de su madre?»)»)

Chicas como la Mari eran las que acogía, durante unos meses, la institución sobre la cual yo iba a hacer el reportaje. Me habría gustado hablar con las internas, pero no me dejaron; como tímida principiante en el periodismo que era, no insistí y me limité a hacerle una entrevista a la directora.

La directora, muy amable, educada y elegante, a lo dama de mesa petitoria, me explicó que un embarazo de una chica soltera es vivido al principio como un drama, tanto por la interesada como por sus padres... (del corresponsable

del embarazo no se habló), pero eso es solo al principio. Luego, ¡son tan monos los peques! Un pilluelo de dos años, ¿no entenece a cualquiera? A los abuelos, hasta los que al principio se hicieron más los ogros, se les cae la baba con el nene, con la nena...

Yo, obediente, tomaba nota. El reportaje terminaba con la directora y yo — contaba yo— mirando conmovidas al jardín, en el que algunas jóvenes madres cuidaban amorosamente a sus bebés, y conteniendo (¡violines, violines!) las lágrimas.

Si yo sabía lo que sabía de la Mari y de mi abuela ¿por qué había escrito ese reportaje, en esos términos?

Porque no me atrevía a decir otra cosa, a insinuarla siquiera.

Porque ni se me había ocurrido que pudiera decir otra cosa.

Porque en el fondo, incluso yo, sin ninguna experiencia, presentía que si hubiera dicho otra cosa no me lo habrían publicado.

Pero ¿quieren tener hijos? ¿Es que no quieren? ¿Que no pueden?...

Murmullos, murmullos. Palabras que se adivinan, en cuanto se cierra la puerta.

No lo decían, pero se leía perfectamente en sus ojos. En la mirada interrogativa.

Palabras que queman aunque no se oigan. Aunque haya una pared, una calle, un país de por medio.

¿Pasa algo? ¿Por qué no nos lo dicen?

¿Será que tienen problemas? ¿De qué tipo?

¿Será ella? ¿Será él?...

La mirada de decepción. Aunque no digáis nada, sé lo que estáis pensando, os lo leo en los ojos. Podríais disimular un poco por lo menos, ¿no?

Decepcionada. Compasiva. Despectiva. Progresivamente hostil. ¿Y nosotros qué? ¿Es que no vamos a tener nietos? ¿Serán capaces de hacernos esa faena, serán capaces de no darnos nietos?

Explícita o silenciosa, aquella voz que venía de tantos canales a la vez, envolvente como unos altavoces estéreo *surround* a todo volumen, me estaba volviendo loca.

Pero vamos a ver, calma, calma, un momento: yo no he dicho eso. ¿Cuándo, vamos a ver, cuándo he dicho yo que no quiero tener hijos? Yo no he dicho que no quisiera tener hijos. Me habéis entendido mal. Lo que he dicho es que no quería tenerlos *todavía*. Que más tarde, si acaso.

Sí, más tarde; ¿cuándo?

Cuando hubiera terminado de estudiar.

Cuando hubiera ligado todo lo que quería ligar.

Cuando hubiera trabajado y ganado dinero.

Cuando hubiera vivido mucho en pareja sin hijos.

Cuando hubiera hecho todos los viajes que quería hacer, leído todos los libros, visto todas las películas, las obras de teatro, las óperas, los espectáculos experimentales.

Cuando hubiera cumplido mis sueños literarios...

Solo entonces tendría tranquilidad, tendría tiempo, podría pensar en otra cosa que en escribir, escribir, escribir, publicar, escribir, escribir, escribir... Entonces me sentiría relajada y feliz, entonces podría tener hijos. A los sesenta, sesenta y cinco años, cuando me jubilara.

Tener hijos, sí, claro que quería tener hijos.

Quería tener hijos sin que eso me impidiera pasarme los días fuera de casa trabajando. Quería tener hijos y verlos al llegar, cinco minutos, cenados y bañaditos y oliendo a colonia o, mejor aún, ya en la cama, darles las buenas noches y un besito y ya, a cenar, a hablar entre adultos. Tener hijos y el fin de semana dedicarme a mis cosas estando los niños con su madre en cualquier sitio donde no molestasen. Y luego, cuando fueran un poco mayores, hablar con ellos, como mi padre hablaba conmigo. Y gastarles bromas, como hacía mi padre, cuando me telefoneaba distorsionando la voz y asegurando ser un marciano que me llamaba desde Marte.

Eso quería, sí, y no los humos de la cocina, las pomadas, las papillas, la guardia de veinticuatro horas, siete días, doce meses, los cubitos de hielo envueltos en un trapo empapado en vinagre y apretados un buen rato contra las pequeñas espaldas ardientes tras un día de playa, los vómitos, las manos enrojecidas por los detergentes, la exasperación, los gritos («¡¡Cálzate de una vez!!»), los pañales apestando en el cubo de la basura...

No es que yo no quisiera tener hijos. Sí quería tener hijos, lo que no sabía si quería era ser madre. Prefería ser padre.

Pero no podía ser. Ni padre, ni a los sesenta años. Solo podía ser madre, y solo con menos de cuarenta o cuarenta y dos años, y ya tenía treinta y tantos y tenía que decidir, ¡deprisa, deprisa!

De hecho, ya había decidido que sí. En fin, había dejado las pastillas. Eso es haber decidido, ¿no?...

¿Qué planes tenemos para este verano?

¿Y aquello que llevamos tiempo pensando, de hacer senderismo en los Pirineos?

Si estoy embarazada, ¿podré hacer senderismo?

Mejor que no, me dijo el ginecólogo. Y mi marido, frunciendo el ceño: pero ¿quieres tener hijos o quieres hacer senderismo?

Sí, sí, cómo no. Claro que sí, cariño, claro que quiero tener hijos. No pasa nada, no haré senderismo.

Yo quería tener hijos porque mi marido quería tener hijos. Mi marido tenía un deseo, un sueño, un proyecto, y yo quería compartir con él sueños, proyectos, deseos. Quería algo que nos devolviera la ilusión, el entusiasmo, algo que hacer juntos. Algo de lo que hablar. Algo que le diera ganas de volver a casa después del trabajo.

Mi marido trabajaba cada vez más. Viajaba cada vez más. Llegaba a casa cada vez más tarde, más cansado, más de mal humor.

El sábado, después de comer, cogía el coche, se iba a poner gasolina, luego se iba a un garaje donde lavaban el coche y lo limpiaban por dentro, y él, mientras, aprovechaba para hacer algún recado, para tomar un café... Volvía a casa a las ocho...

Yo estaba cada vez más callada, más sombría. Más sola.

Y pasaban los meses.

Invierno de 1991, primavera de 1992...

¿Y la vocación literaria? ¿Y el amor? ¿Y la vida profesional?... Ya los tenía, ¿o no? Trabajaba en la sede madrileña de la editorial que había comprado la nuestra, con un puesto a tiempo parcial; el resto del tiempo, escribía; tenía pareja... Pero todo eso que al parecer tenía se desvanecía en cuanto le ponía la mano encima. ¿Trabajo? Un trabajo sin futuro, en el que ya no creía ni yo

misma. ¿Escritura? No conseguía terminar mi novela. ¿Amor? Era un amor estéril que se estaba secando...

El tiempo se había detenido y yo me sentía incorrupta y congelada. «Me he mantenido al margen y en formol», le hacía decir a uno de los personajes de la novela que estaba escribiendo, *Último domingo en Londres*. Era, en realidad, lo que yo pensaba de mí misma, pero como me daba mucha vergüenza confesarlo, ponía la frase en boca de un personaje, y de uno cuyo sexo, edad y país no coincidían con los míos, para mayor seguridad.

El silencio de mi casa me encogía el corazón. Un silencio vacío. Un silencio inquietante. Quería tener hijos porque no soportaba el silencio.

¡Basta, basta de soledad y de angustia y de inmovilidad! ¡Basta de la ofensa de sentir que el mundo no me necesita! ¡Alguien que me mire, que me quiera, que me haga sentir viva! ¡Alguien que me sonría, alguien a quien dar de comer, cucharada a cucharada, alguien a quien consolar cuando llora! ¡Basta de esta libertad enorme, enorme, en la que me pierdo como en un gigantesco hangar vacío! ¡Ruido, desorden, es lo que quiero! Ruido y desorden y suciedad y cansancio y caer como una piedra en la cama sin haber tenido ni un minuto, ni un segundo, para preguntarme en voz baja, con el corazón en un puño, qué sentido tiene todo.

Veinte años llenos a rebosar, veinte años resueltos de un plumazo. Elefantes rosa de goma, patitos amarillos de plástico, sonajeros, potitos, trenes, columpios, libros de tela, tardes enteras en el parque, los primeros pasos, el primer diente, la vaca muge, la gallina cacarea, el primer triciclo, velas, soplar, aplausos, cumpleaaa-ños fee-liz, la B con la A, BA, el ratoncito Pérez, el carnet de notas... Una vida con una dirección, con un proyecto: ver crecer a nuestros hijos.

Quería tener hijos para no pensar.

Y pasaba el tiempo. Hacía ya un año que había dejado las pastillas... y nada.

Un año y medio: nada.

Dos años, nada.

Peregrinaciones de consulta en consulta. Pinchazos, ecografías, análisis, esperas. Diagnósticos. Desmentidos: no era cierto el diagnóstico anterior; o sí, pero eso no impedía un diagnóstico nuevo; si no se contradecían, se acumulaban. Palabras raras, nunca oídas antes, llenas de pinchos: histerosalpingografía, laparoscopia, endometriosis, poliquístico. Y el vientre lleno y redondo flotando en el ensueño, rodeado de un aura, de rayos dorados y cantos de ángeles, convertido en quimera escurridiza, inalcanzable, en símbolo de todo aquello que la vida nos niega cruelmente, injustamente, de todas las fiestas a las que no nos invitaron.

Yo quería tener hijos porque quería crear. Entendía a Sylvia Plath, cuando al enamorarse de Ted Hughes le escribía alegremente a su madre: «Estamos planeando tener seis hijos». Entendía ese deseo visceral de entregarse, de ser fértil, de madurar y florecer, dar fruto y pudrirse. Quería poner en el mundo algo que saliera de mí, que fuera distinto de mí, que fuera nuevo. Algo salido de mí, pero que se moviera solo. Que siguiera vivo cuando yo muriese. «Escribir, para poner algo a salvo de la muerte», decía Gide. Yo había intentado crear libros, lo seguía intentando, pero empezaba a desesperar de conseguirlo. Entonces, por lo menos, crearía niños. De carne y hueso: algo real y tangible, algo, sin discusión, verdadero.

¿Qué era yo? Ni editora, ni escritora. ¿Entonces?

¿Cómo llenar mi vida? ¿Cómo presentarme ante el mundo?

Por esas fechas se me ocurrió crear una colección de libros entre biográficos y prácticos llamada «Qué es ser...»: qué es ser periodista, qué es ser economista, qué es ser... Yo quería ser y no era.

Mi fracaso literario pasaba entonces a un vago segundo plano; no se vería tanto.

Nadie me iba a preguntar por eso. No se le hacen preguntas a una mujer que es madre.

Quería ser madre, para ser algo.

De modo que allí estaba, echada al sol en una tumbona, como un personaje de *La montaña mágica*. Con los ojos cerrados, viendo el vacío. Una vida sin hijos.

Entonces, ¿qué sentido tiene todo?

Dentro del vientre tengo dos manos

Madrid, 1993

¡Vacaciones! No podía más de radiografías, pinchazos, camillas, agujas clavadas en la mano y pegadas con un esparadrapo, ecografías... De médicos y médicas con bata blanca dirigiendo la mirada ceñuda al informe, a las cifras, los gráficos, la pantalla, nuevamente a los papeles, y yo sentada expectante en la luz blanca y neutra, el silencio imparcial del consultorio, esperando la sentencia. De estar sola: el proceso se alargaba, tres años ya, hacía mucho tiempo ya que Étienne había dejado de acompañarme, tenía mucho trabajo.

¡Vacaciones! Hojeaba, ávida y aliviada, un catálogo de viajes en bicicleta. Pueblos pintorescos, bellos paisajes, castillos, gente feliz pedaleando, conozca el Danubio, Suiza, Escocia, Baviera, etapas de cuarenta kilómetros, ruta autoguiada con reserva de hoteles y traslado de equipaje... Escapar del infernal verano madrileño: me acostaba con una regadera al lado de la cama para mojar las sábanas a media noche. No podía más de clínicas, de sueros, de cama articulada, de estar descalza, sin bolso, sin lectura, sin gafas, sin nada más que una batita verde de algodón, ridícula, abierta por detrás, y yo sin bragas.

¡Vacaciones! Definitivamente, Baviera: sus paisajes bucólicos, sus veintidós grados en verano, Lindau, bonito pueblo en el lago Constanza. No podía más de peregrinaciones de prueba en prueba, de médico en médico, de consultorio en consultorio, en busca de la sentencia definitiva... que resultaba ser provisional. Otro especialista, una prueba más: laparoscopia, con

anestesia y hospitalización, un nuevo diagnóstico: endometriosis. Señora: ya sabemos qué le pasa, tiene usted endometriosis.

¿Endomequé? Ah. En-do-me-trio-sis. Muy bien, doctor, endometriosis, ¿puedo irme? El tratamiento que le vamos a dar contra la endometriosis provoca una menopausia temporal. Durante los próximos meses, señora, no le vendrá la regla y tendrá sofocos, insomnio, quizá algún otro síntoma. Cuando lo termine le volverá la regla, pero no inmediatamente, puede tardar más o menos, después del verano hablamos.

La menopausia. Cada dos por tres me subía de golpe la temperatura. Me sonrojaba, me ardía la cara, empezaba a sudar. Me compré un abanico. Qué harta estoy. Desde los trece años la regla, la regla, la regla, la regla que no llega, dos días de retraso, leve susto, cuatro días, alarma, rápido, test, ¡negativo!, pero existen los falsos negativos, todo el mundo lo sabe, cinco días, seis días, ay, dios mío, Londres, Ámsterdam, urgente, que alguien me explique cómo, necesito información, ¿a quién se la pido?, ¿por dónde empiezo?, ¡ay, dios mío!, ahora que me acuerdo, ¿no me había caducado el pasaporte?, angustia, terror, una semana... ¡por fin!, el flujo caliente, el leve dolor, la mancha roja como una amapola, floreciendo alegremente en las bragas blancas, inmenso alivio, la regla, la regla, la regla, un año, otro año, otro año, la regla, la regla, la regla, pero si hace ya tres meses, seis meses, tres años, que no tomo la píldora, pero nada, la regla, la regla, la regla, ¡ah!, dos días de retraso... tres días... leve esperanza... cinco días... ilusiones... el parto sería en... si mañana no me ha venido me hago el test... oh, no, el flujo caliente, el dolor, la mancha roja como el vómito de sangre para un tísico, decepción, lágrimas, nueva visita al ginecólogo... y ahora la menopausia.

Y qué. Qué más me da. Lo que sea, con tal de olvidar el calendario, la regla, la obsesión. ¡Vacaciones!

Carreteritas comarcales serpenteantes. Vacas, pajares, manzanos. Tractores,

olor a hierba y a estiércol, aldeas de tejados rojos. Más allá de los muros de mi prisión mental, había un mundo, simple y manso, un mundo que se toca, que se mira, que se come. Con Étienne volvíamos a ser los estudiantes alegres y despreocupados de diez años atrás. Pedaleando, comiendo bocadillos sentados en la yerba, riéndonos. Abrazados bajo un árbol, una tarde en que de pronto empezó a diluviar, corriendo luego, empujando las bicicletas, a refugiarnos en el hangar de una granja. Étienne, ya no un ejecutivo con traje y corbata, que de día cumple las instrucciones de la empresa y de noche conmigo las del ginecólogo; no, Étienne, aquel chico de veintitrés años del que me había enamorado, ahora con treinta y tres pero todavía tan guapo: le miraba y volvía a enamorarme. Los ojos azules transparentes, la expresión seria, sólida, leal. (Una vez, hacía años, me había puesto la mano sobre el vientre y había dicho sonriendo: «De aquí saldrán maravillas». Nunca se lo recordé: me emocionaba demasiado; tenía demasiado miedo de que no se cumpliera.) Los sueños compartidos: viviremos en Ámsterdam, en Lisboa, en Buenos Aires... Del problema —El Problema— no hablábamos. Dulces siestas perezosas, rendidos de pedalear, cuando llegábamos al albergue. Las risas al leer el menú de la cena: camembert frito, tortilla de mermelada... Pedalear, visitar aldeas e iglesias, seguir pedaleando. Dormir, hacer el amor, olvidar.

Pero en Madrid, otra vez el gran dúplex silencioso en Arturo Soria, la terraza, el salón con los sofás blancos y la estantería blanca. Las calles arboladas, tranquilas, impersonales. Otra vez la vida que te dice: aquí estoy, para que hagas conmigo lo que quieras, y tú no sabes qué hacer con ella. Con lo que nos había costado llegar hasta ahí: vivir juntos, en una ciudad donde los dos tuviéramos trabajo, y tener una bonita casa, y libertad y dinero... Con lo que nos había costado alcanzar ese sueño, como un gran paquete envuelto en lazos y papel de regalo... por fin le habíamos puesto la mano encima y al abrirlo... Vacío.

¡Ah, tener un hijo! Para tapar, para llenar, para ocupar, para romper el silencio... Otra vez en Madrid: la vida cotidiana. Y el hijo que no viene. Y la novela que no avanza. Y la pareja monótona, el trabajo rutinario, la vida vacía. Y la vergüenza de no ser feliz, teniéndolo casi todo.

Un buen día, después de haber terminado el tratamiento, como seguía sin venirme la regla (pero no me hacía ilusiones, el ginecólogo me había dicho que no se sabía cuándo iba a volver), un día, por hacer algo, me compré un test de embarazo.

Era un domingo a finales de agosto. Étienne estaba en el piso de abajo, en el salón. Yo me encerré en el cuarto de baño del piso de arriba e hice la prueba.

Esperé el resultado.

En la tira de papel salieron unas rayas.

¿Cómo? ¿Unas rayas? ¿Esas que dice el prospecto que...? ¿De veras? A ver, a ver el prospecto...

Comparé la tira de papel con el prospecto. No había ninguna duda.

Bajé la escalera con la tira en la mano y lágrimas en los ojos.

Sentado a la mesa del salón, en el pesado silencio del gran piso vacío, Étienne leía melancólicamente *Le Monde*.

No dije nada. Le puse la tira de papel, con las vistosas rayas, encima del periódico.

Étienne miró la tira... levantó la cabeza... y me miró estupefacto.

A las mujeres embarazadas, yo de pronto las veía por todas partes: por la calle, en el autobús, en las tiendas, en la biblioteca... En realidad ya hacía tiempo —tres años— que notaba su presencia, pero solo ahora las miraba de

verdad; ya no como las afortunadas admitidas a ese paraíso que a mí se me negaba sin motivo, sino como personas de carne y hueso de las que por primera vez me preguntaba cómo se sentían.

¿Descansando al fin de la responsabilidad, aliviadas por convertirse por un tiempo en materia que ella sola crece y toma forma?

¿Colonizadas, invadidas, ocupadas sin su permiso, devoradas por un parásito, como me habría sentido yo de haberme quedado embarazada sin quererlo? ¿Contemplando, abrumadas, la perspectiva de dieciocho años de condena, si no podían abortar? Obligaciones, cansancio, responsabilidad, falta de sueño, trabajo agotador, no reconocido ni pagado, pérdida radical de libertad... y todo eso, ¿en expiación de qué delito?

¿Triunfantes, poderosas, con su imponente peso, su vistoso volumen? ¿Creando, amasando, un ser humano, con las manos metidas en el barro? ¿Haciendo un milagro a la vista de todos? Diciendo: háganse los pulmones, y los pulmones se hicieron, delicados, sonrosados, como de nácar; háganse los dedos, y los dedos se hicieron, con las uñas, las yemas estriadas, los nudillos.

¿Centro del mundo, abeja reina, diosa de la fertilidad, a la que tienen que servir, intimidados, los prescindibles machos de la especie? ¿Sobrehumanas?

¿Infrahumanas, ciudadanas de segunda? ¿No ya una persona, un currículum, un puesto, un nombre, un ser singular, sino «una embarazada» aburrida y anónima?

¿Pensando solo en epidurales, estrías, mastitis, episiotomía, hemorroides, sacaleches? ¿Por eso nadie escucha a las mujeres embarazadas, salvo otras mujeres que lo están o lo han estado: por miedo a que les hablen de esas cosas prosaicas, aburridas, levemente asquerosas? ¿O al revés: porque temen verse cara a cara con una felicidad inexplicable, infrahumana o sobrehumana pero que en todo caso las excluye?

¿Humilladas, porque ya no podían disimular que eran mujeres, con un

cuerpo, no puras mentes, inteligencias desencarnadas? ¿Feas, deformes, asexuadas? ¿Fatigadas, con los tobillos hinchados? ¿Vulnerables? ¿Ridículas? Hay maridos que parecen incómodos, como intentando esconderlas. Otros, todo lo contrario: orgullosos, exhibiéndolas.

¿Invisibles? Muchas veces, en el autobús o en el metro, mi vientre redondo, enorme, estaba a pocos centímetros de los ojos de un pasajero sentado, que no daba ninguna señal de haberlo visto. Eran mujeres, casi siempre, las que se levantaban para cederme el sitio. En una ocasión, quedé con un antiguo novio, al que llevaba años sin ver; pasamos una hora charlando en el café del Círculo de Bellas Artes sin que él reparase en mi embarazo de siete meses... Otra vez, en la Biblioteca Nacional, no sintiéndome con fuerzas para ascender la escalinata de entrada, me dirigí al ascensor. Un guardia jurado me impidió el paso: perdone, señora, pero el ascensor es solo para funcionarios. Es que yo no puedo subir la escalera. ¿Cómo que no puede?... y así, insistiendo yo (incrédula) e insistiendo él (imperturbable) hasta que le dije: «Me parece que usted no me ha mirado bien». Solo entonces se dio cuenta, y sonrojándose, me dejó pasar.

¿Y yo, cómo me sentía?

Radiante. Regando en secreto un jardín que crecía a oscuras y que saldría a la luz en un estallido de vida y de colores.

Pero había algo extraño, y yo no sabía qué era. Había algo que faltaba. «Me gustaría tener náuseas», le decía a Étienne, medio en broma, «para sentir algo, para acordarme de que estoy embarazada». No era eso, claro, era otra cosa. Era un vacío. Miraba al futuro inmediato, a los próximos meses, y lo que veía era un espacio en blanco. Un espacio en blanco y después una cama articulada y un gotero, y después un bebé, sí, pero...

Era un bebé inanimado lo que aparecía en mi imaginación, como un muñeco de plástico. Perfecto, gordito, reluciente, pero mecánico; y yo también, cuando me imaginaba atendiéndole, me veía mecánica, impersonal. Una de esas madres dulces y sonrientes, pero todas iguales, de los anuncios y de las revistas.

Me faltaba algo, sufría porque me faltaba algo, pero ¿qué era?... Me faltaban hasta las palabras para designar qué me faltaba.

Étienne me regaló un libro: *J'attends un enfant*. El clásico francés, me explicó, sobre el embarazo, el parto, la crianza. Lo hojeé: placenta, estrías, contracciones... Cordón umbilical, cuello uterino... Es que no es eso lo que quiero. ¿Qué quieres entonces? Ay, no sé... Pero Laura, tienes que... Cierto, cierto. Me puse a leerlo y subrayarlo con la misma disciplina con que años atrás me había estudiado tomos enteros de Derecho Mercantil, Administrativo, Procesal y aprendido de memoria la definición de la enfiteusis y del litisconsorcio pasivo necesario... pero leía novelas por las noches.

Jane Eyre, Oliver Twist, Mrs. Dalloway... The Millstone, Voyage in the Dark, High Wind in Jamaica... Veinte años después, todavía era capaz de recordar qué novelas leí en esa época. Era casi mi único buen recuerdo de los últimos años, tan áridos, de la carrera. Por entonces empezaba a ser capaz de leer en inglés, y lo disfrutaba tanto... (¡Eso era! Eso me faltaba ahora: disfrutar.) Leía e imaginaba. Callejones oscuros, hollín, fábricas con altas chimeneas de ladrillo... Largas playas bajo la lluvia, con mareas... Las campanadas de plomo del Big Ben disolviéndose en el cielo gris de Londres, y barcos procedentes de las colonias descargando sacos de canela y caparazones de tortugas. Paisajes tormentosos, viejas mansiones cubiertas de hiedra, faros en Cornualles... Clubs con mullidas alfombras, trofeos de caza y chimenea... Caballeros vestidos de tweed, fumando en pipa y susurrando al oído de una corista: «Por Júpiter, gatita, tus ojos brillan como estrellas»...

Leer e imaginar, eso había hecho siempre, eso me había enseñado mi madre. Imaginaba lo que es vivir metida en la cama, mirando la calle por la ventana, durante horas, durante días, meses, años... hasta el punto de darte cuenta de que ese perro que acaba de pasar es un perro que no conocías, como Tante Léonie en *En busca del tiempo perdido*. Imaginaba visitar una buhardilla y soñar: «Encerrarse aquí, viviendo como un estudiante pobre, y no salir sino con la Obra terminada», como cuenta Gide en su diario. Imaginaba tener ambición, llegar a la capital y enfrentarse a ella, desafiarla gritándole: «¡Nos veremos las caras!», como Rastignac en *Las ilusiones perdidas*. Imaginaba darte cuenta de que te estás muriendo, como Iván Illich, y sentir que eso es un escándalo, pero quienes te rodean te dicen que no, que exageras, y te dan un beso apresurado porque les esperan en una baile... E iba llegando a todo: al Big Ben y a las playas de Cornualles, a la buhardilla en París y al sueño de la Obra, al desafío de la ambición y la gran ciudad, y a la muerte llegaría también... a todo llegaba habiéndolo imaginado.

Menos a la sala de partos. Miraba y volvía a mirar mis estanterías llenas de novelas, y no cabía en mí de asombro: no había nada. ¿Cómo era tener por primera vez en los brazos al bebé que ha salido de tu cuerpo? ¿Qué se siente? ¿Amor a primera vista? ¿Desilusión? ¿Indiferencia? ¿Curiosidad? ¿Adoración? ¿Asco?... ¿Cómo es un recién nacido? ¿Es suave, es viscoso? ¿Ensangrentado? ¿Perfecto? ¿Maloliente?... Cuando por primera vez viajé a Inglaterra, reconocí muchas cosas que había leído; otras veces sentí lo mismo que los niños que desde Jamaica llegan a Londres, en la novela de Richard Hughes: «Todo era exactamente como se lo habían descrito y no tenía nada que ver con lo que habían imaginado». Pero siempre me sentí acompañada, o precedida, siempre tuve con quien dialogar en mi fuero interno.

Mi vida, hasta entonces, había sido un permanente diálogo entre lo vivido y

lo leído. Pero ahora que llegaba a la experiencia, precisamente, más intensa y trascendental de mi vida, me encontraba con que no tenía nada que leer.

—¿Más que una inyección?

Mi madre se rio:

—¡Muchísimo más! ¡Mil veces más!

Hacía sol, era por la tarde, y caminábamos juntas, cogidas de la mano, por la acera de la calle Sanjuanistas. (Hay escenas que no se olvidan.) Hablábamos, no sé por qué, del parto. Yo le había preguntado, tímidamente, si dolía. Sí, dijo mi madre. ¿Mucho? Mucho, dijo mi madre. ¿Más o menos que el mayor dolor que había experimentado yo en mis ocho o diez años de vida?

Ahora, añadió mi madre, hay una cosa a la que llaman «parto sin dolor», aunque es una forma de hablar, solo duele un poco menos, no funciona siempre, de todas maneras cuando tú naciste no existía. Y empezó a contarme con indignación que la Iglesia estaba en contra, por aquello que dice la Biblia de que parirás con el dolor de tu vientre.

Mientras seguía hablando de la Iglesia y dando rienda suelta a su furia (¡que tenga los hijos el Papa!), yo intentaba asimilar lo que acababa de decirme. ¿*Mil veces más* que una inyección? ¿Eso era lo que me esperaba? (Negarse a tener hijos era inimaginable, una posibilidad que ni siquiera sabía que existía. Jamás había oído hablar de una mujer que hubiera decidido algo semejante. Si acaso, entre las amigas y conocidas de mis padres había solteronas, pobrecitas, o mujeres estériles, pobrecitas.)

Me sentí aterrorizada por la perspectiva del dolor. Furiosa, por tener que soportar una condena en castigo de no sabía qué falta. Avergonzada, de haberle hecho tanto daño a mi madre. Resentida con ella por habérmelo dicho, por haber alargado la infinita lista de mis deudas.

—¿Sin anestesia?

—Claro, sin anestesia. ¿Cómo vas a perderte lo más intenso que vas a sentir nunca en tu vida? Sin anestesia, sin sueros, ni cama articulada, ni aparatos. No en una tierra hostil, entre cables y tubos, entre desconocidos con bata y mascarilla, sino en casa, con tu compañero y con tu comadrona amiga, uno a cada lado, cogiéndote de la mano, abrazándote, ayudándote, sudando contigo...

—Pero... ¿y el dolor?

—¡Es mucho mayor en un parto medicalizado, justamente! Primero te ponen oxitocina, que acelera las contracciones y las hace mucho más dolorosas; luego, como no soportas ese dolor, te ponen la epidural. No eres dueña de tu parto, no lo sientes...

Me la había encontrado en un avión: una vaga conocida, una inglesa a la que me habían presentado una vez en Sevilla unos amigos comunes, y ahora por casualidad viajábamos juntas. Al verme embarazada, se había puesto a contarme su parto. Su parto natural y los tres años de lactancia. Con pasión, con una mirada resplandeciente.

—Pares en una posición que no es natural, que va contra la gravedad, todo es mucho más fácil si estás de pie, como se hizo siempre...

—Pero ¿y la seguridad? Si hay complicaciones...

Pero ella seguía hablando y hablando. Barría mis objeciones con facilidad y con una sonrisa. Y hablaba, hablaba, no paraba de hablar, estábamos de pie en el pasillo saliendo del avión y ella seguía, con entusiasmo, iluminada, como si contara un rally a través del desierto, la conquista de un ocho mil o una aparición de la Virgen: el parto había sido el momento culminante de su vida.

Yo la entendía. Comprendía que, en el dolor, ella y muchas otras encontraban una grandeza, una valentía, incluso una verdad, que la anestesia les habría escamoteado. Era su hazaña, su heroísmo, su desafío a la sociedad

que las miraba por encima del hombro. Las entendía... pero no estaba convencida.

De pie ante el quiosco contemplaba las revistas. Era el placer especial del primer fin de semana de cada mes: ir al quiosco, mirar qué traían en portada mis revistas favoritas y comprar una o dos. ¿Por qué me estaba costando tanto elegir esta vez?

El Urogallo, Revista de Occidente, Claves de razón práctica, Quimera... Eran revistas que me hablaban a mí, con las que yo dialogaba: porque hablaban de literatura y yo era lectora y escritora; porque hablaban de España y yo era española; porque hablaban de política y yo era ciudadana; porque hablaban de economía y yo tenía una cuenta corriente... Pero ¿dónde estaba...?

No, señora, de eso aquí no se habla. No nos distraiga de nuestros altísimos coloquios, ¿no ve que somos puros espíritus?, ni siquiera sabemos cómo llegan a nuestras mesas el primero, el segundo y el postre, a nuestros armarios las camisas planchadas, no queremos saberlo, mucho menos queremos que nos cuenten cómo nacen los niños, vamos, ¿no ve que está reservado el derecho de admisión?, salga de aquí con este barrigón que nos ofende. Mira abajo. ¡Ahí, ahí está tu lugar! Miré abajo: reparé en otro estante del quiosco, el que no miraba nunca. Revistas de colorines, con bebés perfectos, como de plástico, en la portada, y que me hablaban a mí, sí —las hojeé—, pero de tú y con diminutivos. Me hablaban de potitos, peditos, flatitos, pataditas, de cómo recuperar una tripita plana. ¿Qué es esto?, no es esto lo que quiero, este no es mi lugar, yo quiero estar donde estuve siempre, con los espíritus, con las mentes pensantes, pero sin tener que dejar mi barriga a la entrada, bien guardadita en el guardarropa. Imposible, señora. Anda, venga, ya está bien,

tía, no nos molestes más. ¡Fuera, fuera! ¡Al paritorio! ¡No ensucies con tu sangre nuestros clásicos!

Ahora entendía qué era lo que no me gustaba en el ejemplo de mi conocida inglesa. Parir a pelo era aceptar jugar la partida en el terreno de la naturaleza pura y cruda, del cuerpo, no de los libros ni la escultura ni la música, de la materia, no la imaginación, en el terreno que nos habían asignado, el único que nos dejaban. Y aunque solo fuera por eso —sí, ese era el motivo último, más allá del dolor y el peligro—, aunque solo fuera por eso, a mí no me daba la gana.

En cada zoo habría una gigantesca escultura femenina, y, encastrado en ella, un gran acuario esférico. En su interior veríamos nadar al pez arcoíris, al pez loro, al pez disco, al caballito de mar... Al pez payaso, pintado con chillonas franjas blancas bordeadas de negro sobre fondo naranja. Al pez mandarín, tan psicodélico: verdes y naranjas sobre fondo azul. Al ingenioso pez *wrasse*, que en la aleta dorsal lleva dos grandes ojos negros, naturalmente falsos (la Creadora se divierte). Al pez gato cristal, más ingenioso todavía: su esqueleto se ve a través del cuerpo, transparente... Pero también (la Creadora es todopoderosa y terrible) los feroces tiburones. El pez león, con sus espinas venenosas. Y la piraña, la morena, el pez caimán. Y el rape, cuya bioluminiscencia, que parece de una vela encendida en la cabeza, atrae a sus presas, que luego ella devora. Y la barracuda, llamada la tigresa de los mares...

En todas las iglesias, encima del altar mayor, entre columnas salomónicas, palomas policromadas, ángeles, apóstolas, santas y Reinas Magas, una gran

imagen, majestuosa, rodeada de rayos, ocuparía el centro del retablo: Diosa Madre, con su Hija prendida al pecho.

En el vestíbulo de la Biblioteca Nacional en París, dos estatuas de mármol: Madame de Sévigné con papel, pluma y tintero, y Madame de Grignan, su hija, leyendo una carta de su madre.

En los jardines públicos, habría una escultura de mujer en cuyo vientre abombado y abierto crecerían orquídeas, hibiscos, lirios, fucsias, hortensias... y ortigas, venus atrapamoscas, ricino, cicuta, belladona.

En las colecciones de clásicos (papel biblia, encuadernación en piel, cantos dorados, nombres de las autoras grabados en los lomos), se rastrearía sin dificultad un hilo conductor: la hazaña de parir gloriosos bebés, cantada con emoción, crudeza, sangre, en poemas épicos y canciones de gesta, dramatizada en obras de teatro, narrada en novelas y cuentos, evocada en memorias y autobiografías.

Sobre el cerro del Corcovado en Río de Janeiro, se elevaría una estatua de granito de treinta metros, más ocho de pedestal, en total mil ciento cuarenta y cinco toneladas, de Diosa dando de mamar a su Hija recién nacida.

En la Capilla Sixtina, un gran fresco, pintado por una genia, mostraría a Diosa pariendo a la primera mujer...

Étienne me acompañó a hacerme la segunda ecografía. Emocionada aún por el recuerdo de la primera —ese corazón latiendo con fuerza, esa energía, esas ganas de vivir, asombrosas en un ser del tamaño de una alubia—, yo esperaba sentir, y que él sintiera, una emoción comparable. No fue así. «Decepcionante», recuerdo que pensé. (¿Por qué me costaba tanto compartir emociones con Étienne?) En el fondo, aunque no quería confesármelo, el motivo de decepción no era que esta vez ya no hubiese sorpresa, ni que

Étienne fuera una persona tan... (no sabía cómo decirlo, porque Étienne tenía, evidentemente, todas las cualidades... pero un poco frío sí era, ¿no?), ni que en la ecografía se vieran sombras pero no la forma entera, en miniatura, de un ser humano, como la primera vez, sino el comentario del médico: «Parece que será niña».

¿Niña? Vaya... Mmm... La verdad es que... Pues sí, la verdad era que habría preferido un niño. Pero ¿por qué? Porque... porque... Ay, yo qué sé. Me acordaba de cuando en Southampton me hice amiga de Étienne y de Patrick: me gustaba estar con ellos y ser la única mujer; me sentía... ¿más querida?, ¿más libre?

Me imaginaba a Étienne con nuestro hijo, haciendo cosas juntos, y yo volviendo tranquilamente a mis libros, cumplido mi deber, mientras ellos escalaban montañas o iban al fútbol. Un niño que mirase a su padre: un ejemplo tan claro, tan bien dibujado; no una niña que me mirase a mí, porque yo, ¿qué podía mostrarle? Ay, caray... No quería una niña porque... Porque... Porque las niñas sufren más. Porque se revolvería contra mí como yo había hecho con mi madre. Porque yo no estaría a la altura. Porque yo, como mi madre a mí, la iba a decepcionar. Porque no sabía cómo contestar... demonios, caray... porque no podría contestarle... porque me obligaría a hacerme, sí, a contestarme a mí misma la maldita pregunta: ¿qué es ser mujer?, para la que nunca había tenido respuesta.

Sexta planta. Moquetas mullidas, silencio... Sentadas a sus pequeñas mesas a las puertas de los grandes despachos, las secretarias me dirigen al verme la misma sonrisa afable, impersonal, mecánica, con que acogen a jefes y directivos. Saben que vengo todos los meses, desde Madrid, a asistir a la reunión del Consejo Editorial. Cuando llego, ya están todos en la sala excepto

el Número Uno, el Número Dos y el Número Tres, que llegan siempre los últimos.

El Número Uno entra fumando un puro, se arrellana en su butaca y nos mira con sus ojillos risueños, inteligentes, suavemente irónicos.

El Número Dos se sienta secamente y nos mira desafiante.

El Número Tres toma su lugar bajando humildemente la cabeza, mientras mira de reojo, a derecha e izquierda, como asegurándose de que ninguno de los presentes lleva armas.

Se abre la sesión y yo pido la palabra. Sonrojándome, digo que tengo una... una... que tengo que anunciar una... me sonrojo más... que, bueno... ¡estoy embarazada!

Sorpresa. Mis colegas me miran, sonríen, murmuran felicitaciones, pero pronto se quedan en silencio, esperando que hablen los jefes.

El Número Uno enarbola una amplia sonrisa y me da la enhorabuena. Sentado bajo su propio, imponente retrato, me mira con cariño. Sincero: es un hombre al que le provocan ternura las mujeres, las cosas de mujeres. Con cariño y algo más. Una especie de... ¿cómo definirlo?... Como si dijera: yo nunca lo dudé, estaba seguro, os lo dije. Parecía que Laura no se sabía muy bien qué era, no se sabía qué hacer con ella, pero yo siempre supe que era una mujer, y aquí tenéis la prueba. Todo según lo previsto, no hay de qué preocuparse. Para el Número Uno, mi embarazo es una satisfacción.

Desde la derecha del Fundador, el Número Dos me mira secamente. Murmura algo como una enhorabuena. Pero no es eso lo que dice su mirada. En su mirada se lee una palabra que no me cuesta nada deletrear: de-cep-ción.

El Número Dos es un hombre acostumbrado a que las mujeres estén siempre detrás o debajo de los hombres: madres dedicadas en cuerpo y alma a sus hijos, esposas resignadas a que su marido aparezca a veces a las tantas sin dar

muchas explicaciones, obedientes secretarias, amantes con las que pasar un buen rato. No colegas, ni interlocutoras, ni jefas de nada.

Pero conmigo, justamente conmigo, el Número Dos había hecho una excepción. Había confiado en mí: me había contratado, me pagaba bien, me escuchaba. Contaba conmigo para el futuro de la empresa. ¿Y cómo se lo pagaba yo? ¿Integrándome en la empresa? ¿Dedicándome a ella en cuerpo y alma? ¿Casándome con ella? ¡Qué va! Había jugado al juego, sí, durante algunos años, pero ¿luego? Luego me había casado, eso ya le puso la mosca detrás de la oreja, aunque al principio pareció que no cambiaba nada. Ya, ya... fíate del agua mansa... Un año después, anuncié que me iba con mi marido a París, pero que volvería, solo que no a Barcelona, sino a la nueva sede de la empresa en Madrid. Huy, huy... Y volver, había vuelto... pero ahora me quedaba embarazada.

¡Cómo le había engañado! ¡Qué razón tenía la tradición, el sentido común, la *vox populi*! Tenía que haber confiado en su instinto, como aquella vez que el Número Tres escogió a un director para la sede madrileña de la editorial, un hombre mayor, de pelo blanco, desgredado, con pantalones que se le caían, cazadora vieja, gafas baratas, y el Número Dos no dijo nada, lo aceptó a regañadientes, pero cuando las cosas salieron mal, exclamó: «¡Ya lo decía yo! ¡Si no había más que verle! ¡Con esa pinta! ¡Ya se veía que era un fracasado!». Yo, que parecía otra cosa: una joven promesa, una posible sucesora, que parecía tener madera de editor, de empresario... yo, al final, ¿qué había resultado ser? Una mujer. ¡Si ya se veía, hombre! ¡Si estaba cantado! ¿Cómo podía haber confiado en mí, a quién se le ocurre? Para el Número Dos, mi embarazo es una traición.

¿Y el Número Tres?

Al Número Tres le brillan los ojos al saber la noticia. Es un hombre que no ríe nunca y solo sonrío cuando calcula que le conviene, pero esta vez es

distinto, esta vez se le ha iluminado la cara, esta vez no puede parar de sonreír, está eufórico, no consigue disimular. No solo me felicita efusivamente, sino que me pregunta, con expresión enternecida, si ya noto «las pataditas».

Qué raro. No lo acabo de entender. Qué rara, esa mirada dulzona en un hombre tan serio. Esa sonrisa triunfal. Ese vocabulario en un hombre que habitualmente solo habla de Política, de Historia, de Economía, de Filosofía...

Ah, ya. Es que hasta entonces, cuando él hablaba de Política, Historia o lo que fuera, yo le daba la réplica; pero ya no. Eso se ha acabado. El ser indefinido e inquietante llamado Laura ha asumido por fin una identidad clara y previsible. ¡Ya era hora! A partir de este momento, él hablará de política y yo de pataditas. Fuera del Consejo Editorial, claro. De una buena patadita. Una competidora menos. Para el Número Tres, mi embarazo es un alivio.

Embarazada, yo ya no era una colega, si es que lo había sido alguna vez. Tampoco una jovencita con la que se coquetea un poco, a la que se trata como si fuera una amante. Ni una nena que hace gracia. Era una mujer. Tan adulta como ellos, pero de otra especie. Una cosa incomprensible y que, por algún motivo, les incomodaba.

Salí del Consejo Editorial cabizbaja. Pero aún me esperaba una sorpresa: ¡qué revuelo de secretarias! Me rodearon: se acababan de enterar, se arremolinaban abrazándome, riendo, me tocaban la barriga, me enseñaban las fotos de sus hijos, me daban consejos, me hacían preguntas, me contaban sus partos... Mi embarazo me bajaba del pedestal, me convertía en una de ellas.

¿Y yo?

Yo me sentía avergonzada. Había intentado ser un hombre como los demás, pero había fallado: me había traicionado mi naturaleza carnal, mortal. Ya no

pertenecía al orden superior, inmaterial y angélico de los jefes, sino al bajo y vulgar de las mujeres, las esposas, las secretarias.

Sí, me daba vergüenza... de cara afuera. Pero de cara adentro...

Yo estaba ya en pleno viaje sideral hacia otro mundo, dejando atrás y lejos, muy lejos, abajo, la empresa. ¡Qué diminutos se veían los Grandes Jefes, desde el otro planeta al que estaba llegando! ¡Qué insignificantes sus peleas por los puestos: que si Director Generalísimo, Primado de las Españas, Capitán de la Guardia Suiza, Príncipe de Borbón Dos Sicilias; que si Arzobispo, Arcipreste, Archimandrita, Archipámpano de las Indias, Consejero Delegado! Yo me sumergía en el líquido amniótico: es delicioso olvidarlo todo, vivir solo el presente, el instante eterno, incandescente, de los enamorados, porque yo estaba violentamente enamorada, y mi amor y yo nos comunicábamos en morse, y nos entendíamos y éramos felices.

Yo no quería mandar: quería crear. Amasar la harina, darle forma, ser el horno que la cuece. Ser la tierra de castaño, inventar la hortensia, dar a luz a nuevos mundos en refugios subterráneos. ¿Un puesto? ¿Un cargo, escrito en una tarjeta, con letra gótica y en relieve? ¿Unos números en un papel a fin de mes? ¡Qué insignificante, qué aburrido y sin importancia me parecía todo eso, comparado con la experiencia increíble, incomprensible, de tener dentro del vientre dos manos diminutas, perfectas, con cinco dedos cada una! Me lo repetía, sabía que era verdad, pero no conseguía creérmelo. Dentro del vientre tengo dos manos. Dentro del vientre tengo dos pulmones. Dentro del vientre tengo un corazón. Sí. En mi cuerpo tengo dos corazones, uno grande, otro en miniatura pero que late y late y late tenazmente.

Rumbo a lo desconocido, yo empezaba el viaje estallando de felicidad y muerta de miedo.

La perla

Madrid, abril de 1994

Llevo diez horas en esta cama y Étienne se aburre. Y yo, ¿cómo me siento? Está claro: como un jarrón. Ayer, en cuanto me hube desvestido, puesto la bata que me asignaron y metido entre las sábanas, entró una enfermera en la habitación. Abstraída, se sentó a mi lado, levantó la sábana, me apartó la bata, me separó las piernas... «¿Qué hace?», exclamé. Alzó la cabeza sorprendida. «La voy a rasurar.» En sus ojos leí el asombro de que un jarrón hablara.

Tengo que hacerme a la idea de que aquí, en esta tierra hostil a la que he venido voluntariamente, soy un jarrón. Alto, panzudo, de cerámica tosca, pero que contiene un tesoro: otro jarrón, este sí, valiosísimo. Diminuto, delicado, de una exquisita porcelana finísima, vidriada en tonos turquesa, marrón, azul oscuro y verde, con dibujo de peces, aves del paraíso, dragones. Por ese otro jarrón estamos todos aquí. La comadrona, las enfermeras, el personal de recepción y el departamento de contabilidad, Étienne, el anestésista, el ginecólogo, yo misma. Y si hace falta, los de Cuidados Intensivos, los camilleros, los conductores de ambulancia... Atentos, con los cinco sentidos, a resolver un problema: hay que extraer el jarrón pequeño del grande, sin romper ninguno de los dos.

Diez horas y nada. Diez horas y media, once... Anoche, cuando me metí en la cama, sentí de pronto una inundación tibia entre las piernas. Era la señal que estaba esperando, la que nos hizo levantarnos, coger la bolsa de viaje preparada desde hacía días, salir de casa. El acuario empezaba a perder agua.

Nueve meses encajada la una dentro de la otra y comunicándonos en morse.

Burbujas, latidos, aleteos. ¿Estás bien? ¿Tienes hambre? ¿Te gusta esta música? ¿Notas que estoy relajada? Claro que lo noto; cuando estás contenta, yo también... La sentía dormirse, como se duerme un pez en el acuario. La sentía despertar, siempre unos minutos después de que me despertara yo. La notaba moverse, inquieta. Cada vez tenía menos sitio. Mi mano tocando su rodilla (¿o era un codo?, y esto, más grande y redondo, debía ser la cabeza) por encima de mi piel abombada y tirante... ¿De verdad la iba a ver por fin? ¿Iba a tener en mis brazos ese pequeño cuerpo? Un cuerpo con peso, con olor, con tacto, con voz, aferrado a mí como un monito, no una imagen borrosa en blanco y negro en una pantalla. El pez a punto de salir del acuario. ¿Qué clase de pez iba a ser? ¿Una carpa de estanque, mansa, casera? ¿Un tiburón? ¿Un pez mandarín, con estampado psicodélico en azules, negros y naranjas? ¿Un pez bromista como el *wrasse*, con falsos ojos negros dibujados en el lomo blanco?

Mi hija con su cuerpecito de tres kilos. Sus manitas contraídas, sus ojos vagos todavía, de pez. La boca, ¿cómo sería el dibujo de la boca? Sus dos pies con cinco dedos cada uno... Todo, todo fabricado por mí, pieza a pieza: el diminuto hígado, los pulmones simétricos que parecen alas, las orejas pequeñas y rosadas como caracolas...

Cuando la tuviera en casa, en su cuna, un rato en que nadie me viera, me encerraría y me echaría a llorar. Con gusto, con alivio, con entusiasmo. Lloraría por el dolor y el ansia con que la había deseado, por lo que me había costado tenerla, por lo que me había desesperado pensando que nunca podría crearla, por la felicidad de que existiera por fin... A solas con ella, me daría por fin ese gusto: llorar, llorar sin freno, llorar todo lo que no había llorado, llorar a mares. (Solo lo sabría ella, y me guardaría el secreto.)

Étienne fue a buscar el coche. Yo le esperaba en el portal, llevando la bolsa llena de pijamas diminutos («¿no tienen ninguno de manga larga?»), pregunté en

la tienda, y me contestaron: «para un bebé, esto es manga larga»). Llegó, subí, y nos dirigimos hacia la tierra hostil.

He hecho un pacto con el diablo. Me he entregado voluntariamente: vine por mi propio pie, dejé que me capturaran. Enarbolé bandera blanca, obedecí sin chistar todas las instrucciones. Entré en la habitación que me asignaron, idéntica a las otras ciento setenta y tres del edificio. El mismo televisor, el mismo sillón reclinable, la misma cama articulada, el mismo gotero. Me pidieron que me quitara los zapatos y me quité los zapatos. El bolso, y entregué el bolso. Ahora el reloj. La ropa. Las bragas. Todo confiscado, como cuando entras en la cárcel. Dejé que me ataran a la cama articulada. Que me clavaran en la mano una aguja, atornillada a un cable, atornillado a un gotero. Me puse la bata que me dieron: de algodón, verde claro, unisex, talla única, abierta por detrás. Y ahora estaba presa. Imposible escapar. ¿Adónde iba a ir yo sin dinero y sin bragas, con una barriga inmensa y una bata color verde marciano, arrastrando un gotero y sin zapatos?

De esto hace ya once horas y media, y nada. ¿Siente usted contracciones, señora? No..., bueno, sí..., alguna...

Sentado junto a mi cama, Étienne se aburre. ¿No me da vergüenza? ¡Un hombre tan ocupado! ¿Y cuántas horas lleva aquí sin hacer nada? ¿Y cuántas faltan todavía? Una reunión se sabe cuándo termina, un vuelo tiene una hora de llegada, hasta en el cine entra uno sabiendo a qué hora va a terminar, bien o mal, la historia, pero ¿esto?... (Tía, espabila.)

Doce horas... doce y media... («¿Querrás asistir al parto?», le había preguntado yo unos meses antes. «Yo sí», contestó él, «¿y tú?». «Pues ahora que lo dices, yo creo que prefiero irme al cine y volver cuando esté la niña en casa.»)

Caras serias. La paciente no dilata. (¿Tal vez con una llave inglesa?) Vamos a esperar un poco más.

Trece horas, y nada. Ni se muere padre ni cenamos. Étienne, discretamente, ha sacado de su cartera (vaya, no me fijé que se había traído la cartera) unos documentos y está concentrado leyendo. Hasta subraya con un flou.

Nada, que esto no avanza. (Pero ¿no estaba mi hija a punto de salir? Acurrucada como una esquiadora olímpica, iba a lanzarse por el trampolín de nieve. ¿Preparados? ¿Listos?... Pues no. No quiere colaborar. Si yo he optado por la pasividad, ella también. Que se esfuercen los médicos, para eso me he entregado con armas y bagajes.) Me comunican que me van a inyectar oxitocina para acelerar las contracciones, y yo digo que vale, ¿qué voy a decir?, si yo aquí no pinto nada, no soy más que un jarrón. Frágil, atención, hay que tratarlo con cuidado, envolverlo en papel de burbujas, ponerse guantes esterilizados para rasurarlo, pincharlo, rajarlo, pero un jarrón.

Ningún problema. Es el pacto. Yo me dejo tratar como un jarrón y ustedes me garantizan que van a sacar a mi hija sana y salva.

(Étienne, entretanto, se había ido a la cafetería.)

Habría sido tan bonito (puedo soñarlo, nadie sabe en qué estoy pensando) parir en mi casa... Justo ahora que nos hemos mudado, que estamos estrenando un piso que me encanta, en la calle del Pez. Parir sobre el edredón a flores azules y moradas que me compré para mi primera cama propia, cuando me fui de casa de mis padres. Frente al balcón abierto sobre el mediodía de primavera, las acacias, las fachadas amarillo claro y los tejados pueblerinos. Frente a los muros hoscos del convento de San Plácido, desde los que se eleva la esquila secreta y risueña de las monjas...

Pero no, imposible. No quiero asumir riesgos. El hospital es territorio hostil, pero seguro. Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija. Y aquí estoy: entre máquinas que emiten bips, pilotos luminosos que parpadean, cables, monitores, electrodos, gráficos. (¿No era entre olivos y cipreses, o en grutas, en desiertos, sobre las aguas del lago, donde se hacen los milagros?)

Geles asépticos y guantes. Camillas, interruptores, aparatos con botones y cifras, sondas enfundadas en condones... Me admira la perfección con que funciona todo. Yo misma, modestia aparte, estoy haciendo progresos. Gracias a la oxitocina, he empezado a contraerme de dolor durante cuarenta segundos cada cuatro minutos, ni uno más ni uno menos. Y como ahora me han puesto otra inyección, esta de anestesia epidural, daré otro paso adelante: funcionaré con la misma regularidad, pero además sin sentir nada. Pronto empezarán a encendérsese y apagársese los ojos, al abrir la boca emitiré bips, y si me aprietan el ombligo sonará un timbre.

Tranquila, me digo. Estoy en el mejor sitio posible para mí y para mi hija en esta circunstancia. He venido deliberadamente a parir aquí, en el país de los hombres-máquina.

Por cierto, va a ser cesárea. No recuerdo quién me lo ha dicho, al pasar. Es que es un asunto entre el ginecólogo, la comadrona y el anestesista, nadie más. Ah, bueno, sí, y los aparatos, muchos aparatos. Yo me he enterado por casualidad. Étienne sigue en la cafetería y todavía no lo sabe.

Y ahora han pasado catorce horas desde que rompí aguas y estoy en una camilla, con Étienne cogiéndome la mano y los ojos fijos en un trapo verde. Me deben haber dado algo porque me siento rara. Ligeras, ligeras, como un globo. Pegada a mi tripa inmensa, floto. Oigo un ruido como de sierra eléctrica, me deben estar abriendo. O desclavando la tapa.

Cómo trabajan, pobres. Me abren, me rajan, me desatornillan. Hay que forzar la ostra para apoderarse de la perla. Por eso me habrán puesto el trapo verde entre los ojos y la barriga, para que no vea cómo me sierran, lo noto perfectamente, sí, con un serrucho. Pero estoy relajada... relajaaada... y no me importa que me abran, luego me cerrarán, ¿verdad? Volverán a clavar los clavos en la tapa, me coserán con una máquina Singer.

Floto entre nubes de algodón blancas y rosas, son de azúcar, me las como a

bocados. Tengo los ojos clavados en el trazo verde. ¿No eran rojos y de terciopelo los telones?, este es verde y de tela basta, pero es un telón, no cabe duda... ¡Qué suspense! Se alzaré, y en el escenario aparecerá la perla. Que mide medio metro y pesa tres kilos. Y el quirófano estallará en ¡ooohs! de asombro y maravilla, estallará en vítores y aplausos.

De pronto, por detrás del trazo verde, se alza una mano. Que sostiene algo. Algo pequeño y rojizo, sanguinolento, como un conejo desollado. Un conejo sacado de una chistera. Un conejo desollado que alguien agarra por las patas. Le cuelga un cordón morado, y llora. ¡Cómo llora! ¿O soy yo quien está llorando? Lloramos las dos, una mano ha sacado a mi hija de la chistera, la mano no es mía, pero yo soy la maga y la chistera, y lloramos, lloramos, lloramos las dos a lágrima viva, ante el milagro.

Ser Dios

Madrid, 1994

Era un milagro, un maremoto, un zafarrancho. Era un deslumbramiento, una revelación, un *amour fou*. Era un idilio, una enormidad, una caída del caballo. Era una vida nueva, alegre, acelerada, elemental; ya no de letras y cifras, de horarios, de abstracciones, sino de tocar con las manos y besar con los labios, de oler a leche y a caca, de abrazar piel contra piel; una vida nueva de baños espumosos, patos de plástico amarillos, biberones calientes, elefantes rosa que al apretarlos silban, almohadones mullidos, lámparas musicales. Mi hija (mía, mía, la había fabricado yo) era suavísima, delicada y perfecta, como una rosa. Era tierna, era irresistible, era fascinante, como todas las miniaturas. Era una muñeca de porcelana que, increíblemente, estaba viva: que miraba (sin enfocar muy bien), que lloraba (sin lágrimas, los tres primeros meses), que chupaba el biberón, que movía las manos y los pies, que arañaba con las uñas, que me contemplaba con arrobos (a mí, a mí). Que aprendía, con un asombro conmovedor y cómico, a distinguir lo caliente de lo frío, lo suave de lo áspero, el amarillo del azul, el olor del jabón del de la leche, el ruido de una moto del sonajero, el sueño de la vigilia, la oscuridad de la luz, su cuerpo de otro cuerpo (la mano pequeña bajo el chorro de agua tibia le hacía sentir algo, la mano grande bajo el mismo chorro no le hacía sentir nada, qué raro). Y lo más increíble: reía. No solo eso: es que tenía sentido del humor. ¿Cómo demonios alguien que no sabe nada, que no ha aprendido aun ni a andar, que hace tres meses que existe, cómo puede ser que sepa distinguir: «*Vine, que et donaré el biberó*» de «*Nin güi xing, bi xing wang*», dicho por la misma

persona (yo) con el mismo gesto imperturbable? ¿Cómo demonios es capaz de adivinar, correctamente, que lo segundo es una broma, y desternillarse de risa?

Yo era feliz, feliz, feliz; la felicidad no me cabía, me estallaban las costuras, no podía expresarla con palabras; bailaba, explotaba en colores, en salvas de aplausos, en fuegos artificiales. ¡Y pensar que tan solo un año antes no sabía qué hacer con mi vida! ¡Qué teedio el de mi vida, un año antes! Me arrastraaba... me aburríííííia... giraba, cansinamente, dentro de la misma noria, como un hámster. En el sepulcral silencio de nuestro gran piso lujoso, impersonal, vacío, de muebles blancos, sofás blancos, no podía dejar de oír el sonido diminuto, persistente, tenaz: rac, rac, rac... día y noche... rac, rac, rac... al acostarme, al despertarme, siempre ahí: rac, rac, rac... de la sospecha del fracaso, corroyendo los cimientos, detrás de la bonita fachada de mi vida. En secreto vergonzante rumiaba, rumiaba —de la boca al estómago, y otra vez, regurgitada, del estómago a la boca—, sin conseguir ni tragarla ni escupirla, la hierba amarga de la falta de sentido. Me sentía superflua, prescindible, olvidada por la gran corriente de la vida, «al margen y en formol», como le hacía decir, con mi voz de ventrílocuo, a uno de los personajes de la novela sombría y deprimida que estaba escribiendo.

¿Y ahora? ¡Borrado todo, borrados de un plumazo la melancolía, el aburrimiento, el tedio, la insatisfacción, barridos por el vendaval de luz y de alegría! ¿El sentido de mi vida? Ser los brazos que acunan, los labios que besan, la mano que sostiene el biberón, la voz que consuela, el codo que prueba la temperatura del agua. ¿Prescindible yo? Mi existencia era de pronto crucial, vital, fenomenal, cuestión de vida o muerte para aquel pequeño ser inesperado, vivo, maravilloso, porque yo era la fuente misteriosa de la que surgía todo: la luz, el alimento, los besos, el agua, los peluches. Con vaqueros, con zapatillas deportivas, sin maquillar, con una camisa fucsia hortera, riéndome, sin dormir, alegre, acelerada, exhausta, yo corría de un lado para

otro, de la cocina al cuarto de la niña, del baño al armario de las toallas, del supermercado al parque, del pediatra a la farmacia, de nuestro dormitorio a la cuna, corría, corría, eufórica, alada, efervescente. ¡Yo, que hasta hacía poco, estaba tan sola! (Ahora, por contraste, me daba cuenta: qué sola me sentía desde que habíamos llegado a Madrid, casi sin amistades, y con un marido que cada vez trabajaba más, estaba más cansado, al que mi compañía interesaba cada vez menos.) Pero ya no. Ya no era una persona borrosa de edad indefinible, hueca, a merced del viento, sin peso, sin sustancia; ahora era una joven mamá, la reina del mambo, una emperatriz, el centro del mundo para quien era a su vez el centro del mundo, una gran artista paseando ufana y orgullosa por las calles a mi obra maestra, que los Reyes Magos cruzarían medio mundo para venir a adorar, dormida en el cochecito: sí, es un milagro y lo he hecho yo, como quien no quiere la cosa; no me sorprendía sentirme rodeada de deferencia y de respeto, ni me habría parecido mal que me cambiaran el nombre y pasaran a llamarme, como en algunos países africanos, ya no «Laura Freixas», sino «madre de Eloísa». De pronto entendía para qué sirve todo eso a lo que se dedican las mujeres, eso que mi madre sabía y que en vano (porque yo no me dejaba) me había estado intentando enseñar.

Por esos días vinieron a visitarnos mis padres. Vieron a la niña, se emocionaron, la cogieron en brazos...

Después mi padre se sentó a leer el periódico.

Durante todos los días que estuvieron en casa, yo no dejé de correr: cruzaba el salón corriendo de la cocina a la habitación de la niña (¡que está llorando!), de la habitación de la niña al cuarto de baño (¡que hay que cambiarla!), del cuarto de baño a no sabía dónde (¡que ya no quedan pañales, hay que bajar a comprar!, ¿dónde dejo a la niña?), de allí a la cocina (¡que se están quemando las lentejas!), de la cocina al recibidor (¡que llaman a la puerta!)... Mi padre me miraba con su mirada de asombro y tarde o temprano, incapaz de

contenerse por más tiempo, murmuraba lastimero, ofendido de que nadie le hiciera caso: «*No hi hauria una cerveseta?*», ¿no habría una cervecita? Mientras, mi madre ya había apagado el fuego, abierto la puerta, cogido a la niña, se la había puesto en brazos a mi padre («que para eso eres su abuelo, qué caramba»), había bajado a comprar pañales antes de que cerraran la farmacia y ya estaba de vuelta, con los pañales y una botella de aceite que se había dado cuenta de que hacía falta. ¿Y yo, durante tantos años, me había creído que el trabajo importante era el de los hombres, porque estaba pagado? Era como descubrir América. Has vivido siempre en una tierra que tú creías que era la Tierra, que no había otra, y de pronto, un día, en vez de navegar hacia el este, navegas hacia el oeste y te encuentras con un Nuevo Mundo: comprensible, porque es humano como el otro, pero completamente diferente; un mundo al revés, donde los esclavos se ponen corona y los reyes tienen que obedecerles, por un día.

¿Qué me importaba lo que había dejado de ser, si a cambio me había convertido ni más ni menos que, agárrense, en Dios? Y por si no lo saben, está muy bien ser Dios. Mi niña era frágil y yo era fuerte; tenía hambre y yo sacaba de la nada un biberón como Yahvé haciendo caer maná sobre el desierto; tenía frío y yo hacía aparecer, de la nada, una manta; tenía miedo y yo era la muralla que la protegía, porque ella era pequeña, pero yo era grande, grandiosa, gigantesca, y, no contenta con crearla de la nada e infundirle vida con un soplo, iba a crear un mundo para ella: le iba a enseñar el Cap Roig y las cartas de Madame de Sévigné, las cantatas de Bach y las cataratas de Iguazú, *El caballero de la rosa* y los frescos pompeyanos. Porque el mundo estaba lleno de maravillas que arrodillada yo pondría a sus pies, pero la maravilla más maravillosa era, qué duda cabe, ella. (En esos días, fui con Silvia y Paula a ver una exposición, llevando a mi hija en brazos. No recuerdo de qué era, no recuerdo nada: no fui capaz de prestar atención a los cuadros, mucho menos de

que me emocionasen. Solo estaba pendiente de la niña. Porque los cuadros estaban muertos, mientras que ella estaba viva.)

Muy bien. Bravo. Estaba todo muy bien, yo era felicísima. Sí, muy bien. Solo había un problema: ¿cómo casaba esto con lo demás?

¿Con qué demás? Con todo lo demás. Con mi trabajo para la editorial. Con la libertad. Con el dinero. Con mi marido. Con el futuro. Con mi idea de lo que significa ser mujer y ser hombre. Con mi vocación literaria. Con todo lo que hasta entonces había sido mi vida.

Yo no quería ser madre. Ni lo dejaba de querer, es que lo que quería en la vida era otra cosa. Lo que yo siempre había querido, encarnizadamente, era escribir libros: castillos de palabras, casas en las que quien quisiera podría habitar, como yo habitaba los libros que leía: con curiosidad, con placer, con pasión, enamorándome cada vez de ese mundo en el que entraba de puntillas, con reverencia, como en una iglesia, y del que salía enriquecida, iluminada. Pero en treinta y cinco años de soñar con ello, de intentarlo, ¿qué había conseguido? Casi nada. Era desesperante, vergonzoso: una coleccioncita de relatos, publicada años atrás; eso era todo. Esa joven promesa que era yo no terminaba de cumplirse y estaba dejando de ser joven. Intentaba escribir una novela; la había empezado, llevaba de hecho cuatro años trabajando en ella, pero no conseguía terminarla; no, al menos, a mi satisfacción.

Cuatro años luchando a brazo partido, ¿para qué? ¿Adónde iba, cuál era mi futuro? ¿Era escritora? Eso, ¿quién lo define? ¿Quién lo decide? ¿Tú misma, ante ti y por ti? ¿En qué consiste, en realidad? ¿Basta con escribir? ¿Es imprescindible publicar? ¿O ni siquiera eso basta; es necesario, además, como pensaba y me repetía mi padre, «que haya alguien al otro lado del hilo», por lo cual él entendía vender muchos ejemplares, haber encontrado en versión libro lo que los fabricantes catalanes de su época llamaban «*l'articlet*», el articulito, el inventito ingenioso, la cosita que gusta y se vende como

rosquillas y te hace rico, como la tirita negra para negros que alguien inventó en Estados Unidos? ¡Qué fácil era, en cambio, como definición, ser madre! ¡Qué identidad tan clara y evidente, reconocida y respetada por todos! Y no, no era tan distinto parir hijos que parir libros. En ambos casos te deja descansada: ya está, puedes morir tranquila, satisfecha, como la chirimoya o la granada de la que han sacado las semillas; qué importa lo que pase con la cáscara. Pero el placer y la satisfacción de haber creado a mi hija (yo, yo: de los pulmones hasta las pestañas, sin faltar detalle, qué os parece) era solo una distracción, un paréntesis, una tregua en mi lucha conmigo misma para sacar de mí las otras cosas, no de carne, sino de palabras, que tenía dentro. No disminuía, ni por un segundo, lo que siempre había sido y seguía siendo mi deseo avasallador: crear obras literarias. El problema no era la escritura, era todo lo demás. Todas las otras cosas que formaban mi vida y que la maternidad venía a desplazar, a complicar, a cuestionar.

Mi marido pensaba que el problema, si problema había, era solo de organización. Mi marido pensaba que los bebés se pasan el día durmiendo, y que las dieciséis semanas que me correspondían de baja pagada por maternidad eran poco menos que de vacaciones, de tiempo para escribir o para lo que quisiera. Mi marido pensaba que, cuando terminasen las dieciséis semanas, yo iba a poder seguir trabajando como antes, porque básicamente mi trabajo para la editorial lo hacía en casa, y ya se sabe que los bebés se pasan el día durmiendo (bis). Si yo necesitaba salir o encerrarme a hacer alguna cosa que no admitiera interrupciones, mientras la niña no fuera a la guardería (habíamos decidido llevarla en septiembre del año siguiente), pagaríamos a una canguro que la cuidara unas horas. ¿Qué problema? Una simple cuestión de horarios.

¿Horarios?... Era verdad que nuestra bebé dormía mucho, para un bebé: seis, siete, ocho horas de un tirón, por la noche, y siestas de un par de horas

cada tarde. Pero yo también necesitaba descansar: estaba agotada. Porque hacía muchas más cosas que antes, y porque no las podía distribuir, agrupar, retrasar como me conviniera: mi tiempo ya no dependía de mí, sino de si la niña tenía hambre, o sueño, u olía a rayos y había que cambiarla urgentemente, o se ponía a llorar durante horas, que también sucedía, o de si había que aprovechar que hacía sol para ir al parque. Y los horarios de sueño de la niña, aparte de ser bastante imprevisibles, no casaban con mi propio ritmo: para examinar el catálogo de una editorial extranjera, para leer un libro y hacer un informe, para redactar una contraportada, revisar una traducción, y no digamos escribir mi novela, yo necesitaba un largo tiempo de despegue; solo cuando llevaba dos, tres horas trabajando, empezaba realmente a rendir. Justo entonces (cuando no mucho antes), empezaba a oír... ¿era, no era?... esos como crujidos indecisos... como cuando se manosea el papel de celofán de un ramo de rosas... luego más fuertes... ya eran claramente gemidos... y a los pocos minutos, si yo no aparecía, llanto. ¿Cómo ponerle puertas a ese campo?

Una noche, mi marido llegó a casa y me encontró acunando a la niña, que llevaba todo el día llorando sin motivo conocido. ¿Qué has hecho hoy?, le pregunté yo, y él recitó una larga lista de actividades, bien definidas, perfectamente acotadas: de nueve a diez y media, reunión para hacer el *planning* del trimestre; de diez y media a doce, visita de una sucursal que nos da problemas; de doce a una... y así hasta las ocho. ¿Y tú? Yo, consolar a alguien que llora.

Podría haber puesto horarios, claro. Por orden de la superioridad, en esta casa se llora solo hasta a las nueve. A las nueve dejas de llorar, o a las nueve me encierro en mi despacho, hora de cambio de turno, así llueva o truene.

El problema era que yo no quería. Sí, el problema, y esto era lo peor, porque era incomprensible y además inconfesable, el problema es que a mí me gustaba tener a mi hija en brazos, aunque llorase, aunque me impidiera hacer

durante horas otra cosa que tenerla en brazos. El problema es que yo era feliz con mi hija, llorosa y húmeda y sudada, tan tierna, abrazada a mí desesperadamente, como un monito a su rama. Sentía algo que, como con el embarazo, me sorprendía no ver descrito en ninguna parte, un sentimiento que la literatura —¿cómo podía ser?— casi nunca menciona, algo de lo que jamás me informaron las novelas. (Solo una vez, años más tarde, en un relato de Carmen Laforet, encontré esta frase: «Una especie de borrachera de ternura».)

¡Cuánto, cuánto me gustaba acunarla, y besarla, jugar con ella, cuidarla! A veces (esto no se lo dije nunca a nadie), si no se despertaba ella, iba yo a su cuna... Allí estaba, envuelta en ropa, como una fabulosa, delicadísima rosa envuelta en papel de celofán... y yo tenía tantas ganas de que se despertase, para estar con ella, echaba tanto de menos su compañía... que acababa despertándola. Y los días que venía la canguro a quedarse con la niña porque yo tenía que salir (de vez en cuando iba a la editorial, para que no se olvidaran de mi existencia), cuando dejaba a la niña con ella, no me sentía culpable, como dicen. Ni mucho menos. Lo que me sentía era idiota. La canguro, una mujer mayor, me despedía con una amplia sonrisa, que me parecía disimuladamente burlona: váyase, sí, váyase usted a ocuparse de sus importantísimos asuntos, me parecía estar diciendo, y déjeme a mí a la niña, ande, váyase, ya está tardando...

Decididamente, no era cuestión de horarios. Era cuestión... ¿cómo describirlo? Era como si yo hubiera vivido siempre en una gran ciudad y estuviera acostumbrada a manejarlo, perfectamente, con semáforos, cajeros automáticos, taxis, el plano del metro... y de pronto me encontrase en el Gran Cañón del Colorado. Era magnífico, era fabuloso, yo estaba fascinada... pero ¿y si me perdía? ¿Y si me gustaba demasiado y no quería salir y me moría de sed? ¿Y si me despeñaba?

Por eso no me pareció mal lo que me anunció mi marido poco antes de que

naciera la niña. «Por nuestra hija», me había dicho, con esa solemne rectitud, esa nobleza, que yo apreciaba tanto en él, «estoy dispuesto a renunciar a todo, menos a una cosa». Qué guapo estaba cuando se ponía serio, como aquella vez en Puigcerdà cuando me dijo: «Escucha, Laura: yo cuando me comprometo, me comprometo»; qué guapo, sí, con esa cara ancha, esclava, de pómulos marcados y ojos hundidos, grandes, de un azul transparente. «A todo, menos a una cosa: a mi trabajo.»

No me parecía mal, no. Porque sentía que yo me había metido en un mundo de ensueño, estaba soñando, el sueño era maravilloso... pero ay de mí si no tenía al lado a alguien bien despierto. Como en esas fiestas en que se toman alucinógenos, teniendo, eso sí, buen cuidado de que al menos una persona no tome nada. Por si acaso.

Y así pasaron los primeros meses, abril y mayo de 1994.

Para agosto, teníamos un plan preparado mucho tiempo atrás. Mis suegros nos habían propuesto que pasáramos cada verano una semana, por turnos, en uno de los tres países en los que vivíamos (ellos en Francia, nosotros en España, mis cuñados en Italia). Nosotros nos ofrecimos a ser los primeros, y alquilamos una casa en Asturias, en un pueblo que conocíamos, Ardisana. Era un pueblecito precioso, húmedo, fresco, entre montañas, prados, vacas, con un olor dulcísimo a pastos y manzanos.

¡Qué deliciosas vacaciones íbamos a pasar allí, con la niña más despierta, lista y risueña cada día, compartiéndola con sus abuelos y sus tíos! Primero estaríamos una semana los seis juntos, con la niña (aprovecharíamos para dejarla de vez en cuando con mis suegros y estar solos Étienne y yo; nos llevaríamos las bicicletas); después, otra semana los tres solos, la nueva familia: la niña, Étienne y yo. Luego, a la vuelta, en septiembre, yo volvería a

mi vida anterior: agotadas las dieciséis semanas de baja por maternidad, me iba a reincorporar a mis (cada vez más nebulosas) funciones en la editorial, trabajando en parte en casa y en parte, dos o tres días por semana, en la oficina.

Pero un día de junio sonó el teléfono, lo descolgué, y me saludó la persona en el mundo que menos me esperaba. Es una larga historia...

Años atrás, yo conocía, por una parte, a un escritor, bastante mayor que yo, que estaba intentando abrirse paso en el mundo editorial, en el que yo trabajaba, y por otra, a una escritora, también mayor que yo, también en plena lucha por hacer carrera, y que también tenía conmigo cierta relación profesional. Uno y otra me manifestaron su interés en conocerse, y yo organicé una cena para los tres.

A lo largo de la cena, se hicieron evidentes dos cosas. Una: que el escritor y la escritora, ambos grandes seductores, estaban jugando con fruición a seducirse mutuamente. Dos, que la escritora sospechaba que el escritor y yo éramos amantes. Era verdad, pero no lo podíamos reconocer abiertamente, pues el escritor estaba casado. Esto último, ella lo sabía, y sabía por lo tanto que sus alusiones, al principio sutiles, luego ya de artillería pesada (cuando él, viendo que yo tenía los ojos rojos, me preguntó si me molestaban las lentillas, ella saltó: «¡Qué bien os conocéis!»), nos ponían en una situación incomodísima; pero siguió, erre que erre, durante toda la cena, hasta el momento mismo en que, de pie en la acera, esperando un taxi, quiso saber si alguno de nosotros quería compartir taxi con ella o bien íbamos a coger un taxi él y yo juntitos.

¿Hará falta decir que, después de eso, me juré no volver a verla nunca más?

(Unos meses más tarde, ellos se volvieron a ver, según me contó él mucho después. Ella le preguntó a bocajarro si él y yo éramos amantes; él le contestó que en efecto lo habíamos sido, pero que yo vivía ahora en Inglaterra.

Entonces se quedaron sin saber qué decir. Normal: toda la excitación que habían sentido y alimentado una y otro a lo largo de la famosa cena se basaba en mi presencia. Yo era una espectadora ante la que lucirse; era también la garantía de que podían coquetear impunemente, sin tener que llevarlo hasta el final, y mi condición de voyeur a la fuerza supongo que les excitaba. Desaparecido ese delicioso condimento, se vieron como eran: una señora y un señor de mediana edad, de medio pelo, sin picante ni chispa. Se separaron aburridos.)

Esa era la mujer cuya voz sobreexcitada me estaba asaltando por teléfono, saludándome con un despliegue de alegría, de naturalidad, de cariño, obviamente más falsos que un duro sevillano. «Hoooola, ¿quééé taaal? ¡Cuááánto tiempo sin tener noticias la una de la otra!» (efectivamente, y por mí podíamos seguir prescindiendo de ellas hasta el día del Juicio Final). «¿Tú qué taaal? ¡Ya me he enterado de que acabas de ser maaadre! ¡Qué estupenda noticia!» (¿Y a ti qué diantre te importa?) «¿Niño o niña?... ¡Ah, una niña, qué monaaada! ¿Me das tu dirección?, que te enviaré un pijamita para la nena» (¿se puede envenenar un pijama?), y que esto y que aquello y que lo de más allá (pero a ver, tía, desembucha de una vez, ¿por qué coño me llamas?)... y al final, siempre con esa voz más rezumante de miel que una baklava turca, lo soltó: «Bueno, Laura, no sabes cuááánto me alegro de que te haya gustado mi novela».

¿Novela? ¿Su novela? Yo estaba absolutamente en blanco.

«¿Qué novela?», balbuceé.

Silencio estupefacto al otro lado del hilo.

«Pero... pero...», consiguió articular ella finalmente, «¡pero si me han dicho en la editorial que la vas a publicar tú, en tu colección!».

Esta vez el silencio estupefacto fue mío.

La despedida fue gélida, pero sobre todo desconcertada por ambas partes.

Poco a poco, retrospectivamente, preguntando a unos y a otros en la editorial, conseguí reconstruir la historia. Que era esta:

Queriendo hacer un gran fichaje para empezar su andadura, la nueva editorial nacida de la fusión de la nuestra con la multinacional que la había comprado se empeñó en contratar lo mejor, lo más espectacular, sensacional, chiripitifláutico, supercalifragilísticoexpialidoso, que hubiera en el mercado. Un capricho de nuevo rico, la versión literaria de un *haiga*. Y lo más caro que estaba en venta en ese momento en el mercado era una nueva novela de García Márquez. Su agente era Carmen Balcells; me la imagino relamiéndose mientras hacía la lista de condiciones, como una carta a los Reyes Magos, porque la nueva editorial era ostensiblemente rica. El precio, naturalmente, sería astronómico, pero además Balcells aprovecharía para resolver un problemilla. Pues como todo agente literario, Balcells tenía algunos libros que no conseguía publicar: manuscritos de autoras y autores a los que representaba y que nadie quería. Los enviaba una y otra vez, aquí y allá, a tal editorial y a tal otra, y otra y otra y otra..., y una y otra vez, mecachis, el manuscrito maldito regresaba, cabizbajo, a posarse en su escritorio, como una paloma mensajera que traía atada a la pata la peor noticia que se le podía dar a la gran Balcells: la de que, a fin de cuentas, y contra lo que creía casi todo el mundo, ella no era todopoderosa. Pero ahora sí; esa era su ocasión. ¿Con que queréis la nueva novela de García Márquez? Pues os vais a enterar de quién soy yo. Pagaréis tanto y cuanto, y además publicaréis esta novela que no quiere nadie. Hala.

Y la editorial había pasado por el aro. Sí, *bwana*. ¿Que hay que poner en la balanza tantos millones y la torna? Pues se ponen, no faltaba más, si en el otro platillo está la maravilla de novela (o porquería de novela, pero eso daba igual, nadie tenía que molestarse en leerla, bastaba conocer su cotización en bolsa) firmada por un premio Nobel. Hecha la operación, quedaba un tema menor: ahora que para tener a García Márquez hemos comprado el bodrio de

la autora esa (pedí el manuscrito a la editorial, lo leí y confirmé lo que me temía: era muy mala) porque Carmen nos puso la pistola en el pecho, ¿qué diantre hacemos con él? Nos saldría más barato dejarlo en un cajón, mejor perder lo que hemos pagado de anticipo que encima tener que pagar la imprenta y además hacer el ridículo publicando este churro pero cualquiera se atreve: Carmen nos echaría la caballería encima. O sea, que ajo y agua. ¿Y en qué colección la metemos? ¿La tuya? ¡Ah, no, a mí no me mires! ¿La tuya entonces? ¿Yo? ¿Por qué yo? ¿Fuera de colección? Quedaría muy raro, si en esta editorial todo lo publicamos en una colección u otra... ¡Ah, ya sé! ¡Espera, espera, que creo que he encontrado la solución! Ahora que Laura está de baja...

Estaba claro: en la editorial no me querían. El Número Uno se había jubilado; el Número Dos había vendido su participación y ahora hacía cruceros por los fiordos y el Caribe; el Número Tres había ido subiendo, subiendo, y si no me había echado todavía era porque no recordaba (ya me ocupaba yo de no hacérsela notar) mi existencia.

En cuanto a la parte madrileña, aún me querían menos. No sabían qué hacer conmigo. Me habían heredado, como si a alguien que detesta la música, su tía abuela le deja en su testamento un piano de cola: no le sirve para nada, apenas le cabe en casa, hay que afinarlo y es caro, pero ¿cómo deshacerse de él? Lo que la editorial esperaba de mí estaba meridianamente claro: que desapareciera, y para eso me habían endilgado la novela gafe. Para hacerme dimitir.

«Y tú vas, con el lirio en la mano, y dimites», exclamó mi madre (traduciendo literalmente una expresión catalana, *amb el lliri a la mà*, que significa pureza, buena fe, ingenuidad). Pero mi madre tenía demasiada tendencia a creer en la maldad del mundo y la bondad de los suyos, y demasiada poca experiencia en el mundo de la empresa y del poder. Yo, en mi

fueron internos, entendía que a la editorial no le faltaba razón. Estaban cansados de mi ambigüedad: yo quería formar parte de la editorial, y no quería; fingía ser editora, pero en realidad tenía más ganas de dedicarme a ser madre y escritora; me sentía excluida y me excluía yo misma.

¿Qué hacer, entonces? ¿Dimitir? ¿No dimitir?...

Cada vez que llegaba al chalé en el que estaba la sede madrileña de la editorial, antes de subir los peldaños que conducían a la puerta, me venía a la mente todo lo que estaba al otro lado. El olor a humedad, la moqueta raída, el director filiforme y desmadejado... ¡Ah, qué ganas de darme media vuelta y salir huyendo como alma que lleva el diablo! Pero ¿para ir adónde, para hacer qué? ¿Escribir? La novela con la que llevaba cuatro años bregando era un pantano en el que estaba atrapada: no conseguía salir de él, ni convertirlo en tierra firme. ¿Qué haría con el tiempo libre, si dejaba la editorial? ¿Y qué ingresos tendría? No, no podía darme la vuelta; tenía que seguir: miraba la puerta de entrada al chalé, y me parecía ver escrita en ella, en neón de colores, en lentejuelas, la cifra mágica, lo que me pagaban cada mes: 225.000 pesetas; y haciendo de tripas corazón, entraba. Pero seguir, sin fe, sin dignidad, tragarme el sapo con tal de no perder el sueldo... aferrarme a lo que tenía, ciegamente, solo por miedo... «No puedes seguir trabajando en una empresa de la que lo único que te interesa es lo que te pagan, eso no tiene futuro», me dijo mi padre, y vi que tenía razón. Además, era cuestión de dignidad. Dimití.

Y llegó agosto. Con unos planes de vacaciones que, entretanto, habían cambiado.

Madrid, noviembre de 1993. Salón de nuestro lujoso dúplex en Arturo Soria. Monsieur Kaminski, madame Kaminski, Étienne y yo.

Acabábamos de cenar. Un momento, dijo Étienne antes de que nos

levantáramos, y fue a la cocina. Volvió con una botella de champán, exclamando:

—*Aux futurs grand-parents!* —¡Por los futuros abuelos!

Desde que llegaron mis suegros, tras meses de no vernos, yo había estado temiendo que nos preguntaran si íbamos a tener hijos de una vez, sí o no, y si no, por qué, vamos a ver, que era lo que nos preguntaba cada vez más gente, a medida que pasaba el tiempo y por lo visto se hartaban de nuestro silencio, les debía de parecer que ya estaba bien, que nos estábamos pasando, que ya era hora de que rindiéramos cuentas. Pero no, no, cómo podía haber pensado eso de mis suegros, si mis suegros eran la discreción, el respeto, la delicadeza y el tacto en persona, y yo les estaba tan agradecida... y tan contenta de poder darles por fin la buena noticia.

¡Qué alegría se llevaron! ¡Qué lágrimas se le saltaron, mientras brindábamos, a mi suegra, una mujer tan discreta pero tan emotiva!

Al día siguiente, en el desayuno, mi suegra nos dijo que, por cierto, en cuanto a eso de Asturias...

¡Qué contentos estaban ante la perspectiva de pasar una semana de vacaciones con nosotros! ¡Qué amable por nuestra parte buscar casa en ese pueblo, que sin duda era un sitio maravilloso! ¡Qué agradecidos nos estaban por habernos ocupado!

Pero que, bueno, ellos, bien mirado... ellos, por encima de todo, respetaban mucho... esto... digo...

«Es que yo me levanto muy temprano», explicaba mi suegra con su vocecita azucarada, «y no quiero molestar a nadie». Qué atento, qué generoso por su parte. De modo que ellos se alojarían en otro sitio.

Mi suegro asentía complacido: él tampoco quería molestar; para no molestar se iría a pescar truchas. Se alojarían en otro sitio, sí, conveniente para la pesca de la trucha y muy cerca de donde estábamos nosotros, el

Parador de Fuente Dé, que de Ardisana estaba a unos escasos... ¿ochenta kilómetros? Bueno, tal vez cien (unas dos horas de viaje, dado el estado de las carreteras). Y ya nos veríamos, sí, sí... ya iríamos algún día, ¿verdad?, a comer con ellos al parador... algún día...

Por Navidad, mis cuñados nos dijeron que vendrían desde Italia, sí, sí, claro, tal como habíamos quedado, pero no podrían pasar muchos días... tres o cuatro... o dos... o unas horas...

En junio, mi marido me explicó que... Bueno, que tenía mucho trabajo. Imposible cogerse dos semanas en agosto. Una semana sí, con mucho gusto pasaría con la niña y conmigo una semana, sería una semana estupenda, lo estaba deseando... pero una nada más.

Ya me lo había advertido, no podía decir que no me había avisado: «Renunciaré a todo, menos al trabajo». Si no quería quedarme sola con la niña, que invitara a Patrick.

Una tarde de agosto, dejando a Eloísa con Patrick, hice una larga excursión yo sola, en bicicleta, por los alrededores de Ardisana.

¡Qué maravillosa parecía mi vida! ¡Qué perfecto era todo, inmejorable! El verde esmeralda de los prados, su olor bucólico... Las montañas grandiosas, el aire puro. El cascabeleo de las esquilas de las vacas, el rumor del viento entre las hojas, la temperatura deliciosa. Las casas de piedra con balcones de madera y tejados de amplio alero, los hórreos sobre cuatro pilares... Mi cuerpo sano, libre, joven; el esfuerzo de pedalear, con los dientes apretados; el placer de hacer kilómetros, de ascender, de conseguir, y luego el cansancio tan grato después del esfuerzo. La perspectiva de llegar de vuelta a la casita alquilada, de cenar unos chorizos a la sidra, de reír con Patrick, de abrazar y bañar a mi bebé...

¿No era maravilloso?

Sí. Era maravilloso. Pero yo lloraba a lágrima viva.

Lloraba, lloraba, no podía parar de llorar, la angustia me retorció el estómago. Porque sentía que todos me habían abandonado. La editorial, mis suegros, mis cuñados, mi marido. El mundo entero me abandonaba, yo ya no le interesaba a nadie, me hacían pagar la felicidad de tener un bebé, me decían: «¿No era eso lo que querías?, pues ya lo tienes. Vale, ya está, ahora no nos molestes, nena, quédate ahí en un rincón jugando a las muñecas, olvídanos, déjanos en paz; el mundo es nuestro».

¿Qué iba a hacer yo? ¿Quién me querría? Ya no tenía dónde agarrarme: flotaba, no tenía un lugar, más que la casa, y la casa era un encierro... lloraba, lloraba... no tenía horarios, no tenía amarre, mis días eran inmensos, inacabables, sin hitos, sin referencias, sin marco, podía entrar y salir de casa a cualquier hora, a nadie le importaba un comino, mientras estuviera con mi hija, la niña y yo estábamos atadas, atadas y solas, abandonadas...

Era mi culpa. Yo lo había destruido todo, lo había dejado perder tontamente, no lo había retenido, ¿no querías amor y ternura y bebé y biberones?, pues ahí los tienes, plaf, ahí queda eso, te está bien empleado por cursi, todo para ti, y no te olvides de los pañales.

¿Y yo quién soy? ¿Quién soy ahora? ¿Dios, decías? No me hagas reír. No eres nada, una pobrecita ama de casa, una mierda, una piltrafa, una cáscara que a nadie le importa que se pudra tras haber entregado sus semillas, entérate, no le interesas a nadie.

¿Qué voy a hacer? ¿Cómo vivir? Pedaleaba y lloraba y pedaleaba y la belleza majestuosa del paisaje, la belleza y la dulzura de la vida, me parecían una burla, porque yo no sabía qué hacer con todo ello, conmigo, con mi vida.

Los hombres viven, las mujeres leen

Madrid, 1994-1998

Dios mío, ¿qué había hecho? Treinta y seis años construyendo un puzle, dos mil piezas pacientemente encajadas, una a una, hasta el menor detalle: vivir en un dúplex, dormir ocho horas, escribir por las mañanas, trabajar para la editorial por las tardes, a las siete dar un taller o asistir a la presentación de un libro, quedar a comer con mis amigas, ingresar 225.000 pesetas cada mes, hacer vacaciones en bicicleta... todo, todo había saltado por los aires, y ahora estaban las piezas tiradas por todas partes. ¿Dúplex?, imposible, peligrosísimo para un bebé cuando empiece a gatear. ¿Escribir?, imposible, necesitaría tres horas seguidas sin interrupciones. ¿Ingresos?, suprimidos desde que dejé la editorial. ¿Trabajar?, si acaso en los ratos libres, una hora por aquí, dos por allá. ¿Salir?, imposible: tres horas de canguro, con lo justos que vamos de dinero. ¿Vacaciones?, mejor en casa de los padres, de los suegros...

Dios mío, ¿cómo reconstruir el puzle?, con las nuevas piezas que había que meter en el mismo espacio y no cabían, no encajaban ni a tiros, como si las anteriores tuvieran dos dimensiones y las nuevas tres. ¿Qué se había hecho de nuestra vida fácil y ligera, de jardín con piscina, horas vacías, sábados en el centro comercial? Sentados a la mesa de la cocina, entre biberones y papillas y olor a pañales sucios, hacíamos cuentas y más cuentas. No puede ser, decía Étienne, no llegamos, tienes que ganar dinero como sea.

En agosto, al volver de las vacaciones en Asturias, Patrick se volvió a

Francia. Étienne ya hacía una semana que se había reincorporado a su trabajo. Yo me quedaba sola con la niña en casa todo el día.

Sola, perdida, abandonada por el mundo, que me decía: ¿no querías ser madre?, ya lo eres, ahora te las apañas, el mundo sigue sin ti. Sola con una niña de meses, que lo esperaba todo de mí: alimento, abrazos, alegría; sola, en el calor inmisericorde y la luz excesiva, brutal, del verano madrileño, sola con el teléfono mudo y el día vacío, árido como un desierto, interminable, extendiéndose ante mí... Me ofrecería para hacer traducciones, era lo que se me ocurría, pero ¿de dónde sacarlas? Tenía que llamar a editoriales, no podía más de calor, repasaba mi agenda, en realidad no conocía a tanta gente, contemplaba el teléfono, era un modelo en color marfil llamado Góndola, me parecía que se hacía muy grande, gigante, con una proa alta y fina y un remo, y chapoteo de agua, me tiraría al agua para refrescarme, ah, qué placer, la zambullida... ¡Ay! ¿Y la góndola, dónde se ha metido?, se ha ido, se ha esfumado, estoy perdida, con un bebé a la espalda, en un agua infinita sin costa ni horizontes... Calma, Laura, no es más que un teléfono, está ahí, sólido, fijo, mide veinte centímetros, da línea, ¿por qué lloras?, no puedo más.

No era más que un teléfono. Yo sabía que aquello era un teléfono; sabía en qué consiste un teléfono; mi razón estaba intacta. Pero al mismo tiempo el teléfono se hacía gigante, navegaba, subía el agua... El teléfono gigante, los muebles peludos, la mesa viscosa... Los sofás pantanosos y llenos de mosquitos, las personas lejanísimas, como vistas por prismáticos puestos del revés, o al contrario, venían hacia mí, gritándome al oído, me invadían por dentro, se fundían conmigo como chocolate puesto al sol, y yo me agotaba intentando rescatar un pulmón, otro pulmón, es mío, seguro, lo conozco, tirar de mis arterias, agarrar mi estómago y sacarlo...

Fui a ver a una psiquiatra de la Seguridad Social. Me costó mucho

explicarle qué me pasaba. «Es como si la realidad no fuera fija», fue todo lo que acerté a decir.

¡Cuánto envidiaba a mi marido! «*Pas d'états d'âme*» era su lema: vivir sin estados de ánimo, sin altibajos, sin emociones. Una serenidad, una estabilidad, perfectas. Eso era lo que admiraba yo en él: que era un robot. Con sentimientos elementales, incuestionables, simples: amo a mi esposa, amo a mi hija, ¡bip!, luz verde, estos son mis enemigos, ¡bip!, luz roja, rayos láser que matan, ¡bip! («Me gustaría ser como Étienne, en el sentido de... o sea, como... quiero decir...»), le confesé un día, dubitativa, incómoda, con miedo a revelarlo pero necesitando oír su respuesta, a mi amiga psicoanalista. «Me gustaría ser como Étienne: un robot». «¿Crees que un robot puede escribir novelas?», fue su respuesta. Y no, claro está, un robot no puede escribir novelas, pero ¿qué le importan las novelas a quien está braceando para no morir ahogada?)

Y cuánto le envidiaba, también, por salir a trabajar. «Renunciaré a todo, menos al trabajo. No puedo cuidar de la niña, no puedo cuidar de ti, tengo mucho trabajo...» Yo, en cambio... Qué horrible mes de agosto, al volver de vacaciones, sin trabajo, sin ingresos, sin colegas, asfixiada de calor, sin una oficina a la que ir, y con una bebé... Qué horrible mes de septiembre, interminable... y el de octubre... como un astronauta flotando en el espacio, sin otro cable que el que me unía, rodeándome el cuello, a mi hija y a mi marido... sin profesión clara ... y noviembre... diciembre... sin otro lugar en el mundo que la casa, como una madriguera de la que me aterrorizaba salir. Pero qué maravilloso era ese nuevo ser, inesperado, que florecía entre las ruinas de mi vida. Era maravillosa mi hija, maravillosa, maravillosa, maravillosa, no tenía otras palabras, ¿en qué estaban pensando los poetas?, ¿cómo podía ser que hubieran escrito millones de versos para alabar la belleza de las mujeres y ni uno solo sobre los bebés? Maravillosa, sí, pero yo aún no las tenía todas conmigo. ¿Y si era una bomba de relojería, preparada para estallar a los

quince años, y a los dieciséis, los diecisiete, los dieciocho, siempre contra mí, como yo había estallado contra mi madre?

Mi madre no tenía nada que hacer en un campo de aviación, pero los domingos por la mañana ponía en una cesta los bocadillos que había preparado la víspera y las botellas de agua, iba a buscar una manta, la doblaba, lo metía todo en el maletero, se sentaba junto a mi padre en el coche y se pasaba el domingo con mi hermano y conmigo echada en una manta sobre la hierba del campo de aviación, mientras mi padre se divertía volando.

A mi madre no le gustaban las lanchas, es más, las detestaba, porque le daba miedo la velocidad, pero cada mañana en el verano ponía en una cesta las toallas, los sombreros, las cremas para el sol, y subía con nosotros a la lancha, para que mi padre se divirtiese navegando.

Cuando mi padre quería hablar con alguien, decía: «Mati, *posa 'm amb...*», ponme con..., y mi madre iba en busca del listín, localizaba el número, lo marcaba y le pasaba el teléfono a mi padre.

Si a mi padre se le averiaba el coche, le daba las llaves a mi madre, y al cabo de unos días mi madre le devolvía el coche reparado y las llaves.

Todas las casas que tuvimos las decoró mi padre de arriba abajo. Eligió desde qué tabiques había que tirar y cómo distribuir las habitaciones, hasta las mesas, las sillas, las lámparas, las camas, las alfombras... y hasta los cojines.

—¿Dónde está mi cojín? —preguntaba mi madre.

Mi padre, con la nariz metida en el periódico, fingía no oírla.

—Que dónde está el cojín ese que compré. Lo había puesto aquí en el sofá —insistía mi madre.

—¡Ah, ese! —decía mi padre distraídamente—. Es que no pegaba de color.

Y seguía leyendo el periódico.

—¡Ni un cojín! —gritaba mi madre—. ¡Ni un triste cojín puedo poner en mi casa!

Mi padre se encogía de hombros.

—Eso, dame lecciones de decoración. Que si no fuera por mí, todavía estarías en la calle Cartagena con la bombilla pelada colgando del techo —murmuraba, riéndose, como hablando para sí. No es que él impusiera sus gustos, sus intereses, sus aficiones: es que sus gustos (suyos, de su familia, de su clase, de su barrio) eran mejores que los de ella, objetivamente; no era nada personal—. Anda, déjalo ya.

Y el cojín nunca reaparecía.

«Un hombre llega a casa y se encuentra todo manga por hombro: las habitaciones desordenadas, la ropa sucia, la cena sin hacer, al bebé llorando... y a su mujer sentada en el salón leyendo tranquilamente una revista. “Pero ¿qué haces?”, grita el marido, “¿no ves cómo está todo?” “¿Que qué hago?», contesta ella. «Lo mismo que tú dices que hago todo el tiempo: nada.”»

Era uno de los chistes favoritos de mi madre. Pero no se atrevía a contárselo a nadie más que a mí, por lo bajini.

Que disfrutara de ser madre, era lo que todo el mundo había estado esperando: yo lo veía en las sonrisas enternecidas a mi alrededor. Enternecidas y con un punto victorioso: ¿lo ves?, ya te lo decíamos, que la maternidad te haría feliz.

Recordaba a mi madre confesándome, como un secreto, lo divertido que había sido cuidar de mí los primeros meses, y que cuando se cruzaba por la calle con otra madre llevando a su bebé, intercambiaban una sonrisa de

conspiradoras. Por qué era un secreto, eso yo lo entendía demasiado bien. Porque entonces nos dirían: Ah, ¿sí? ¿Os gusta? Pues para vosotras, ahí lo tenéis, os quedaréis con eso para siempre, eso y nada más. Encerradas con un solo juguete; reparto equitativo: vosotras el bebé, nosotros el universo. Como si dijeras que te gustan las rosas y te condenaran a alimentarte de rosas el resto de tu vida. Dios mío, ¿me estaría cortando yo misma las alas?

Enero... febrero... Mi hija crecía sana y alegre, yo había conseguido traducciones, había retomado la novela que estaba escribiendo... A ratos... a ratos, poco a poco... con precauciones... cautelosamente... a ratos era casi feliz. Pero ¡qué miedo!

Miedo, nudo en el estómago, garganta apretada, escozor en los ojos, un dolor intensísimo, insoportable, que sin embargo no se localiza en ningún sitio. Si por lo menos fuera físico... podría ir a urgencias, mi dolor tendría un nombre, figuraría en los libros, tendría cura. Pero esos momentos de angustia horrorosa alternaban con los de una modesta, pequeña, vacilante pero perceptible felicidad. Sin mezclarse, como las aguas del Amazonas y el río Negro, que fluyen juntas conservando cada una su color. Me sentía feliz y reconciliada con mi madre: la adoración a la niña nos unía, nuestras diferencias se convertían en un pasado olvidado, sin importancia. Me sentía feliz con las amigas y amigos que venían a conocerla, de Barcelona, de Ruan, de París, de Tenerife, de Buenos Aires, de Luxemburgo, como los Reyes de Oriente.

Entretanto, la niña estaba cada vez más viva, más despierta... y me interrumpía más. Quería dibujar, quería un caramelo, quería crema de chocolate, quería jugar conmigo, se incorporaba agarrándose a un mueble, lloraba porque se había caído, balbuceaba catalán, francés, español, señalaba el dibujo de un pez y decía «pez», hablando sola, «*peix*» a mí, «*poisson*» a su padre, ya andaba, se encaramaba a mi regazo, no me dejaba escribir, era

monísima, desarmante, irresistible, me moría de risa con ella, pero era agotadora, yo estaba harta, no podía más, no me dejaba leer, no me dejaba trabajar, no me dejaba escribir, no me dejaba descansar, no me dejaba en paz, estaba harta harta harta, quería volver atrás, recuperar mi libertad, mi vida. Pero no podía. Mi nueva labor como madre aplastaba y comprimía todo lo demás. Y, por si fuera poco, ahora me daba cuenta de que en el mismo paquete me habían colado otra cosa que yo no quería comprar, pero iban juntas, eran inseparables: el papel de ama de casa.

¿Ama de casa yo? ¿Yo, que había hecho cinco años de carrera, que había estudiado en la École de Hautes Études de París y sido profesora en dos universidades inglesas, que había dirigido una colección literaria, que estaba escribiendo una novela? ¿Todo eso para terminar haciendo la compra, preparando purés para la niña, llevándola al parque y al pediatra?

Bueno, bueno, no me podía quejar. Nos iban bien las cosas, ¿no? Étienne tenía un trabajo estupendo, yo más o menos, por fin éramos padres, teníamos una hija maravillosa... Cierto que yo me ocupaba de la niña y también de la compra, de cocinar, de la plancha... pero serían solo unos años, ¿no? Luego iría a la guardería, al colegio, y a medida que Étienne ganase más, podríamos contratar más horas a la asistenta, para que planchara y cocinara.

Étienne trabajaba cada vez más y ganaba cada vez más. Yo trabajaba, entre las traducciones, los artículos, la novela, la niña, la casa... mucho más que antes, pero ganaba mucho menos.

«¡Qué trabajadora eres!», exclamaba mi madre con admiración, pero también con sorpresa, como si algo no acabara de cuadrar.

«¿Tú, fregando platos?» se escandalizaba mi padre. «Una persona de tu nivel... con lo que gana Étienne, ¿cómo es que no tenéis una chica?»

«Anda, mujer, no trabajes tanto», sonreía mi madre. «Te veo muy cansada.»

«Pero ¿para qué trabajas tanto?», se asombraba mi padre, «si tu marido...»

«Cuando la niña vaya al colegio, podrás escribir por las mañanas, y por la tarde quedar a tomar café con las amigas», apuntaba un amigo escritor.

«Pero ¿por qué no tenéis una chica interna?», insistía mi padre. Casi molesto, como si lo hiciéramos para llevar la contraria, para fastidiar, lo que él llamaba «tocar el campano».

«¡Ya me gustaría a mí trabajar en casa, sin jefes, sin viajes, sin reuniones, como tú!», exclamaba mi marido.

«¡Ya me gustaría a mí que alguien me mantuviera y poder dedicar las mañanas enteras a escribir, como tú!», exclamaba mi amigo escritor.

Sí. Quizá, en unos años... si Étienne seguía ganando cada vez más... una interna, ¿por qué no? Ay, no, no me gustaba nada la idea. Ay, sí, cuánto tiempo ganaría para mí.

Tener criada. Escribir novelas sin que me importara si ganaba dinero o no con ellas. Pasarme las tardes de compras, de recados, tomando café con las amigas.

Tomando café con las amigas. Saltaba con la imaginación quince años, veinte, y me veía tomando café con las amigas, en ese mismo salón.

Tomando café con las amigas. Joyas, peinados de peluquería... ojos extrañamente inexpresivos.

Tomando café con las amigas, susurrando: «Yo, con las criadas, pocas bromas. En mi casa no entra ninguna que no sea fea y vieja».

¡Socorro! Teníamos que marcharnos de Arturo Soria. ¡Si era el equivalente de Pedralbes en Madrid! Marcharnos, irnos a la otra punta, como a los veinte, en Barcelona, me había ido yo de Pedralbes al Raval. Lo vi claro en cuanto me quedé embarazada: teníamos que mudarnos como fuera, al centro. Teníamos que comprarnos un piso, sería un gran esfuerzo económico, pero justamente yo quería obligarme a hacer un esfuerzo, a tener que pagar una hipoteca. Obligarme a trabajar. A ganar dinero con mi trabajo. Porque si no

importaba que mis libros dieran o no dinero, sería porque mis libros no le importaban a nadie, y yo tampoco.

Me costó, pero convencí a Étienne. Encontramos un piso antiguo en la calle del Pez, en el centro de Madrid, y pedimos una hipoteca para poder comprarlo. Nos mudamos justo antes del parto.

De las calles amplias, rectilíneas, arboladas, asépticas, con un lujoso centro comercial, chalecitos de ladrillo pseudoingleses, mucho césped y piscinas, de Arturo Soria, pasamos al centro de Madrid, cerca de la Gran Vía. Un barrio de callejuelas sucias y torcidas, con casas de pisos antiguas, pintadas de ocre o rosado, con balcones de forja, y comercios baratos, pequeñitos, de esos que tienen el escaparate atestado y grandes letreros con los precios. Al lado de nuestra nueva casa en la calle del Pez había un bar de los de tapas y churros, fluorescentes y colillas en el suelo, llamado El Palentino. Enfrente, una carnicería antigua con un nombre pomposo, La Nacional, y unos dependientes también antiguos: viejos, hieráticos, melancólicos, enfundados en grandes mandiles blancos. Más abajo, un convento de clausura del siglo XVII, San Plácido, y un restaurante que se anunciaba con el dibujo, en un gran cartel, de un hombre y una mujer desnudos metidos en una olla, y un diablo con tridente atizando las llamas: «La olla caliente. Restaurante erótico», ponía, justo enfrente de las ventanas enrejadas del convento. Subiendo la calle había una sala de cine X y una casquería. Bajándola, un teatrillo alternativo, un talabartero y una tienda de moda infantil con trajecitos de comunión (blancos, de tul para ellas; para ellos traje y corbata o uniforme de oficial de Marina) flotando, como en formol, en la luz verdosa del escaparate.

Cómo me gustaba el nuevo piso: los techos altos, con molduras; la cocina rara, en forma de ele; el viejo suelo de parqué que crujía; unas puertas con

espejos, vagamente modernistas. Tres salones uno detrás de otro, de los que dos nos servían de despacho, a Étienne y a mí. En el mío puse un viejo escritorio que había sido de Étienne, un kilim rojo y azul, y una lamparita marroquí de latón dorado con cristales de colores. Allí colocaba la cuna o la sillita de la niña, y ella dormía o se entretenía con sus juguetes mientras yo escribía. Los cuatro balcones daban a una placita y al convento. Veía la azotea de las monjas: los tiestos con geranios, la campanita, tan tímida, que sonaba como una esquila... Me acordaba de un viejo sueño mío: ser monja de clausura. Irreal, claro está: para empezar, no creía en Dios; pero eso era lo de menos; lo que yo soñaba, en mi atormentada adolescencia, era apartarme del mundo. Renunciar a la ambición para protegerme de la aterradora posibilidad de fracasar. Mejor no ser nadie que ser una fracasada. Y allí, en mi nueva existencia de ama de casa y madre, yo no era nadie. Vivía para otra persona; llevaba una vida rutinaria, resguardada, luminosa, dedicada a adorar a la niña, como las monjas adoraban al Niño. Una vida mediocre que me decepcionaba, pero que me tranquilizaba al mismo tiempo.

Qué curioso: un día que no sabía qué leer, cogí *El quadern gris*, que había leído muchos años atrás y que me había gustado sobre todo por su retrato de sitios que yo conocía bien, paisajes y pueblos cercanos al Golfet..., y me puse a releerlo. Y esta vez me pareció que no solo hablaba de cosas que yo conocía, sino de mí y de mi vida.

«Imagínese que el otro día entra una niña en la farmacia...», le cuenta a Pla el farmacéutico de Palafrugell. «“¿Qué quieres, nena?”, le digo yo. “La mama me ha dicho que me dé diez céntimos de colcrem.” “¿Diez céntimos de colcrem?” “Sí, señor, diez céntimos de colcrem.” “¿Diez céntimos de colcrem! ¿Quieres que te lo ponga en dos cajitas, guapa?” “Sí, señor, ¡ya lo creo!” Le

pongo el colcrem en dos cajitas y se las envuelvo en papel fino. “La mama me ha dicho”, dice la niña en el momento de alargar la mano para coger las cajitas, “que mañana pasará a pagarlo.” “Muy bien, nena, muy bien.”» Y concluye: «Esta es la vidita que hacemos los apotecarios en estos pueblecitos».

Pla se queja de la «insoponible monotonía» de la vida de pueblo. Pero también anota sensaciones que solo una vida como esa permite percibir. Olores: «a lana de cordero», «a humo de leña de pino verde», «a corcho chamuscado y enfriado»... Sabores: «la sopa de rape, con una tostada, una cucharada de alioli y vino de Llançà». La lluvia: «Llovizna. El paisaje parece dormido en la tibieza del silencio»...

Pla no quería pasar toda su vida en Palafrugell, igual que yo no quería pasar mi vida metida en casa: confiaba en despertar, algún día, de ese arrobamiento, esa especie de hipnosis en la que me había sumido. Empezaba a desentumecerme, a hacer cosas que me ponían en relación con el mundo exterior. También Pla se fue a vivir a Barcelona, luego a París, y durante el resto de su vida alternó las temporadas en Palafrugell con viajes por todo el mundo.

¿Le gustaba la vida de pueblo? De haberle gustado tanto, no habría necesitado reflejarla por escrito: vivirla habría sido suficiente. Pero si la hubiera despreciado, si la hubiese considerado de verdad sin interés, no se habría molestado en escribir sobre ella.

«En los pueblos», escribe Pla, «se vive tan cerca de la realidad y de la vida»... Yo también me sentía cerca, cerquísima, dentro —a veces demasiado— de la realidad y de la vida. Y esa realidad y esa vida, yo quería, como él, recogerlos algún día en mi escritura, para que no se perdiesen.

Había días en que, a última hora de la tarde, con mi hija sonriendo, sentada entre elefantes rosa y patos amarillos, el cielo oscureciéndose, la fina campana del convento repicando, la lámpara llenando la habitación de misteriosas sombras movedizas, azuladas, rojizas, verdosas, yo a punto de dar por terminada la jornada de trabajo, Étienne a punto de llegar y de abrazarnos... me sentía plena y feliz.

Vivía cada vez más retraída, recluida. En casa, en el barrio. Y Étienne cada vez más fuera de casa. Cuanto más atrás me echaba yo, más adelantaba él, o al revés: cuanto más se atrevía él, más me escondía yo detrás de él: mi defensor, mi escudo. Cada día un poco más, él se ocupaba de los seguros, de las cuentas, de la hipoteca, del coche; yo de poner la lavadora, de preparar el pollo, de hacer la compra. Él de tratar con muchas personas ajenas, yo con muy pocas, muy queridas. Él de lo que se piensa, se negocia, se discute, yo de lo que se toca, se abraza, se saborea.

El mundo pequeño, protegido, amigo, de la casa. En los armarios, las toallas de baño en un estante, en otro las de lavabo, las sábanas bajeras aquí, las fundas de edredón allá, todo bien planchado y apilado. Sobre la repisa del baño nuestros dos vasos con los dentífricos y los cepillos de dientes. En la despensa, las latas de atún, de maíz, de aceitunas, los frascos de garbanzos cocidos, los paquetes de arroz, harina, macarrones. El pequeño placer, tan tranquilizador, de ir reponiendo las cosas a medida que se gastan, sabiendo que se volverán a gastar y se volverán a reponer, como el campesino que sabe que a la siembra sigue la cosecha y al invierno el verano. Había descubierto que contra el veneno de la angustia el mejor antídoto es la rutina.

El problema, maravilloso, pero un problema, es que había descubierto un Nuevo Mundo. Que estaba en este, que se ocultaba a la vista de todos en las

cosas más nimias. Había descubierto, o recobrado, la capacidad de salir volando, con la imaginación, a partir de cualquier cosa, como quien se encarama al alféizar y se fuga por la ventana. Era algo que compartía con la niña: cuando ella (tan bonita, con sus ojos azules y sus coletas rubias) se quedaba mirando, fascinada, la sombra verde claro, transparente, en forma de cruz, en medio de la acera, de una insignia de farmacia, yo olvidaba por un momento lo que sabía con la razón y me sentía casi capaz de saltar con ella dentro, con los pies juntos, cogidas de la mano, y encontrarnos nadando, felices, en un agua verde y transparente, entre orquídeas y guacamayos.

Y a esta nueva facultad, yo no quería renunciar. No solo porque me hacía feliz, sino porque, lejos de apartarme de la escritura, me parecía que la escritura bebía de ella, como de un río subterráneo de colores que tiñera de violeta, fucsia, turquesa, un jardín que hasta entonces era gris. Y ser madre tenía todavía otra cosa en común con escribir, pintar o componer: era empezar de cero, sacarse de dentro algo nuevo, algo que una misma no conoce hasta que lo extrae y lo despliega. Contemplar a mi hija, educarla, me producía la misma emoción que una primera frase, una primera nota, una primera pincelada; la misma posibilidad infinita, el mismo ensueño de poder crear algo perfecto.

¡Era tan grato cuidar a mi hija; era tan tentador renunciar a cualquier otra ambición que la que ella encarnaba...! Tan atractivo como jugar al mus con los amigos en la tertulia, disfrutar de la sopa de rape con alioli, tostada y vino de Llançà, conformarse con la vidita del pueblecito... Pero ¿cómo? ¿Conformarme con eso? ¡Si me moría de aburrimiento! ¡Si yo lo que quería era escribir, y publicar, conocer gente, ver mundo, salir, descubrir horizontes! ¡Si a mí nunca me habían gustado los niños!

De pequeña yo no jugaba con muñecas, jugaba a disfrazarme: de ogro, con botas de siete leguas (unas de mi padre, las que usaba en el campo de

aviación), o de Indira Gandhi, que no sabía bien quién era pero sonaba exótico; o leía. Oía decir de tal mujer: «Es muy criaturera»; o a veces de un hombre: «Es criaturero», le gustan las criaturas. A mí no. A mí no me gustaban.

Entonces, ¿era eso? ¿Era que quería a mi hija, pero no me gustaban los niños?

Sí, eso debía de ser. A mí los niños, la verdad... A mí los niños, ahora que no me oía nadie... A mí los niños me aburrían. Sí. Y me cansaban.

¡Vaya! ¿Dónde había oído yo esa frase?

«Los niños me cansan y me aburren», declaraba mi madre.

Mi madre nos llevaba al colegio, al médico, al dentista, a inglés. Se levantaba las veces que hiciera falta, si estábamos enfermos, para ponernos el termómetro, llamar al pediatra, darnos la medicación. Nos ponía hielo y trapos empapados en vinagre sobre la espalda ardiente, cuando habíamos tomado demasiado el sol. Conocía el nombre y la historia de todos nuestros amigos. Nos escuchaba. E incluso sin escucharnos, solo con vernos, sabía cómo nos sentíamos, cómo nos iban las cosas; no como mi padre, que tenía mucho trabajo y nunca se enteraba de nada. Pero también decía que su dedicación a mí, hasta que fui al parvulario, duró «tres años y un día». Y contaba que una vez que estaba dándole la comida, a cucharadas, a mi hermano, y mi hermano se negaba a comer, escupía, tiraba la cuchara, lo ponía todo perdido... se juró que nunca más trataría con seres irracionales. Y que si la cena nos la podía dar la chica, que nos la diera la chica, y que si nos podía bañar la chica, ¡qué bien! ¡Que nos bañara la chica!, porque a ella los niños la cansaban y la aburrían.

Pragmática, observadora, diplomática, mi madre vivía como podía, en el espacio que le dejaban. Como plastilina, como cera, como agua, se colaba por los intersticios. Cuando nadie la necesitaba, cuando nadie estaba mirando, en

la hierba del campo de aviación, en la tumbona de la cafetería de las pistas, en la nieve; echada en una toalla en la proa de la lancha... hacía lo que más le gustaba en el mundo, o lo único que podía hacer sin molestar a nadie: leía. Como dijo Esther Tusquets, yo de niña pensaba que los hombres viven y las mujeres leen.

Ya. Pero yo quería vivir.

Pasada la adoración de los primeros años, cuando mi madre lo era todo para mí, cuando, si llegaba a casa y ella no estaba, me iba a su armario y lo abría para aspirar su olor, para consolarme de su ausencia... Pasada la decepción y el resentimiento de los años siguientes, cuando descubrí que esa madre, que para mí lo era todo, era un cero a la izquierda para el resto del mundo, obligada, como sus amigas, a apegarse con lo que fuera que decidiesen los hombres. Ahora que por fin, olvidados de común acuerdo nuestros viejos pleitos, ya no nos mirábamos una a otra desafiantes, sino que mirábamos las dos, embargadas por la misma emoción, a la cuna... ahora por fin, en la ecuanimidad de esa nueva etapa de mi vida, yo podía reconocer que mi madre había sido una buena madre.

La madre que, cuando recordaba que se ocupó de mí día y noche hasta que fui al parvulario, precisaba que su dedicación duró «tres años y un día», era una buena madre.

La madre que se juró que nunca más trataría con seres irracionales y proclamó que haría lo posible para no ser ella quien diera la cena ni bañase a sus hijos, era una buena madre.

La madre que reconocía tranquilamente: «Los niños me cansan y me aburren», era una buena madre. Y yo sería una buena madre siguiendo sus pasos.

De modo que hice de madre como le había visto hacer a la mía. Ocuparme de la niña y de la casa, pero no a tiempo completo. Trabajar, pero no a tiempo completo. Cumplir con mis obligaciones de madre, pero protegiendo mi propia vida, aunque fuera en un rincón. Salir, viajar, pero con precauciones, a pequeñas dosis. Vivir, pero no del todo. Con prudencia o, según cómo se mire, cobardía. Y buscarme otra vida en la que pudiera vivir todo aquello que no vivía en la realidad; vivirlo a fondo, apasionadamente, pero eso sí, con discreción, sin molestar a nadie: la vida de la imaginación. Pero para eso necesitaba un apoyo, una ayuda, una aliada, una segunda madre que me sustituyera a ratos. Así fue como conocí a Mercedes.

De todas las mujeres que respondieron a mi anuncio (una ingeniera polaca dispuesta a trabajar como niñera o lo que fuese para vivir en occidente; una adolescente africana a la que su padre había echado de casa cuando se quedó embarazada, y muchas otras), Mercedes fue la que más me gustó desde el primer momento. Era colombiana, diez años menor que yo, y tenía una hija de un año, como la mía. Me gustó porque parecía lista, porque sonreía todo el rato, porque traería a su hija cuando viniera a casa, tres horas cada tarde, y así la mía tendría una amiga. Me gustó por cómo sonrió a mi hija y por cómo mi hija le sonrió a ella. Y porque se llamaba Mercedes.

Mi abuela Mercedes era la persona con quien fui más feliz de pequeña. Yo y también mi hermano, y nuestros primos: la adorábamos todos. «A tu abuela la quieren los niños y los animales», murmuraba el abuelo, admirativo, envidioso, despectivo, melancólico. A él no le querían ni los animales, ni los niños, ni nadie. A nuestra otra abuela, Carme, la paterna, tampoco. Era a Mercedes a quien queríamos todos: ¿cómo no íbamos a quererla si nos abrazaba, nos bañaba en un barreño, nos ponía colonia, nos recortaba

monigotes y, cuando mi malvado primo le arrancaba los ojos de cristal a mi osito preferido y los escondía debajo del piano, era ella quien me consolaba y le cosía al osito, en lugar de los ojos, dos botones? Pero un momento, un momento: si una Mercedes era algo tan maravilloso, ¿por qué no serlo yo misma? Si alguna vez me había hecho esa pregunta, lo que pasó con mi tío me la había contestado para siempre.

Un día, mi tío, casado desde hacía treinta años, le anunció a mi madre que quería separarse. Se iba a marchar de casa. «¿Y adónde irás?», preguntó mi madre. «A casa de mamá, por el momento», contestó mi tío. «¿Se lo has dicho?» «Todavía no.»

Mi abuela estaba pasando una buena época. Tras cuarenta años viviendo en un quinto piso, sin ducha, calefacción ni ascensor, en un barrio pobretón de Barcelona, la calle Cartagena, con un marido que le pegaba y la engañaba, ahora era viuda, se había mudado al que fue nuestro piso en la calle Sanjuanistas (que sí tenía ascensor, calefacción y ducha), estaba bien de salud, se ocupaba mucho de sus nietas y nietos, y era, juraría yo, más feliz de lo que lo había sido nunca desde su añorada infancia en Arenas de San Pedro. El verano lo pasaba con nosotros en El Golfet. Y ahí estaba cuando llamó mi tío.

Mi madre cogió el teléfono. Su hermano le anunció que iba a dejar por fin el domicilio conyugal, y que necesitaba que mi abuela volviera a Barcelona, porque se iba a instalar en su casa. ¿Cuándo? Mañana.

¿Mañana?... «Mamá está pasándolo muy bien aquí», le explicó mi madre, «deja que se quede hasta que nosotros nos marchemos».

Mi tío vio enseguida cuál era el camino más corto: «Que se ponga mamá». Mamá se puso, y en cuanto colgó, resignadamente, se fue a hacer la maleta.

En los años siguientes, los que le quedaban de vida (la solución «temporal»

de mi tío resultó ser tan cómoda y barata —para él— que hasta la muerte de ella ya no se movió), mi abuela se dedicó a guisar, lavar, planchar y limpiar para su hijo de cincuenta añitos. El cual se sentaba a la mesa a comer con su madre... y un libro delante del plato. Mi abuela no se atrevía a quejarse, más que a mi madre, por lo bajo: «¿Tú crees que está bien eso que hace tu hermano, de ponerse a leer cuando come conmigo?».

¿Eso iba a ser yo? ¿Un felpudo para que se limpiara en mí los pies cualquiera de la familia? Si alguien esperaba eso de mí, ya podía esperar sentado.

Qué gracia, Albert Cohen, en *Le livre de ma mère (El libro de mi madre)*, cómo elogia a su mamá porque «la felicidad de su marido y de su hijo era todo lo que ella le pedía a la vida». Ella no habría protestado, ni siquiera al oído de su hija, por que su hijo comiera con un libro delante para no verla. Ella, recuerda, lloroso, el autor después de su muerte, «nunca me habría juzgado o criticado». No, ella no cometía la irreverencia de opinar sobre su hijo, de hecho no necesitaba opinar sobre nada, para eso tenía un hijo: «Si yo cambiaba de opinión cuatro veces, maliciosamente, sobre una película, ella cuatro veces cambiaba seriamente de opinión». Esto es una mujer como Dios manda, no como esas otras que «tienen su pequeño querido yo autónomo» (las muy egoístas); no: «mi madre no tenía un yo, tenía un hijo». ¿No es enternecedor? ¿No es ejemplar? Ved qué bonito proyecto de vida: «Su vida era escribir a su hijo, esperar las cartas de su hijo, preparar los viajes hacia su hijo, esperar a su marido en el piso silencioso, darle la bienvenida cuando llegaba, estar orgullosa de los cumplidos de su marido», y hasta cuando comía se privaba de los mejores trozos: los ponía «en el plato del ausente, delante del cual estaban mi fotografía y unas flores» ([sic], página 59 de la edición Folio). A Albert Cohen todo esto le parece muy bien. Ni la más mínima objeción. Es lo que les gusta a las mujeres, a las chachas, a los negros, son

felices así, sirviendo al amito blanco, es su naturaleza, tan generosa. Los hombres son distintos, su naturaleza les condena, pobres, a ser autónomos, a viajar, a escribir libros, a ligar, a ganar dinero, a recibir premios. Cuánto, cuánto admiran la generosidad de las mujeres, tan superiores moralmente. La admiran tanto más cuanto que saben que nadie les dirá: si tan bien te parece, ¿por qué no haces tú lo mismo?

Yo había adorado a mi abuela, pero jamás se me habría ocurrido tomarla como modelo. Me buscaría una Mercedes, pero una Mercedes pagada, respetada, con horarios y seguridad social. Y en cuanto a mí, seguiría el ejemplo de mi madre. Tendría los pies en la tierra y la cabeza en los libros, como ella. Pero no solo leyéndolos; yo quería vivir. Escribiría. Convertiría mi vida en libros y los libros en una forma de vida.

Y en eso estaba cuando un día, de pronto, mi marido a bocajarro me preguntó: «¿Cuándo nos vamos a poner en serio a buscar el segundo?».

Ganas de tocar el campano

Madrid, 1998

—¿Cuándo nos pondremos en serio a buscar el segundo?

La luz entraba a raudales por los balcones. Abajo, el rectángulo inclinado de la plaza, con acacias y farolas. La paz pueblerina de la calle del Pez, tan escondida. Las fachadas ocres, los balcones de hierro, las persianas verdes de listones de madera, los tejados... Las altas, hoscas paredes del convento y, en lo alto, tres ventanas con arco de medio punto. El tañido de su campanita...

¿Ahora ocuparme de tener otro hijo?

Orden del día. Punto primero: lectura y aprobación, si procede, del acta de la reunión anterior. (No era su culpa, mi marido era un ejecutivo, estaba acostumbrado a trabajar así: objetivos, plazos, resultados. *Business plan*.) En la reunión anterior se decidió que íbamos a tener otro hijo. (Ah, ¿sí? Yo no lo tenía tan claro.) Se aprobó un *business plan*. Que informe la señora vicepresidenta de su gestión. ¿Qué ha hecho en aplicación del *business plan*?

(Pero era tan bonita, tan suave, tan lista y divertida nuestra hija... Y era tan tierno, me emocionaba tanto, que Étienne quisiera tener conmigo, compartir, crear y criar entre los dos, a otra personita. Eso era el fondo, lo demás solo era la forma, el revestimiento, no tenía importancia.)

España, años noventa. Todo el mundo, hasta los jóvenes —esos que antes, por definición, eran revolucionarios—, hasta los artistas —esos que antes, por definición, eran bohemios—, se había convertido en empresario de sí mismo. «Si llega la inspiración, que te coja trabajando», era la nueva consigna. Todo el mundo trabajaba, comía sano, trabajaba, hacía ejercicio, había dejado de

fumar, trabajaba, trabajaba, trabajaba. Se fijaba objetivos y plazos, invertía bien su dinero, se relajaba yendo de compras. Todo el mundo tenía un *business plan*.

¿Cómo debían vivir las monjas? Felices, ensimismadas. Sin *business plan*. Flotando en el mundo irreal de la clausura. Disfrutando de la luz, de la vista de las acacias y del cielo azul. Del tacto de sus hábitos, del de la vieja madera de las puertas. De la penumbra fresca, del silencio. Del olor a incienso, a la cera de las velas, a flores un poco pasadas. (Otra vez sangre, leche, caca. Otra vez acunar, consolar a alguien que llora. Otra vez manos de monito aferrándome, otra vez una diminuta cara de felicidad total, acurrucada contra mí. Sí, yo también quería tener otro.)

Otro hijo. Con lo tranquila que estaba yo. Después de cuatro interminables años de pruebas y tratamientos... después de los nueve meses de embarazo... del parto... del caos de los primeros meses... Ahora que todo empieza a estar encauzado, ahora que la niña va a la guardería... ¿No me lo puedo pensar un poco más? ¿No podemos dejarlo al azar? ¿No podemos irnos al cine?

«¿Otro hijo?», exclamó mi amiga psicoanalista. «¡Pero si ya con uno apenas os veis!»

Cierto que Étienne y yo apenas nos veíamos ya cara a cara: la niña estaba siempre en medio. Pero esa era, justamente, la nueva manera que teníamos de vernos: con nuestra hija, a través de nuestra hija. Por eso yo quería tener otro hijo.

Sí. Si Étienne quería, yo también quería. Porque era la manera de que nos viéramos más. Que compartiéramos más. Que nos quisiéramos más.

Pero ¿tenía que ser ya, ya mismo? ¿No podía pensármelo un poco más?

¿Cómo, pensarlo un poco más? ¡El reloj biológico! ¡Mira que si no tienes otro hijo y el día de mañana te arrepientes...! Cuando sea demasiado tarde, cuando te hayas quedado con una sola hija —qué aburrido, qué tristón, una

niña con dos adultos, sin nadie con quien jugar—, algún día, excluida del alegre grupo de las familias de cuatro, cinco, seis miembros... ¡Haberlo pensado antes!

Bien, vale, pues adelante. Otro hijo. Manos a la obra.

El *business plan* de mi marido tenía forma de árbol decisional. Posibilidad 1: se produce un embarazo natural. Posibilidad 2: a falta de embarazo natural, se acude a consulta ginecológica y se efectúa tratamiento según indicación facultativa, lo que a su vez abre varias posibilidades: 2.1.: embarazo; 2.2.: gestación subrogada; 2.3.: adoptar; 2.4.: cualquier otra cosa, lo que fuese, ¡todo antes que darse por vencidos!

Tachado el apartado 1: ya había pasado un año desde el nacimiento de la niña. Estábamos de lleno en el apartado 2.

Los tratamientos eran largos, largos... y entre un tratamiento y el siguiente, había que hacer reposo. Pasaban los meses.

Un año y medio...

Dos años...

Tres años...

La niña crecía, veía familias a su alrededor, la gente le preguntaba: «¿Tienes hermanitos? ¿Te gustaría tener un hermanito?».

Tres años y medio...

Cuatro años...

Nosotros, que a nuestra hija le dábamos todo: un papá y una mamá, pijamas azules aterciopelados con estampado de estrellas plateadas, una abuela y un abuelo, patitos de plástico para el baño, un *grand-père* y una *grand-mère*, yogures de chocolate y de vainilla, una guardería bilingüe en la que se canta *Le bon roi Dagobert* y *La gallina Turuleca*, dos tías francesas, un tío catalán, una tía italiana, muchos primos, un mapache de tela a rayas azules y blancas

traído por papá de Argentina que toca música cuando se le tira de la cola... ¿y le íbamos a negar un hermanito?

Tras varios tratamientos sin éxito, optamos por el último recurso: un proceso de fecundación in vitro.

Soria, noviembre de 1997. Fin de semana con mis mejores amigas de la universidad, que ahora vivían en Tenerife, en Valladolid... y una en Soria; estábamos en su casa.

Me dolía un hombro. Qué raro.

Pero era tan agradable pasear por la alameda de Cervantes... visitar la iglesia románica de San Juan de Rabanera... mirar fluir el Duero... comer cordero o cabrito en restaurantes austeros, oscuros y ruidosos, charlando con mis amigas... leer una novela con un título rarísimo: *El santero de San Saturio*, que era, se decía, la gran novela soriana... que procuré no hacer caso al dolor.

Por la noche, el dolor era tan agudo que tuve que ir a urgencias. Se me sacaron de encima dándome calmantes.

Unas horas después, volví: me seguía doliendo. Me dieron más calmantes.

Al llegar a Madrid, el domingo por la tarde, me vino a buscar a la estación Étienne, con la niña, y le pedí que me llevara al hospital. Y del hospital ya no me dejaron salir. Cuando la médica supo que estaba haciendo un tratamiento a base de inyecciones de hormonas (las inyecciones me las ponía Étienne, en el brazo), dictaminó que esa era la causa, aunque no supiera todavía cuál era el diagnóstico. Tal vez habría que hacerme una artroscopia. (¿Una qué? La doctora me lo explicó amablemente: anestesia general, herida abierta durante dos días, drenaje, meses de recuperación...) Por el momento, me clavaron una

aguja en la mano, la sujetaron con esparadrapo y me metieron en una cama, donde me iba a quedar hasta nueva orden. Yo lloraba.

—Pero ¿cómo se te ocurre llorar delante de la niña? —masculló entre dientes Étienne, y se fue enseguida, llevándosela.

Qué lúgubre fue el día siguiente, y el otro, en el hospital, esperando a que me hicieran todo tipo de pruebas, con el gotero clavado en la mano, sin más compañía (Étienne no vino a verme) que *El santero de San Saturio...*

¡Socorro! Me habían raptado, atado, metido a la fuerza en un zulo, un ataúd blanco, metálico, con ruidos y luces de laboratorio espacial, unos marcianos con batas blancas iban a usar mi cadáver para hacer experimentos...

Calma, calma: esto es una simple resonancia magnética, ¿qué le pasa, señora, es usted claustrofóbica?

Yo no era claustrofóbica, pero... pero ¿qué? ¡Con la de quirófanos por los que había pasado! Apendicitis, laparoscopia con anestesia general, cesárea... Y las ecografías, mamografías, histerosalpingografías... ¡Si esta era una prueba inofensiva! Sin anestesia, totalmente indolora. Mi madre, una vez que tuvo que entrar en uno de esos aparatos, pidió permiso para llevar un libro; los médicos, perplejos, se lo dieron, y ella se pasó la media hora leyendo tranquilamente *Cumbres borrascosas*. ¿Por qué yo me agitaba y lloraba?

«A usted le pasa algo más», murmuró la médica. Y no se refería a ninguna enfermedad de las que se detectan con resonancias magnéticas.

Volví a casa, más tranquila, al cabo de tres días: se me había pasado el dolor, no fue necesaria la artroscopia, no me pasaba nada grave; todo volvía la normalidad. El ginecólogo decidió que por el momento interrumpíamos el tratamiento de fecundación in vitro. Se podría reanudar al cabo de unas semanas.

Unos días después, una noche, estaba cenando con Étienne en la cocina, con la niña ya acostada. Hablábamos del cumpleaños de la niña: estábamos pensando, para hacer algo original, en celebrarlo en una piscina.

Yo esperaba el momento para decirle a Étienne algo que había estado pensando.

Cuando terminamos con el tema de la piscina, nos quedamos en silencio.

—Están demasiado fuertes estas lentejas —dijo Étienne—. Siempre te pasas con la pimienta.

No era pimienta, era nuez moscada, pero no quise discutir. Lo siento, dije.

Nuevo silencio.

Y por fin:

—Quiero que hablemos de una cosa.

Étienne bebía agua a grandes sorbos, para pasarse el sabor de las lentejas.

—Mira —proseguí—, he estado pensando y, ¿sabes?, prefiero no reanudar el tratamiento.

Étienne dejó el vaso y me miró estupefacto.

—La fecundación in vitro, quiero decir —aclaré.

—¿Que no quieres seguir...?

—Es que... es que estoy... (harta, iba a decir, pero lo suavicé) cansada. Primero, cuatro años de pruebas y tratamientos: extracciones de sangre, visitas a no sé cuántos ginecólogos, ecografías...

Étienne me escuchaba impasible. Inexpresivo, como un caballero medieval que se hubiera bajado la visera del yelmo y ahora no se le viera la cara.

—... y ahora, otra vez... Otra vez pruebas, tratamientos... (Ya lo has dicho.) Cada dos por tres tengo que ir a la clínica: que si ecografía, que si extracción de sangre, que si ahora tómesese esto, que si ahora le inyectamos aquello, que si vuelva mañana... (Te estás repitiendo, guapa.) Me cuesta trabajar, me cuesta escribir, no puedo concentrarme con tantas interrupciones.

Étienne seguía sin decir nada. Más argumentos, tenía que encontrar más argumentos.

—Me resulta inquietante esto de inyectarme no sé qué «de gran pureza», dice el prospecto... —Si no sabes qué es, entérate—. Cada dos por tres tengo que ir al hospital... muchos días, ¡incluso dos veces! —Me estaba saliendo un tonillo reivindicativo... pueril—. Sí —continué, insegura—, dos... veces... a primera hora de la mañana para el análisis de sangre y luego... otra vez por la tarde para que me inyecten no sé qué o me hagan una ecografía. La medicación me está hinchando —proseguí, vacilante. (Ya te deshincharás. Te quitaremos el tapón: prrrrrrr..., te doblaremos y te guardaremos con talco en un altillo, hasta que necesitemos otro hijo)—. Llevo mal la prohibición absoluta de hacer deporte, echo de menos el... el gimnasio, la... la piscina, la bicicleta...

Étienne seguía mirándome de hito en hito, como si yo me hubiera puesto de pronto a hablar en swahili o finlandés.

—Y ahora esto... lo de... lo del hombro, ya sabes.

No supe qué más decir y me callé.

—¿Eso es todo? —dijo él.

—¿Te parece poco? —repliqué, dolida.

—¿Me estás diciendo que renuncias a tener otro hijo porque no quieres ponerte unas inyecciones?

—¿Unas inyecciones? —Ahora era yo la estupefacta—. ¿Eso es todo lo que has entendido?

—¿Como las que me pongo yo en primavera para la alergia! —exclamó mi marido.

—¿De verdad no entiendes... —yo no encontraba las palabras— cómo puede ser que no entiendas...? ¡No quiero seguir! ¡Tiro la toalla!

—¿Tirar la toalla? ¡Eso nunca! ¡Jamás hay que tirar la toalla!

—¿Cómo que no? No depende de nosotros. Si no me quedo embarazada, no

me quedo. Y entonces ¿qué?; dices «no me resigno», ¿y qué? ¡En algún momento hay que decir basta!

—¡Ni mucho menos! ¡Vamos a Estados Unidos, conseguimos óvulos, una gestación subrogada, cueste lo que cueste!

—Eso ni hablar.

—¿Cómo que no?

—Que no.

—¿Por qué?

—Porque no. Porque no quiero pagar a una desconocida para que esté embarazada en mi lugar, ni encargarse un bebé como si fuera una pizza, y, en fin, porque no me... (iba a decir: no me da la gana, pero busqué otra palabra) apetece.

—Eso ya lo veremos. Ya hablaremos cuando llegue el momento. Pero por ahora vamos a seguir con la FIV, claro que sí.

—Anda, ¡qué fácil! ¡Como que no eres tú el que hace el tratamiento!

—El tratamiento lo haces tú porque, médicamente hablando, no hay otra posibilidad.

¿«Médicamente hablando»? La frase me sacó de mis casillas. Fue como si me hubieran apretado un resorte, no me pude contener, exploté:

—¡Y además...!

No tenía pensado hablar de eso, no en ese momento por lo menos, no en ese tono, yo sabía que era contraproducente decirlo así, que iba a provocar el efecto contrario al que quería, pero no sabía de qué otra manera decirlo y, de pronto, ya no soportaba callarlo ni un minuto, ni un segundo más:

—¡Nunca hacemos el amor, últimamente!

Mi marido me miró estupefacto. Pobre hombre, no ganaba para sorpresas.

—¿Y eso qué tiene que ver? —replicó.

Claro. Médicamente hablando, habíamos superado esa fase primitiva,

cuando los hijos nacían de hacer el amor. Gracias a los progresos de la medicina, ahora cánulas y probetas reemplazaban, con mucho mayor porcentaje de éxitos (y más higiénico todo), los órganos de carne. Médicamente hablando, mi marido tenía toda la razón.

—¿Por qué me hablas de eso ahora? —insistió Étienne—. ¡Es como si yo me pusiera a hablar de fútbol! Y además ¡no es verdad que yo no hago nada! ¿Te crees que es agradable meterte en un cuarto de baño con una probeta y un montón de revistas porno?

—¿Qué dices! —salté yo—. ¡Cómo te atreves a comparar...!

—¡Papá, mamá! No puedo dormir.

Abrazada a su mapache, la niña había aparecido por la puerta entreabierta de la cocina y nos miraba acusadora. Rápidamente Étienne y yo nos pusimos la máscara de la sonrisa. Él se levantó, la cogió en brazos, la besó y la llevó a su habitación.

Era tan bonita, tan tierna... ¿De verdad no quería tener otro?

No era eso. No es que no quisiera tener otro. O sí... bueno, no lo sabía. Pero lo que decididamente no quería era continuar yendo al hospital, dando vueltas a lo mismo, obsesivamente, un día y otro día y otro día, vivir pendiente de las pruebas, de los tratamientos, de los resultados. No solo no quería, es que ni siquiera quería discutirlo.

Mientras Étienne acostaba a la niña, intenté serenarme, pensar con tranquilidad. Tenía un argumento irrefutable, un argumento que forzosamente pondría punto final a la discusión, y en cuanto volvió a la cocina se lo dije:

—Mira: esta decisión la tengo que tomar yo y ya la he tomado, porque — punto final, triunfante— mi cuerpo es mío.

—¿Cómo dices? —saltó Étienne—. ¿Te crees que una decisión así es de uno solo? ¿Porque «tu cuerpo es tuyo»? ¡Con ese mismo argumento, como mi cuerpo es mío, yo mañana voy y me acuesto con otra!

Aquello me dejó sin habla. No se me ocurría ninguna respuesta.

Acepté reanudar el proceso de fecundación in vitro, con la única condición de que el próximo intento fuera el último.

Hay algo que nunca le conté a mi marido. Y es que un día de julio, ocho meses después de la discusión en la cocina, subiendo de la playa del Golfet (venía de nadar, como todas las mañanas, hasta el Cap Roig: tocaba, feliz, la piedra rojiza del cabo y daba media vuelta, por el agua azul, hacia la playa), me paré en medio de la escalera y pensé algo que sabía que no le iba a poder decir a nadie.

Para entonces me había sometido a dos ciclos enteros de fecundación in vitro. Inyecciones, ecografías (ya, ya sé que ya lo he contado, incluso varias veces; pues lo vuelvo a contar), análisis de sangre, anestesias generales para extraer óvulos, fecundación en laboratorio, implantación de los óvulos fecundados en el útero...

La primera vez, en febrero, me implantaron tres. «¿Qué tal van tus tres celulitas?», me dijo Étienne al despertarnos la mañana siguiente. Me sentí tan feliz... eso era lo que yo más quería; por eso, para eso, lo estaba haciendo todo. Pero unos días después, estando en la Biblioteca Nacional... de pronto, la vieja, conocida sensación que algunas veces había sido sinónimo de alivio, de fin del miedo y la angustia; otras muchas no había significado nada, más allá del simple trámite de ir enseguida al lavabo, pero que ahora era una decepción, un fracaso, el derrumbe de un edificio de ilusiones: algo húmedo, caliente, entre las piernas.

Salí a sentarme en un banco del paseo de Recoletos. Es de mala educación llorar en una biblioteca.

Ahora estaba esperando el resultado de la segunda vez. El proceso había

ido bien, habíamos vuelto a conseguir óvulos fecundados, me los habían implantado... y en unos días iba a saber si estaba o no embarazada.

Siempre que subía esa escalera, al llegar arriba, acalorada, miraba la playa... y era tan atractiva el agua, azul, verde, fresca, transparente —se veía perfectamente dónde había rocas: masas oscuras, de un tono casi violeta, y dónde el fondo era de arena: verde claro—, que me daban ganas de bajar corriendo los ciento trece escalones y arrojarme otra vez al agua de cabeza... y nadar, e irme hacia el fondo, y quedarme boca abajo un rato, vertical, sacando solo los pies, y luego dar una voltereta, sacar la cabeza, volverme a zambullir...

Y en ese momento de soledad conmigo misma me asaltó un pensamiento inconfesable. Ya no podía ocultarlo más; era este: yo no quería quedarme embarazada.

Pero ¿cómo? ¿No estaba yendo, por mi propio pie y sin que nadie me obligara, a la clínica una y otra vez? Eso que pedía a los doctores, eso por lo que se suponía que estaba luchando con todas mis fuerzas, eso por lo que estaba pagando un precio tan alto en tiempo, molestias, ansiedad, lágrimas, dinero... ¿no era lo que más deseaba en el mundo? ¿Y ahora resultaba que no lo quería? ¿Cómo, que no lo quería? ¿Por qué no lo quería?

No. No lo quería. Allí sola, sin testigos, en secreto, me confesé que no. No-lo-que-ría. (Pero entonces, ¿por qué me había deshecho en lágrimas, en febrero, sentada en un banco del paseo de Recoletos? No lo sé.)

Estaba harta de que me trataran como si fuese un trozo de madera colocado encima de una camilla. Como una probeta esterilizada. Como un jarrón chino roto, que los mejores especialistas tratan de reparar, meticulosamente, con guantes, bisturíes, pegamento, microscopios, con paciencia, con profesionalidad, con los más avanzados métodos y productos. Pero un jarrón.

Y yo decía en voz alta que sí, pero en el fondo era que no. Que no y que no y que no y que se fueran todos a la mierda.

Igual que, de pequeña, cuando mi madre, al darme el beso de las buenas noches, se aseguraba de que tuviera las manos encima, y no debajo, de las sábanas, y yo, aunque no entendiera el porqué, la obedecía, igual que entonces yo sería obediente por fuera; lo que tuviera dentro de la cabeza era un secreto. Nadie adivinaría los negros pensamientos que ocultaba esa inofensiva señora veraneante con sombrero, bañador y chanclas.

Unos días después tuve la regla.

Estábamos tomando un café Étienne, la niña y yo en Palafrugell. Noté lo que estaba pasando. Fui al lavabo. Al volver se lo dije en voz baja a Étienne. No hizo comentarios. Siguió leyendo el periódico. Yo también.

Esa noche después de cenar nos acostamos y yo me quedé dormida inmediatamente.

Qué bien estaba durmiendo... qué relajada, qué a gusto... hasta que noté algo; algo me despertó. Un murmullo, una agitación.

Abrí los ojos, y vi algo insólito, algo que en doce años no había visto nunca: Étienne estaba llorando.

Intenté consolarle, abrazándole, sin decir nada. Él tampoco decía nada, pero no dejaba de llorar.

Finalmente nos levantamos, nos pusimos cualquier cosa y salimos a pasear, a ver si se calmaba.

Cogimos el camino de tierra, mal iluminado por escasas farolas, que cruzaba el bosque hacia el Jardín Botánico de Cap Roig.

Se oían nuestros pasos, el murmullo del mar abajo del acantilado, y el sollozo quedo de Étienne.

Yo no sentía nada. Quizá debería consolarle, pensaba, pero él no buscaba mi consuelo, y todas las palabras que se me ocurrían sonaban prefabricadas, fórmulas baratas. Además, ¿qué consuelo podría darle, si no compartía su tristeza? La percibía, como percibía el cariño por ese hombre al descubrirle vulnerable, humano... pero era como si esos sentimientos estuvieran fuera de mí. Por dentro, solo sentía una cosa: alivio.

Llegamos a la verja del Jardín Botánico. Cerrada, naturalmente.

Dimos media vuelta. Étienne cabizbajo, abatido, como Adán expulsado del Paraíso. Yo distraída, con la cabeza y el corazón agradablemente vacíos.

Qué bien dormí, de un tirón, en cuanto volvimos a acostarnos.

Al día siguiente decidimos adoptar.

El lujoso automóvil frena ante un niño sentado en el suelo, desharrapado y aterido de frío. Baja un chófer uniformado; se dirige a una portezuela trasera; la abre respetuosamente.

Del automóvil baja un niño. Tiene la misma edad que el niño mendigo, pero va vestido con elegancia. Lleva un bulto en la mano.

Incrédulo, el niño pobre ve cómo el niño rico le entrega, sonriendo, el paquete. El niño rico vuelve a subir al coche, donde le espera, envuelta en pieles, su conmovida mamá. El niño pobre rasga el papel, descubre un suntuoso abrigo y llora de emoción, mientras el coche se aleja...

Algunas amigas de mis padres iban a cuidar enfermos desahuciados y pobres al Cottolengo del Padre Alegre, pero eso yo lo despreciaba. Me recordaba demasiado a *Corazón. Diario de un niño*, de Edmundo de Amicis, novela italiana del siglo XIX que debió de haber sido famosísima, hasta el punto de aterrizar en una colección de clásicos infantiles ilustrados, donde yo la leí de pequeña, y cuyo episodio culminante era aquel en que, llevado por su

profunda fe cristiana y su natural bondadosísimo, el pequeño Enriquito quiere regalar a un niño mendigo su abrigo viejo, solo que es tan atolondrado ¡que le regala su abrigo nuevo! Y las damas enojadas que pedían donaciones contra el cáncer con una huchita en mesas petitorias me recordaban a las niñas de buena familia que en verano en El Golfet ponían un puestecito para vender conchas recogidas de la playa.

Hasta mis padres estaban de acuerdo en que «la verdadera caridad es política», como decía mi padre, citando a no sé quién (creo que a un Papa, aunque fuera raro en él). Pero, justamente: si la caridad es política, ¿qué política hacían nuestros padres? ¡Ninguna! ¡No hacían nada por la justicia social! Vivían, trabajaban, iban tirando, se aburrían... Leían revistas francesas, libros franceses, iban a Francia a ver películas francesas y luego regresaban a aburrirse otra vez en la realidad gris de la España franquista. Toleraban la dictadura en un silencio vergonzante.

Nosotros no. Nosotras sí luchábamos por la libertad, la democracia, la justicia social. La que se tomarían por su mano los parias de la tierra, como habían hecho en la Unión Soviética, en Cuba, en China... Nosotras íbamos a manifestaciones, coreábamos *Llibertat*, *amnistia*, *Estatut d'autonomia*, militábamos en la Liga Comunista Revolucionaria o en el Partido Feminista. «Ganas de tocar el campano», murmuraba mi padre encogiéndose de hombros... «La diferencia entre vosotros y yo —tuvo la bondad de explicarles una vez a sus padres mi amiga Ana María—, es que estamos en lados opuestos de la barricada.» Nosotros sí teníamos las manos limpias, la conciencia tranquila.

Claro que no era solo su pasividad ante la injusticia lo que reprochábamos

a nuestros padres y a nuestras madres; les reprochábamos más, mucho más. Si de algo nunca nos quedábamos cortos era de reproches.

A ellos les reprochábamos lo poco que se habían interesado por nosotros, sus hijos. Les hacíamos gracia, sí, les gustaba que estuviéramos correteando por allí (un rato), pero no nos cuidaban cuando estábamos enfermos, no nos consolaban cuando estábamos tristes, no entendían lo que necesitábamos, no nos escuchaban: no tenían tiempo, tenían mucho trabajo. Jamás habían renunciado ni a cinco minutos de ocupación o diversión propias para llevarnos al cine, al parque, al médico, a una fiesta infantil, a unas vacaciones que nos gustaran a nosotros. Ellos hacían su vida, y ya encajaríamos nosotros en ella como buenamente pudiéramos.

A ellas les echábamos en cara que nos hicieran ayudar en casa, mientras que no se lo pedían a nuestros hermanos. Que opinaran constantemente, con la delicadeza de un caballo irrumpiendo en una cacharrería, sobre nuestro peso, nuestro peinado, nuestra ropa, nuestra piel, nuestros dientes, nuestro olor, nuestras amigas, nuestros novios. Que nos prohibieran ir al cine con un chico, que nos obligaran a volver a casa a las doce, mientras que nuestros hermanos podían volver a la hora que quisieran, incluso con la novia, y meterla en su habitación, sin que ellas pusieran objeción alguna (nuestros padres, sonrientes, les daban codazos y palmaditas en el hombro).

Y a ambos, padres y madres, les reprochábamos que nos usaran para mirarse en el espejo y encontrarse estupendos. ¡Tan buenos padres! ¡Tan generosos, tan incondicionales de sus hijos! Mi padre me contaba que a mi madre se le saltaban las lágrimas oyendo mi voz en el telediario, el verano en que trabajé en la televisión catalana, y me preguntaba acto seguido, muy interesado: «¿Qué sientes, tú, cuando te digo esto?». No ocultaba su decepción cuando, en vez de responder deshaciéndome en gratitud y emoción, yo me

encerraba en un silencio hosco (solución que me parecía preferible a la de contestar con sinceridad: «Ganas de mandarte al cuerno»).

«¡Idos a casa! ¡Dentro de veinte años seréis todos notarios!»

Eso era, me contaba mi padre con una sonrisita, lo que el escritor Marcel Jouhandeau había gritado, burlón, a los estudiantes de Mayo del 68 que hacían barricadas debajo de sus ventanas.

Era yo, entonces, la que se encogía de hombros. Eso, a nosotros, no nos iba a pasar.

Y habían ido transcurriendo los años. Sentados tranquilamente en el patio de butacas, aplaudiendo tibiamente a este, silbando a aquel, juzgando con displicencia a todos los que pasaban por el escenario... no nos dimos mucha cuenta de que nos estábamos haciendo mayores.

Ahora de pronto aparecía el director de la obra, el Tiempo, y nos señalaba con el dedo: le toca a usted.

¿Cómo? ¿Yo? (*Il a beau jeu, celui qui est jeune et n'a pas eu le temps de faire le mal*, lo tiene fácil el que es joven y no ha tenido tiempo de hacer el mal, escribió Sartre. Esa facilidad era lo que se nos había acabado.) Sí, usted, haga el favor de subir. Dios mío, era verdad, teníamos ya treinta, treinta y cinco años. Nos mirábamos en el espejo y veíamos personas normales y corrientes, del montón, con un trabajo normal y corriente, una pareja normal y corriente, una hipoteca como cualquier hijo de vecino... ¿La Revolución? ¿Cuánto tiempo hacía que habíamos dejado de creer en ella, que nos había parecido acertada la frase de Sabato: «Revolución es una palabra que se escribe primero con mayúscula, luego con minúscula, finalmente entre

comillas»? Yo, que a todo llegaba por los libros, había perdido la fe leyendo a desengañados del comunismo como André Gide, que en su diario, el 3 de septiembre de 1936, de vuelta en París tras su viaje a la Unión Soviética, escribe: «Un inmenso, un tremendo desasosiego... Cena con Schiffrin, que intenta aferrarse a mí y hallar en mi conversación alguna ayuda. Habla de su “decepción” en la URSS. Le doy vueltas a la palabra decepción; me parece inexacta; pero no sé muy bien qué proponer para reemplazarla».

Pero ¿qué me está usted contando?, basta de elucubraciones, vamos, vamos, por aquí, por favor, rápido, que le toca ahora mismo. Nos había llegado el turno, quisiéramos o no, de agitarnos y pavonearnos durante una hora, encima del escenario, recitando nuestro monólogo, todo ruido y furia sin significado, mientras en la penumbra, entre bastidores, con los brazos cruzados, con una sonrisa cuya leve ironía no podíamos reprocharles, la generación de nuestros padres esperaba disfrutar viendo en detalle, el lento proceso de cómo mordíamos el polvo y nos convertíamos, por fin, en notarios.

Entonces, de pronto, milagrosamente, resultó que teníamos una carta en la manga. ¿Notarios, nosotros? Nosotros no. ¡Nosotros vamos a adoptar!

¿Notarios, nosotros? ¿Madres y padres cualesquiera, como nuestros padres y madres? Ni en broma. Ellos eran simples padres del montón, que cuando ella rompía aguas, se iban al hospital, y volvían a los pocos días a casa llevando un moisés, como todo el mundo. Nosotras, en cambio, ¡qué aventura! Sorteando obstáculos, peligros, viajábamos al corazón de la pobreza. En países lejanos, de los que no hablábamos la lengua, en lugares dejados de la mano de dios, que nadie de nuestro entorno conocía (no eran sitios a los que se iba a hacer turismo), nos enfrentábamos sin miedo a la cara oculta del mundo, y allí, en medio de una miseria dickensiana, hacíamos una aparición estelar. Con nuestro poder, nuestro dinero, el halo dorado de nuestra condición de

occidentales, veníamos a rescatar a un niño, subirlo a un avión, llevarle a una vida mil veces mejor que la que le esperaba.

¡Cuántos pájaros matábamos de un tiro! Resolvíamos el problema de querer un hijo y no conseguir tenerlo. Tranquilizábamos nuestras conciencias. Éramos madres y padres, sin serlo como cualquier madre o padre, como los nuestros. Y seguíamos tocando el campano.

Creíamos que la adopción era una historia de amor. Que empezaría con un flechazo, como en las películas: un amor fulminante, inmediato, total, por ambas partes.

Creíamos que la adopción era una historia maravillosa de la que éramos protagonistas: surgiendo de un flamante automóvil (bueno, de un avión), envueltos en nuestros abrigo de pieles (no, en anoraks, que éramos gente moderna), ante un niño mendigo boquiabierto, íbamos a hacerle la limosna de un futuro radiante.

Creíamos que nuestros niños, una vez duchados, bien vestidos, bien alimentados, revisados por pediatras de confianza, iban a ser como los niños de aquí, solo que, en cierto modo, moralmente mejores.

Creíamos que estábamos siendo —aunque no lo dijéramos, naturalmente, por modestia— extraordinariamente generosos. ¡Tan incondicionales, tan buenos padres...! Y que nuestros hijos se desharían en gratitud y emoción.

Creíamos que nuestra generosidad nos garantizaba una especie de inmunidad diplomática. Aquella niña o niño a quien habíamos salvado no iba a ser (como fuimos nosotras con nuestros padres) áspero, exigente, crítico, sino bueno, sonriente, encantador, lo pondría todo de su parte. Cualquier cosa que le diéramos sería cien veces, mil veces mejor que lo que habría tenido si no fuera por nosotros.

Creíamos lo que nos decían, en un coro unánime, la psicóloga de la agencia de adopción, los reportajes periodísticos, los libros infantiles sobre niñas y niños adoptados, los testimonios de madres adoptivas y de hijas adoptadas, todo lo que se publicaba sobre el tema en aquellos años.

Creíamos...

El rescate del *Kursk*

Rusia, 2000

A mis padres no les estaba gustando nada la noticia que yo había viajado expresamente al Golfet para darles. Nada, pero nada de nada. No lo decían, no sabían cómo decirlo, no se atrevían, pero no había más que verlos: mudos, cabizbajos, encorvados... Como si alguien se hubiera hecho caca allí, sobre la alfombra de esparto, entre los sofás exquisitamente tapizados de *jacquard*, uno azul y el otro naranja, entre los bodegones y marinas, una plácida tarde de verano, frente a la cristalera que daba al jardín, a las terrazas, al Cap Roig y al castillo del ruso, al mar. Sí, como si alguien se estuviera cagando en medio de su bonito salón, elegante-pero-juvenil, *jacquard* y esparto, refinado-pero-popular, solo que ese alguien era un invitado de postín: su hija, que venía tan poco, Chsss, no levantemos la voz, con una mirada de reojo se habían entendido, mejor callamos, no digamos nada, no sea que se enfade y no vuelva. Y yo muda también, pero de incredulidad. ¿Que no les gustaba? ¿Cómo, que no les gustaba? ¿A santo de qué no les gustaba? ¿Cómo se atrevían a que no les gustara?

¡Que no les gustaba! Es que no podía ser, era demasiado fuerte. ¡Que no les gustaba! ¡No me lo podían negar, si lo estaba viendo, aunque no dijeran nada, vamos, que nos conocemos, que sé lo que estáis pensando! Qué desastre, estáis pensando, qué asco, estáis pensando. Pero pero pero... es que no me lo puedo creer, yo, sentada en el sofá naranja, acusadora, arrebolada de rabia, ellos encogidos en el sofá azul, juntitos, arropándose uno al otro, unidos frente a la desgracia. ¿Desgracia? No lo decían, pero no tenían secretos para mí, yo

les leía el pensamiento como si tuvieran la frente de cristal: «Desgracia», «Mala Noticia», «Inmenso Error»... ¡Pero cómo! (qué razón tenía mi marido, de no haber dicho ni palabra a los suyos). ¡Ellos!, que no podían esconder su ansiedad, cuando me casé, por saber si íbamos a tener hijos, una pesadez, mi padre sobre todo, que no sabía callarse: «*Quan tindreu neeens?*», vindicativo y quejoso; ¡ellos!, que rebosaban de felicidad ahora que eran abuelos; ¡ellos!, que tanto habían celebrado el nacimiento de la hija de mi hermano, ¡su primera nieta! (¿y vosotros?...), y un año después el de mi hija (¡por fin!, ¡ya era hora!), y después, ¡qué bien!, ¡mi hermano y su mujer tenían otro bebé!, un niño, ¡y después otro más! Mi madre alegre y rejuvenecida, con un bebé en brazos y una niña pequeña de la mano, bajándolos y subiéndolos de la playa, mi padre ufano y radiante, llenando la casa de fotos de niños: «*Renoi, quina pesca!*», ¡caramba, vaya pesca!, decía riéndose, y no era para menos: habíamos lanzado las redes más allá de nuestra propia muerte, y de aquella inmensa oscuridad, olvido eterno, aterrador silencio de los espacios infinitos, habían surgido, plateados, vivos, debatiéndose en la red, húmedos aún de líquido amniótico, cuatro bebés, en cinco años.

¿Por qué, entonces, por qué, por qué, por qué, la noticia de que yo les iba a traer un nieto más, o nieta, la recibían con esa cara? Ahora me acordaba de lo que dijo mi padre, bromeando, cuando nació nuestra hija, tan parecida a mi marido: la misma cara ancha, esclava, la piel blanquísima, los mismos ojos azules un poco hundidos bajo las amplias cejas rubias, una herencia tan obvia de la familia polaca de los Kaminski que mis padres la apodaron «polaquita», y mi padre hasta le hizo una canción: «Por ser tan blanquita, polaquita, polaquita / por ser tan blanquita te pintamos de color», y le iba añadiendo estrofas: «Te pintamos de amarillo, polaquita, polaquita / te pintamos de amarillo que es el color del limón. Te pintaremos a rayas, polaquita, polaquita / te pintaremos a rayas que es el color del colchón». (Una infancia feliz, de

cuento de hadas, con abuelos contentos y bromistas, que inventan canciones para sus nietos. Mi nueva hija o hijo no la tendría. Sería un patito feo, un paria, un nieto de segunda.) «La próxima vez que hagas un niño», le dijo mi padre riéndose a mi marido, «a ver si le pones un poco más de Freixas».

Claro, eso apreciaba él de sus hijos, de sus nietos, que fueran una versión mejorada de él, ÉL, que llevaran estampillado en la frente su nombre: FREIXAS, en letras doradas. No los quería como eran, por sí mismos, como fuesen, los quería para lucirse. Pero vamos a ver, ¿de qué me sorprendía yo, esa tarde plácida de verano, en la casa de cuento de hadas en cuya puerta descubría ahora que había un letrero: «Reservado el derecho de admisión», de qué me sorprendía si siempre lo supe?, si a él no le importaban los demás, solo le importaba que le dieran lo que él quería, fuesen nietos parecidos a él o éxitos con su apellido, si le daba igual que yo lo pasara mejor o peor o malísimamente mal estudiando para sacar buenas notas, que a los quince años me arrastrara llorando por los rincones, angustiada ante la más remota posibilidad de no obtener esa matrícula de honor que era cuestión de vida o muerte, porque me iba en ello el amor de mi padre, y él, magnánimo, cuando yo ya me había hundido en la miseria hasta el punto de haber empezado a ver a un psiquiatra y a tomar antidepresivos, me decía, por fin, con gran esfuerzo: «Bueno, anda, no te lo tomes tan a pecho, tampoco pasa nada si en vez de un diez sacas... un nueve y medio». Si ya sabía que mi padre no quería a nadie, solo a sí mismo, ¿a qué venía sorprenderme ahora? Y a los dieciséis, diecisiete años, me llevaba al Corte Inglés a comprarme ropa, pero no la que quería yo, no: la que quería él. Me vestía como a una señora burguesa de cuarenta, y encima mi amiga Mari Carmen no entendía que yo, entre nosotras, por lo bajo, protestara (con el tiempo me daría yo cuenta de cuánto le cuesta a todo el mundo entender que es una burda trampa, un cepo, ese dinero que te lo da todo excepto lo principal: la autonomía). Mi padre que me ponía en

ridículo persiguiendo a sus amigos: «¿Has visto el artículo de mi hija en *El País*? ¿Has visto lo que ha publicado mi hija en *La Vanguardia*?», un espacio en el periódico con su apellido, Freixas, en letra impresa, y por si se les había pasado, él tenía a su disposición, para que lo leyeran allí mismo, bajo su supervisión, un ejemplar, un recorte, una fotocopia: no tenían escapatoria...

El hijo o hija que yo quería adoptar no sería un Freixas. Claro. Ese era el problema. No le podría llamar, enternecido, como llamaba a sus nietos varones: «Freixetes». «*Vine, Freixetes*», ven, Freixitas, amor mío, cariño, cuánto te quiero, tú que eres yo en pequeño, yo en joven, yo en guapo, yo con futuro, yo, yo, yo, cuánto me quiero. Ese intruso que yo estaba planeando meter en casa, a saber de quién era hijo: desde luego, no de los Freixas, ni tampoco de «los» esto, «los» aquello, «los» de más allá, familias de confianza, de los nuestros, burguesía catalana con denominación de origen; ese desconocido, que yo iba a sacar de un orfanato (¡de un orfanato!), sería hijo de unos pobretones, o algo peor...

Pero un momento, un momento: ¡si mi padre se había casado con una pobretona! Él, hijo de la familia que tuvo el primer automóvil que hubo en Lloret de Mar, se había casado con la hija de una casa que por no tener no tenía ni lámparas, solo bombillas desnudas colgando del techo. Entonces, ¿cómo podía disgustarle a mi padre que yo adoptara a una rusita o un rusito abandonado?, de los cuales un tercio, diez años después de salir del orfanato (acababa yo de leer no sé dónde) son mendigos, y otro tercio se han suicidado. ¿No te parece, papá, que está bien salvar a alguien?, y mi padre se encogió de hombros. «Es como si me dijeras: aquí tienes el mar, ¡salva a una gota de agua!» La respuesta era obvia: desde el punto de vista del mar no hay diferencia, pero míralo desde el punto de vista de la gota. Qué más daba, mi padre no se atrevía a decirlo, pero yo se lo leía bajo la frente: meter en nuestra casa a quién sabe quién, nacido quién sabe dónde, de quién sabe qué padres,

mendigos, putas, borrachos, sifilíticos, ensuciar esta casa de cuento de hadas... Pero no había por qué tener miedo, la ley rusa era muy clara: una pareja casada, con una media de edad inferior a cuarenta años, como éramos nosotros, tenía derecho a que le dieran una niña o un niño de menos de tres años y con buena salud. Si era eso lo que les preocupaba, podían estar tranquilos.

Pero es que no era eso. Ya podía yo llevarles todos los certificados médicos, y el de vacunación antirrábica y el collar antipulgas; no era que estuviera enfermo, es que sería un niño pobre. Pero no, no podía ser, yo seguía sin entenderlo. ¡Si él mismo, rico y catalán, fabricante hijo de fabricante, nieto de fabricante, él mismo había ido a buscar, expresamente, para casarse, a una chica pobre y encima charnegueta! Sí, sí: es que había llegado a la conclusión — así lo contaba— de que las *filles de casa bona*, las señoritas de buena familia, eran *unes bledes*, unas bobas. Y entonces, deliberadamente, empezó a frecuentar, jueves y domingo tras jueves y domingo, las tardes en que las criadas tienen fiesta, La Paloma, una sala de baile popular, en la calle del Tigre. ¿No demostraba eso, justamente, que mi padre era lo contrario de clasista?

Mmmm... no tan deprisa. Con los años, yo empecé a poner en duda la versión oficial. Un día que insistí en preguntarle si no hubo otras razones para que se casara con mi madre, se encogió de hombros, murmurando: «*Per fer la punyeta a la meva mare*». Conociendo las cordiales relaciones que mantenían madre e hijo (una vez que mi padre, con un permiso, volvió de la mili a pasar unos días en casa de su madre, ella, sin dejar de jugar a las cartas con los amigos que tenía en casa, murmuró: «*A què has vingut? A embrutar llençols?*»), ¿a qué has venido? ¿A ensuciar sábanas?), no pongo en duda que entre los móviles de mi padre figurase tan honorable motivo. Pero había otros. ¿Anticlasismo? Anda ya. Recordaba una vez en que se burló, por lo bajini,

conmigo, de mi madre, porque ella había dicho: «Era el verano que teníamos a Flora». «Cuenta los años ¡¡¡por las criadas!!!», me murmuró mi padre al oído dándome un codazo, y se moría de risa. Él los contaba por sus aviones («entonces tenía el Cirrus», «fue el año que viajé a Alemania a comprar el Nimbus») o por los gatos: «en esa época teníamos a Ronrón». (Sedoso pelaje beige y negro, ojos azules, gestos lentos y majestuosos. Gato, pero con pedigrí; nada que ver con la tal Flora.) Pero siendo tan clasista, ¿no era una contradicción que se hubiera casado con una mujer de clase inferior?

Todo lo contrario. Un día se me encendió la luz: de pronto lo entendí. Mi padre era un *fill de casa bona*, pero no estaba a la altura de lo que se suponía que tenía que ser; no tenía, como dicen en francés, *le physique du rôle*, el físico propio del papel. ¡Ah, esos hombres ricos que además de ricos son, con naturalidad, guapos, caballerosos, educados pero sin rigidez, sin pretensiones —no hace falta que pretendan nada: lo tienen todo—, elegantes aunque vistan de sport, con pantalón de pana y un jersey sobre los hombros, dotados de eso que no se puede definir pero que a primera vista se distingue, y que se llama *clase*! ¡Esos hombres! Mi madre los adoraba. Mi padre los odiaba. Porque él era rico, pero bajito, feúcho y narigudo, con pinta de rabino, como todos los Freixas, tartamudo, y un Jaimito, horriblemente aficionado a las impertinencias. También como todos los Freixas, nunca se sabía cuándo y a quién podía decirle una, les presentabas a alguien que ceceaba, y el Freixas, con los ojos brillantes, se ponía a hablar ostensiblemente ceceando, lo encontraba divertidísimo, y le preguntaba en voz alta a su señora por qué le estaba dando patadas debajo de la mesa. Salir con un Freixas era como salir con una bomba de relojería que no sabes a qué hora está puesta. ¿Qué señora se casaría con un hombre así? No una de su clase; por eso mi padre había tenido que buscar a una mujer de clase muy inferior a la suya.

¡Mi marido sí que lo había hecho bien! No como yo, que era un ingenua, de

rodillas implorando la bendición de mi anciano padre, de mi anciana madre, antes de emprender un largo y peligroso viaje en busca de un tesoro, como los héroes de los cuentos, y el chasco de que no me la dieran. No, mi marido había llamado por teléfono a sus padres la víspera de volar a Moscú y les había anunciado que íbamos a Rusia a adoptar a un niño, *plaf*, ahí queda eso (por teléfono mejor, si te dicen que no les gusta, *cuelgas* y listos: cuánto admiraba yo la sencillez, la eficacia con que mi marido resolvía cualquier problema; y sus padres le dijeron que muy bien, estupendo, y que ya se lo contaría otro día, que ahora tenían que colgar, que se les enfriaba la cena), y en su empresa, con la misma tranquilidad, había anunciado que necesitaba unos días de permiso para un breve viaje, fuerza mayor, tenía que volar a Lille porque acababa de morir su madre.

Eso dijo. Sí, una pena, ya ves, tan súbito: un infarto, fulminante; y él tenía esa expresión impasible porque él era así, El Hombre Impasible, un empleado de toda confianza, un ejecutivo *sans états d'âme*, sin estados de ánimo, imperturbable, igual que su padre: controlado, previsible y perfecto como un robot. (¿Por qué aceptaba yo sin comentarios que mi marido hiciera cosas que por más que yo le quisiera, respetara y admirase... no podía dejar de encontrar un poco raras? ¿Por qué no hacía un esfuerzo por, al menos, entenderlas?) Gracias, gracias, me imagino que debía de ir diciendo a los colegas, al jefe, a las secretarías y recepcionistas, que se acercaban para darle el pésame. Tieso como un huso, inmóvil, con una expresión seria, sí, apesadumbrada, pero contenida, provocando la admiración de propios y extraños: qué dignidad, pobre chico, qué entereza, seguro que la procesión va por dentro. Nada de sollozos y alaridos como las madres que, por esos días, en los periódicos y las televisiones, salían desmelenadas, deshechas, mujeres desgastadas y envejecidas, con un pañuelo en la cabeza, llorando, reclamando a sus hijos: este, aquí, en la foto, no sé nada de él desde el 12 de agosto, ni yo del mío, ni

yo, más fotos: chicos jóvenes, guapos, de pómulos marcados y ojos claros, altos y rectos como abedules, ¡nada, no tenemos noticias, quién sabe si aún viven!, y lloraban más fuerte. Era la noticia que esos días llenaba las portadas y los telediarios: tragedia en Rusia.

¡Rusia! No un país cualquiera, un paisito de tres al cuarto del que nadie sabe nada (¿qué sabes de Paraguay?, ¿del Congo?, ¿de Bulgaria?). No, un país inmenso, terrible, maravilloso, presente en la imaginación de todos: nieve, trineos, verstas, noches blancas. Dostoievski, Chéjov, Bulgákov. Músorgski, Nijinski. Vodka, borsch, balalaika. Artesanía popular: en casa teníamos una cajita de madera lacada, con dibujos en la tapa de *mujiks* (gorro de piel, pantalón suelto, botas) y a los lados motivos florales en rojo sobre fondo negro. Y matrioskas: recuerdos de un viaje a Rusia de mis padres, con motivo de una feria textil. ¡Rusia! Babushka, popes, padrecitos. Iconos pintados en tablas, sobre fondo dorado. El Kremlin, la Perspectiva Nevsky, el castillo del ruso. El ruso era el coronel Woevodsky, hijo del ministro de Marina del zar Nicolás II. Tras la Revolución se exilió, vagó por Europa, se casó con una inglesa, Dorothy Webster, y en 1927 compraron el Cap Roig, una finca situada sobre el cabo de piedra rojiza, adentrándose en el mar azul, que se veía desde nuestra casa del Golfet. A la señora Webster yo la recordaba en su inmenso jardín del Cap Roig, vestida con un pantalón y un sujetador fucsia, acompañada de un enorme mastín, dando órdenes, en un español chapurreado, a un ejército de jardineros: una vejez autoritaria, jardinera y feliz, como la de mi abuela Carme. Bajaba en burro a bañarse a una cala diminuta, de piedras, escondida bajo el Cap Roig, que la gente del pueblo bautizó como «El Bany de la Russa».

Rusia: Miguel Strogoff, el correo del zar, al que descubren y apresan a su paso por Nijni-Novgorod y le condenan a ser cegado pasándole por los ojos abiertos una espada al rojo vivo. Palacios con ventanas iluminadas en la noche

sobre la oscura nieve. Ana Karénina, la adúltera suicida. La Revolución, la familia del zar fusilada, el colectivismo. Stalin, cantado por Neruda: «Nacieron / de sus manos / cereales, / tractores, / enseñanzas, / caminos»; por Miguel Hernández: «de un pueblo de mendigos has hecho un pueblo de hombres que sacuden la frente»; por Alberti: «En tu mano una paloma / se abre a los cielos de la paz». ¡Rusia!: la meca a la que peregrinaron durante décadas los intelectuales occidentales de izquierdas: Gide, Malraux, Beauvoir y Sartre, Langston Hughes, Arthur Koestler... Pepinillos, nata agria, salmón. Viajes en tren que duran días y noches, cruzando las estepas. Apparatchik, Lubianka, cheka, nomenklatura. El país que había dividido ferozmente al mundo, que unos adoraban y otros odiaban hasta el punto, unos y otros, de dar la vida por él o contra él. Molotov, Kalashnikov. Rusia: el primer país que envió al espacio a un ser vivo, la perra Laika...

Mi madre leía a Chéjov: *El jardín de los cerezos*, *El beso*, *La dama del perrito*. La sensación de vida desaprovechada, vivida a medias, de esos pequeños nobles, rentistas con aspiraciones artísticas, en sus lúgubres dachas, lejos de *la vraie vie*, esos terratenientes de capa caída, aunque fueran «dueños de tres mil almas» —la aldea con sus tres mil *mujiks*—, mi madre la entendía demasiado bien desde la España franquista: *la vraie vie est ailleurs*, suspiraba, con Rimbaud: la vida verdadera está en otra parte, *par délicatesse j'ai perdu ma vie*, por delicadeza he perdido mi vida. Una vida gris, con ventanas que daban al patio de luces, por el que se oía la cisterna del váter del vecino, el chisporroteo del aceite en las sartenes, la voz resignada y beata del consultorio radiofónico de Elena Francis: «Querida amiga: ese hombre...». Una vida sin horizontes, aunque una estuviera casada con el dueño de una fábrica de camisas en la que trabajaban setecientas almas, y tuviese todas las ventajas del dinero... excepto la principal, la autonomía.

Pero yo, a los dieciocho años, tenía la solución: leía *El manifiesto*

comunista, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, Qué hacer, El Estado y la revolución*, y lo veía clarísimo; era muy simple lo que había que hacer: ¡hacerlo saltar todo por los aires! ¡Tabla rasa! Con mi novio, un «pope» (así llamaban ellos a sus dirigentes) de la Liga Comunista Revolucionaria, hablábamos apasionadamente, en la hora libre entre la clase de Mercantil y la de Procesal, de si Lenin y Trotski, de si los bolcheviques y los mencheviques, de si los sóviets, los *mujiks* y los *kulaks*, de si la NEP y la Oposición Obrera, mientras el camarero nos servía a mí un café con leche, a mi novio un carajillo de ron, en el ambiente pacífico y soleado del bar de Derecho, popularmente conocido como «el único bar de Barcelona que tiene facultad». Descubrí a Aleksandra Kolontái: leí su *Autobiografía*, sus escritos sobre mujer y socialismo, sus novelas cortas reunidas en *El amor de las abejas obreras...* Aleksandra, entonces Domóntovich, se había negado —¡qué mala noticia para sus padres!— a casarse con un buen partido, como su hermana, esa sí que lo había hecho bien, claro que también, hay que reconocerlo, había tenido mucha suerte: nada más empezar a buscar, a los diecinueve años, había encontrado, o habían encontrado los señores Domóntovich para ella, un buen partido, con el que se había apresurado a casarse, un caballero educado, rico, de buena familia, de setenta años. Aleksandra, en cambio, había escogido —¿se habría sentado con sus padres en un elegante salón con vistas a la Perspectiva Nevsky, para anunciárselo?— a un pobretón, un simple ingeniero —¡qué disgusto!—, Vladímir Kolontái, un chico de su edad.

Se casaron, tuvieron un hijo... transcurrió un año... otro... el marido salía a trabajar, ella se quedaba en casa, sola con el niño. Los días aparecían, fluían sin saber cómo, desaparecían sin dejar obra, avance, rastro, como por el desagüe... ¡Ah, cómo pasa el tiempo!, podría haber empezado a suspirar Aleksandra, nostálgica, ensimismada, chejoviana, ¡qué lejos está la verdadera

vida, y yo por delicadeza estoy perdiendo la mía!, pero, en vez de eso, decidió. Actuó. Dejó a marido e hijo y tomó un tren a Zúrich, a empezar una nueva vida, una vida suya y verdadera, de estudio y militancia, con mucho menos dinero y mucha más autonomía.

¡Rusia, Rusia!, o mejor, la Unión Soviética: militantes comunistas habían asaltado el Palacio de Invierno, fusilado al zar Nicolás II y a toda su familia, enviado al exilio al coronel Woevodsky y miles como él, confiscado las fincas, los castillos y palacios de los ricos, las dachas en las que los rentistas suspiraban de hastío, y ahora, en medio de la nieve y de la pólvora, de los caballos destripados, de las casas a oscuras porque no había electricidad, de las escaleras sin barandillas porque los vecinos las habían roto a hachazos para quemarlas en la estufa, en reuniones hasta la madrugada, en ese «terrible y alegre invierno 1917-1918, cuando todo se había tambaleado y navegaba hacia lejanos horizontes desconocidos», como escribió Bulgákov, construían un país nuevo. Cuando André Gide visita la Unión Soviética en el verano de 1936, hasta los niños comparten el orgullo patriótico: «¡Vea usted! Aquí no había nada, hace poco tiempo aún; hoy, esta escalera», le explica un muchachito. «Y es por todas partes así, en la URSS: ayer nada; mañana todo.» Poco antes de su llegada a la Unión Soviética, ha muerto el gran escritor Maxim Gorki; Gide, el ejemplo más señero de los intelectuales europeos que apoyan a la Unión Soviética, es invitado a pronunciar su elogio fúnebre y lo hace en la Plaza Roja, ante cien mil personas.

¿Gorki? Allí íbamos, precisamente. Mi marido había querido adoptar en Rusia porque su abuelo, minero, luego zapatero remendón, era polaco, y también su abuela. Y pensaba que a una niña o niño eslavo le sentiría más suyo. Yo quería adoptar en Rusia por *Crimen y castigo*, *Ana Karénina*, *El Estado y la revolución*, *El amor de las abejas obreras*. Y a través de una agencia de adopción, nos habían asignado un orfanato en los alrededores de

Nijni-Novgorod, que en la época soviética se llamó Gorki, en honor al escritor. De Gorki, yo había leído *La madre*, una novela sobre una pobre mujer ignorante, de esas de pañuelo en la cabeza, que descubre que su hijo, obrero en una fábrica, es militante comunista. Eso provoca, al principio, su rechazo, pero finalmente, cuando él es detenido y torturado por la policía del zar Nicolás II, y tras un juicio amañado le envían a Siberia, la madre llora y grita: ¿le volverá a ver alguna vez?, su hijo, guapo, alto, fuerte, lo más precioso que tiene en el mundo...

El aeropuerto de Moscú era como un hangar, medio a oscuras, y la ciudad nos pareció inmensa: gris, con altos edificios pesados, grandiosos. Las escaleras del metro eran profundísimas, bajaban a quién sabe cuántos metros bajo la superficie (a quién sabe cuántos metros bajo la superficie, heridos, hambrientos, amontonados, a oscuras, los supervivientes lloran, como lloran sus madres muchos metros más arriba, desesperadas de no poder alcanzarlos), y los pasillos, largos y oscuros como los de las tumbas de las pirámides, escasamente iluminados por preciosas lámparas *art déco*, porque el metro tenía que ser el palacio subterráneo del proletariado, formaban un mundo paralelo, de personas que se deslizaban como sombras (aguantad un poco más, marineros del *Kursk*: desde Noruega, desde Gran Bretaña, las gabarras que os vienen a rescatar están ya de camino), y al pie de cada escalera mecánica había siempre, sentada a una mesa, una mujer vieja, mal vestida, con mirada de bulldog. ¿Haciendo qué? No se sabía, pero mujeres u hombres parecidos, con sus correspondientes mesas, estaban por todas partes: en cada rincón de los edificios oficiales que visitábamos solicitando papeles, preparando el viaje al orfanato (aguantad un poco más, niños perdidos: desde España, los padres que os vienen a rescatar están ya de camino), en cada planta del hotel Rossía, donde nos alojamos, en cada sala del Museo de la Revolución. Un precioso palacete dieciochesco, que había sido el Club Inglés —fachada roja,

pórtico blanco de columnas, leones de piedra junto a la escalinata—, todo sucio y desconchado, salas llenas de uniformes, fotografías en blanco y negro, pósteres en cirílico, fusiles oxidados, banderas desteñidas, contemplado todo solamente por los filosóficos querubines pintados en el techo, porque no había ningún visitante más que nosotros, y las guardianas gordas, malhumoradas, en zapatillas, esperando la hora de cerrar, y una gran sala donde se apilaban los regalos que había ido recibiendo puntualmente, a cada cumpleaños, el padre y maestro y camarada, en su mano una paloma, que cada día nos ayuda a ser hombres, el padrecito Stalin.

Qué buena suerte, Nadezhda Alilúyeva no se lo puede creer, a sus dieciocho años, qué buen partido ha encontrado, nada menos que el gran líder, el mismísimo Stalin, que tiene cuarenta y uno. Un hombre tierno, que cuando tienen una hija, Svetlana, la lleva en brazos y la llama «el gorrioncito de papá», el gran hombre, de bondadoso pan y de acero inflexible. Comunistas de todo el mundo, mujeres y hombres humildes, le envían regalos por su cumpleaños: una cartera de piel hecha con un cocodrilo brasileño; los zapatitos de un niño muerto en un campo de concentración; un teléfono en forma de globo terráqueo, y más, muchos más, apilados tras los cristales de las vitrinas silenciosas del Museo de la Revolución, vagamente mortuorias. (Nadezhda Alilúyeva murió a los treinta y un años, víctima de un ataque fulminante de apendicitis, según la versión oficial.) Silenciosos los heridos a muchos metros de profundidad, agonizando tras el cristal de los ojos de buey del submarino... Todo nos evocaba el *Kursk*; ese verano, en Rusia, no se hablaba de otra cosa. Las noticias en la televisión, los titulares, que le pedíamos a Marat, nuestro intérprete, que nos tradujera, todo exhalaba una vibración desesperada, angustiada, electrizante, que nos oprimía a nosotros también. ¡Rápido, las gabarras!, ¿por qué no avanzan más deprisa?, y los médicos, los buzos, los especialistas; rápido, que a los del *Kursk* se les acaba

el oxígeno... Pero un momento, un momento... ¿y Putin? ¿Dónde está Vladímir Putin? El líder supremo, el padrecito, ¿dónde está?

Putin estaba de vacaciones en Sochi. Sochi, la perla del mar Negro. Sochi, su clima templado, su vegetación subtropical, sus bellas playas de arena fina. Sochi, sus aguas termales, sus reputados balnearios. En su elegante dacha con vistas al mar Negro, Putin disfruta de la plácida tarde de verano. ¿El *Kursk*? ¿Cómo? ¿Qué? ¿Que al submarino *Kursk* le ha estallado el torpedo con el que hacía una prueba de tiro, y pueden haber muerto todos sus tripulantes, o quizá queda alguno vivo? ¿De cuántas personas estamos hablando? Ciento dieciocho, Excelencia. ¡Ciento dieciocho! ¡Ciento dieciocho, entre ciento cuarenta y tres millones!... ¿Para eso me molestan? ¿Para que salve a una gota de agua?

Moscú era grandioso, sí, como yo me lo había imaginado. Grandiosa la Plaza Roja, con la catedral de San Basilio, el Kremlin amurallado, el mausoleo de Lenin, los antiguos almacenes Gum, de los que Gide se preguntaba por qué era tan horrorosamente feo todo lo que vendían. Grandioso el hotel Rossía. Grandiosa la lista de escritores, músicos, revolucionarios, enterrados en el cementerio de Novodévichi: Chéjov, Bulgákov, Molotov, Eisenstein, Stanislavski, Kolontái... Grandiosa la Biblioteca del Estado Ruso, con su escalinata, su porche con columnas, sus diecisiete millones de libros. Grandiosos los edificios construidos en la época de esplendor de la Unión Soviética, como ese que tenía la extraña particularidad de que sus dos mitades no eran iguales: según leímos en la guía, los arquitectos le habían sometido los planos a Stalin (en tu mano una paloma / se abre a los cielos de la paz) y él los había firmado distraído, sin darse cuenta de que eran dos propuestas para que eligiese una; nadie se atrevió a decirle nada. (Su hija, Svetlana, su gorrioncito, tan sola después de la muerte de su madre, se había atrevido, a los dieciséis años, a decirle que estaba enamorada de un guionista de cine judío de

cuarenta. El guionista fue enviado ipso facto a hacer trabajos forzados al Polo Norte.) Grandioso el Monumento a los Conquistadores del Espacio (¿qué se hizo de la perra Laika?), junto al Parque de Exhibición de los Logros de la Economía Rusa. Grandioso el edificio de la Lubianka (en sus sótanos fue torturado Solzhenitsyn). Visitamos la tumba de Aleksandra Kolontái, fotografiamos su estatua (del hijo al que ella abandonó cuando tenía dos o tres años, ¿qué se habría hecho?), pero nos robaron la cámara cuando descansábamos en un elegante salón de té instalado en los almacenes Gum, en el que nos refugiábamos cuando ya no podíamos más.

Porque lo cierto es que al cabo de dos o tres días en Moscú ya no podíamos más. No podíamos más de olor a arenques, a col hervida, a queroseno, a agresivos productos químicos. No podíamos más de edificios que se alzaban por encima de los transeúntes, más ominosos que grandiosos. (Parece que la mujer de Stalin no tenía ningún apéndice inflamado y sí una pistola en la mano, cuando la encontraron muerta.) No podíamos más de puertas con la manija rota, de cristales sustituidos por trozos de hule, de baches en la calzada. Un país, recordé haber leído, capaz de colocar cohetes en órbita, pero en cuyas estaciones espaciales no había papel de váter. (La perra Laika murió asfixiada. Agonizó lentamente, por falta de oxígeno, encerrada en su nave espacial.)

No podíamos más de mujeres y hombres envejecidos, desdentados, con grandes gafas idénticas de montura negra, cuadrada, con grandes moños de un rubio estropajoso o un negro ala de cuervo apelmazado. No podíamos más de jovencitas monas posadas como buitres en los taburetes de los bares de copas, en los halls de los hoteles. Cuando dejé un momento a mi marido para ir a pedir algo en la barra, una de ellas se precipitó a hacerle proposiciones. No podíamos más de mujeres mayores llorando en televisión, mostrando fotos de sus hijos, tan jóvenes (¿tan joven y va a morir?), altos y rectos como abedules

(tan alto que se encorvaría para besarme, tan fuerte que me levantaría cariñosamente en el aire, su mamá viejecita, pequeñita, que le rescató del orfanato), desesperadas al imaginarlos agonizando lentamente, por falta de oxígeno, encerrados en su nave submarina, nos traducía Marat. ¿Marat? «Es el nombre de un revolucionario francés», nos explicó. «Pero yo», se apresuró aclarar fieramente, «no soy un revolucionario».

Por la gran estación central de Moscú se agitaban confusas siluetas: gente que se apiñaba, se agolpaba, arrastraba bolsas de nilón a rayas, con cremallera y asas, o bultos atados con cuerdas, todo en la penumbra. ¿Por qué la penumbra reinaba en todas partes? De pronto lo entendí, mirando al techo: es que la mitad de las bombillas estaban fundidas, y eso pasaba también en los hoteles, en los museos, en el metro.

Habíamos llegado con tiempo con la idea de cenar en la estación, relajarnos, prepararnos para ese viaje trascendental, ese encuentro con un pequeño desconocido que iba a ser nuestra hija o hijo... Pero en la estación no había restaurante, solo un bar sucio y cómo no, medio a oscuras, regentado por una vieja mal vestida y demasiado pintada, de un humor de mil diablos, que vendía unos restos de embutidos rancios, unos pedazos de queso grasientos y resecos, y que de todos modos nos cerró el bar en las narices, un cuarto de hora antes de lo indicado en el horario escrito en el cartel. Y tampoco había donde sentarse: ni en el bar, ni en la estación entera había un solo asiento; en los andenes, los jóvenes se ponían en cuclillas, en grupitos, a fumarse un cigarro. Tal vez los gobernantes exrevolucionarios sabían demasiado bien que las revoluciones se gestan en los cafés, o, en su defecto, cuchicheando con el vecino de banco en la estación o en el parque. Solo podríamos sentarnos en el compartimento que nos había reservado Marat en el tren nocturno a Nijni-

Novgorod, la ciudad en que Miguel Strogoff sufre su gran desgracia: el héroe convertido en un pobre ciego.

A Marat, lo del orfanato, que a nosotros nos impresionaba tanto, le parecía de lo más banal. Tanto su padre como su madre, nos explicó, se habían criado en orfanatos. Y sus dos abuelos habían hecho la guerra, habían estado en cárceles, en campos de concentración. Uno se había suicidado; al otro, un día que estaba borracho, ja, ja, lo mató un toro, ja ja.

Nijni-Novgorod debía haber sido bonita: una ciudad grande, en la confluencia de dos ríos, el Volga y el Oká, con restos de murallas, con calles anchas, cuadriculadas, bordeadas de mansiones de principios del siglo XX, por las que circulaban viejos tranvías; pero, como en Moscú, todo estaba viejo, sucio, descascarillado.

Mañana iremos al orfanato, a tres horas de aquí, nos dijo nuestro nuevo intérprete, Serguéi —este no hablaba español, solo chapurreaba inglés—. Nos sentamos en un café junto al río; apenas daban nada de comer o beber, pero había mucha clientela joven. ¿Por qué me llamaban tanto la atención los jóvenes, desde que habíamos llegado a Rusia? Allí lo entendí: porque eran lo único que estaba en buen estado. ¿Y qué debían pensar esos jóvenes rusos, nietos de la Revolución, a qué aspiraban, en qué soñaban...? Entre las palabras rusas de la radio, puesta muy alta en el café, distinguí algunas inglesas: Halloween, Internet...; y al alzar la vista vi que dos objetos presidían el local: un crucifijo y una bandera de Estados Unidos.

Finales de agosto. Día desapacible, gris, ya casi frío.

Carretera recta. Vacía. Bosques de abedules.

Serguéi conducía en silencio. Étienne y yo, con un nudo en la garganta, guardábamos silencio también, mirando por las ventanillas.

Abedules, abedules, abedules...

De vez en cuando, algunas casitas bajas, simples, de madera, con tejado a dos aguas y chimenea, como dibujadas por un niño.

Algún coche, muy de tarde en tarde.

Cielo plumizo.

Media hora... una hora...

Yo me estaba durmiendo. Tenía hambre.

Abedules, abedules, abedules...

Una hora y media... Dos horas...

—*Can we stop to eat something, please?* —¿Podemos parar a comer algo?

—*No.*

Llevábamos solo unos días en Rusia, pero ya había observado yo el tono con que los rusos decían *no*. Con rotundidad, con saña, con ostensible placer: NO.

—*Why not?* —¿Por qué no?

Mi marido me dio un codazo. Con razón: ¿era yo tonta o qué, para ponerme agresiva con alguien de quien, en ese momento crucial de nuestras vidas, desamparados como estábamos por nuestro desconocimiento del idioma y del país, dependíamos completamente?

—*Do you see a restaurant?* —¿Ve usted algún restaurante?

El tonillo era burlón, pero no se podía negar que decía la verdad. Ni restaurantes, ni supermercados, ni áreas de servicio, ni un miserable bar de carretera. Nada. Llevábamos dos horas en el coche y no habíamos visto nada, más que abedules y alguna casita.

Dos horas y media...

De pronto:

—*Stop! Stop here, please!* —¡Pare, por favor!

¡Una vieja con un montoncito de manzanas! Inmóvil, filosóficamente sentada al borde de la carretera, las manzanas apiladas sobre un trapo. Bajamos del coche, nos entendimos por gestos, le compramos todas las manzanas: seis o siete. Le ofrecimos una al intérprete, que la rechazó con displicencia: «*I never eat when I work*» (Nunca como cuando trabajo), y devoramos las demás.

Tres horas...

Salimos de la carretera, nos adentramos por un camino de tierra...

Y allí estaba el orfanato.

Una casita en el bosque. Con ropita de niño puesta a secar. En medio del bosque, como en los cuentos de hadas. Con pequeños leotardos parduzcos, diminutos jerséis acartonados, vestiditos desteñidos, todo colgado de una empalizada (¿es que no tenían ni para comprar un tendedero?). Un bosque como el de Pulgarcito, en el que los padres, como sin querer, pierden a sus siete niños, porque no pueden soportar ver cómo agonizan lentamente, de hambre. Una casita como la de Hansel y Gretel, con una bruja que hace sacar un dedo al niño entre los barrotes, cada mañana, a ver si ha engordado ya lo bastante como para asarlo en el horno y comérselo con patatas doraditas.

Serguéi aparcó el coche, tocó la bocina. Yo hice ademán de abrir la portezuela, pero él me detuvo con su habitual tono tajante:

—*Wait.* —Espere.

Al rato apareció una mujer. Se acercó al coche. Flaca, arrugada, desdentada, con una bata a cuadros llena de lamparones, y zapatillas. Cambió unas palabras con Serguéi. A nosotros nos miró con desconfianza.

Bajamos los tres. Siguiendo a la mujer, cruzamos un patio.

Trastos, muebles rotos, papeles, latas, harapos, viejos cochecitos oxidados.

El cielo se hacía más oscuro, estaba empezando a lloviznar.

Dios mío, qué tristeza...

Entramos en la casa. Había un olor fortísimo, indefinible, vomitivo, como a desinfectante y a grasa fría de cordero. (¿A qué debía oler el *Kursk*? A vómitos, a sudor frío, a orina y excrementos de los heridos que aún vivían, que lloraban a gritos, llamando a sus madres.)

La mujer no nos perdía de vista. Nos hizo subir una escalera. Nos condujo hacia una puerta.

El despacho de la directora, nos explicó Serguéi.

La mujer llamó con los nudillos.

Una voz respondió desde dentro.

Yo tenía el estómago hecho un nudo.

Se abrió la puerta.

Apareció un enorme oso marrón.

Un enorme oso marrón, sí. Inmóvil, a unos dos metros de altura. A la izquierda. Y a la derecha, a la misma altura, una pantera negra gigantesca. De peluche los dos. Cada uno sobre un viejo armario metálico abollado.

Entre los dos, encima de una alfombra con dibujos de flores, en colores chillones, una mesa. Sobre la mesa, un teléfono de color naranja. Y detrás de la mesa, una gran pechuga, cubierta por una chaqueta con apliques de estampado de leopardo, y una cabeza coronada por un alto, imponente moño de un negro ala de cuervo, mantenido con mucha laca.

Entre la pantera y el oso, la directora nos sonreía, con un no sé qué de ferocidad.

De verdad, de verdad, ya era demasiado. Yo es que no podía más. Por favor, basta ya, por favor, me quiero ir a Madrid, quién me manda a mí venir aquí, yo lo que quiero es volver a mi casa, quién me manda complicarme la vida de esta manera, POR FAVOR, volver a mi casa, coger el metro, leer el

periódico, hacer la compra el sábado en el supermercado con un carrito, como todo el mundo, mi vida tan anodina, tan tranquilizadamente mediocre, no podía más de trágico, de histórico-político, de cuento de hadas siniestro, de psicodélico, era lo que faltaba (debían ser las manzanas, ahora lo entendía, claro: estaban envenenadas con LSD), ¡socorro! Pero la pechugona del moño nos estaba diciendo algo, en ruso, con una gran sonrisa:

—*Mrs. Director* —tradujo Serguéi— *asks if you want a boy or a girl.* —Si quieren niño o niña.

¿Cómo? ¿Qué? ¿Nos estaban ofreciendo niños como si fueran alfombras en un mercado persa? No era eso lo que nos habían dicho en la agencia. En la agencia nos habían dicho que íbamos a conocer al «menor», siempre le llamaban así, que nos habían asignado, punto. ¿Cómo, que nos hacían elegir...? Cuchicheé con mi marido. Calla y escuchémosles, me susurró él, sensatamente.

—Tenemos a Katia... —La directora hojeaba papeles—. Es muy mona... —*She's cute*, traducía Serguéi—, cinco años... Bueno, tiene un pequeño problema... Ataques de epilepsia.

Miré a mi marido alarmada. Él se llevó un dedo a los labios, pero yo me dirigí a Serguéi:

—*Tell her we are entitled, according to the law, to a child of less than three years of age.* —Tenemos derecho a una niña o niño en buena salud y de menos de tres años.

Serguéi tradujo. La directora no se inmutó. Su perfume dulzón, superpuesto al olor a grasa de cordero, me estaba empezando a marear.

—Está también... vamos a ver... Nikolái. Este sí, este tiene tres años... bueno... unos tres años... ¡Es un encanto! —*He's charming*, traducía Serguéi—. Veo en el expediente que al nacer pasó... vamos a ver... algunos minutos sin respirar... tiene un soplo en el corazón...

No. Yo no. Hablaba para mis adentros, con furia, mirando en silencio a la

directora, que eludía mi mirada fingiendo consultar papeles. A mí no me vas a engañar, ni con todos los moños del mundo, que debe ser postizo, por cierto. Como te ha dicho Serguéi de nuestra parte, tenemos derecho a un niño de menos de tres años y sano, lo dice la ley, nos lo han explicado en la agencia. Ya entiendo que tú estás intentando colocar a los niños más difíciles, se me parte el corazón por ellos, sí, de verdad, por la niñita epiléptica, por el del soplo al corazón, pero no puedo, no puedo, conozco mis límites. Yo sé que no soy capaz de hacerme cargo de un niño con problemas graves de salud, de hecho incluso hacerme cargo del moño, la pantera, el abuelo al que mató un toro, el suicidio de la mujer de Stalin, el cocodrilo brasileño, la cara de funeral de mis padres, la agonía de la perra Laika, el *Kursk* y la manzana envenenada, era todo demasiado, había sobrestimado mis fuerzas, no podía más, quería volver a casa, tiraba la toalla, pero imposible, habíamos llegado demasiado lejos, y entonces la mujer desdentada salida de no se sabía dónde se acercó a la directora y le dijo algo breve y con muchas eses.

La directora, como gratamente sorprendida (hipócrita, más que hipócrita), miró a la mujer desdentada y repitió la palabra con eses, asintiendo. Se volvió hacia nosotros, le dijo a Serguéi una frase que incluía la palabra con eses.

—*She says there is another child that may be all right. A year and two months... good health... His name is Sasha. Do you want to see him?* —Dice que hay otro niño que puede estar bien. Un año y dos meses, buena salud, se llama Sasha. ¿Quieren verle?

—*Yes, please* —dijo mi marido.

—*You'll have fifteen minutes.* —Tendrán quince minutos.

Ahora estábamos Étienne y yo, con Serguéi, esperando al niño de un año y dos meses, con buena salud, prometido por la directora, en una sala con

moqueta raída, una mesita de madera que alguna vez fue negra con motivos florales rojos, un televisor gris, pesado, antiguo, y algunos juguetes por el suelo.

Silencio. Tedio.

El espantoso olor a desinfectante y a grasa de cordero.

Las ventanas daban al cielo gris, inexpresivo.

Dios mío, no puedo más, quiero volver a Madrid... Todavía podemos, ahora mismo, levantarnos y...

Se abrió la puerta.

Entró la mujer desdentada, empujando a alguien bajito.

¿Un niño? Más bien parecía un anciano. No andaba, la mujer le tenía que sostener. Un niño-viejo.

Me acerqué a él, y el corazón me dio un vuelco. Era muy pequeñito, flaco, amarillento, demacrado. Le cogí en brazos

—Hola Sasha...

No pude seguir, se me saltaban las lágrimas.

—¡Sasha, Sasha!

Le miraba a los ojos y le sonreía, pero él no me miraba.

—¡Mírame, Sasha! —Intenté sonreír—. Mírame bien, que creo que me vas a ver bastante en los próximos veinte años, y a ese señor también. —Señalaba a mi marido, que nos miraba sin acercarse demasiado.

Le besé, me tiré al suelo con él, jugué a lo que jugaba con mi hija: colocármelo sobre las espinillas, moverlas de un lado a otro, haciendo «chu, chuuu», como un tren...

Cuando lo hacía con mi hija ella se reía a carcajadas, acabábamos rodando por el suelo las dos, abrazadas y muertas de risa. Pero este niño no. Se le iban los ojos de un lado a otro, como si no me viera.

Oí que alguien decía algo en ruso y Serguéi me advirtió:

—*The fifteen minutes are finished.* —Los quince minutos han terminado.

¿Cómo? Pobrecito, ¿otra vez a la oscuridad, al hacinamiento? A esa habitación que compartía, nos dijeron, con otros quince o veinte niños (de los ciento dieciocho marinos del *Kursk*, se cree que a la explosión sobrevivieron dieciséis, unos días, refugiados en las partes estancas de popa) y cuidadoras que se turnaban.

¿A morir de soledad y tristeza, entre moquetas raídas y hedor a grasa de cordero? ¡Ni hablar! No le iba a soltar...

La mujer desdentada parecía impacientarse.

Mi marido, de pie con los brazos cruzados, lanzaba alrededor miradas alerta y amenazadoras, como uno de esos demonios gigantes, rojos, azules y dorados, con grandes colmillos, que guardan los templos tailandeses.

—*Stop now!* —exclamó Serguéi. ¡Basta!

Mi marido me tocó el hombro:

—Vamos, Laura.

Y salimos por una puerta, mientras por otra —yo me volví y lo miré, impotente— la vieja desdentada se llevaba al niño a sus oscuros dominios.

Y ya estábamos volviendo, aturridos, del orfanato a Nijni-Novgorod, de Nijni-Novgorod a Moscú, de Moscú a Madrid, con la cabeza llena de imágenes, de palabras. «Puré de verduras», «croquetas de legumbres», «agua de escaramujo»: el menú de los niños, que nos habían dado escrito en cirílico, en bolígrafo sobre un papel parduzco, y Serguéi había traducido, sentado en una silla en la recepción del hotel con un grueso diccionario en las rodillas. Y todo lo que nos habían contado sobre los niños. Que había una cuidadora para quince. Que se pasaban el día en la cama. Que no tenían pañales, no les

llegaba el presupuesto (los supervivientes, en la penumbra, haciéndose sus necesidades encima).

Ahora teníamos que esperar a que nos llamaran para el juicio. Tomar aire, antes de volver a zambullirnos para rescatar al menos a uno de los náufragos.

Suponiendo, claro, que aceptáramos al niño. Pero ¿cómo no íbamos a aceptar al niño?, al que yo había abrazado casi llorando, que nos necesitaba tanto. Que a los pocos días de nuestra marcha presentó, decía un informe que nos enviaron, «paroxismos afectivo-respiratorios». Como los que tendría un marino agonizando al fondo del mar de Barents si viera pasar a un buzo, detenerse un cuarto de hora mirándole por el ojo de buey, agitando la mano, sonriendo, diciendo «chu-chuuu», y marcharse luego, volver a su país rico y libre en el que se podía respirar a pleno pulmón, lejos de submarinos y orfanatos. Nos mandaron dos fotos suyas: pequeñito, macilento, perdido dentro de un jersey viejo que le estaba enorme, sentado a la mesa de madera negra con motivos florales rojos, jugando con un camión de plástico que parecía estar intentando desmontar (aunque débil y raquítico, estaba vivo, tenía curiosidad).

¿Si íbamos a quedárnoslo? ¿Cómo podíamos no quedárnoslo, ahora que le conocíamos? Pero un momento, un momento: ¿y su estado de salud? Nos habían dicho que estaba bien, pero ¿qué garantía teníamos? La madre, Svetlana, era alcohólica, hay una cosa que se llama «síndrome de alcoholismo fetal». ¿Y el padre?, ¿estaba sano el padre? Cómo lo íbamos a saber, si el padre ni siquiera se sabía con certeza quién era, solo se sabía «por las palabras de la madre», decía el expediente que nos tradujeron. La madre aseguraba que el padre era su exmarido, el mismo con el que había tenido a su segundo hijo; Sasha era el tercero. Les enviaremos un informe médico, nos prometieron. Sí, claro, pero ¿cómo saber si podíamos fiarnos? En algún sitio, en una de esas listas de consejos que tanto se prodigan a los padres

adoptantes, había leído yo la recomendación de que un «médico independiente» viera al niño. ¿Un médico independiente? ¿Y dónde íbamos a encontrar un médico que fuera bueno, que estuviera dispuesto a viajar con nosotros, hablara inglés, «independiente» para más señas? (Aún no había descubierto yo que los consejos para padres adoptantes son utilísimos, sí, pero para las adopciones en un solo país: Disneylandia.) Y aun suponiendo que consiguiéramos ese quimérico «médico independiente» que examinara a Sasha, si dictaminaba que tenía problemas graves de salud, ¿qué? ¿Le iba yo a dejar abandonado?, ¿a devolverlo, como una mercancía averiada: no es esta la pizza que encargué, yo la quería con queso?

A Svetlana intentaron convencerla en el hospital, cuando Sasha nació —me contaron en el orfanato— de que no se lo llevara a casa, que lo dejara, porque era evidente que no podía hacerse cargo de él. «La madre tiene el tren de vida amoral», decía el informe, «no trabaja, vive con los niños de la pensión de su madre, abusa del alcohol, vagabundea, puede dejar la casa por medio año abandonando a los hijos con su madre Pichúguina». Del padre del primer hijo de Svetlana, la sentencia afirmaba: «No se ocupa de la educación de su hijo, no lo mantiene económicamente, abusa de bebidas alcohólicas». Del padre del segundo, Alekséi Guennádievich, probablemente padre también de Sasha, decía la sentencia que ni siquiera se sabía dónde vivía. Pero Svetlana se negó a dejarlo, quería a ese bebé, y yo lo entendía demasiado bien, yo le había visto solo un cuarto de hora y también le quería ya.

Sasha, nacido en junio de 1999, solo vivió con su abuela y sus hermanos medio año: en diciembre, intervino el Estado. «Condena por contumacia», se titulaba la sentencia, del 16 de diciembre, que privaba de patria potestad a la madre, al padre del primer hijo, al padre de los otros dos, y confiaba a los tres niños «a la tutela de los órganos tutelares de la región de Arsamás». Cinco días después, el 21 de diciembre, Sasha llegaba al orfanato.

Las caras que había conocido desde que nació, y que ya distinguía. Su abuela, su madre, sus hermanos, Alekséi de cinco años, Román de diez. La entonación de sus voces. El olor a vinagre, a col hervida, a vodka. El sabor de la leche de su madre... Todo, borrado de un plumazo, esfumado de golpe, como si hubiera sido un espejismo. De pronto se encontraba entre berridos de bebés tan desesperados, tan atrapados como él (en el compartimento estanco de popa, los supervivientes lloran, aúllan al sentir acercarse la muerte), con mujeres desdentadas desconocidas, en un olor nuevo y repulsivo a desinfectante y grasa de cordero.

Después... nada. (Se hace el silencio. Los supervivientes se van amodorrando, están demasiado débiles para llorar. Agonizan cada uno solo.)

Pasan las horas. Idénticas. Interminables.

Nieva.

Pasa un día... otro día...

Diez días... cien días... doscientos días...

Y entonces aparecíamos nosotros. Como en esas tragedias griegas en que la acción se va enrevesando, de desgracia en desgracia, hasta hacerse irresoluble, y cuando ya parece que no pueden hacer nada más los personajes que suicidarse todos, de pronto se oye chirriar una polea, algo baja desde lo alto del escenario... ¡Es Júpiter!, o Venus, o Mercurio, que vienen a desfacer personalmente los entuertos.

Esos éramos nosotros: dioses ex machina, milagrosamente llegados desde el olímpico Occidente a resolverlo todo con salud, dinero y amor a manos llenas. «Los solicitantes pueden garantizar el completo desarrollo físico, mental, espiritual y moral del niño», decía el informe. «Durante los diez años de matrimonio las relaciones de los cónyuges son absolutamente estables. Viven en casa propia de 386 metros cuadrados. Tienen una hija dentro del matrimonio, pero no pueden tener más hijos por razones médicas. Desean tener

un hijo más, por eso han decidido conseguirlo mediante la adopción internacional.»

Qué gusto daba mirarnos en ese espejo: todopoderosos, resplandecientes, llegados para rescatar al pobre niño perdido en el bosque. De la madre borracha, del padre ausente, de una abuela que con el inquietante nombre de «Pichúguina», no podía ser trigo limpio. De los días enteros en la cama, de las camisetas acartonadas y los leotardos agujereados, de las croquetas de legumbres y el agua de escaramujo, de los lobos que rondan de noche entre los abedules pálidos y fosforescentes como fantasmas. De las panteras negras de peluche, de las directoras pechugonas con chaquetas de leopardo, de las viejecitas que venden manzanas envenenadas, del abandono y de la lenta muerte al fondo del mar de Barents. Rescatarlo, traerlo al dorado Occidente donde a los bebés se les trata como a jarrones chinos, frágiles y valiosísimos, como a dioscecillos caprichosos en sus cunas-altares, rodeados de todos los objetos del culto: bañerita de plástico, crema para el culete, tiritas, suero fisiológico, tijeritas de punta redondeada y mango azul o rosa, divertidos termómetros en forma de conejo, ropita que se lava a mano con un jaboncito especial, y mamás-sacerdotisas arrobadas.

Con todo, aún no habíamos aceptado. Manteníamos nuestra libertad intacta, nos lo estábamos pensando. Dios mío, ¿cómo se decide algo así? Con criterio científico, así lo haríamos. Sí, habíamos decidido que decidiríamos en función del informe médico.

Por fin llegó el informe médico. Decía que Sasha tenía «raquitismo», «anemia»... Bueno, si era solo eso... Pero un momento, un momento. ¿Qué es esto? «Encefalopatía residual con el síndrome de defectos del sistema locomotor (síndrome miotónico) y distrofia del tipo de hipotrofia de grado 2.» Dios mío, ¿qué significa esto? Y que Sasha «fue ofrecido para su adopción a unas familias compuestas por ciudadanos de la Federación de Rusia pero los

candidatos a adoptantes rechazaron la adopción por motivos del estado de salud del niño».

¿Qué? ¿Cómo? Llamé a la agencia, alarmadísima, y se encogieron de hombros: «Bah, lo ponen siempre porque la ley lo exige, si no no os dejarían adoptarlo». Pero yo busqué «distrofia» en un diccionario médico y leí: «Grupo de trastornos hereditarios que provocan debilidad muscular y pérdida de tejido muscular, las cuales empeoran con el tiempo». Ay, dios mío... Una amiga enfermera me había contado una vez la visita de unos padres mayores, que tenían un hijo con síndrome de Down: «agotados, demacrados, deprimidos, arrastrando los pies»... ¿Así estaríamos mi marido y yo dentro de veinte años?, agotados, demacrados, deprimidos —todo por culpa nuestra, una decisión que tomamos a la ligera, una imprudencia—, visitando a un enésimo médico —este sí «independiente», pero demasiado tarde—, acompañados por nuestro hijo ruso en silla de ruedas... Pero no, no, no, no tenía que pensar eso, no podía dejar abandonado a Sasha, me tenía que tirar a la piscina, tomar aire, no pensar, zambullirme y rescatar a mi hijo. Permitir que viviera, aunque fuera en silla de ruedas.

Y ya habían pasado dos meses y medio, habíamos escrito al orfanato aceptando, y ya estábamos otra vez en NijniNovgorod para el juicio, que fue una formalidad, y ya cruzábamos otra vez las interminables, monótonas extensiones de abedules, bajo un cielo gris, para ir a la casita de cuento de brujas a rescatar a ese Sasha perdido en el bosque al que habíamos visto solo un cuarto de hora pero ya era nuestro hijo, llevaba nuestros apellidos, ya era demasiado tarde para echarnos atrás, no se admiten devoluciones, habíamos incluso firmado un papel (de tan mala calidad que al firmar lo rasgamos) diciendo que conocíamos «el estado de salud del menor» y lo adoptábamos con conocimiento de causa, muy tranquilizador todo.

Ay, dios mío. ¿De verdad conocíamos «el estado de salud del menor»?

Cuando en esta segunda, última, definitiva visita nos lo trajeron y lo dejaron en la mesa del despacho de la directora, tan pequeñito debajo de la pantera terrible y el oso monstruoso, como un paquete, como diciendo: aquí tienen su encargo y les recordamos que no se admiten devoluciones **BAJO NINGÚN CONCEPTO** (toda Rusia estaba llena de frases como esa, en agresivas mayúsculas, furiosamente subrayadas: para adquirir billetes de metro **DEBEN ENTREGAR EL IMPORTE EXACTO**, decía un cartel junto a la taquilla, que nos traducía nuestro intérprete; el servicio de correos **NO SE HACE RESPONSABLE** de las cartas cuya dirección no esté **COMPLETA Y CORRECTAMENTE ESCRITA**, ponía un letrero pegado en el buzón), allí estaba «el menor», envuelto en un conjuntito cursi y de segunda o más bien octava o vigésima mano: unos pantaloncitos y un jerseicito de punto con gorrito a juego, que le estaban grandes, todo le estaba grande a aquel niño canijo y demacrado, que me pareció incluso más flaco, más triste y apático aún de lo que le recordaba. Nos apresuramos, allí mismo, a quitarle esa ropa, que la directora se apresuró a guardar, sin duda para el próximo niño que entregaran, como ese papel de regalo que cuenta Waltraud Anna Mitgutsch, en su novela *Entre mujeres*, que la familia, el día de Navidad, se apresuraba a quitar a cada regalo, alisar con cuidado, doblar y guardar, para volverlo a usar en la Navidad siguiente, tan pobres eran. Le pusimos la que habíamos comprado nosotros, las primeras prendas de su ajuar de niño mimado y rico del Primer Mundo: una camisetita nueva (que le llegaba hasta las rodillas), un pantaloncito monísimo (que le llegaba hasta los sobacos), y un buzo acolchado (en cuyo interior flotaba). La directora nos informó de que Sasha estaba bautizado (¿qué se había hecho del ateísmo oficial de la Unión Soviética, de «la religión, opio del pueblo»?), le colgó al cuello una crucecita de latón, le santiguó, se santiguó, nos felicitó y besó, oliendo a laca y manchándonos de

pintalabios, risueña, bajo el oso y la pantera, y nos fuimos con el niño en brazos.

Bajamos sigilosamente la escalera que apestaba. Alcanzamos la puerta. Nadie a la vista. Salimos.

Empezaba a hacerse de noche; caía el crepúsculo, se encendían las primeras luces, se oían ruidos de cocina... Deprisa, como cazadores furtivos, cruzamos el patio-vertedero. Rápido, al coche, puertas rápidamente cerradas con un golpe seco, motor en marcha, ¡vamos!

Habíamos engañado a todos: a Svetlana, a Pichúguina, al padre desaparecido, a la directora pechugona. Ellos solo querían desembarazarse del niño, como de un billete falso, pero nosotros sabíamos que era verdadero, y huíamos con nuestro botín, como ladrones.

Pero, ay... también a él le estábamos robando. Le robábamos su apellido, su historia, su lengua, aunque no la hablase todavía. Le robábamos el paisaje de abedules y casas de madera, le robábamos sus puntos cardinales: Arsamás, Nijni-Novgorod, Moscú... Con la promesa de una vida limpia y noble, culta, rica, libre, despierta y feliz, le estábamos robando su patria. Pobre, sucia, triste, desgraciada, pero suya.

Sí. Pero le habíamos salvado. Zambulléndonos en el hedor, en la basura, en una misión desesperada, los del *Kursk* estaban muertos y bien muertos, nadie consiguió salvarles, sus madres lloraban ahora en voz baja, sin focos ni micrófonos, seguirían llorando lo que les quedara de vida. Nosotros sí habíamos salvado a un superviviente, ochenta y tres años después de la toma del Palacio de Invierno recogíamos los pedazos rotos de la Gloriosa Revolución de Octubre, el niño inocente olvidado por los soldados, las alcohólicas, las revolucionarias, los suicidas, abandonado en el campo de

batalla, entre alambradas, cadáveres reventados y restos humeantes, se había salvado gracias a nosotros, como Miguel Strogoff, que al final de la novela se descubre que solo ha fingido ser ciego: en el momento álgido, cuando le iban a pasar por los ojos la espada al rojo vivo se acordó de su madre, y se le llenaron los ojos de lágrimas, y por eso salvó milagrosamente la vista.

En la penumbra del coche, con la calefacción a tope, perforando la noche con los faros, entre los abedules blancos y silenciosos en la oscuridad como fantasmas, yo abrazaba a mi hijo (¿mi hijo?, ¿mi hijo ese desconocido?) echado en mi regazo, y él, como si empezara a despertar de un largo sueño, miraba, sorprendido (estaba vivo: tenía curiosidad) mis pendientes de plata, que oscilaban y brillaban en la penumbra, y alargaba, intentando tocarlos, su manita esquelética.

El mundo se detiene cuando coges a un bebé. Con mi hijo en brazos, yo me sentía plena, plácida, feliz, en paz con el mundo, mientras nos dirigíamos en silencio hacia NijniNovgorod por la carretera desierta.

—Bueno, ¡adiós!

—¿Cómo? ¿Ya? ¿Ya te vas?

—Sí, claro... ya lo sabes. Que mañana tengo que estar en Madrid sin falta, tengo mucho trabajo. Si ya te lo dije.

—Ya, pero... no sé... ¿así, te vas?

—Mujer, no pongas esa cara, que son cuatro días, el viernes te recojo en el aeropuerto en Madrid.

—¿No era a las ocho tu avión? Son las cuatro.

—Mejor ir con tiempo, en este país...

—Ya...

—Que no pasa nada, mujer, que solo tienes que ir al consulado, inscribirle,

y en dos días te dan el pasaporte y el visado y ya está, cogéis el avión.

—Pero si hay... no sé... algún problema, algún imprevisto...

—¡Pero qué problema va a haber! Y si hay algún problema, cuentas con Olga, que tiene un español perfecto y es lista y tiene experiencia en adopciones, y si hace falta, pues llamas a la agencia. (¿A la agencia? Me torearían, me darían largas, se me sacarían de encima con buenas palabras, total, ya estaba todo pagado, todo hecho, yo ya tenía al niño, no se aceptan devoluciones BAJO NINGÚN CONCEPTO). Bueno, guapa, ahora me voy que tengo el taxi a la puerta. Mua, mua. ¡Adiós!

—¡¡¡Étienne!!!

—¿Qué pasa?

—¿No le das un beso a Sasha?!

—¡Ah! ¡Ah, sí! Claro, claro. Mua, mua, Sasha, nos vemos el viernes en Madrid. ¡Adiósóos...!

En el consulado, adonde fui a firmar que ese bebé flaco, apático, amarillo (pero ¿cómo?, ¿los bebés no eran todos rollizos, suaves, sonrientes?, entonces, ¿mentían los anuncios de potitos?) era mi hijo (no se admiten devoluciones BAJO NINGÚN CONCEPTO), que llevaba el apellido de mi marido (¿de mi marido?, pero si mi marido había salido corriendo) y el mío (¿cómo?, ¿el apellido de mi padre?, ¿cómo me atrevía yo a darle su apellido a un desconocido, un impostor, un falso Freixas?), el funcionario fue muy amable. Amabilísimo. Me selló todos los papeles que había que sellar, me indicó dónde podía tirar discretamente el pañal lleno de caca que acababa de cambiarle como buenamente pude a Sasha —una urgencia— en los elegantes lavabos consulares, con ayuda de Olga. No dejaba de mirarme, apesadumbrado, como acompañándome en el sentimiento.

—¡Qué vergüenza —murmuró al despedirme— cómo trata a sus niños este país!

Le sonreí, suspirando con alivio para mis adentros. Hasta el último momento había estado temiendo que me hiciera la pregunta: ¿y su marido?

Cojamos un taxi para volver al hotel, le dije a Olga. Muy bien, dijo ella, y alzó el brazo y se paró un coche. Qué raro, aquel coche no tenía ningún distintivo, y además la portezuela no tenía manija, pero se estaba abriendo, la estaba abriendo desde su asiento, con un destornillador, el tipo malcarado que estaba al volante, dios mío, qué es esto, pero ya estábamos los tres dentro, Olga, Sasha y yo, sentados sobre una tapicería en jirones por la que salían los muelles oxidados, olía a aceite industrial, la otra puerta estaba cerrada con alambres, y en el centro, junto al cambio de marchas, una gran caja de herramientas pringosas, dios mío, ¿me habré dejado tontamente secuestrar?, ¿qué hago yo en un país extraño sin un hombre al lado?, este tipo patibulario me amenazará con un cuchillo, me hará llamar a Étienne y pedirá un rescate, ¿qué hago yo en esta película de terror?, si yo había firmado para vivir una película de Disney, *Adopción Feliz en el País de los Niños Perdidos...*

No pasa nada, me tranquilizó Olga, muchos coches particulares hacen esto para ganarse unos rublos.

—*No mires... no te vuelvas, pero está aquí otra vez la señora con el bebé raro.*

—*¿La de ayer?*

—*Ayer, anteayer, el otro... Desde que llegamos están aquí todos los días, bajan a desayunar a la misma hora que nosotros.*

—Anda, Sasha, come. Yo sé que tienes hambre. Una cucharadita...

—*¿Tú qué crees que le pasa?*

—*¿Al niño?... Pásame el azúcar.*

—*¿No quieres? Mira que me la como yo. Mmm, qué buena, mamá se va a comer los cereales de Sasha. Anda, va, una cucharadita para Sasha.*

—*Yo ayer me fijé en lo amarillo que estaba, debe tener algo del hígado. No me extrañaría que estuviera convaleciente de un trasplante.*

—Mmm... Cereales con leche y con azúcar para Sasha. ¿A que es mejor que el agua de escaramujo?

—*Tan pequeñito, pobre, ¿qué edad debe tener?*

—*Seis meses, ocho...*

—*Yo creo que es más bien una enfermedad mental. Le estoy viendo ahora y hay que ver de qué manera tan extraña se mueve. Gestos bruscos... tira la comida... da cabezazos al aire...*

—*¿Por qué la escupes? ¿No te gustan los cereales? ¿Probamos con los otros, los de chocolate?*

—*Pobre madre.*

—Ay, Sasha, mírame, no gires los ojos, que me preocupo mucho... ¡Sasha!

—*Ahora se levanta...*

—*¿El niño?*

—*No, hombre, la madre, el niño está atado en la trona. Ella lo está sacando de la trona. Lo coge en brazos, lo pasea, a ver si se calma, supongo...*

—¡Mira, Sasha!, esto es un bufé. Esto de aquí en español se llama mermelada... La hay de arándanos, de frambuesas, de moras... Esto se llama huevos. No sé si alguna vez los habrás visto así, fritos... Esto son salchichas... Oye, Sasha, tú que sabes ruso, dile a esa pareja que no hace falta que disimulen, que se nota mucho que están hablando de nosotros.

—*¿De dónde deben ser?*

—¡Sasha! ¡No hagas eso, esos molinetes con los brazos! ¿No te das cuenta de que todo el mundo nos mira? Sasha, me estás avergonzando...

—*Me parece que eso que le habla al niño es italiano. O rumano.*

—Anda, Sasha, vamos a salir del hotel, ¿te parece? Te sentará bien un paseo, que te dé el aire... Ven... aquí, al cochecito. Además, estos compatriotas tuyos que cuchichean me están poniendo nerviosa. Me imagino todo lo que están diciendo y no me gusta nada. ¡A la calle! Mira, vamos a tener que pasar al lado de su mesa, procura no hacer nada raro justo en ese momento.

—*¿Dónde estará el padre?*

—*A saber... desde que llegamos la veo sola con el niño.*

—*¡Pobre! Madre soltera o viuda, encima del problemón que tiene.*

—¡Mira, mira, Sasha! Ya, ya está, ya hemos salido del maldito hotel, por fin, aire libre, la calle... A ver si nos tranquilizamos un poco los dos. Eso que ves ahí es la entrada al Parque de Exhibición de los Logros de la Economía Rusa... ¿Un besito, Sasha? Ay, dios mío, no hagas ese gesto, esa mueca, Sasha, por lo que más quieras... que me asustas... Deja que paremos un momento. ¿Por dónde íbamos? Mira, ¿ves esa vela...? Un momento que tengo que buscar un clínex en mi bolso. Esa... vela... Esa especie de... Esa vela gi... No es nada, enseguida se me pasa. Lo diré: esa especie de vela de barco gigante es el Monumento a los Conquistadores del Espacio. Porque tu país es un gran país, ¿sabes?, fue el primero que envió al espacio un ser vivo, la perrita Laika...

Una señora gruesa, con el pelo blanco, que venía en sentido opuesto, con una bolsa en la mano, se paró al ver un cochecito y se inclinó, con una gran sonrisa, a hacerle fiestas al niño. Cuando le vio más de cerca se echó bruscamente atrás y siguió su camino.

—¡Ay, Sasha! ¡Qué he hecho! ¿Para qué estoy haciendo toda esta comedia? ¿Para quién? ¿Dónde está todo el mundo? Todos esos, yo qué sé: la gente, las

revistas, la agencia, todos los que me animaban a ser madre, adoptando o como fuera, con una sonrisa y una lagrimita, que me decían que era maravilloso, ¿dónde se han ido? Déjame llorar ahora que no nos ve nadie... Qué hago yo sola en Moscú con un niño extraño, arisco, que no sonrío, que no me mira, que se tira por el suelo y se da cabezazos contra los muebles. Te damos todo: lujo, hotel Kosmos, cuatro estrellas... edredones de plumas... un bufé con cinco tipos de mermelada... todo lo que se puede comprar con dinero, pero no sirve, te da igual, no lo quieres... ¡Ay, Sasha, qué va a ser de nosotros! ¿Por qué me he metido en esto, dios mío? Yo era feliz... lo he estropeado todo... ¿Qué va a ser de mí?, Sasha, Sasha...

31 de octubre del año 2000: el año en que las madres de ciento dieciocho rusos jóvenes, altos, sanos, guapos, perdieron a sus hijos, y yo gané un hijo ruso.

Ya estaba sentada en el avión de Air France, con Sasha en mi regazo.

—¿Cómo se parece a usted! —me dijo, amable y automáticamente, la azafata.

—Claro, es mi hijo —contesté sin que en la penumbra del avión se viera la cara que estaba poniendo. (No se admiten devoluciones BAJO NINGÚN CONCEPTO.)

El avión despegó, llevándome hacia la segunda parte de mi vida.

Dios mío, dios mío... ¿Y si mis padres tenían razón, a fin de cuentas?

¿Soy Margarita?

Madrid, 2001-2002

—¡Hola! ¿Tú eres Margarita?

El desconocido, un hombre joven con un periódico debajo del brazo, había venido derecho hacia mí, cruzando la cafetería de la estación de Atocha hasta la mesa del fondo en la que yo estaba haciendo tiempo, esperando mi tren. Me hizo la pregunta con naturalidad, mirándome a los ojos, sonriendo.

—No, lo siento —respondí cortésmente—, no soy Margarita.

—Ah, perdón —se disculpó el desconocido, y dando media vuelta, se marchó.

Yo me llamaba Laura, no Margarita, y tenía una vida que cualquiera habría definido como envidiable. «Durante los diez años de matrimonio, las relaciones de los cónyuges son absolutamente estables», decía el informe en el que las autoridades rusas aceptaban nuestra demanda de adopción. «Viven en casa propia de 386 metros cuadrados. Tienen una hija dentro del matrimonio...»

Qué bien sonaba todo, ¿verdad? Majestuoso y sencillo a la vez: la familia feliz y próspera, y normal, normalísima, sin un solo detalle turbio, nada que esconder debajo de la alfombra. Una vida envidiable, sí: casa propia, recién comprada, un chalé adosado que nosotros estrenábamos, de tres plantas (cuatro, contando el garaje), con suelo de mármol en la planta baja y de parquet en las superiores, y chimenea y jardín, en una pequeña urbanización de seis

chalés, en el barrio de Arturo Soria, al que habíamos vuelto tras unos años en la calle del Pez. Un marido guapo, fiel y trabajador, alto ejecutivo con magnífico sueldo. Una niña lista, cariñosa, divertida. Un niño recién adoptado, al que yo protegía como a una planta delicada, trasplantada, y que estaba empezando a florecer. Y una carrera como escritora, el sueño de toda mi vida, que iba camino de cumplirse. Había escrito y publicado ya cuatro libros, estaba escribiendo otro y empezaba a ser conocida. De hecho, estaba en Atocha esperando un tren que me llevaría a Sevilla a participar en un coloquio con otras escritoras.

Si vivir era fijarse objetivos e irlos cumpliendo, como hacía Étienne, siguiendo los pasos de su admiradísimo Messner, con las montañas que quería escalar: el Mont Blanc, el Matterhorn, el Kilimanjaro... Si vivir era ir marcando casillas: Pareja, Hijos, Trabajo, Dinero... si era eso, yo, a mis cuarenta y pocos años, podía decir que lo había conseguido, que lo estaba consiguiendo. (Salvo que no ganaba dinero, prácticamente nada, pero ¿qué importaba eso, si Étienne ganaba de sobra para los cuatro, si yo tenía todas las ventajas del dinero sin el trabajo de ganarlo?) Dieciséis años después de aquel día de septiembre de 1985, podía mirar atrás y decir: elegí bien. Hice bien en subir a ese tren que me llevaba a Puigcerdà a encontrarme con Étienne. Hice bien en marcharme a París en 1990, hice bien en 1994 en dejar mi trabajo en la editorial para dedicarme a la escritura... Todo había salido bien. Hasta la calle en la que vivíamos llevaba un nombre que parecía inventado a propósito: Olimpo.

Fuera quien fuese Margarita, seguro que yo no tenía nada que envidiarle.

¿La escritura era lo que había elegido? Yo decía la escritura, pero en realidad...

Ay, no, por favor, qué cursilería... Bueno, no me oye nadie. Yo decía la escritura, pero en realidad era el amor. Fingía ser escritora, pero lo era solo en mis ratos libres. En realidad yo era, ante todo, ama de casa y madre, y lo era por amor. (¿«Ama de casa y madre»? ¡Por favor! ¿Con la rebequita, la cadenita de oro, la medallita? ¿Con el carrito de la compra?... Muy al principio de vivir juntos, Étienne aceptó hacer la compra, pero se negó en redondo a llevar carrito. Prefería cargar a pulso el kilo de calabacines y el de zanahorias, los dos kilos de patatas, los cuatro de naranjas, que llevar un carrito.) ¿O era al revés: fingía ser ama de casa y madre, pero en realidad era escritora? Ay, yo qué sé. De cara a unos era una cosa; de cara a otros, otra. En todo caso, no ganaba dinero. Y eso era algo que no terminaba de entender.

¿Por qué tantas mujeres que habían pagado un precio muy alto en trabajo, renunciadas, esfuerzo, para educarse, para conseguir un buen empleo, para hacer una carrera profesional, lo dejaban y se volvían amas de casa y madres? La esposa del jefe de mi marido, las madres de muchos amigos de mis hijos... ¿Cómo explicar que alguien que con su trabajo puede ganar cuatro o cinco veces el salario mínimo, deje ese trabajo por otro cuyo valor de mercado, lo que pagaría si contratara a otra persona para hacerlo, es el salario mínimo?

¡Qué gran tema para investigar! Millones de personas haciendo algo a todas luces absurdo. ¿Por qué, entonces, nadie hablaba de eso? Hojeaba las revistas grises con letras en la portada, en el estante de arriba del quiosco: globalización, ETA, islamismo... Hojeaba las revistas de colores con fotos en la portada, en el estante de abajo: crema de coliflor, consejos para teñirse el pelo, trucos para quitar manchas de grasa... De la gran pregunta, nada.

Una vez, tendría yo doce o trece años, en una revista de colores, leí la historia de un señor cuya esposa había estado enferma durante unos días, y había tenido que ocuparse él de la compra y la cocina. ¡Pobre hombre! Iba a comprar judías verdes y cuando la vendedora le preguntaba cuánto, estaba

completamente perdido: ¿cincuenta gramos?, ¿dos kilos? ¡Yo solo quiero encontrarme una cantidad normal en mi plato a la hora de cenar!, exclamaba cómicamente. La historia terminaba con una sonrisa: cuando su mujer se restablecía y volvía a asumir sus deberes domésticos, él, por primera vez, le daba las gracias...

Aunque el artículo no la formulaba, ni siquiera la sugería, después de leerlo a mí me pareció que se imponía una pregunta, y se la hice a mi padre:

—Papá: ¿por qué las mujeres se ocupan de la casa y los niños y los hombres salen a trabajar?

Mi padre adoptó un tono didáctico y paciente:

—Es un principio básico de la Ciencia Económica, un principio fundamental, un Requisito para la Eficiencia, que se llama División del Trabajo.

Yo callé, impresionada.

Pero no era la eficiencia. La respuesta, ahora lo entendía, era (¡perdón, perdón!) el amor. Igual que los Reyes Católicos habían tomado una decisión económicamente desastrosa —expulsar a los judíos— no porque no supiesen que lo era, sino porque tenían a gala poner a Dios por encima del vil metal, nosotros habíamos decidido, en nombre del amor, que yo dejara de trabajar por dinero y trabajara, en su lugar, por (ay, qué vergüenza) amor.

Amor, amor, solo me ocuparía del amor. Viviría en el amor, comería y bebería amor, me bañaría en amor... Un estado de sopor y bienaventuranza, un inocente país de colores: verde claro, rosa, amarillo, azul cielo... El refugio suave, blando y sinuoso, colorido y perfumado, de la casa, frente a ese mundo de espadas en alto que habitaba mi marido. Un jardín tropical, todo *luxe, calme et volupté*, frente al rascacielos sin corazón ni ojos, plateado y reluciente como hielo, en el que mi marido tenía su despacho. Un reino amable de sonajeros, elefantes de goma y colonia de bebés, que yo habitaría con mis

niños, y del que mi marido participaría como espectador. No me importaba sentir que yo también me estaba convirtiendo, un poco, en niña.

A veces íbamos a comer con un colega de mi marido y su mujer. Tenían la misma edad, unos cuarenta años, pero él, serio, grave, ya con canas, parecía mayor, mientras que ella, alegre y entusiasta, ama de casa y madre de tres hijos, sin otra profesión, aficionada a la repostería y al macramé, parecía tan niña como sus niños. Yo la miraba con horror, temiendo que en cualquier momento se pusiera a batir palmas y dar saltitos.

En un mes con nosotros, Sasha había engordado un kilo y crecido un centímetro y medio. Todavía estaba amarillento, todavía parecía que acabara de salir de una grave enfermedad o un campo de concentración... Pero empezaba a sonreír. A gustarle el agua (la primera vez que le metimos en una bañera, en Rusia, se puso a gritar; no le debían haber bañado en la vida). A hacerse un lugar en la familia (cuando llegamos de Moscú, en casa me esperaban mis padres, que se habían quedado con la niña. Mi madre, en cuanto le tomó en brazos, se enamoró de él). A entender frases: «Ven aquí», «Coge la cuchara», «Apaga la luz». A ponerme los labios en la mejilla en un torpe intento de darme un beso. ¿No era precioso enseñarle a una personita a dar besos? Y la niña tocaba el piano, iba en bicicleta, hacía ballet con un tutú rosa, hablaba perfecta e indistintamente catalán, castellano y francés, le daba la cena a su hermanito... Yo los bañaba juntos, iba con ellos al parque, les leía cuentos, cocinaba con ellos, me moría de risa viéndolos encaramados cada uno a un taburete, tan entusiastas, ataviados con delantales de cocina que les llegaban a los pies.

Hablaba con la psicóloga, entendía aquello que tanto me había preocupado en Moscú: que el niño se diera deliberadamente golpes contra los muebles. Es algo, me explicó ella, propio de las personas y de los animales que pasan mucho tiempo solos, encerrados en espacios pequeños: asilos, orfanatos, zoos. Es su única manera de saberse vivos, de sentir su cuerpo. De hecho, al poco tiempo de llegar, Sasha había dejado de hacerlo; empezaba a ser un niño normal. Con ayuda de la psicóloga del niño y de mi propia psicoanalista, yo me dedicaba, con paciencia y cuidado —tenía la impresión de zurcir y remendar, con una lupa, con agujas de distinto grosor según los casos, con hilos de los que elegía meticulosamente los colores— a entender y encauzar la vida de pareja, la vida de familia, los sentimientos que nos entretejían unos con otros.

Los domingos, los niños y yo hacíamos merengues o bizcocho y mi marido repasaba las cuentas. ¡Era tan cómodo, tan tranquilizador, que fuera mi marido el que se ocupara de todo lo que tenía que ver con el dinero! En casa de mis padres había sido igual: el dinero era uno de esos territorios en los que los hombres se podían mover, pero que para las mujeres eran vagamente peligrosos, como caminar por lugares solitarios o reparar un enchufe. ¡Y era tan agradable no tener que pensar nunca en eso!

El paraíso de amor era también un paraíso de irresponsabilidad. Una vez que fui a una recepción en la Embajada de Francia, en el momento de aparcar golpeé sin querer otro coche y lo abollé, pero salí del mío tranquilamente; cierto que con el rabillo del ojo vi que el dueño del otro coche, discretamente (en los jardines de una embajada no se montan broncas), miraba la abolladura en su carrocería, pero pensé que los seguros resuelven esas cosas (nunca había oído la palabra «franquicia»)... ¿Informarse en detalle, tomar decisiones, en cosas tan áridas como seguros o hipotecas? Mucho mejor hacer bizcochos. ¡Y mi marido era tan bueno para eso, tan previsor! Se le había ocurrido, por

ejemplo, que en vez de poner el chalé a nombre suyo y mío en un cincuenta por ciento cada uno, pusiéramos el ochenta por ciento a su nombre, a fin de ahorrar impuestos. No se me ocurrió preguntarle qué impuestos, concretamente, íbamos a ahorrarnos. Tenía a gala no ocuparme de estos temas; me enorgullecía de no saber siquiera en qué régimen económico estábamos casados.

En una revista femenina, hojeada en alguna sala de espera, leí la frase de una mujer que decía: «Lo más importante que tengo entre manos es mi familia». Yo también, pensé. Pero me fastidiaba estar de acuerdo con una revista femenina.

Por esa época hice una excursión a Micenas con las esposas de los colegas de mi marido. La cosa fue así: la empresa en la que trabajaba mi marido acababa de instalarse en Grecia, y para la inauguración de la nueva sucursal, invitaron a los directivos y a sus mujeres a pasar un fin de semana en Atenas. Que los directivos fueran todos hombres a nadie le llamaba la atención, por lo visto, más que a mí. ¿Me parecía mal? No me debía parecer mal, puesto que yo no quería estar en su lugar. ¿Cómo iba a querer, si les veía entrar en las reuniones con gesto de bulldog, y salir luego de tan mal humor que cuando abrían la boca parecía que en vez de palabras soltaran ladridos y dentelladas? ¿Se deducía de eso que yo donde quería estar era con las esposas? Mmmm...

Para las esposas, la empresa fletó un minibús que nos llevaría a visitar Micenas. Nadie nos había preguntado si nos apetecía. A mí sí, mucho: contemplé impresionada la Puerta de los Leones, rudimentaria y humilde, pero grandiosa en la historia: la habían cruzado el rey Agamenón y sus hombres, dejando atrás a Clitemnestra con las otras mujeres, para ir a hacer la guerra a Troya; la había vuelto a cruzar volviendo victorioso años después; la había

cruzado Clitemnestra tras asesinarle mientras se bañaba, para proclamarse ella reina y rey su amante Egisto...

Las otras esposas recorrieron las ruinas. Nadie podría decir que habían despreciado el regalo. Que el alquiler de la furgoneta, el salario del chófer, las dos horas de ida y otras tantas de vuelta, habían sido para nada. Las recorrieron de punta a punta, exhaustivamente. En completo silencio.

Cuando terminaron se sentaron a descansar a la sombra. Todavía en silencio: ninguna encontraba nada que decir. Solo una murmuró, con un profundo suspiro: «¡Cuántas piedras...!».

En ese momento apareció una pareja de turistas llevando un cochecito. Todas se levantaron inmediatamente, con entusiasmo y lo rodearon, mirando al bebé, preguntando su edad, haciéndole fiestas, ruiditos para hacerle reír. «¡Te has tirado un pedete!» exclamó una, y el bebé se reía...

Todas, menos yo.

Barcelona. Navidad. Familia.

Cena de Nochebuena... Comida de Navidad... Comida de Sant Esteve...

El sopor de haber comido demasiado... el suelo lleno de papeles de regalo rasgados y arrugados... los juegos ya descubiertos, probados y dejados de lado... la excitación decayendo, deshinchándose... Sentado en un rincón, Étienne hojeaba mi regalo: una biografía de Messner.

Cinco niños aburridos, peleándose... qué inventamos ahora para entretenerles.

¿Cine? Oh, no. Todas las madres y padres y abuelos y tías de Barcelona llevando a las niñas y niños a los mismos cines a ver las mismas americanadas chillonas comiendo palomitas. Por favor, por favor, que los lleve otro.

Todo cerrado en la ciudad: museos, librerías...

Aprovechando que nadie me miraba, que nadie me reclamaba, cogí un libro. ¿Qué libro? Qué sé yo, cualquiera, un libro. Me metí en él, empecé a leer vorazmente. Un libro: una ventana por la que salir volando un rato sin que nadie se diera cuenta.

—¡Mamá!

Oh, no...

—¡Deja leer a tu madre! —Caída del cielo, fulgurante, con la espada flamígera, con una autoridad rayana en la furia, mi madre acudía en mi rescate —. ¡Que si no lee se muere, como tu abuela!

¡Ay, qué bien me conocía mi madre! Claro, como que éramos iguales. Solo podíamos soportar la vida (¿o la vida de ama de casa y madre?) a condición de poder, a ratos, con la imaginación, vivir otra: ser Penélope, ser Lázaro de Tormes, ser la princesa de Clèves... Ser Julien Sorel, Heathcliff, Ana Karénina, ser Margarita.

—¡Hola! ¿Tú eres Margarita?

—¡Sí! ¿Y tú...? —(esto último había que decirlo con naturalidad, no en forma de pregunta, sino como confirmando algo tan sabido que no hace falta terminar la frase).

Él asentiría con la cabeza, sonriendo (tenía una sonrisa muy bonita, franca, chispeante, eso se me había quedado grabado) y exclamaría:

—¿Vamos?

—¡Vamos! —asentiría yo sonriendo. Él se dirigiría a los andenes y yo le seguiría, como si supiera adónde íbamos, o como si eso fuera lo de menos, porque lo importante era estar juntos.

Se me había ocurrido que ese incidente en la estación de Atocha me podía servir para un cuento, que incluiría en el libro que estaba escribiendo,

Cuentos a los cuarenta. El principio sería ese diálogo; solo necesitaba añadir dos o tres detalles que intrigaran, que pudieran parecer un santo y seña. Por ejemplo, que el periódico que el hombre lleva debajo del brazo fuese un periódico extranjero y la mujer tuviera encima de la mesa un paquete envuelto en papel de regalo (tendría que buscar una explicación banal, para darla en las últimas líneas, sobre el contenido del paquete; ya lo pensaría). El final también lo veía claro: «No, lo siento, no soy Margarita».

Lo que tenía que hacer ahora era inventar todo lo que habría entre uno y otro. Inventar el personaje de Margarita, inventar las aventuras que viviría con ese hombre. Al principio parecería una historia realista, verosímil. Solo progresivamente, a medida que las aventuras se hicieran cada vez más disparatadas, nos iríamos dando cuenta de que todo, salvo la primera frase de él y la última de ella, sucede en la imaginación de la narradora. Para que no hubiera ninguna duda, al principio indicaría la hora, de forma muy precisa: las doce, siete minutos, cuatro segundos, por ejemplo —estupendo: otro detalle como de novela de detectives—, y la volvería a indicar al final: así se vería que solo han pasado unos pocos segundos.

¿Y quién era esa mujer que se hace pasar por Margarita? Eso era lo que ahora tenía que averiguar.

La falsa Margarita tendría unos cuarenta años. Estaría en esa edad que separa las dos grandes etapas de la vida: la primera, cuando se sueña pensando que algún día esos sueños serán reales, y la segunda, cuando ya se distingue entre la realidad y unos sueños que nunca serán otra cosa. Todos los personajes de mi libro giraban de un modo u otro en torno a esa frontera.

Viviría, decidí, en la calle Emigrantes. Era una calle anodina, como anodino tenía que ser mi personaje. Estaba en un barrio de feos bloques de pisos

llamado Esperanza, contiguo a Arturo Soria, y yo la conocía porque allí vivía con sus padres una compañera de colegio de mi hija. El piso donde vivían, y que le atribuí a mi personaje, daba a una autopista, una gasolinera y un descampado. Por Dios, me deprimía solo de pensarlo... Justamente era eso lo que necesitaba: se comprendería el desesperado afán de esa mujer de escaparse imaginando aventuras, de subir a un tren que la llevara a otra vida.

Tiene cuarenta años, vive en la calle Emigrantes, lleva a los niños al colegio por la mañana, luego se va a tomar un café a un bar... El bar sería oscuro y tristón, con colillas en el suelo y ruido de maquinillas tragaperras: me inspiré en el bar en el que desayunaba yo misma, y que estaba cerca del colegio, en una zona indeterminada entre Arturo Soria y Esperanza.

¿Qué más? ¿Algo sobre su profesión, si la tiene? No, no es importante; como mucho, trabaja a tiempo parcial. ¿Algo sobre su marido? Bastaría dar a entender que es un matrimonio que se mantiene por inercia. Que es una cáscara vacía, que se aburren... Podría decir por ejemplo que por la noche espera en vano, en la cama (se ha perfumado; finge leer) a su marido, que está viendo la tele... hasta que se queda dormida.

Una vez leí algo que contaba Martin Amis: que su hijo, habiendo oído hablar por primera vez de «clases sociales», le preguntó a qué clase pertenecían ellos; y él le contestó con mucho ardor (demasiado, no debía de estar tan seguro) que a ninguna: «*We don't buy that stuff*», no tenemos nada que ver con eso.

Cuando mi padre echaba una mirada de desprecio a los huevos pintados con dibujos geométricos de colores (recuerdo de un viaje a Rumanía) que teníamos como decoración en la sala (en vez de tallas barrocas, como tenían él y sus amigos), a la foto de Étienne y yo riendo debajo de un paraguas en

Cornualles (nuestra primera foto juntos) colgada, junto con otras fotos familiares, en las paredes (en vez de marinas y bodegones de pintores conocidos, como tenían él y sus amigos), cuando se burlaba de que durmiéramos sobre un colchón en el suelo (en vez de una cama de Olot, con el cabezal policromado, comprada en un anticuario), y de que yo llevara mochila en vez de bolso; cuando nos preguntaba una y otra vez, con una punta de irritación, por qué teníamos una asistenta a horas en vez de criada interna (nuestras explicaciones no le convencían: «ganas de tocar el campano», murmuraba)... Étienne y yo estábamos encantados. Como supongo que lo habría estado Martin Amis si alguien le hubiese reprochado que no asistiera a las carreras de caballos de Ascot. Esos detalles eran los que nos permitían asegurarnos de que no teníamos «nada que ver con eso».

Pero no dejaba de parecerme curioso que a pesar de todo...

Lo de los coches, por ejemplo. Étienne tenía un Mercedes 4 × 4 y yo un Seat Arosa. El coche grande de papá y el coche pequeño de mamá. Como los colegas de mi marido, como mis padres, como mis suegros.

Yo no quería tener un cochazo: no me interesaba lo más mínimo. Pero cuando mi suegra se refería a su coche llamándolo, con una sonrisa, «*matrotinette*» (mi patinete), me fastidiaba. No sabía muy bien por qué.

—¿No has visto que los cristales están sucios?

Entrando en el gran recibidor de mármol, antes incluso de quitarse el abrigo, de dejar el maletín, Étienne miraba alrededor y fruncía el ceño.

—Ah, pues... ahora que lo dices... Ya le diré a Mercedes que los limpie cuando venga mañana.

—Los cristales están sucios, la tapicería de los sofás está sucia, el parque está rayado...

Yo callaba. De los cristales se podía encargar Mercedes, pero la tapicería... No sé, tendría que ir a la tintorería, preguntar si venían a domicilio... y el parqué... ¿qué se hace con un parqué rayado? Y Étienne que no dejaba de tener nuevas ideas, maldita sea: que si acondicionar parte del garaje para convertirlo en cuarto de lavadora y plancha, que si poner una pérgola en el jardín... Que por qué no le hacía y deshacía yo la maleta para sus viajes de trabajo, que por qué no le llevaba y le iba a buscar al aeropuerto... Que si tirar un tabique, que si hacer un vestidor, que si comprar un perro... Y los niños: había que buscar un logopeda para Sasha, apuntar a Eloísa a algún deporte, inventarles algún plan para el fin de semana, invitar a sus amigos... Y yo que solo quería que me dejaran escribir en paz...

Cuando quería invitar a jugar en casa a amigas o amigos de mis hijos, yo telefoneaba siempre a sus padres. A los padres, no a las madres. ¿Por qué? Bueno, ¿por qué no? Pero los padres nunca, jamás, tenían ni la más remota idea de qué planes tenían sus hijos para el fin de semana; y siempre, sistemáticamente, se apresuraban a ofrecerme el número de teléfono de la madre. La única excepción a la regla eran los padres divorciados, y, aun así, solo en los primeros tiempos, antes de que encontraran una nueva pareja.

¿Y qué hace la falsa Margarita cuando sube al tren con el desconocido? Se me ocurrían muchas cosas. Un hombre, una estación... ¿A qué me recordaba eso?

A Algeciras, claro. Esa vez, muchos años atrás, veinte debía tener yo, cuando planeé con un novio un viaje a Marruecos. Partiríamos de la estación

de Algeciras. Allí quedamos, tal día a tal hora, y allí estaba yo, pero él no se presentó.

Podría hacer que el desconocido resultase ser aquel novio, que aparece por fin, en otra estación, muchos años después... y mi personaje volvería a aquel momento de su pasado, se casaría con ese novio y no con el que ahora es su marido.

—Pero hubo uno, el pobre, que al mirar su agenda...

Cuando terminó la reunión del consejo de administración del banco, el banquero jefe convocó a los presentes para una nueva reunión en tal fecha. Alguien se lo había contado a mi marido, que me lo contaba a mí:

—Todos abrieron su agenda, apuntaron la fecha, pero hubo uno que al ver la fecha exclamó, el muy inocente: «¡Pero si es domingo!» —Mi marido se reía —: ¡Pobre! ¡No tiene mucho futuro en el banco!

Mi marido sí tenía futuro en el banco. Porque mi marido llegaba cada día a trabajar sin saber, ni necesitar saberlo, a qué hora iba a salir. Mi marido estaba viviendo en Lisboa de lunes a viernes, mientras la empresa le necesitara allí. Mi marido se iba cada dos por tres de viaje de trabajo: Londres, Santiago de Chile, París, Singapur, Ámsterdam...

A mí me fastidiaba tener que ocuparme de la tintorería y el parque. Me fastidiaba tener que dejarlo todo, inmediatamente y sin reservas, si había un escape de agua o el niño se despertaba con fiebre. Pero ¿de qué otra forma podíamos organizarnos? Si los dos hubiéramos tenido un empleo, pero teniendo que volver los dos a casa a tiempo para bañar a los niños, dedicando los dos las horas necesarias a ir a la tintorería o llevar al niño al logopeda, viajando solo a condición de turnarnos... él habría ganado no más de cuatro o cinco veces el salario mínimo y yo otro tanto. Pero si podía coger aviones sin

parar, si podía quedarse en la oficina hasta las once, si estaba dispuesto a mudarse a Atenas, a Milán, a Buenos Aires, con toda la familia, si la empresa se lo pedía... entonces, mi marido podía ganar catorce o quince veces el salario mínimo. Ahora lo entendía.

—Qué suerte tienes —me decía Étienne—, tienes todo el día para escribir, puedes dedicarte a un trabajo creativo, sin viajes, sin reuniones...

No tienes derecho a quejarte, oía yo entre líneas. Debía ser que él había oído entre líneas que yo me quejaba. Y sí, me quejaba, pero solo entre líneas, porque no tenía argumentos. Era verdad que yo tenía, si no todo el día, sí muchas horas para escribir. Solo que eso no era, no podía ser, mi prioridad: mi prioridad eran los niños, aunque no me ocuparan mucho tiempo. Me comparaba con los bomberos, que no trabajan cuarenta horas por semana sofocando incendios, pero pasan cuarenta horas por semana (en mi caso, ciento sesenta y ocho) disponibles por si hay un incendio.

¿Ganar dinero? En realidad me habría gustado mucho, sí. Y quizá, si me lo hubiera propuesto, habría conseguido, qué sé yo...

Una beca para la Academia de España en Roma...

Un premio de esos cuya promoción te lleva por todo el país...

Dar un curso en Estados Unidos...

Pero prefería olvidar que existían siquiera esas posibilidades: me era insoportable la idea de alcanzar alguna de ellas y tener que renunciar, llegado el momento, porque ¿quién se ocuparía de los niños?

Me encerraba en mi despacho, en el piso más alto de la casa, y volvía a mi cuento. Estaba en que el desconocido resulta ser el antiguo novio, y la falsa Margarita se fuga con él, deja a su marido... Inverosímil, claro, pero qué más da, en la literatura todo es posible. ¿Y ahora?

Bien mirado, si yo volviera a encontrarme con el antiguo novio aquel que me dejó plantada, más que fugarme con él, le escupiría. El viaje a Marruecos, eso sí que mi personaje tiene todavía ganas de hacerlo, porque al final nunca lo hizo; pero por su cuenta. Entonces, ¿qué hace con ese hombre? Muy fácil: le quita el tapón, le deshincha y lo guarda bien dobladito en el estante para el equipaje... Me reía sola.

Empezaba a tener la sensación de que había unas normas, solo que nadie te las decía. Tenías que descubrirlas tú misma, tanteando, deducirlas por ensayo y error. Como cuando llueve y el agua cae por todas partes, al tuntún, pero termina encontrando la pendiente, el cauce, y yendo en la dirección en la que tiene que ir. Y que ibas en la dirección en la que todo el mundo esperaba que fueras (calladamente, los muy zorros), lo notabas en que todo era más fácil, más fluido. Dejaban de mirarte con desdén o con burla o con hartazgo, de lanzarte indirectas, de darte a entender que estaban hasta el moño de tu afán de llamar la atención, de ser original, de «tocar el campano». Entonces te acogían en su seno, en el redil, con una actitud que decía a las claras: «¡Ya era hora!».

Dejé de telefonear a los padres. Ahora llamaba directamente a las madres y a las novias de papá.

—¿Dónde está papá?

«Étienne es alguien que siempre se está yendo», decían mis padres.

Étienne soñaba con ser libre como el viento, sin ataduras, sin raíces. Un héroe solitario, como Messner. Pero entonces, ¿por qué se había asentado? ¿Por qué se iba de viaje, pero no al Himalaya, con crampones, saco de dormir, tienda de campaña, arriesgando la vida, sino a París, Londres, Berlín, en

avión, en taxi, en hoteles de lujo, para asistir a reuniones de hombres encorbatados? ¿Por qué se había casado, por qué había tenido hijos, por qué había querido comprar una casa?

El enorme chalé adosado (¿desde cuándo me gustaban a mí los chalés adosados?). El gran salón con el frío mármol. La chimenea que no encendíamos nunca, rodeada de un banco de obra semicircular, muy elegante pero incomodísimo. La puerta-ventana cuyo marco metálico estaba pintado, como toda la carpintería metálica de la casa, de un color marrón que me irritaba (vamos, vamos, qué tontería...) por su absurda pretensión de imitar la madera. La ventana por la que se veía el ridículo edificio pseudobritánico (qué más da, mujer, no es eso lo que importa), rojo con columnitas blancas, de un hotel de lujo... Y todo alrededor, el barrio de Arturo Soria (pero si yo detestaba Arturo Soria; ¿cómo me había dejado convencer?).

—Papá se ha ido a Lisboa, cariño.

Por suerte, a los niños nunca se les ocurría contestarme: «¿Pero si es domingo! ¿Por qué no se va mañana en el primer avión?». No habría sabido qué contestarles.

Y yo, ¿por qué no se lo preguntaba?

La falsa Margarita viaja, pues, a Marruecos. ¿Y después?

En una revista que hojeé en la peluquería había unas fotos preciosas de unas islas noruegas, al norte del círculo polar ártico. Entonces, haría que mi personaje...

Ay, cómo se estaba complicando el cuento. No terminaba de entender qué quiere, en realidad, la mujer sin nombre que se hace pasar por Margarita.

Por suerte, en ese momento Mercedes me llamaba desde abajo: «¿Señora Laura, me voy! Ya está la cena puesta».

Apagaba el ordenador y bajaba a cenar con los niños.

Muchos años más tarde, mirando la primera fotografía que tenemos los cuatro: mi marido y yo, con la niña y con el niño recién adoptado, me deja estupefacta la expresión de mi marido.

¿Qué se había hecho del estudiante del que yo me había enamorado en Inglaterra? ¿Con qué sencilla alegría nos desternillábamos de risa, no recuerdo por qué, debajo de aquel paraguas en Cornualles! ¿Qué se había hecho de aquellos ojos azules, transparentes, que transmitían lealtad, rectitud, y una confianza ilimitada en sí mismo, en el mundo, en el futuro? ¿Qué se había hecho de su aura fresca, honrada, como un olor a jabón?

¿Quién era ese hombre que ahora miraba a la cámara, sentado en la terraza del centro comercial Arturo Soria con su señora y sus hijos, la nena de seis años y el nene de uno y medio, la parejita? Parecía alguien que tiene un dolor de estómago violento y al que están obligando a sonreír a punta de pistola.

¿Qué se había hecho de su sonrisa juvenil, quién la había matado, de dónde salía esa mueca, esa máscara, que ocupaba ahora su lugar? ¿Qué se había hecho de nosotros?

«Cuando estoy de vacaciones...», dijo un día mi marido, y se sonrojó. «¡Qué lapsus!», se disculpó, riendo. «Quería decir: cuando estoy de viaje de trabajo...»

En el fondo, Étienne sabía que Messner no era uno, sino dos: Reinhold, que arriesgó y ganó, y Günther, su hermano, que arriesgó... y perdió. Se despeñó cuando bajaban juntos tras haber coronado el Nanga Parbat.

«Sois de anuncio», me dijo una vez Silvia, riéndose. Cierto: nos parecíamos

como dos gotas de agua a ese papá serio pero sonriente, esa mamá discretamente elegante, ese nene y esa nena enternecedores y traviosos, sobre fondo de césped y piscina, de los anuncios de urbanizaciones.

Llevábamos una vida de ensueño. Sí. Pero algo faltaba... Algo esencial, y yo no conseguía saber qué.

Aquella tarde de septiembre de 1985 en Puigcerdà había sido como subirse a un tren. Un tren que se pone en marcha tan despacio que al principio no notas siquiera el movimiento, tan despacio que en cualquier momento podrías bajar, cambiar de tren... Pero luego había ido cogiendo carrerilla. ¿Y ahora?

Quizá la verdadera razón por la que yo no decía nada cuando mi marido se marchaba el domingo a Lisboa después de comer, el motivo por el que me tragaba la rabia y la tristeza y la sensación de abandono, era que prefería, bien mirado, no poner las cartas sobre la mesa. Porque si empezábamos a hablar, no sabía cómo acabaríamos.

Salirse de esa vida encarrilada era inimaginable, como saltar de un tren de alta velocidad en marcha. Entonces, los dos seguíamos. Como si fuéramos en el mismo tren, pero en distintos compartimentos, cruzándonos alguna vez por el pasillo.

El cuento sobre la mujer que se hace pasar por Margarita estaba casi todo escrito. El único problema es que no sabía cómo terminarlo. Bueno, sí, sabía que al final la mujer sin nombre renunciaría a las aventuras, volvería a la realidad, aceptaría su vida mediocre... pero no entendía muy bien por qué.

Mi marido estaba físicamente ausente. Yo estaba mentalmente ausente. ¿Y los niños?

Pobres niños.

Yo me ocupaba mucho de los niños, pero sin ellos. Dedicaba tanto tiempo y energías a cosas necesarias pero aburridísimas, como pegar etiquetas con su nombre en todas las prendas que llevaban al colegio, que cuando terminaba con ello tenía un deseo feroz de volver a la literatura. Qué bien entendía a Adrienne Rich, que escribe: «La poesía era para mí el lugar en el que no era madre de nadie».

¡Suerte de Mercedes!

Mercedes, delgada, vivaz, cobriza, con su cara de india sabia. Mercedes, con su pelo lustroso y negro, su sonrisa inteligente, cariñosa, un poco irónica, y mi hija y mi hijo, pálidos y rubitos, abrazados a ella. Mercedes y su hija, de la edad de la mía, a la que muchas veces traía a casa. A Mercedes los niños no la cansaban, no la aburrían: al contrario, le interesaban, los observaba, los educaba. Les enseñaba a usar los cubiertos, a decir por favor y gracias, a ser puntuales y educados, justos y cariñosos como ella. Si se peleaban, ella escuchaba a uno y a la otra, y emitía un juicio ecuánime e inapelable. No le importaba pasarse horas quitándoles los piojos del pelo, con la liendrería, y aplastarlos uno a uno con las uñas; luego les frotaba la cabeza con vinagre y se reía: «Estos niños, que huelen a ensalada...». Como mi madre con su madre, la abuela Mercedes, yo habría podido decir: «La quieren más que a mí», y lo habría dicho con una mezcla de nostalgia, de gratitud y de alivio.

La presencia en casa de Mercedes, todas las tardes de cuatro a ocho, me permitía encerrarme en mi despacho, en el piso más alto del chalé, y escribir.

Escribía sobre una mujer mediocre y aburrida a la que una mañana cualquiera, por azar, cuando está tomando un café en una estación, se le acerca un desconocido y con él, la posibilidad de empezar otra vez, otra cosa, otra vida, de elegir un tren distinto a aquel al que se subió veinte años atrás. ¡Qué maravilla! ¡Qué emoción, qué alegría! Imaginando, es libre.

Pero ¿qué hace con esa libertad? ¿Qué quiere, en realidad, esa mujer?

—¡Señora Laura...!

Miraba sobresaltada el reloj: las ocho. Bruscamente se desvanecían los desiertos, los fiordos, el barco y el clavecín, el desconocido que buscaba a Margarita. Aparecían en su lugar la vista de todos los días sobre el hotel pseudobritánico y el chalé de enfrente, y la mesa y la silla, y el nene y la nena. Era decepcionante y tranquilizador a la vez.

Tenía que bajar a la cocina a cenar con los niños. Dejaba de ser Margarita.

Pero lo volveré a ser, me prometía a mí misma descendiendo la escalera.

La vida está en otra parte

Madrid, 1997-2002

Calle del Pez, Madrid, otoño de 1997. Interior, día.

—¿Dónde está papá?

Alegre cocina alicatada de azul. Luz aterciopelada, cálida, generosa, entrando a manos llenas por las ventanas, por los balcones, luz por todas partes, el piso entero era una piscina de luz. Se oía la esquila del convento de San Plácido.

Con una mano, yo le daba cucharaditas de yogur a Eloísa, sentada en la trona. La otra la tenía posada sobre un libro. Lo palpaba, lo sopesaba, aspiraba el olor a papel, a tinta. Contemplaba su elegante cubierta en blanco y negro, con el título, *Último domingo en Londres*, en rojo, y el nombre de la autora también en rojo. En rojo y en mayúsculas: LAURA FREIXAS.

Poblar el mundo. Crear algo nuevo y darle cuerda, para que viva por su cuenta. Una hija, una novela. Mi existencia, justificada por partida doble.

—¿Querrás otro yogur? Procura no mancharte.

—¿Dónde está papá?

—En Lisboa, ya te lo he dicho.

—¿Todavía? Pero ¿estáis casados o qué?

Interior, noche.

Acurrucados en nuestro nuevo sofá, enorme, comodísimo, de un color rojizo, terracota, con cojines a juego, Étienne y yo hablábamos.

¿De qué? De lo de siempre.

—¿Tú crees que esto de Lisboa se va a prolongar mucho tiempo?

—No lo sé, *darling*. —¿Había un deje de irritación en su voz, o eran imaginaciones mías?—. Hasta que las sucursales portuguesas funcionen solas.

—Y... no sé, pero... si se va a prolongar mucho... ¿no valdría la pena que nos fuéramos nosotras allí contigo?

Lisboa. La ciudad un poco antigua, provinciana, polvorienta, con sus tranvías renqueantes y sus viejas barberías. Las fachadas rosas, verdes, amarillas, y el majestuoso Tajo plateado. Las casas trepando por Alfama y Morería hasta el castillo de San Jorge. (Mi segunda novela, en la que estaba trabajando, ¿la podría publicar si vivía en Lisboa? Claro, ¿por qué no?) El barrio de Lapa, sus palacetes con buganvilias, las calles estrechas, en pendiente, que daban al río. (Lo que tendría que dejar eran los talleres de escritura, claro. ¿Y artículos? ¿Podría seguir publicando en la prensa española?) Y mi amiga portuguesa, con la que todavía me escribía de vez en cuando, Ana María.

—Mmm... No sé si vale la pena por tan poco tiempo. —(¿«Poco tiempo»? ¿Cuánto es poco tiempo? ¿Tres meses? ¿Dos años? ¿Tiempo suficiente para terminar mi nueva novela y publicarla?)—. Y no es lo bastante bueno para vosotras. Te aburrirías en Lisboa. Mejor seguimos como ahora.

—Estaba pensando... Si vas a estar más de un año en Lisboa, no estarás siempre en un hotel, ¿no? ¿La empresa no te pagará un piso?

—Sí, claro, ya lo he hablado con el jefe.

—¿Y el piso no lo podemos buscar entre los dos? Es más, si quieres, como tú estás tan ocupado, la próxima vez que yo vaya a Lisboa me encargo. Me haría ilusión.

—Ah, muy bien, si quieres buscarlo tú, *darling*.

¡Tener casa en Lisboa! La niña y yo iríamos a pasar allí los fines de semana.

Los domingos desayunábamos esos pastelitos redondos, de crema y hojaldre, deliciosos, típicos de Portugal, en un café de Lapa o de la Baixa. En verano iríamos de excursión a la playa de Guincho, atlántica, salvaje, ventosa.

—Y, por cierto, ¿de Atenas ya no se ha vuelto a hablar?

—Todo depende de cómo vaya Portugal. Si va bien, quizá la empresa se decida a abrir sucursal en Grecia.

Atenas. Mármol antiguo y cipreses. Iconos, incienso, popes con barba y sotana. Café muy negro con sabor áspero, a polvo. La máscara de oro de Agamenón. (¿Podría seguir haciendo traducciones si vivíamos en Atenas?) El mar de un azul tan intenso que al bañarte te parece que vas a salir teñida...

Aprendería griego, no me costaría mucho, estudié griego antiguo en el bachillerato y me encantaba, recordaba bien el alfabeto. (No, una editorial no quiere un traductor que viva tan lejos, con el que sea tan difícil reunirse.)

Pasaríamos todas las vacaciones en las islas. Yo adoraba las islas griegas: Nísiros, la isla que es el cráter de un volcán; Simi, la que fue italiana, con sus campanarios y sus casas de colores en forma de anfiteatro sobre la bahía; Kárpatos, con sus molinos... (Pero para mis libros, para eso sí que encontraría editor aunque viviera fuera del país, ¿no?)

—A mí me encantaría —dije.

Urbanización Quinta da Marinha (Portugal), verano de 1999. Viernes, una de la tarde.

—¿Y no te vienes a vivir aquí?

Un puñado de casitas blancas, a una treintena de kilómetros de Lisboa. Silencio, relax. Golf cercano, playa cercana. Piscina rodeada de césped. Al marcharse a trabajar por la mañana, Étienne había dejado a la niña en una guardería por horas. Yo llevaba toda la mañana escribiendo, y a la una,

aprovechando la media hora que tenía antes de que vinieran los dos a comer, había decidido nadar un rato.

Junto a la piscina solo había otra persona, una mujer de mi edad. Nos saludamos, y enseguida nos dimos cuenta de que las dos éramos españolas.

En un momento nos habíamos contado nuestras situaciones respectivas. Como yo, ella vivía en Madrid con su marido y sus hijos cuando a él le destinaron a Lisboa. Sin pensarlo dos veces, se trasladaron todos. Ella no trabajaba, más que como ama de casa y madre. (Yo lo había adivinado. Se notaba en sus gestos: lentos, relajados, soñolientos: los propios de una persona sin reloj. Los míos, por comparación, parecían tensos, eléctricos.)

Yo le expliqué que no nos habíamos ido a vivir a Lisboa porque yo trabajaba en Madrid, y la niña iba al Liceo Francés... bueno, es verdad que en Lisboa también había un Liceo Francés, y en cuanto a mi trabajo... cierto que no me obligaba a estar siempre en Madrid, bueno, un poco sí, porque daba algún que otro curso, pero en realidad, principalmente lo que hacía era traducir, y claro que lo había podido hacer desde Lisboa, pero por otra parte, cuando estás lejos, pues como que no se acuerdan de ti. (Siempre me enredaba cuando explicaba mi situación. Además, nunca me identificaba como escritora. Lo encontraba pretencioso. Decía que era traductora.)

—¿Y no te vienes a vivir aquí?

Se había subido las gafas de sol, colocándolas encima de la cabeza, y fijaba los ojos en mí, intrigada, mientras se untaba perezosamente de crema. ¿No te vienes a vivir aquí? Pudiendo vivir tan cómodamente como yo, ¿por qué te niegas? Me miraba como contemplando, divertida, una extravagancia. Anda, reconócelo, eres como yo: una maruja. Maruja de lujo, eso somos las dos. ¿Por qué finges? ¿A qué juegas? ¡Qué ganas de tocar el campano! Esa noche tendría algo que contarle a su marido.

Me fui al agua.

Carretera de Guincho (Portugal). Mismo día, tres de la tarde.

—Oye, ¿qué pasó con el piso de Lapa? Aquel que me gustaba, te acuerdas, el que más me gustaba de los diez o doce que vi. Te di el teléfono, ¿no fuiste a visitarlo?

A nuestra izquierda empezaban a aparecer acantilados. Más allá, el océano, suave, verdoso, espumoso. Nos instalaríamos en la playa, me hundiría en la arena blanca, caliente, y luego me refrescaría en el agua. Pero qué raro que siendo pleno julio, con un tiempo espléndido, hubiera tan pocos coches.

—Mmm... ¿cuál?... ah, sí... sí, sí... ¿no te lo dije? Cuando llamé, estaba ya alquilado.

Es curioso que no se lo preguntara en su momento, unos meses atrás. O quizá se lo pregunté... no me acordaba bien, lo había borrado. Simplemente, unas semanas más tarde supe que Étienne había alquilado una casa en una urbanización a las afueras de Lisboa.

—Vale, lo que fuera, pero ¿por qué cuando por fin te decidiste por alquilar un chalé en la Quinta da Marinha no me consultaste?

Empezaban a aparecer, a lo lejos, las dunas. Correría, rodaría dunas abajo, me revolcaría en la arena... (¿Y el capítulo de la novela que había dejado a medias? ¿Cuándo lo terminaría?) Qué curioso que no hubiese nadie en la playa.

—Mamá, ¿falta mucho?

La niña ya llevaba puesto el bañador, y se aferraba ilusionada al cubo y la pala. Una arena tan fina como la de Guincho era perfecta para hacer castillos. Nosotros también llevábamos bañador, con una camiseta por encima.

—No, bonita, en diez minutos estarás en el agua.

—¿Es que no te gusta la Quinta da Marinha?

—Es un sitio estupendo. Sí. Pero no es el que yo habría elegido. Aunque

solo sea porque aquí no tengo coche, y ¿cómo quieres que vaya a Lisboa? Dependo completamente de ti.

Pasábamos junto a un hotel a cuya entrada se alineaban mástiles con banderas. Que ondeaban violentamente, restallaban, chasqueaban, pero sin ruido, sin efecto, como en sueños.

—¿Y para qué quieres ir a Lisboa?

—¡Yo qué sé! Para visitar un museo, para tomar un café con Ana María, para ir al cine... para no estar encerrada todo el día...

—¿Encerrada? ¿En un chalé dúplex con jardín y piscina, y te parece que estás encerrada?

Ahora pasábamos junto a una hilera de árboles polvorientos que se estremecían, se inclinaban, como esquivando los golpes de un boxeador fantasma.

—Tienes todo el tiempo para escribir, ¿no es eso lo que querías?, con Eloísa en la guardería. Que no es barata precisamente, por cierto.

—¿Y cómo quieres que escriba si no, con la niña pegada a mí?

El coche avanzaba con dificultad, como resistiéndose a una fuerza que intentaba sacarlo a empujones de la carretera. No íbamos del todo en línea recta.

—¿La señora no tiene suficiente con poder dedicarse todo el día a escribir, sin reuniones, sin fichar, sin obligaciones, y echa de menos ir al cine? Por la mañana escribiendo, a mediodía en la piscina, por la tarde en la playa, ¿y a la señora le parece poco?

—¡Yo no quería ir a la playa! Quería escribir esta tarde. —(El capítulo... Hasta el lunes no podría retomarlo. Ah, no: los lunes la guardería estaba cerrada.)

—¡Pues nos volvemos ahora mismo a la Quinta!

—¡Yo quiero ir a la playa!

—Sí, bonita, no te preocupes que estamos llegando.

Se oía un ruido en la carrocería, un ruido fino y áspero, agrio, como si las garras de un animal invisible la estuvieran arañando.

—¿Tú sabes la vida que yo llevo? ¿Tú sabes lo que trabajo? ¿Sabes cuántos aviones cojo al mes? ¿Sabes las tensiones que hay en la empresa? ¿Te crees que el dinero cae del cielo?

—¡Bueno, no te enfades! ¡Pero es que yo también quiero opinar!

—¿Me mato a trabajar y no tengo derecho a elegir dónde quiero vivir?

—¡Mamá, papá, no os peléis!

Habíamos llegado. Étienne paró el coche, levantó de un golpe el freno de mano, abrió con furia la portezuela, gritando:

—¡No sé para qué me molesto en trabajar como un idiota, para que tú vivas como una reina y ni me des las gracias!

—¡Yo no quiero una vida de reina! —grité yo, abriendo la portezuela a mi vez.

El aire bramaba, ululaba a nuestro alrededor, nos clavaba finísimos granos de arena como dardos. Instintivamente bajamos los dos la cabeza, tapándonos la cara con las manos: miles de alfilerazos nos acribillaban, pinchándonos por todas partes.

—¡Quiero una vida que sea la mía! —grité.

—¡Pues págatela! —gritó Étienne

Abrazada a su toalla, su cubo y su pala, la niña lloraba a lágrima viva.

Hotel Mirador de la Franca (Asturias), septiembre 2001.

—¿De veras estás dispuesta a que nos vayamos?

—Que sí. Te digo solemnemente que sí, pero si ya te lo he dicho, ¿cómo quieres que te lo diga? Y ahora podemos colgar, ¿no?, que me caigo de sueño.

—Lo he estado pensando y voy a ponerles una condición.

—¿Otra? Pero ¿cuántas veces ya has hecho lo mismo, pedir una cosa más como condición para aceptar?

—¡No es ninguna broma dejar la empresa en la que llevas toda la vida! ¿Te das cuenta?, para irte a algo tan diferente como un organismo internacional... ¡necesito garantías! Y he vuelto a hacer los cálculos... Sobre la base de que tú no vas a ganar nada, ¿es así?

—Ya te he dicho que en principio no. Supongo que cuando termine el libro la editorial lo contratará, como los anteriores... pero segura, segura, no puedo estar. —(Si me voy a vivir a Estados Unidos, si todo el mundo en España me olvida, ¿todavía le interesará a alguien contratar mis libros?)—. Y además los anticipos, ya sabes, no son... nada del otro mundo. Y en cuanto a las otras cosas, dar talleres de escritura y tal, francamente, en Washington lo veo muy difícil.

—Bien, entonces, repito: no vas a ganar nada. Cero. Y, oye, es para hacerme una idea, para hacer bien las cuentas: he puesto ochocientos dólares al mes de asistentita, ¿es así?

—No lo puedo saber exactamente, pero sí, pon eso. Porque te repito que yo iré a Washington para estar en familia y para descubrir el país y todo lo que quieras, y para escribir, pero desde luego no me pienso dedicar a fregar los platos y pasar la aspiradora... ¿Por qué me lo vuelves a preguntar? ¿Cuál es la nueva condición que les has puesto?, ahora que ya te han aceptado aquello que les pediste del seguro y no me acuerdo qué más.

—Que me suban el sueldo.

—¿Más? Pero si ya es un sueldo astronómico. En fin, a mí me lo parece...

—Pero es que si tenemos que pagar de asistentita ochocientos dólares al mes... Y quizá haya que pagarle aparte la seguridad social o algo... Y si tú no

ganas nada, cero, cero coma cero, pues perdemos, respecto a nuestra situación actual, un siete por ciento. ¿Te das cuenta? Es una barbaridad.

—*Darling*, te señalo que eso de cuánto perdemos ya lo has calculado y me lo has contado en francos, en pesetas, en dólares, en euros, en comparación con lo que ganan tus amigos, y ahora en porcentaje. ¿De verdad quieres ese puesto?

—Y tú, ¿estás convencida?

—Sí. Te lo aseguro. Aquí hace tiempo que nos aburrimos. Vivir en Washington nos va a dar cosas nuevas que hacer, que conocer... Eso que decía Saint-Exupéry de que amarse no es mirarse el uno al otro, sino mirar juntos en la misma dirección... ¡Va a ser tan interesante descubrir juntos Estados Unidos!

—(Esa mañana, por casualidad había visto fotos de emigrantes asturianos a América, en los años cuarenta. Yo no quería. Pero es que estaban expuestas en el mismo centro cultural donde se hacían las jornadas literarias en las que estaba participando. Grandes fotos en blanco y negro de mujeres de luto, hombres con boina, niños con alpargatas, llorando a gritos, con la boca abierta, mientras despedían un barco)—. Sé que me va a costar, sé que voy a tener que renunciar a la vida profesional, pero... pero... estoy segura de que vivir en otro país, conocerlo a fondo, va a ser enriquecedor, personalmente y literariamente. Pero ¿estás seguro de que va a ser Washington? ¿No te iban a ofrecer también Atenas, ahora que están a punto de abrir la sucursal?

—¡Estamos hablando de Washington! ¡Si Atenas o no Atenas, yo qué sé, ya me lo dirán, pero tenemos que decidir ahora si queremos ir a Washington! ¿SÍ O NO?

—¡Vale, vale! En cualquier caso, lo importante... es que volveremos a vivir juntos de verdad, no como ahora, que entre que tú estás en Lisboa toda la semana, y yo a veces en congresos los fines de semana como este, hace dos años que prácticamente nunca cenamos juntos, ¿te das cuenta?

—Vivir en Washington... en el centro del mundo... ¿te imaginas? A un tiro de piedra de la Casa Blanca...

—Sí... Esto... ¿cómo le explicamos a Eloísa que nos vamos a vivir a Estados Unidos por no sabemos cuánto tiempo, y después iremos no sabemos adónde?

—Adónde, adónde... en todo caso volveremos a Europa, a un país donde se hablará una lengua que ella conoce. París o Madrid o Ginebra. Bueno, o Londres.

—Pero ¿no decías que a lo mejor iríamos a Atenas, que si no es ahora, será más adelante?

—¡No cambies de tema, te digo, es que no se puede hablar contigo, demonios! ¿Quieres ir a Washington, sí o no? ¿SÍ O NO?

—*Darling*, por favor, ya te he dicho que sí, ¿cómo te lo tengo que decir? Son las dos y diez, llevamos hablando desde las once y media, y mañana tengo que levantarme a las siete para repasar mi conferencia antes de desayunar. ¿Podemos dejarlo, por favor?

—¿De veras estás dispuesta a que nos vayamos?

Atenas, marzo de 2002.

¡Regalo de la empresa! ¡Tres días en Grecia para los ejecutivos y sus esposas! ¡Un fantástico fin de semana! Hotel de cuatro estrellas, playas y monumentos, excursiones. Minicrucero a las islas, en velero. Visita de Micenas. Tarde libre para compras. Cena típica amenizada por un típico sirtaki. ¡Todo organizado!

El hotel: ¿no había estado yo ya en ese hotel? Sí, en la Costa Brava. No, perdón, en el Algarve. ¿O era en Florida? El mismo bufé para el desayuno, con cereales, kiwis húmedos de la nevera, beicon y huevos fritos en bandejas

de acero inoxidable. La misma piscina rodeada de césped con tumbonas. El mismo ascensor con hilo musical. El mismo olor a ambientador y a cloro.

La excursión a Micenas. Fuimos en minibús. Solo las mujeres, mientras los hombres celebraban sus importantes reuniones. (A la ida en silencio. A la vuelta en silencio. No nos conocíamos, no nos caíamos especialmente bien, no teníamos nada que decirnos.)

Y ahora, señoras, estamos llegando a Atenas, seguro que quieren ir de compras, ¿verdad?, las dejaremos en Plaka, allí tienen todas las tiendas que quieran, tienen dos horas libres, la cena es a las ocho.

Llaveros en forma de delfín. Imanes de nevera en forma de Partenón. Platos decorados con dibujos en relieve de iglesias blancas con cúpulas azules. (*Sale! Discounts!*) Estatuillas de sátiro con enorme pene. Saleros en forma de delfín. Venus de Milo tamaño natural, de yeso. (*We ship to all countries!*) Imanes de nevera en forma de delfín. Teléfonos de alabastro. Imanes de nevera en forma de estatua de la Libertad. (*20 %! 50 %! 70 %!*) Saleros en forma de pene. Enanos de jardín. (*We ship to all countries!*) Dálmatas de porcelana. (*3 for the price of 1!*) Platos decorados con dibujos en relieve de Zeus y Afrodita bailando el sirtaki con el pato Donald... (¿Qué hago yo aquí?) Sombreros mexicanos...

—¿Qué tal te ha ido el día, *darling*?

—*Bienbien* —respondió Étienne.

«¿Y ya has decidido si Atenas o Washington?», estuve a punto de preguntar. Pero no dije nada. No solo porque me daba cuenta de que se lo había preguntado unas cien veces en los últimos meses, sino porque Étienne echaba fuego por los ojos. No debían haber sido amables sus reuniones.

—Me alegro —me limité a decir, diplomáticamente.

—¿Y tú? —Étienne respiró hondo, como para tranquilizarse, y me miró con cariño—: ¿Has pasado un buen fin de semana, en tu querida Grecia?

—Sí, muy bueno. Muchas gracias.

—Nos esperan abajo para la cena esa con sirtaki.

Sirtaki: baile pseudogriego inventado para que lo bailara un actor mexicano en una película de Hollywood. No dije nada.

—¡Un fin de semana fantástico! Pero agotador. ¡Estoy hecha polvo! —Lo repetí varias veces, a unos y otras, al azar, durante la cena, para que nadie me preguntase por qué ponía esa cara.

Calle Atocha, Madrid, abril de 2002.

¡Qué calor! Y eso que estábamos solo en abril, ¿Es que no podíamos tener un clima civilizado? ¡Y qué ruido! ¡Qué estridentes los martillos neumáticos, la excavadora, los bocinazos! ¡Qué horroroso era ese Madrid que se me estaba metiendo por las ventanillas! Escaparates con chillonas pelucas de colores. Rótulos de tiendas: La Bodeguilla del Chato, Almacenes Bobo y Pequeño... No me podía mover, estaba atrapada en un atasco.

Sonó el móvil. Era Étienne, me apresuré a cogerlo.

—¡Ya está!

—¿¿Ya está?? ¿Ya has llamado?

Recordaré este día, pensé, este momento, esta esquina de la calle Atocha. Aquí fue donde supe que iba a cambiar mi vida.

—Sí. Acabo de hablar con Washington para decir que acepto.

Washington. Los barrios residenciales: Bethesda, Chevy Chase... Los caminitos entre grandes árboles. Las casas de madera con porche.

—Y con tu jefe, ¿cuándo vas a hablar?

Las aterciopeladas extensiones de césped verde claro, las matas de azaleas color fucsia. El silencio, la nieve...

—En cuanto tenga firmado el contrato con Washington. Ahora te tengo que

dejar. ¡Hasta luego!

—¡Hasta luego!

Se deshizo el atasco, empezamos a avanzar.

Leería, escribiría. Durante horas. A quince bajo cero, en una extensión de blanco mudo y centelleante, sin que sonara el teléfono.

¿Y sobre qué escribiría, en Washington?

Horas y horas escribiendo... Sola, rodeada de nieve, en una casa de madera...

¿Sobre qué escribiría? Sobre Madrid, claro. Esa ciudad alegremente ruidosa, luminosa, colorida... ¡Qué pintoresco! ¡La Bodeguilla del Chato, Almacenes Bobo y Pequeño...! Era enternecedor. Ya lo estaba empezando a echar de menos.

Calle Olimpo, Madrid, una semana más tarde.

—¿Y si a Sasha no le dan el visado?

—¿Y por qué no? ¿Por qué nos van a dar el visado a nosotros y a él no?

—Porque es ruso.

—¡Qué ruso ni qué ruso! Ahora es español.

—¿Y si no encontramos inquilinos para alquilarles la casa?

—Pues... no sé, no se me había ocurrido.

—¡Ah! Es que entonces, ¿cómo pagamos a la vez la hipoteca aquí y el alquiler allí? ¿Eh?

—Si hace falta, vendemos la casa.

—¿Vender la casa? Y entonces, ¿adónde volvemos?

—Pero no dices que... ¿no dices que no sabes si volveremos a Madrid? Cuando yo venga, cada dos o tres meses, me alojaré en casa de una amiga.

—¿Cada dos meses quieres venir? ¿Es que no puedes hablar con los

editores por teléfono? ¿Tienes idea de cuánto vale el billete de avión? ¿Tienes idea de cuánto vale, eh, tienes idea de cuánto vale?

No contesté.

El segundero del gran reloj dorado avanzaba, mecánico, indiferente. Plop... plop... plop...

Reinaba el silencio en el salón de mármol. Los niños dormían. Ni un ruido: nadie pasaba por aquella calle residencial, entre la hilera de chalés adosados con sus jardincitos y el edificio rojo, con ínfulas británicas, del hotel de cinco estrellas.

—¿Por qué lloras ahora?!

—No es nada... no me hagas caso. Yo estoy dispuesta a ir a Washington, me hace muchísima ilusión, sé que me va a costar, que voy a pasar alguna depresioncita de nada. —(Esa noche había soñado que iba a dar una conferencia en Inglaterra, pero no conseguía darla: me perdía, me robaban el equipaje, incluido el bolso y los documentos de identidad)—. Pero estoy decidida.

—¿Seguro? ¿Estás decidida?

—Estoy decidida. ¿Tienes un clínex?

(Mi amiga psicoanalista: «¿Por qué tienes que estar siempre poniéndote a prueba?».)

—Entonces, mañana hablo con el jefe.

—¿Mañana no tenías que irte a Atenas?

—Sí, a última hora de la mañana, pero antes hablaré con él para presentarle mi dimisión irrevocable.

—Muy bien, *darling*.

—¿Étienne! ¡Por fin me lo coges! ¿Qué tal ha ido con el jefe?

—Mmm...

—¿Cómo? No te oigo bien. Por lo que oigo de fondo estás ya en el aeropuerto, ¿no?

—M...

—¿Étienne? Oigo que llaman el embarque para Atenas, sé que tienes que apagar, pero oye, no te vayas sin decirme qué tal te ha ido con...

—...

—¿Étienne? ¿Étienne?

Calle Olimpo, Madrid, septiembre de 2002.

—«Educación de Eloísa, educación de Sasha, trayectoria profesional de Laura, trayectoria profesional de Étienne, bienestar psicológico de Eloísa, bienestar psicológico de Sasha, bienestar psicológico de Laura, bienestar psicológico de Étienne, dinero, “nosotros cuatro”, seguridad». ¿No nos dejamos nada?

—Creo que no. Pero no todos cuentan igual, ¿no? Voto que si cada concepto tiene un máximo de diez puntos, los de dinero, seguridad y la familia, eso de «nosotros cuatro», tengan veinte.

En su reunión con su jefe, Étienne no había presentado su dimisión irrevocable. Había pedido una excedencia de unos meses. Así podría ir a Washington, me explicó, trabajar en la nueva empresa, y luego decidir si le gustaba el trabajo y entonces nos íbamos todos, o no le gustaba y volvía a Madrid. Pero su jefe no había aceptado.

Los niños acostados. La enorme casa impasible, silenciosa. Indiferente. La lluvia cayendo. El segundero avanzando.

—O sea en total ciento cuarenta. Vale, pues lo rellenamos cada uno por su lado.

Plop... plop... hacía el segundero del reloj. Plop... plop... hacía la lluvia.

—¡Ya está! ¡Contamos!

—A mí me salen setenta puntos sobre ciento cuarenta.

—A mí... ¡también!

Plop... plop...

—*Darling*, son las dos... Llevamos tres horas debatiendo, mañana nos levantamos a las siete. ¿Por qué no lo dejamos?

—¡No! ¡Ni hablar! ¡Tenemos que decidir de una vez! Llevo un año negociando con ellos, dándoles largas, inventando excusas, se van a hartar, tenemos que decidir de una vez, ¡de una vez! ¡Tenemos que decidir!

—¡Pues decide tú! ¡Lo que te dé la gana! ¡Yo me voy a acostar! —Y salí del salón dando un portazo.

Calle Olimpo, una semana más tarde.

—Es la una y media, *darling*. No puedo más. De verdad de verdad de verdad hagamos lo que sea, pero no sigamos debatiendo este tema.

—¡Lo que sea! ¡Es buena, esta! ¡Lo que sea! ¡Qué fácil! ¡«Lo que sea», dice!

—A ver, *darling*... de una vez por todas... dime: ¿qué quieres?

—Para mí es mejor ir a Washington. Para los niños también.

—Yo no estoy tan segura de esto de los niños. Ya te he dicho lo que dice mi psi, la frase literal, y mira que los psicoanalistas nunca se mojan...

—¡No me vengas con chorradas!

Hacía frío en el gran salón de mármol. La calefacción se apagaba automáticamente a las once.

Sentado frente a mí, Étienne parecía cansado. Le noté nuevas arrugas, una a cada lado de la boca.

—No son chorradas. Cuando una psicoanalista dice: «Absolutamente y sin

ninguna duda», ¿te das cuenta? «Absolutamente...»

—¿Qué coño nos importa tu psicoanalista! ¡Ahora resultará que las decisiones sobre nuestra vida las toma tu psicoanalista!

Yo lo que quería era ir a acostarme. Y que por la mañana, al despertar, pudiera empezar a pensar en cualquier otra cosa.

Étienne se había quedado callado. Estaba arrebuñado en su trenca y los ojos se le cerraban de sueño.

—Bueno, vale, déjalo. ¿Qué me estabas diciendo?

—Que para mí es mejor Washington, para los niños también, pero como para ti quizá no, tienes que decidir tú —murmuró Étienne.

Tomé aire:

—Decido que no.

Étienne me miró incrédulo.

(Mi psicoanalista: «Su marido hará durar la incertidumbre todo lo que pueda, para hacerse la ilusión de que no renuncia a nada».)

—No podemos seguir así, esta obsesión se nos está comiendo vivos, y no podemos tomar una decisión tan enorme si no lo vemos claro. Y tú, ¿no te das cuenta de todo lo que has hecho para no tener que decidir, para que la decisión la tomaran otros dándote o negándote lo que ibas pidiendo, y ahora para que la tome yo? Si seguimos indecisos, entonces ¡es que no! ¡Es que no, demonios, es que no! ¡Y me voy a acostar!

Sentado en el sofá rojo, en medio del gran salón gélido, impecable, blanco, con suelo de mármol y chimenea, como de revista, Étienne, cabizbajo, parecía haber empequeñecido. Subí al dormitorio y me acosté sin esperarle.

Parque Juan Carlos I, Madrid, mayo de 2003.

—Esta noche he tenido una pesadilla horrible.

Qué alegres parecían nuestros hijos, patinando por la explanada de cemento del parque.

—Qué raro, Étienne, tú que nunca sueñas. ¿Y qué era?

A media noche nos habíamos dado cuenta de que los dos estábamos desvelados. Le cogí la mano. «Es la peor crisis que hemos pasado nunca», le dije. «Y no ha terminado», dijo él. «En estos cuatro años que hemos estado separados, yo en Lisboa, vosotros aquí, algo se ha roto».

—Soñé que estábamos en un restaurante con paredes de espejo. Había mucha gente, y tú y yo nos habíamos perdido y nos buscábamos..., íbamos de aquí allá, tropezábamos con los muebles, yo no te veía, tú no me veías, no nos encontrábamos... Y luego estábamos en una pendiente helada tú y yo y los niños, y tú desaparecías, y los niños y yo nos deslizábamos por la pendiente, sin poderlo evitar, y nos precipitábamos al vacío.

No supe qué decir y nos quedamos en silencio, mirando a los niños. Hay momentos en que aspirar a ser feliz parece excesivo. Imposible, simplemente. Y entonces nos conformamos con que lo sean nuestros hijos.

—Hemos hecho bien en quedarnos en Madrid —dije por fin—. Estoy cada vez más convencida. Sobre todo por los niños. Porque imagínate que nos vamos, y luego queremos volver, pero ellos se han educado allí, se sienten americanos y se quieren quedar. ¿Qué sería de nuestra familia?

(Mi psicoanalista: «Absolutamente y sin ninguna duda, para los niños es mejor no irse a Washington».)

—¿Quedarnos en Madrid? No vamos a quedarnos en Madrid. Yo por lo menos. ¡Ni hablar! En dos años y medio todo lo más, yo, al menos, me voy, vosotros haced lo que queráis. ¿Qué hacemos en esta ciudad? No tiene ningún interés, es mediocre, nos la sabemos de memoria. No nos vamos a pudrir aquí. *On s'tire!* ¡Nos largamos!

(Mis padres: «Étienne es alguien que siempre se está yendo».)

—Pero ¿adónde, Étienne? ¿Y por cuánto tiempo? Yo me puedo marchar por una temporada, pero solo una temporada. Si me voy diez años, veinte, a la vuelta tendría que volver a empezar desde cero. Hemos decidido quedarnos, asumámoslo. Dedicuémonos a educar a nuestros hijos, a trabajar, a ser felices. Me importa más eso que ver mundo.

—¿Ser felices! ¿De qué me hablas? Yo no me quiero jubilar. Si tú no tienes otras aspiraciones que llevar una vidita de pueblo, mediocre, en casita, educando a nuestros hijitos... ¡yo no!

—Étienne, ayer en la cama me dijiste algo que es muy cierto: que estos cuatro años han roto algo entre tú y yo. Es verdad. Dedicuémonos a recomponerlo.

—¿Dónde? ¿Aquí? No hay nada que recomponer aquí. En Washington habríamos vuelto a empezar, como cuando llegamos a Madrid, tendríamos algo que descubrir juntos... Nos devolvería la ilusión. Y yo no viajaría, ni tendría reuniones hasta tarde, en Estados Unidos solo se trabaja hasta las cinco.

No me lo creo, pensé. Si hubiéramos ido a Washington, a los tres meses Étienne ya habría estado aceptando trabajo extra, o viajes, lo que fuera, con tal de no volver pronto a casa. Pero no dije nada, ¿para qué?

—Qué idiota he sido... —continuaba Étienne, como hablando solo—, o qué cobarde... Habríamos hecho tantas cosas, en Washington... Vacaciones en Florida... en Hawái, en Canadá...

—¡Mamá!, ¿no vienes a patinar?

Étienne con su voz dura, rencorosa:

—Ahora entiendo que nunca quisiste... No lo decías, me dejabas creer... Pero desde el primer momento lo has boicoteado. No has hecho más que poner condiciones. Que si viajar a Madrid cada dos meses, que si tener asistenta...

—¡Si te has traído los patines, mamá! ¡Ven a patinar con nosotros!

Me esforcé por sonreír a los niños, mientras negaba con la cabeza. No tenía

ánimos.

No tenía ánimos, no tenía argumentos. No tenía energía, no tenía ideas, no tenía esperanza, no tenía nada.

Mentiroso Saint-Exupéry: años mirando en la misma dirección, y cuando nos dimos cuenta de que mirábamos un espejismo, nos volvimos a mirarnos uno a otro y ya no nos encontramos.

—Por tu culpa no he conseguido el trabajo de mis sueños.

¡Ja! Qué irónico. Daba risa, si yo hubiera estado de humor para reír. El sueño que habíamos perseguido durante tantos años, convertido en una pesadilla que nos perseguía.

Sí... con los niños

Madrid, enero-junio de 2003

El hombre sentado enfrente me miraba. Parecía enfrascado en la lectura del *Diario de Castilla-La Mancha*, pero me lanzaba ojeadas de reojo. Yo, con la cara pegada a la ventana, fingía no darme cuenta.

Era alto, grueso, calvo, bronceado y sonriente. Ojos chispeantes, barbita canosa. Cara redonda de niño, silueta redonda de Buda feliz. Llevaba vaqueros, polo de marca, cazadora, botas de campo. Tendría unos diez años más que yo.

Yo estaba aparentemente absorta en el paisaje. Las leves ondulaciones, los colores apagados, el pardo, el verde grisáceo, el amarillo desvaído...

Mediados de enero. El día era desapacible, la luz que se filtraba por las nubes, escasa, grisácea. Con el rabillo del ojo, no perdía detalle de su expresión, de sus movimientos. Sospechaba el motivo de su curiosidad y me divertía.

Quizá si hubiéramos estado sentados uno junto al otro se habría atrevido a abordarme, a preguntarme, en voz baja, lo que se estaba preguntando. Pero tal como estábamos situados, los otros dos pasajeros le oirían, oirían también mi respuesta, que podría ser un desaire...

Al cabo de un rato me levanté. Sin mirarle, salí. Me fui al vagón cafetería. Era la única clienta. Pedí un café.

El hombre que leía el *Diario de Castilla-La Mancha* —ahora lo traía

debajo del brazo— había entrado en el bar y venía hacia mí. La risa le bailaba en los ojos. Yo le miré de frente.

—¡Hola! ¿Tú eres...?

—La que ayer dio una conferencia en Ciudad Real y hoy sale entrevistada en el periódico, sí. ¿Y tú?

—Me llamo Carlos.

—He encontrado un sitio donde reparan cochecitos, ¿vamos mañana?

—Jo... vaya plan para un sábado.

—¿Te crees que a mí me hace gracia? Pero es que si no hay que comprar uno nuevo, porque con esa palanca rota no podemos seguir, no se puede cambiar de posición y el niño está incómodo. Y sería mucho más caro.

—Oye, por cierto, ¿compraste topes para las puertas?

—Lo miré, pero los que encontré son de esos que se pegan, y durarán dos días. Tenemos que conseguir alguien que nos ponga topes de los que se clavan.

—¿En el mármol? ¿Quieres hacer agujeros en el mármol?

—¿Y cómo, si no? Oye, si tienes tan claro lo que hay que hacer, ¿por qué no te...? ¡Ay, un momento! ¿Mamá? Hola, mamá... Sí, muy bien, estupendamente... (Es mi madre, no te vayas, ¿te la paso luego?) Haciendo planes para el fin de semana... (Ya no te pusiste la semana pasada ni la otra, les va a parecer raro.) ¿Y vosotros, qué tal?... Ah, muy bien... no me digas... Étienne ha salido, ha ido a poner gasolina al coche, te voy a pasar con los niños... ¡Niños, es la abuela! Te paso con la niña.

—¡Hola, abueli!

—Oye, nunca te pones cuando llaman mis padres, siempre encuentras alguna excusa.

—No paro de trabajar, de coger aviones, por una vez que estoy en casa me

gustaría estar tranquilo.

—Bueno, vale, déjalo, no tengo ganas de pelear. ¿Qué hacemos con lo del carrito?

—¿No te puedes ocupar tú, que estás todo el día en casa?

—¡Ay, qué idiota! Por lo menos no se ha manchado tu libro. Lo he traído para que me lo dediques. Espero que no te parezca mal.

—No, hombre, al contrario... con mucho gusto. Te lo dedico cuando terminemos de comer.

(«A Carlos, que cuando me ve llegar se sonroja y se le derrama la copa de vino.»)

—¿Te gustan los japoneses? Yo los frecuentaba mucho hasta que fui a Japón. Allí aprendí lo que es la comida japonesa de verdad... Pero este es bueno, y además tiene la ventaja de estar muy cerca de mi casa.

—¿Ah, vives por aquí?

—Sí, para cuando vengo a Madrid tengo una buhardilla aquí al lado, en la calle Martín de los Heros. Nada, una cosa muy pequeña, pero tiene gracia, es una sola habitación de cuatro metros de altura con un *mezzanine* donde está la cama, y un ventanal enorme. Parece un decorado de *La Bohème*... ¿te gusta la ópera?

—Mucho, aunque *La Bohème* no es de mis favoritas.

—La mía tampoco, prefiero la ópera del siglo XX.

—¿Como cuál?

—Pues mira, yo creo que la que más me gusta de todo el repertorio es *El caballero de la rosa*.

—La escuché una vez en el Real, con Felicity Lott... Una maravilla.

—Tengo un abono para dos en el Real, y a veces Mónica, mi novia, no

puede acompañarme... me encantaría invitarte.

(¿Por qué menciona a su novia ahora?)

—¿Vienes mucho por Madrid?

—Sí, claro, para ir al cine, al teatro, a la ópera, porque ya te imaginas que en Ciudad Real... También por negocios. Tengo aquí algunos muy buenos clientes, de esos que sabes lo que están buscando y, cuando lo encuentras, se lo traes para que lo vean.

—¿Cuál es tu especialidad?, si tienes alguna... no sé muy bien cómo funciona ese negocio, nunca había conocido a un anticuario.

—Tengo un poco de todo, pero lo que más, tallas policromadas. Santos y vírgenes del XVII, XVIII, XIX...

—¿Qué quieren beber los señores?

—¿Qué quieres beber, Laura? Yo estaba con un rioja, ¿quieres vino tú también? ¿O prefieres algo japonés? ¿Té verde, sake...?

—¿Tienen *shochu*?

—Caramba, cuánto sabes...

—De cuando estuve en Japón.

—Ah, ¿tú también has estado en Japón?

(«A Carlos, divirtiéndome mucho con nuestra feria de las vanidades.»)

(Una hora más tarde.)

—Si te tienes que ir...

—Sí, perdona, estoy un poco pendiente del reloj porque a las cinco...

(Él dejó unos segundos a ver si terminaba la frase. No la terminó.)

—Sí, sí, claro, vete, no te preocupes.

—¿Pedimos la cuenta?

—Por favor... estás invitada.

—Ah, muchas gracias. Otra vez te invito yo.

—Espero que haya otra vez, ha sido un placer. ¿Me dedicas el libro?

—Sí, claro...

Escribí: «A Carlos, con ganas de seguir charlando».

—Y ahora sí que me tengo que ir, que tengo que recoger a los niños.

(¿Tú tienes novia? Yo tengo familia. Ha sido divertido. Adiós.)

—*Darling...*

—¿Sí? —Étienne se quitaba la chaqueta.

Las once. Los niños dormían en el piso de arriba. Fuego en la chimenea. Echada en el sofá, con la luz apagada, yo llevaba un buen rato sintiéndome feliz. Había puesto música, no muy alta, y la somnolencia, el olor a fuego, la música, mi propio olor a perfume... la sensación de secreto y de misterio que da siempre el silencio de la noche... me hacían sentir como incandescente y flotando. Al oír la llave en la cerradura me levanté de un brinco y fui a la puerta, a besar a Étienne que llegaba de viaje.

—¿Sabes qué he pensado?

—Mmm... —En el recibidor, con la luz encendida, Étienne repasaba el contenido de la bandeja donde dejábamos el correo—. ¿Has encendido el fuego?

—Sí, no lo hacemos nunca, y es tan bonito... y como hoy hace frío...

Étienne seguía abriendo cartas. Finalmente levantó la cabeza:

—¿Qué es ese ruido?

—¿Ruido? Es música... ópera.

—Pues... no relaja nada.

—Es una ópera, *El caballero de la rosa*, pero si no te gusta, ahora mismo la quito.

—¿Me querías decir algo?

«Como parece que te interesa más mirar las facturas de la luz que

escucharme...», estuve a punto de decir, pero no lo dije. Me esforcé en hablar en un tono amable, natural.

—Sí, te quería decir algo que llevo tiempo pensando y nunca encuentro el momento. —«Como nos vemos tan poco...», iba a añadir, pero me lo callé—. Es una cosa muy sencilla, pero sería estupenda: ¿qué te parece si establecemos la norma de que todos los viernes salimos a cenar? —«En plan enamorados», iba añadir, pero me pareció que sonaba cursi.

Étienne levantó la cabeza de las facturas y me miró de hito en hito.

—Desde las siete de la mañana a las siete o las ocho o las diez de la noche, cinco días por semana o cinco y medio, no tengo más que obligaciones. ¿Y pretendes añadirme una obligación más?

Querida Laura:

Empecé tu libro y no lo pude dejar hasta que lo terminé a las cuatro de la madrugada. Y puedes creerme si te digo que leo mucho y que nunca me ha pasado algo así. Escribes como los ángeles.

Hay varias cosas que te quiero preguntar o comentar sobre tu novela. Verás...

«A Carlos, fingiendo que no me doy cuenta de sus intenciones.»

«A Carlos, coleccionista y cazador, de la pieza en la que ha puesto el ojo pero no pondrá la bala.»

«A Carlos, que, como todos los coleccionistas, nada ambiciona más que lo que no está en venta.»

«A Carlos, de la persona que está detrás del nombre que le deslumbra y le impide verme.»

«A Carlos, desde la altura del pedestal en que me pone. Donde estaría muy bien si pudiera olvidar que de los pedestales siempre se cae, tarde o temprano.»

«A Carlos, que por un rato me hace creer a mí misma que soy esa persona que él imagina.»

Querida Laura:

Aunque solo nos hemos visto dos veces, empiezo a tener la sensación de que somos, perdóneme la cursilería, almas gemelas. O personajes de *Las amistades peligrosas*. De verdad que nunca he tenido una correspondencia que me resultara tan absorbente como esta.

Y como ya te habrás hecho a la idea de que soy tan antiguo como las tallas barrocas que vendo, voy a añadir a mi retrato una antigualla más formulándote una invitación en estos términos: ¿Me harías el honor de aceptarme una invitación a cenar?

Querido Carlos:

Me gusta mucho nuestra correspondencia. Lo paso tan bien contigo, aunque sea a distancia, disfruto tanto de oír hablar de cosas nuevas para mí: la caza de antigüedades en caserones decrepitos, tus tratos con los señoritos manchegos, el flamenco... eres tan divertido, tan agudo, tan auténtico...

No, claro, ¿cómo puedes romper con alguien, si empiezas por decirle cuánto te gusta?

Querido Carlos:

Me gusta mucho nuestra correspondencia, pero voy a ser sincera: tiene una ambigüedad que me pone incómoda. Tú estás con Mónica, yo estoy con mi marido. Mejor lo dejamos aquí.

¿Demasiado brusco? ¿Era necesario mencionar a su novia? ¿Por qué no? Le estará bien empleado, qué es eso de coquetear conmigo y al mismo tiempo hablarme de su novia... Pero ¿yo no hago lo mismo? Pues por eso, justamente...

Uf, qué difícil... Va, no le des tantas vueltas.

«Querido Carlos...»

Estaba en la cocina cuando oí gritos.

—¡Laura! ¡¡Laura!! ¡¡LAURAAA!!

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué hay? ¿Qué?

—¡¿ESTÁS SORDA?!

—Perdona, un momento, es el extractor, ahora lo apago. Ah, hola, *darling*.
¿Qué pasa?

—¡HUELE TODA LA CASA A FRITANGA! ¿NO PUEDES CERRAR LA
PUERTA, POR EL AMOR DE DIOS?

—Bueno, Étienne, perdona, tienes razón, pero tampoco hay para ponerse
así, ¿no?

¡Blam! Portazo.

Cerré la puerta, volví a encender el extractor, abrí la ventana y continué
friendo pollo para la cena, suspirando.

De mi diario:

He enviado a Carlos el email que he estado escribiendo mentalmente toda la noche, en un
duermevela, poniendo final a lo que no llegó a tener principio. He hecho bien, estoy total y
absolutamente segura de que he hecho bien. Y ahora, la segunda parte: tengo que hacer eso que las
revistas femeninas llaman «salvar mi matrimonio». Sin dramatizar: no creo que esté realmente en
peligro, pero... ¿cuánto tiempo hace, por ejemplo, que Étienne y yo no vamos al cine?

—Pues ya que preguntas... la nueva de James Bond.

Me tengo que dejar de prejuicios, pensé. Nunca había visto una película de
James Bond, pero seguro que eran entretenidas. Y además la película era lo de
menos, lo que yo quería era que saliéramos una noche juntos.

Viernes por la noche. Dejamos a los niños con Mercedes. Fuimos en coche
al centro comercial. Aparcamos. Subimos a las salas de cine. Entramos.

Al cabo de media hora de bombas, rehenes, paracaídas, cianuro, hoteles de
hielo, rayos láser, ametrallamientos, cadáveres, cascadas, diamantes, catanas,
helicópteros, espadas gigantes, puñetazos, mujeres exóticas desnudas,

aerodeslizadores, lanzallamas... murmuré al oído de Étienne que prefería esperarle fuera.

Temblando, con la garganta seca y el corazón latiendo como un tambor, me metí en la primera cafetería. Sabía que no iba a dormir bien esa noche. Ni muchas de los meses siguientes. Que los chillidos y jadeos de los torturados, la noticia de la muerte violenta de un hijo, el cadáver con diamantes incrustados en la cara, me iban a perseguir en cuanto se apagara la luz.

Étienne salió una hora y media después. Impasible.

—¿Qué te ha parecido? —grité.

—*C'est pas trop mal.*

Era una frase que últimamente, ahora me daba cuenta, usaba para todo. ¿Qué tal te ha ido el día? *Pas trop mal.* ¿Cómo están tus padres? *Pas trop mal.* ¿Qué te ha parecido mi novela? *Pas trop mal...* Pero no podía ser, no podía ser que solo le hubiera parecido que «no estaba mal», que no hubiera sentido nada, que...

Étienne miró su reloj:

—Date prisa, que nos quedan diez minutos para no tener que pagar una hora más de parking.

Martes. ¿Hice bien enviando ese email a C.? Ay, dios mío... ahora me arrepiento. No, no me arrepiento. Pero se me ha hecho tan larga esta semana sin noticias tuyas... ¡Qué tontería! Sé muy bien que no es por él; es solo por huir de aquí... Soy injusta.

Jueves. ¡Me ha escrito! Me dice que estaba de viaje; sospecho que es mentira, que solo guardaba silencio para obligarme a echarle de menos. Y lo ha conseguido.

Martes. Obsesión. Placer y dolor... ¿Vale la pena empezar algo que evidentemente no puede terminar bien? Yo tengo marido y él tiene novia... No lo sé: no veo más allá de una escena imaginada una y otra vez hasta el agotamiento... Alivio y decepción mezcladas cuando esta obsesión, con su desasosiego, remite.

Viernes. Conocer otras voces, otros ámbitos... Necesidad de abrir el abanico de las experiencias, tan limitado en mi vida de estos últimos años; también como novelista... La verdad es que a mí misma me parece hipócrita esa justificación. Pero por encima de todas esas consideraciones, arrasándolas, un huracán: mi deseo de seguir adelante con esta historia es feroz. Y eso que no me hago ilusiones. La razón sabe lo que sabe, aunque deje suelta a la loca de la casa.

Lunes. Aclarado el misterio de la tal Mónica. Es una novia intermitente, lo dejaban, volvían, lo dejaban... y ahora me dice que lo han dejado de verdad. Y yo no sé qué pensar. Casi prefería que tuviera novia, como una garantía de que esto nuestro, sea lo que sea, no es más que pasajero.

Martes. Parte de guerra. Una obsesión de una intensidad que me asusta. La razón me muestra que C. es solo el desencadenante: no tanto objeto, como pretexto. Lo que me asusta es el abismo de nostalgia, de afán de placer y de irresponsabilidad y alegría e incertidumbre, seducción y excitación, que su aparición ha revelado de golpe. Hace veinte años me habría creído enamorada. Ahora sé que no (¡si solo le he visto dos veces en mi vida!), que solo me gusta y me intriga y me divierte.

Ni siento remordimientos —claro que, por ahora, no hay de qué— ni lo veo como una pequeña venganza; simplemente me parece preferible la componenda, el pragmatismo, que un empeño, el de la fidelidad absoluta y eterna, no imposible, pero sí tan difícil que no creo que sea bueno ni siquiera para la pareja.

Jueves. Ha llegado el momento inevitable: C. ha dado el paso. Me invita a cenar el viernes de la semana que viene. Muy cerca de su casa. De esa buhardilla de la calle Martín de los Heros que imagino como un escenario de ópera y que se ha convertido en el escenario de mis sueños.

—El viernes de la semana que viene estás en Madrid, ¿verdad?

—¿El viernes? El viernes... déjame ver... Sí, llego de Milán por la tarde.
¿Por qué?

—Me han invitado a dar una conferencia en Sevilla y no podré volver en el día.

Si me preguntaba: «¿Con tan poca antelación?», explicaría que habían invitado a tal pero que en el último momento, por enfermedad... Tenía también preparado todo lo demás: el título de la conferencia, la entidad organizadora,

cuánto me iban a pagar... Solo si me preguntaba en qué hotel me iba a alojar, diría que en ese detalle no me había fijado.

Pero Étienne no me preguntó nada.

Esa noche me gustaba la casa. El gran salón en penumbra... solo una lámpara que iluminaba, como protegiéndola, aislándola del mundo, la mesa puesta para tres, la gran mesa extensible cuyo nombre, Anaconda, me hacía reír. Me imaginaba la mesa enroscándose a mi alrededor, ofreciéndome una manzana.

Una sensación de secreto. El silencio. La grata temperatura de la noche de abril. Del jardín, por la puerta vidriera abierta, llegaba un olor a rosas.

Silvia y Paula llegaron juntas.

—Qué bonita tenéis la casa. ¿Es nueva esta alfombra? ¿Qué es eso que huele tan bien?

—Lo veréis cuando os lo sirva.

—¿Y Étienne? ¿De viaje?

—Sí, en Lisboa. —(No me habría atrevido a decir en voz alta lo que les iba a decir con Étienne a menos de mil kilómetros de distancia.)

—¿Has puesto la mesa? Te podríamos haber ayudado.

—¿Podremos ver a los niños?

—Lo siento, no lo pensé, ya están acostados. —(Me di cuenta en ese momento de por qué lo había hecho: permitir que los niños saludaran a mis amigas, sabiendo para qué las había convocado yo en casa, me habría avergonzado.)

Saqué de la cocina el carrito con la cena: crema de coliflor, tarta de tomate y queso, mousse de chocolate. Me había pasado la tarde en la cocina, tan feliz que intentaba ocultarlo, para que a los niños no les pareciera raro. Me sentía

como si estuviera conduciendo un Ferrari a doscientos por hora, derecho al precipicio, pero borracha de velocidad, de viento, de alegría.

Cerré con cuidado las puertas: la que daba al recibidor, la que daba al office y a la cocina. Paula y Silvia, que habían salido al jardín a fumarse un cigarrillo, entraron. Cerré con cuidado la puerta vidriera.

—Bueno, ¿qué es eso que nos ibas a contar? Nos tienes intrigadas.

Tomé aire. Mis amigas me miraban expectantes. Bajé la voz:

—Un día, en enero, volvía yo a Madrid en tren después de dar una conferencia en Ciudad Real...

—Estáis muy calladas...

Ay, dios mío... Qué cara ponían las dos, por dios...

—No me asustéis... ¿Tan mal os parece?

Paula parecía dudar. Paula siempre había sido más de manga ancha, más viva la virgen. Silvia, en cambio, era tan recta... Por un momento la odié: ¿recta?, ¿o puritana?... En todo caso, era todo culpa mía: ¿quién me mandaba a mí contárselo? ¡Demonios! ¡Que se fueran ya!

—¡Si es una tontería! ¡Si no pone nada en cuestión!

Es que vosotras nunca habéis tenido una pareja tan larga, pensé con despecho. Qué fácil es no aburrirse cuando solo vives con el mismo, te acuestas con el mismo, hablas de cochecitos y topes de puertas con el mismo, durante cinco años. O no hablas nunca de cochecitos porque no tenéis hijos. Qué fácil es no entender el adulterio cuando cambias de pareja cada cinco años.

Pero eran mis amigas. Mis confidentes, mis consejeras. Las únicas. Tenía que escucharlas.

Ah, qué alivio, Paula sonreía...

¿O era la media luz lo que me lo hacía creer?

—¿No me queréis decir qué os parece? ¿Os parece mal y no queréis decírmelo? No sé, chicas, os creía más... liberales.

¿Sonreía Silvia?

—¿Si es una tontería! ¡Si total, por unos cuantos polvos...! Étienne no se va a enterar.

Silvia sonreía, sí. Pero yo la conocía lo bastante como para saber que era una sonrisa forzada. Diplomática.

¿Diplomacia? ¿Desde cuándo Silvia tenía que usar diplomacia conmigo?

—No es que me parezca mal, Laura. Me parece... previsible.

—¿Previsible? ¿Cómo, previsible? ¿Por qué, previsible, por qué dices eso? ¿Qué quieres decir, previsible?

Silvia echó los hombros, casi imperceptiblemente, hacia atrás. Guardó silencio. Me volví hacia Paula. También callaba. ¿Se habían puesto de acuerdo o qué, maldita sea?

—¿Me lo queréis decir, sí o no?... Perdonad, sé que me estoy poniendo agresiva. —Me escocían los ojos. Que me digan lo que sea y se vayan de una vez, pensé.

—Hace tiempo que lo tuyo con Étienne... En fin, es solo mi opinión, pero creo que hace tiempo que lo tuyo con Étienne se terminó, aunque por fuera no se note.

¿Que lo mío con...? Ni hablar. Lo mío con Étienne era el amor de mi vida, punto.

—¿Qué tienes pensado, Laura? —me preguntaba ahora Paula, con tacto. ¿Tacto? ¡Vete al cuerno! Pero no, claro... Hice un esfuerzo.

—En realidad...

Callaron las dos para escucharme.

—En realidad, lo que he pensado...

No había pensado nada. Improvisaba.

—Es verdad que Étienne y yo hemos estado mal últimamente. Cuatro años viviendo él en Lisboa de lunes a viernes... luego, meses y meses peleándonos por si íbamos o no a vivir a Washington... Yo necesitaba distraerme —«¿Lo entendéis, no?»», iba a preguntar, pero no lo dije—. Pero ya está. Esto es lo que he pensado. —Se me estaba ocurriendo en ese instante; me pareció una buena idea—. Cada año, en junio, celebramos nuestro aniversario de boda. Esta vez... será por todo lo alto. De hecho ya lo tengo bastante pensado, tengo varias ideas... —Que no me preguntaran cuáles—. Pediré a mis padres que vengan a quedarse con los niños y haremos algún viaje, y entonces terminaré con Carlos.

—Buena idea —aprobó Silvia.

¿Era una impresión mía... o me estaba mirando con escepticismo?

Paula carraspeó. Me volví hacia ella.

—¿Y no has pensado otra posibilidad?

—¿Otra posibilidad? ¿Cuál?

—¿De verdad no lo has pensado? ¡Carlos!

Me quedé en blanco.

Ahora que Paula lo decía... Sí, era cierto que Carlos, de vez en cuando, me preguntaba si dejaría a mi marido por él... pero lo decía en tono de broma, y yo le contestaba también en tono de broma, porque, de verdad, nunca me lo había pensado seriamente.

Étienne estaba leyendo una revista.

—*Darling*... he estado pensando.

—Mmm... —Étienne no levantó la cabeza.

—En junio ya sabes lo que celebramos...

Recordé que a Étienne le irritaba esa manera mía de hablar, haciendo pausas para incitarle a intervenir, a completar mis frases. Me corregí rápidamente.

—Ya sabes, es el aniversario. ¿Has pensado algo?

Ay... me había salido un tonillo... un poco acusador, como diciendo: «¡A que no has pensado nada! ¡Pues yo sí!». Podía haber dicho, con entusiasmo: «Es nuestro aniversario y ¿sabes qué he pensado? ¿Te acuerdas de que hace muchos años, cuando todavía no vivíamos juntos, pensamos en visitar Budapest pero no llegamos a hacerlo? ¿Por qué no lo hacemos ahora? Un fin de semana en Budapest, en plan enamorados...».

¿Entusiasmo? Un tono pueril, más bien, de niña dando saltitos. Y si le decía que hasta había mirado vuelos y hoteles... parecería una imposición, ¿no? Tenía que ir paso a paso.

Él seguía enfrascado en su revista. ¿Qué revista era? Me fijé en el título: *Votre Argent* (Su Dinero). Recordé las que yo hojeaba a veces en la peluquería: «Reavivar la pasión... Una lectora nos cuenta... Una cena *aux chandelles*... (Velas aromáticas. Jazmín, rosa, canela, sándalo, mandarina. 7,99 euros.) La lencería más sexy... (Tangas, picardías, bodis, ligueros. Cuero, vinilo, látex. ¡Hazle perder la cabeza! A partir de 14,99.) Una noche loca con... ¡tu marido!».

—Pues yo sí. He pensado que podríamos pasar un fin de semana en... no sé, alguna ciudad de Europa, o...

—¿Y los niños?

—Bueno, los niños... podríamos pedirles a mis padres que...

—No me gusta que tus padres estén en nuestra casa.

—Pues los llevamos a Barcelona.

—¿Tres billetes de avión? Porque tú les tendrás que acompañar. Tres

billetes Madrid-Barcelona, y dos billetes para nosotros para ir a no sé dónde...

Para otras cosas tenemos dinero, pensé, rabiosa. Pero el dinero lo ganaba él: él decidía. Y desde lo de Washington, me decía a todo que no.

De pronto, ante el ceño fruncido de Étienne, todo el plan me parecía una cursilería espantosa. «Una escapada romántica... Diez trucos para sacarle partido a tu pelo... Las mejores recetas de melón...» No, mejor algo más sobrio. Algo, simplemente, que nos permitiera hablar. Replantearlo todo. Hacer tabla rasa. Volver a ser *les amoureux qui s'écotent sur les bancs publics*... Y al día siguiente dejaría a Carlos.

—Muy bien —dije firmemente—, olvida lo del fin de semana. Salgamos a cenar, hace mucho que no lo hacemos.

—¿A cenar? —dijo Étienne, sin entusiasmo.

—A cenar, a un restaurante. —¿Por qué tenía que repetirlo? Que hasta algo tan sencillo le suscitara dudas me parecía increíble—. ¿Dudas? ¿Qué dudas?

—S...s... sí... vale... a cenar —dijo Étienne—. Con los niños, ¿no?

... no me iba a pasar
Madrid, julio de 2003

Silvia y Paula callaban, expectantes.

—No sé qué quiero hacer con el resto de mi vida.

¿Cómo? ¿Yo había dicho eso?

Por la ventana llegaban pasos, risas. Gente libre, despreocupada, disfrutando de la noche de verano.

Ahora esperaba, con el corazón en un puño, a que hablaran mis amigas.

—No te precipites... Una cosa así es como para pensarla con calma.

—¿No es mejor que dejes pasar el verano?

—¿Qué hacéis estas vacaciones?

—Hola, mamá.

—¿Te pasa algo?

Maldita sea. ¿Cómo podía adivinar, a seiscientos kilómetros de distancia, solo por el tono de voz de dos palabras...?

—No, ¿por qué? Si lo dices por la voz, es que estoy resfriada —expliqué, y tosí un poco.

—Bueno, bueno... ¿Qué tal va todo?

—Estupendamente. Planeando las vacaciones... Étienne ha estado mirando los puntos de Iberia que tiene, con lo muchísimo que viaja, y dice que le dan para ir los cuatro a Australia. Qué divertido, ¿verdad?

—Con qué cara lo dices...

—Es que... a mí lo que me gustaría sería... no sé, otra cosa. Alquilar una casa, por ejemplo. Una casa grande en algún lugar bonito y tranquilo... Asturias, Cornualles... —me iba animando— con Étienne y los niños, e invitar a amigas, a amigos, nuestros y de los niños...

¿Animando? Pero si Étienne... Le parecería aburrido, poca cosa... Le parecería que encima que él había conseguido, tomando aviones sin parar, suficientes puntos para...

—Pero os habéis quedado a vivir en Madrid, eso es lo fundamental, ¿no? Entonces, deja que Étienne elija las vacaciones.

—Es verdad... tienes razón, Paula... Pero es que no puedo más de esas vacaciones que le gustan a Étienne: de hotel de lujo en hotel de lujo, y entre medias horas y horas y horas de coche, visitando algo de vez en cuando. Y solo de pensar que tengo que ocuparme yo de planificar, reservar el coche, los hoteles... de hacer las maletas de todos...

—Pues si ante la perspectiva de unas vacaciones en Australia en lo único que piensas es que va a ser un rollo hacer las maletas...

Étienne y yo en el coche.

Penumbra. Luces de la autopista. Niños durmiendo. Silencio.

Cada uno perdido en sus pensamientos. Y de pronto, Étienne:

—Dime, ¿a ti te gusta el lujo?

¿El lujo? Qué pregunta... si me gustaba el lujo. ¿Me gustaba...?

Recordé el primer hotel de lujo en el que estuve con él. Playa de arena blanca, con cocoteros, y discretos y serviciales empleados. Halls enormes, limpiísimos. Hilo musical. Mostradores con señoritas maquilladas y uniformadas. ¡Cuánto se parecía a un aeropuerto! (¿Por qué no le dije a Étienne, en aquel momento, que no me gustaba?)

Los empleados, en la playa, se movían de una forma curiosa. Como

siguiendo dos invisibles líneas rectas, en uno y otro extremo, perpendiculares a la línea del agua.

(Porque pagaba él. Porque trabajaba mucho. Porque habría sido despreciar lo que me ofrecía, hacerle un feo. Porque, si no era con Étienne, ¿con quién, dónde, cómo, pasar las vacaciones?)

Al final lo entendí: a los lados de la playa había nativos harapientos, que nos miraban de lejos. Los empleados vigilaban que no se nos acercasen.

Me dio tanta vergüenza, que no le comenté nada a Étienne, aunque por fuerza él tenía que haberse dado cuenta igual que yo.

(¿Por qué me había callado tantas cosas, durante tantos años?)

Sin esperar mi respuesta, Étienne ya estaba diciendo:

—Pues si te gusta el lujo, tienes que empezar a ganar dinero tú también para pagarlo.

—Yo creo que ya hace tiempo que Laura no es feliz —dijo Silvia.

¿Cómo? ¿No era feliz?

Era cierto. Silvia tenía razón. No, yo no era feliz.

Pero entonces... Ay, dios mío... No lo quería pensar.

—¡La felicidad, la felicidad! —Paula se encogía de hombros—. Laura hace mucho que está casada, ha olvidado cómo se vive fuera de esa protección.

¿Estar sola, a la intemperie? ¿Vivir sola? ¿O con mis hijos, sin su padre? Una enormidad tal, ¿podía siquiera imaginarla?

Sabía con qué palabra terminaría mi madre su sermón, si la dejaba empezarlo.

(¿Aceptas dar un disgusto tremendo a tus padres?)

Una palabra-sentencia. Un verbo. Un imperativo.

—¿Y Carlos?

Ay, Carlos... ¿Se lo contaba? ¿No se lo contaba?

Étienne llegando a casa: «¿Qué hay para cenar?».

Yo, durante la cena: «No comas con los dedos», «No chupes el cuchillo», «No dejes las verduras»...

Étienne comiendo en silencio, abstraído, sin vernos.

Yo: «No comas con los dedos» (bis), «Cómete también la lechuga», «No chupes el cuchillo» (bis), «No sorbas»...

Étienne con la mirada perdida. Yo también con la mirada vacía, recordando la noche con Carlos.

Interior, noche. Una buhardilla en la calle Martín de los Heros. Una habitación de techo altísimo, con las paredes llenas de cuadros, un ventanal inmenso y un altillo de madera, bajo un techo inclinado, en el que estaba la cama, con dosel y cortinas.

¡Ah, vivir en un sitio como ese! Sola y libre, pero no solitaria. En plena ciudad, con mis iguales. Rodeada de cines, restaurantes, librerías. De gente activa, de un alegre zumbido de colmena... Yo no sabía si estaba enamorada de Carlos, pero desde luego lo estaba de su buhardilla.

Ese chalé adosado en el que vivíamos, yo, claramente, lo odiaba.

¿Y por qué vivía en un sitio que odiaba?

¡No quiero ser una autómatas!, le podría haber contestado a mi madre, si le hubiera dado la oportunidad de echarme su sermón. No quiero habitar mi vida sin vivirla, estar de cuerpo presente con el alma no se sabe dónde. No quiero

acurrucarme discretamente en el rincón que me dejen, no quiero renunciar a vivir y conformarme con leer, no quiero aceptarlo todo por aquello de que «a caballo regalado...». No quiero ser una realquilada en mi propia vida.

Era una vida de ensueño, sí. Pero un ensueño estándar, un ensueño que no era nuestro. Ya sabía, ya, lo que faltaba en esa vida oficialmente maravillosa que habíamos construido. Faltábamos nosotros.

Si me separaba...

Si me... ¿qué? ¿He dicho yo eso?

Si me separaba me iría a vivir al centro, a una buhardilla.

(¿Aceptas pasar de un chalé de trescientos metros a una buhardilla?)

Si me separaba y además dejaba a Carlos (¿cómo podría no dejarle?, ¿cómo podía seguir ni un minuto con él, después de aquella frase?), si me separaba y dejaba a Carlos, ¿con quién compartiría la cama?

¡Con quien quisiera!

Podría abrir el armario... disfrutar eligiendo la ropa... maquillarme, perfumarme... irme a un bar de copas, sentarme en la barra... mirar a mi alrededor, elegir a quién le sonreiría... Sin mentiras ni trampas, sin salir corriendo a media noche como la Cenicienta.

(¿Y si ninguno te gusta? ¿Si ninguno te inspira confianza?)

Interior, noche. La buhardilla de Carlos en la calle Martín de los Heros.

Me levanté de la cama suspirando. Recogí del suelo las bragas, el sostén, me los puse.

—¿Ya te vas?

—Sí, ¿no ves que es la una...?

Subiéndome la cremallera del vestido, calzándome las sandalias de tacón. Mirándome en el espejo del gran armario me empecé a peinar. Y vi cómo Carlos, detrás de mí, se oscurecía.

Era algo que empezaba a conocer. Del Carlos que me apretaba en sus brazos, cuando llegaba, como si en ello le fuera la vida... El Carlos amoroso, divertido, el que me decía: «He reservado ese restaurante que te gusta, he sacado entradas para esa ópera que te gusta...», el que describía una talla barroca hablando de su «personalidad», de su «carácter», como si fuera una persona viva. El que me dejaba hablar, me hacía hablar, me escuchaba, me contestaba. El que me hacía gozar y también reír, en la cama... Ese Carlos risueño, ahora lo sabía, podía pasar, en un segundo, a tormentoso.

Cincuenta y cinco años. Dos divorcios. Un hijo con el que no se hablaba. Una novia, Mónica, con la que no se había ido a vivir en la época en que los dos eran solteros, y que fue su amante las dos veces en que estuvo casado. Un primo de su esposa los vio cenando juntos en un restaurante de París. Cuando Carlos volvió a su casa tras el supuesto viaje de negocios, se encontró las maletas delante de la puerta.

En su cara de Buda feliz se le torcía la mueca, se le disparaban los ojos. Envejecía: se le marcaba el ceño, las arrugas. El despecho (¿el miedo a perder su última oportunidad?) le teñía la voz.

—Tú nunca te vas a separar de tu marido, ¿verdad?

¿Otra vez?, pensé. Si ya le he dicho que no quiero hablar de eso. Que es demasiado pronto, que si acaso después del verano... Ya no sé qué más decirle para darle largas. Mejor contestar con una broma.

—Claro, cuando se nos pase esta furia de follar, cuando empecemos a aburrirnos, yo volveré al redil, con mi maridito, y tú volverás con Mónica, a que sí.

—¿Con Mónica? ¡Jamás! —exclamó Carlos.

Y entonces añadió la frase que me dejó helada. Dos palabras. Dos palabras que no comenté en ese momento, que fingí no oír o encontrar perfectamente naturales, pero que llevaba clavadas, hincadas en la carne, desde hacía veinticuatro horas.

No se lo iba a contar. Me dolía demasiado.

—No estoy enamorada de Carlos.

Ah, ¿no? Hablando con mis amigas descubría lo que ya sabía, pero hasta entonces no sabía que lo sabía.

¿Sola, en una buhardilla? ¿Eso era lo que quería? ¿Para poder ligar con cualquier desconocido que me apeteciera?

(¿Despertar a la mañana siguiente diciéndose: quién es este tipo, qué hace en mi cama, qué sentido tiene todo esto?)

¿Sola, libre para quitarme el sostén ante desconocidos? A los que yo sería en realidad indiferente, tanto como en el fondo ellos a mí.

—Es un hombre interesante, es original, es divertido, lo pasamos muy bien juntos... pero empiezo a sospechar que si me he metido en esta historia no ha sido tanto por Carlos sino más bien para...

—¿Para romper con Étienne?

—No, eso ha sido la conclusión. —¿De veras? ¿Cuándo había decidido yo eso? ¡No, no, yo no había decidido!—. Quiero decir... podría serlo. Pero al principio, el motivo... lo que yo quería, ahora me doy cuenta —de nuevo la verdad fluía sola de mi boca—, era ponerle a prueba. Soltarle unas mentiras

tan gordas que cualquier persona que me conociera un poco, que se interesara un mínimo por mí, las descubriría. Pero él no se ha enterado de nada.

—¿De verdad Étienne no sospecha?

—Qué más querría yo que sospechara. Así, al menos, reaccionaría, tendríamos una explicación.

Pero no podía seguir jugando a ese juego. No me llevaba a ninguna parte. Tenía que dejar a Carlos. Sobre todo después de la frase sobre Mónica.

Dejar a Carlos. Sí.

¿Y Étienne?

¿Dejar a Carlos y seguir con Étienne?

¿Y por qué no al revés, dejar a Étienne y seguir con Carlos?

O, bien mirado... ¿dejar a los dos?

¿O no dejar a ninguno?

—Pero a ver, Laura, piénsalo fríamente: ¿por qué te separarías de Étienne?

—Porque... porque no quiero seguir. No me hace ilusión.

No quiero seguir: no me hace ilusión. Me lo repetí, fascinada por la sencillez de la frase.

—¿Y los niños?

No le conté nada a mi madre porque sabía qué palabras aparecerían sin falta en su respuesta: niños, pensión, pisito, mujer sola, novias de veinticinco años, niños (bis), pisito (bis), mujer sola (bis), impago... *Es dondón...*

¡Niños, a cenar!

Y una vez los niños sentados...

Pero ¿no era eso lo que yo quería? Cenar todas las noches con mi marido y mis hijos. Una vida tranquila, dulce, sin sobresaltos. Sin secretos, sin

traiciones, sin mentiras. Sin el corazón encogido al volver a casa con una mentira auestas. Una simple familia feliz.

Los niños sentados, su padre cabizbajo... y yo tomando la palabra como quien alza un hacha.

Eso era lo que quería evitar mi madre. Que destrozara a hachazos mi familia, la felicidad de todos. ¿Y acaso no era comprensible, acaso no tenía razón mi madre en horrorizarse, en querer evitarlo como fuera?

(¿Aceptas darles a tus padres un tremendo disgusto?)

Pero... ¿felicidad? ¿Qué felicidad? ¿Qué es la felicidad? ¿Lo que los demás creen que es felicidad?

Mis hijos. Su olor a inocente colonia, su piel suavísima, sus besitos llenos de baba. Sus pijamas con estampado de jirafas, sus mapaches de peluche a rayas azules que tocan música cuando les tiras de la cola. Su miedo al lobo.

Cocinar con ellos. Tirarme al suelo con ellos, jugar al tren, revolcarnos, muertos de risa. Llevarles a la piscina...

Vacaciones con mis hijos. ¿Qué más me da que sean en un hotel de lujo o en un camping? Invitaría a sus amiguitos. Y a Silvia y Paula, a Patrick...

El niño, la niña, yo, felices. No más esa sensación de ser unos juguetes tirados en un rincón para cuando Étienne tenga ganas de jugar un rato.

(Pero ¿y si Eloísa se ponía enferma? ¿Si Sasha tenía un accidente? Cuántas veces les habíamos llevado a urgencias: un golpe contra el canto de la mesa, un ataque de asma, una caída en bicicleta... ¿Cómo lo haría yo sola, en una buhardilla sin ascensor, sin coche?)

—¿En qué régimen estáis casados?

—Ese seguro médico privado que tenéis, si te separas lo pierdes, ¿no?

—¿Cuántos años has cotizado a la Seguridad Social?

Un momento, un momento, quería decirles yo, pero no me salía. Un momento, ¿quién ha hablado de separarse aquí? ¿Cuándo he dicho yo...? (¿Lo he dicho?) ¿A qué viene tanto desparpajo? ¿O es que hace meses, años, que lo estabais esperando?

(¿Aceptas quedarte sin ingresos? ¿Aceptas perder el seguro médico privado? ¿Aceptas tener, el día de mañana, una jubilación miserable?)

—¿A nombre de quién está la casa?

No podía decirles que ni siquiera lo sabía. Aquello que él me propuso de poner el ochenta por ciento a su nombre y al mío solo el veinte... que mi madre me había aconsejado que no hiciera... ¿lo hicimos al final? No me acordaba, no sabía qué había firmado. No podía decírselo a Silvia y Paula, me daba vergüenza reconocerlo.

Entonces Silvia dijo, con decisión:

—Tendrías que ir buscando trabajo.

¿Qué? ¿Buscar trabajo? Me la quedé mirando estupefacta.

Claro. Buscar trabajo.

Pero ¿cómo? ¡Si yo ya tenía trabajo! ¡Si no había parado de trabajar en los últimos años! Había hecho la compra, cocinado, fregado, ordenado, había cambiado sábanas, puesto la lavadora, tendido y recogido la ropa, había organizado mudanzas, me había ocupado de las reparaciones, del jardín, de la alarma, de los billetes de avión y el cochecito, de los topes de las puertas, de las maletas. Había tenido y criado a una hija, adoptado y criado a un hijo, me había ocupado de ellos, los había llevado al pediatra, a baloncesto, a natación, a patinaje, al dentista, a clase de inglés, a comprar libros de texto, les había ayudado con los deberes, había pasado dos meses de verano con ellos en la playa...

—¿Trabajo? ¿Cuál? Hace quince años que dejé mi último empleo, el de la editorial. ¿Qué voy a poder encontrar ahora?

Traducciones. Correcciones de estilo. Clases de francés. Miserables trabajos de hormiguita.

—Es muy fácil salir del mercado de trabajo y muy difícil volver a entrar —observaba Paula, imparcial.

—Sea lo que sea, será una mierda, ganaré una mierda... —¿Cómo no lo había pensado antes?—. Tendré que volver a empezar desde abajo... y sobre todo... —Era una enormidad tal que no me lo podía creer—. Tendré que dejar de escribir, no me quedará tiempo...

—Nos están mirando —susurró Silvia.

Me daba igual que nos mirase todo el mundo. Me tapé la cara para llorar a gusto.

¡Libertad! ¿Libertad?

¿Has dicho libertad? Pero qué libertad vas a tener, dime tú, sin un duro. Él te pasaría una pensión solamente para mantener a los niños, o ni siquiera, si los tenéis el mismo tiempo cada uno... ¿Entonces?

(Tus padres, tan ufanos de hablarles a sus amigos de tu marido estupendo, de tus vacaciones de lujo, de tu familia feliz... ¿qué les dirán ahora?)

Entonces... ¿buscar trabajo como traductora?

Horas enteras, días enteros, semanas enteras, fines de semana enteros, haciendo traducciones. Traducciones, correcciones de estilo, artículos a peso, críticas literarias para oscuras revistas que cuando por fin te van a pagar la miseria que te deben, quiebran... ¿Eso es libertad? (Pero ¿por qué estoy condenada a eso? ¿Qué pecado tengo que expiar, qué error estoy pagando?)

Compara esa vida con la de ahora, te dirá cualquiera, pensará todo el

mundo. Con una asistenta que limpia y plancha y recoge a los niños en el colegio si hace falta. Pudiendo dedicar la mitad del día a escribir. Con un chalé de trescientos metros, con vacaciones en Australia.

Es que no me apetece.

Que no le apetece, dice. A la señora no le apetece ir a Australia. La señora se va a separar porque no le gustan los suelos de mármol, la carpintería de aluminio, los hoteles de lujo, porque no le apetece pasar las vacaciones en Australia.

Un verbo, un imperativo, lo que me diría mi madre: aguanta. *Es dondón, dorondondín...*

(¿Acaso soy yo la guardiana de mis padres?)

—Ahora no puedes reflexionar —proseguía Paula, racional, persuasiva—, estás demasiado nerviosa, estás muy enfadada con Étienne, no digo que no tengas tus razones, pero no puedes tirar por la borda...

Hacer caso a Paula. Que todo aquello quedara entre nosotras: mi infidelidad, mi resentimiento contra Étienne, la confesión de que la dorada felicidad de una familia dorada en un chalé palaciego de la calle Olimpo era mentira...

Dejar a Carlos. Volver con Étienne.

Recordar lo bueno de Étienne, por qué le quiero (¿le quise, le quería?).

Aquel fin de semana en Puigcerdà... Habíamos alquilado un coche, él conducía, y me contaba cosas. Me contaba que de pequeño se encolerizaba tanto cuando le decían que no que se ponía casi azul y su madre se asustaba, tanto que dejó de llevarle la contraria... Me contaba de una vez que él y

Mathieu («mi mejor amigo, ya le conocerás») se emborracharon, llamaron cerdo a un gendarme, el gendarme les detuvo, pasaron la noche en comisaría... Me lo contaba riéndose, y cómo me gustaba su risa. Alegre, inocente, con los ojos azules brillándole en la cara pecosa, y esa costumbre que tenía, al reírse, de bajar la cabeza y ponerse la mano como visera sobre los ojos.

Aquella vez, estando con mi familia en la casa del Golfet... Me hizo señas, misteriosamente, para que le siguiera, y yo, sin tener ni idea de qué quería, le seguí... hasta una puerta cerrada, que abrió, pasamos los dos del otro lado, la cerró... y allí empezó a besarme.

Volver con Étienne, aunque Étienne ni siquiera se haya enterado de que me había ido.

Solo mis dos mejores amigas lo saben y nunca lo contarán. Ellas me ayudarían a dejarlo atrás. A esconderlo, a borrarlo. Aquí no ha pasado nada.

Ay, si fuera posible... Volver a Étienne, borrarlo todo, como en una pizarra, y empezar de nuevo.

Sí. Pero ¿por qué? ¿Cómo justificarlo ante mí misma?

Solo con que Paula y Silvia me dieran buenas razones...

—Laura, escúchame. Tienes que tranquilizarte. Está muy bien decir que no quieres seguir, parece muy simple, muy coherente, estupendo, vale, muy bien: no quieres seguir, y después ¿qué? ¿Dónde vas a vivir, cómo, con quién? ¿De qué?

—Yo solo te digo que no hay prisa. Que lo pienses bien, porque si tomas esa decisión es muy difícil que puedas dar marcha atrás.

(¿Aceptas que tus hijos sufran?)

—Una mujer de cuarenta y tantos años, divorciada, con hijos pequeños, es difícil que encuentre pareja, no nos engañemos.

(¿Aceptas vivir el resto de tu vida sin un hombre a tu lado? Sin el calor de un cuerpo junto al tuyo en las sábanas. Sin el beso despeinado, sonriente, medio dormido para empezar el día... Sin nadie a quien contarle el día cada noche, a quien darle noticias, con quien compartir los miedos y las preocupaciones...)

—Mientras que un hombre como Étienne, tan guapo, extranjero, viajado, deportista..., que gana muchísimo dinero, y divorciado... no dura solo ni dos minutos, te lo aseguro.

(¿Aceptas ver a tu exmarido cuarentón con una novia de veinticinco años?)

Si decidía no dejar a Étienne, ¿sería realmente por amor? ¿O sería, en realidad, *dondón, dorondondindón...*?

(Étienne y una chica joven y guapa, desconocida para mí, sentados a la mesa, solemnemente. Con monsieur y madame Kaminski. Ellos curiosos y benévolo, ella atenta y un poco cohibida...

Étienne haciéndole señas misteriosamente, conduciéndola hacia una puerta cerrada... No podía pensarlo, se me partía el corazón.)

—Lo que tienes es un chollo. ¿No te das cuenta? Tienes la vida resuelta, sin problemas económicos, con tiempo para escribir... Y un marido del que, vale, quizá ya no estás enamorada, ¿quién lo está, después de tantos años? pero que tampoco está mal, ¿no? No vamos a creer en un amor como el de las películas, a estas alturas... Y que además —añadió Paula sonriendo— te deja en paz. Viaja mucho... tú puedes tener tu vida y él ni se entera... Vete a saber lo que hace él cuando viaja.

¿Dejar a Carlos? Bien mirado...

Con Carlos tenía una pareja. Con Étienne, una familia. Se complementaban bien, ¿no?

Vacaciones, coche alquilado. Étienne y yo delante, los niños detrás. Aferrando firmemente el volante, Étienne conducía, en silencio, como de costumbre. (¿Por qué siempre conducía él, cuando estábamos juntos?)

—¡Me estoy mareando! —gimió Eloísa—. ¿Puedo pasar delante?

Yo no quería. Pero ella insistió, y a su padre no le pareció mal. Estábamos en una carreterita comarcal, no íbamos muy deprisa, no parecía peligroso... A regañadientes, acepté.

Paramos. Yo salí por una puerta, Eloísa por la otra, e intercambiamos nuestros asientos.

Solemnemente, un poco cohibida, Eloísa se sentó en el del copiloto. Y Étienne empezó a hablar con ella, a contarle cosas.

«Una vez, con Mathieu (mi mejor amigo, que ya no está), nos emborrachamos...»

Étienne se reía bajando la cabeza, poniéndose la mano sobre los ojos. Eloísa le miraba con adoración.

—No sé, Paula —dijo Silvia—. Materialmente es verdad que Laura vive muy bien, pero... Yo solo le digo que lo piense, que sea realista.

¿Dejar a Carlos? Si iba a aguantar a un marido que me trataba como a una niña, ¿por qué no iba a aguantar a un amante capaz de decir aquella frase? Total...

Tampoco era tan grave aquella frase, ¿no? Seguro que Paula, si se la decía, se encogería de hombros y me diría que, bah, todos los hombres lo han hecho alguna vez, y además, ¿qué tiene que ver eso contigo?

¿Y si me volvía a clavar el cuchillo de la frase? La que vino después de «¿Volver con Mónica? ¡Jamás!».

Pasadas veinticuatro horas, ¿me dolería menos?

Lo probé: «¿Volver con Mónica? ¡Jamás! ¡Prefiero pagar!».

Prefiero pagar que volver con Mónica. Prefiero pagar que discutir. No será con lo que tú ganas. Prefiero pagar que negociar, prefiero pagar que darte conversación, prefiero pagar que tener que seducirte, prefiero pagar a que me salga la criada respondona.

Días que pasan, fluyen sin dejar rastro, se van por el desagüe... La *vraie vie* siempre *ailleurs, par délicatesse j'ai perdu ma vie*.

Vivir discretamente, en un rincón. Evadirse con un libro. O un amante. No atreviéndose.

Un chollo, decía Paula. Una vida fácil, sin problemas, con tiempo para escribir. Pero yo veía miradas, oía comentarios que no me gustaban. «Por las mañanas escribes y por las tardes te irás a tomar el té al Embassy o de compras con las amigas, ¿no?», me había dicho un amigo escritor. «Voy a tomar vacaciones en tal fecha», le dije una vez a mi hermano, y él me contestó: «Vacaciones ¿de qué?». Y el ginecólogo, mientras me hurgaba entre las piernas: «¿Y tú a qué te dedicas, chata?».

Fácil, sí, esa vida de maruja de lujo, pero yo la odiaba. Odiaba el chalé adosado, odiaba las vacaciones en Australia (¿por qué Australia, qué se me ha perdido a mí en Australia? ¿Solo porque pagando con puntos el avión nos sale gratis?), odiaba estar casada con una cuenta corriente.

Par délicatesse...? Di más bien cobardía.

¿Dinero? ¿A qué precio?

¿Dinero para qué? Yo quería sentir, saborear. Y ese dinero no lo disfrutaba, no me hacía sentir nada. Dinero frígido.

¿Te acuerdas de esa frase que me dijiste: «No será con lo que tú ganas»? Pues aquí tienes la respuesta: adiós.

¡Ja, ja! Te vas. Fácil me lo pones. A rey muerto, rey puesto, ¿o es que te crees que me voy a quedar solo mucho tiempo? (¿Aceptas que tus hijos tengan una madrastra que les odie?)

Pero ¿cómo te vas a ir? ¿Adónde?, pobre infeliz, ¿viviendo de qué?

Me voy porque me da la gana. Porque no me da la gana aguantar. Porque dije que a mí no me iba a pasar y no me pasará.

Anda, hombre, paga. No te prives. Por mí como si la novia de veinticinco años te la compras con puntos de Iberia.

(¿Aceptas que tus hijos tengan una madrastra con la que se lleven mejor que contigo?)

Pobre ilusa. Te crees que puedes independizarte. Has olvidado quién manda, te olvidas de lo más importante. Canta conmigo: *Poderooo-so caballero, es dondón, dorondondindón, es don Dinero.*

Y pobres, pobres niños...

Pero ¿no es mejor el derrumbe, el terremoto, para poder luego volver a empezar, construir otra cosa? Frente a la frigidez y la mentira, ¿no es mejor la destrucción, el fuego?

¿Seguro? ¿Lo has pensado bien?

No lo sé, no lo sé, ¡no me torturéis más!

—Ánimo —sonrió Silvia.

—Decidas lo que decidas, cuenta con nosotras —dijo Paula.

Y las dos me abrazaron.

¡Qué temperatura tan agradable hacía ahora! Por las ventanas de los restaurantes salían voces, risas. Luces tamizadas, tintineos de copas y cubiertos, olor a frito. Y a asfalto recalentado, y el leve olor a río de Madrid... Paseantes solos, como yo, o en parejas o en grupos, caminaban con los ojos brillantes, con la complicidad de los desconocidos que comparten ciudad.

El burbujeo del alcohol en mi cuerpo, el fresco aterciopelado de la noche de verano acariciando mis brazos y piernas desnudos... El vestido ciñéndome, abrazándome. El taconeo insolente de mis sandalias...

Entré en mi coche. Cerré la puerta, encendí el contacto, me puse el cinturón. Con los dientes apretados, aferré firmemente el volante y pisé el acelerador.

Agradecimientos

A las amigas escritoras que han leído sucesivas versiones de algunos capítulos de este libro y me han ayudado con sus críticas y sugerencias: Natalia Carrero, Begoña Huertas, M.^a Ángeles Jiménez, Cristina Sánchez Andrade y María Tena.

A mi agente, Antonia Kerrigan, por su lealtad y eficacia.

A mi editora, Yolanda Cespedosa, por su profesionalidad y entusiasmo.

A Catherine O'Leary y la Universidad de Saint Andrews, por regalarme unas semanas de tranquilidad para escribir.

A Ariel Liberman, Vicente Mira (*in memoriam*), Piedad Ruiz y Fanny Schutt, por ayudarme a entender.

A mi madre, por estar siempre a mi lado y de mi lado.

Uno de los referentes del feminismo español reflexiona, desde una perspectiva de género, sobre su propia vida.



Desde que empezó a publicar sus escritos en 1988, Laura Freixas se ha convertido en una de las voces más relevantes del feminismo español. En esta autobiografía, la autora nos abre las puertas, de manera íntima y desgarradora, a una de las etapas centrales de su vida: el matrimonio y la maternidad.

Y no lo hace desde la suficiencia que puede dar el paso del tiempo, sino todo lo contrario: ahonda en su memoria de manera crítica y reflexiona sobre el rol femenino convencional que nunca quiso llevar.

A mí no me iba a pasar es una reflexión sobre la vida privada y el feminismo, una muestra transparente y sincera de las contradicciones humanas.

Laura Freixas se dio a conocer en 1988 con una colección de relatos, *El asesino en la muñeca* (Anagrama). En 1997 se publicaría su primera novela, *Último domingo en Londres* (Plaza y Janés), a la que seguirían *Entre amigas* (Destino, 1998), *Amor o lo que sea* (Destino, 2005) y *Los otros son más felices* (Destino, 2011). Ha publicado también otro libro de relatos, *Cuentos a los cuarenta* (Destino, 2001) y una autobiografía: *Adolescencia en Barcelona hacia 1970* (Destino, 2007). En 2013 empezó a publicar sus diarios, con el volumen *Una vida subterránea. Diario 1991-1994* (Errata Naturae). Su último libro publicado es *Todos llevan máscara. Diario 1995-1996* (Errata Naturae, 2018).

Paralelamente a su obra narrativa, Laura Freixas ha desarrollado una intensa labor como estudiosa y promotora de la literatura escrita por mujeres. En 1996 coordinó y prologó una antología de relatos de autoras españolas contemporáneas, *Madres e hijas* (Anagrama), que lleva 15 ediciones, y en 2000 publicó el influyente ensayo *Literatura y mujeres* (Destino). En 2009 vio la luz otra antología de parecidas características, *Cuentos de amigas* (Anagrama), y en 2015 recogió artículos, prólogos y otros textos en *El silencio de las madres y otras reflexiones sobre las mujeres en la cultura* (Aresta).

Ha sido editora, crítica literaria y traductora. Fundó y dirigió de 1987 a 1994 la colección literaria «El espejo de tinta», de la editorial Grijalbo, donde publicó por primera vez en España a Amos Oz y Elfriede Jelinek, entre otros autores. Ha ejercido la crítica literaria en *El País* y traducido los diarios de Virginia Woolf y de André Gide, así como las cartas de Madame de Sévigné y

la novela de Elisabeth Smart *En Grand Central Station* me senté y lloré. Dirigió el número monográfico de *Revista de Occidente* consagrado al diario íntimo en España (julio-agosto 1996). Colabora regularmente en distintos medios y desde 2001 es columnista del periódico *La Vanguardia* y crítica literaria en su suplemento *Cultura/s*.

Ha publicado libros de divulgación como *Taller de narrativa* (Anaya, 1999) y una biografía de la escritora brasileña Clarice Lispector bajo el título *Ladrona de rosas* (La Esfera, 2010). Imparte talleres literarios en diversas instituciones y ha sido conferenciante en numerosas Universidades españolas y extranjeras (Estocolmo, Budapest, Londres, Edimburgo...), especialmente de Estados Unidos (Cornell, Virginia, Rutgers, City University de Nueva York, entre otras). Ha sido también profesora visitante en las *Universidades de Virginia* (2006), *Dartmouth College* (2010), *Illinois* (2012) y *Syracuse* (2016), y escritora invitada en las de *Limerick* (Irlanda, 2004), *Liverpool* (2007) y *Saint Andrews* (2018).

Presidió la asociación Clásicas y Modernas para la igualdad de género en la cultura (clasicasymodernas.org) desde su fundación en 2009 hasta 2017 y es ahora su presidenta de honor.

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2019, Laura Freixas Revuelta

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig

Ilustración de portada: David de las Heras

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6624-4

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

A mí no me iba a pasar

A mí... Madrid, julio de 2003

Tu padre y yo hemos pensado... El Golfet, julio de 1985

El hombre sentado en un banco. Puigcerdà, septiembre de 1985

La Yeti. Barcelona, mayo de 1987

Lorenzo y María. El Golfet, julio de 1987

Pilar e Isabel. Barcelona, enero de 1990

La mujer del Yeti. París, diciembre de 1990

Qué sentido tiene todo. Madrid, primavera de 1992

Dentro del vientre tengo dos manos. Madrid, 1993

La perla. Madrid, abril de 1994

Ser Dios. Madrid, 1994

Los hombres viven, las mujeres leen. Madrid, 1994-1998

Ganas de tocar el campano. Madrid, 1998

El rescate del Kursk. Rusia, 2000

¿Soy Margarita? Madrid, 2001-2002

La vida está en otra parte. Madrid, 1997-2002

Sí... con los niños. Madrid, enero-junio de 2003

... no me iba a pasar. Madrid, julio de 2003

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Laura Freixa

Créditos